OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

VIII

TRÁNSITO DE AMADO NERVO

DE VIVA VOZ

A LÁPIZ

TREN DE ONDAS

VARIA

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

REIMPRESIÓN • 1996

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

VIII

OBRAS COMPLETAS DE
ALFONSO REYES

VIII



ALFONSO REYES

Tránsito de Amado Nervo

De viva voz

A lápiz

Tren de ondas

Varia

A VUELTA DE CORREO
VOTO POR LA UNIVERSIDAD DEL NORTE

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Primera edición, 1958
Segunda reimpresión, 1996

D. R. © 1958, Fondo de Cultura Económica
D. R. © 1996, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (edición general)
ISBN 968-16-0861-5 (volumen VIII)

Impreso en México

CONTENIDO DE ESTE TOMO

Observación general: No sería dable establecer etapas precisas en la evolución de formas y asuntos a lo largo de mi obra. Siempre mezclé el óleo y la acuarela, así como lo nacional y lo extranjero, según los mezcla la vida misma. El denso repertorio del tomo I, en estas *Obras Completas,* manifiesta bien que andamos aún en los orígenes y marca de cierto modo el destino de mis libros futuros. El tomo II recogió imaginaciones y fantasías, y prosa de cierto atuendo poemático, notas que tardarán un poco en reaparacer y serán objeto de algún futuro volumen. El III y el IV ofrecen sobre todo páginas de gacetilla, crónica, "crítica militante", rápidos juicios periodísticos. El V ensaya la síntesis histórica y se asoma a ciertas zonas intermedias de las letras y la prensa diaria. El VI y el VII se consagran a trabajos eruditos y filológicos. El VIII se inicia con un ensayo de tema contemporáneo *(Nervo)* y pasa del tono menor u obra que rodea a la obra *(De viva voz, A lápiz),* para acabar en esos toques un tanto epigramáticos del *Tren de ondas,* comparables al *Calendario* —ya publicado en el tomo II— y que anuncian los "Epílogos" (segunda serie de *Marginalia*), las *Burlas veras,* a todo lo cual le llegará su turno, y algunas páginas todavía inéditas. La variedad de lugares y fechas obliga resueltamente a olvidar el puro criterio cronológico.

Así, el *Nervo* comienza en el primer París, continúa en Madrid, salta sobre el segundo París y viene a finalizar en el primer Buenos Aires.

Los tres libros misceláneos aquí incorporados abarcan, en total, de 1922 a 1947. *De viva voz* y *Tren de ondas* no requieren comentario especial. En el libro *A lápiz* he aprovechado algunas páginas de mi Correo Literario *Monterrey*, revista personal de que llegué a publicar trece números en Río de Janeiro (junio de 1930 a junio de 1936) y —sin contar una segunda edición del número 13, hecha ya en Buenos Aires, agosto de 1936—, otro número más, el 14, en Buenos Aires, julio de 1937.

La sección final, *Varia,* contiene dos opúsculos que se explican solos.

Cuando ha sido posible, se da cuenta de la publicación o las publicaciones anteriores en periódicos, revistas o folletos especiales.

I

TRÁNSITO DE AMADO NERVO

[*1914-1929*]

Noticia

A) EDICIONES ANTERIORES

1. Sobre las anteriores ediciones de "La serenidad de Amado Nervo" y "El camino de Amado Nervo", véase la explicación que consta en el tomo IV de mis *Obras Completas,* pág. 166.

2. En *Monterrey,* Correo Literario de Alfonso Reyes (Río de Janeiro), hay noticias sobre páginas de Nervo que andan todavía dispersas en diarios y revistas y no se pudieron ya incorporar en los volúmenes de las *Obras* de Nervo que llegué a publicar en Madrid. Así una contribución de Artemio de Valle-Arizpe y varias aportaciones de Genaro Estrada, etc. (*Monterrey,* julio de 1932 y marzo de 1933). Consúltense también a este respecto el libro de Genaro Estrada, *200 notas de bibliografía mexicana* (México, "Monografías bibliográficas mexicanas", Secretaría de Relaciones Exteriores, 1935, págs. 15 a 16) y la continuación de las *Obras* de Nervo al cuidado de Alfonso Méndez Plancarte, desde el vol. XXIX en adelante.

3. La "Carta a Juana de Ibarbourou" apareció en *El Imparcial,* Montevideo (19-V-1929).

4. "El viaje de amor de Amado Nervo" se publicó primeramente en *La Nación,* Buenos Aires (19-V-1929).

5. No se consideró oportuno incluir aquí las notas que preceden a los distintos volúmenes de las *Obras* de Nervo y que son inseparables de ellos.

6. Las páginas del presente volumen, escritas en distintas épocas, muestran algunas repeticiones que he preferido respetar.

B) LA EDICIÓN DE CHILE

Alfonso Reyes // Tránsito de // Amado Nervo.—Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1937, 92 págs. e índice.

En la breve bibliografía que precede a esta edición debe añadirse: Concha Meléndez, *Amado Nervo,* Nueva York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1926, 8º, 83 págs. e índice.

PREFACIO

EL QUE quiera dar a Nervo su sitio en la poesía americana, tendrá que estudiar muy de cerca el Nervo de la "primera manera".

Las notas aquí recogidas se refieren singularmente al Nervo de la "segunda manera" que, por buenas razones, solicita más la exégesis humana que no la puramente literaria.

Entrar en la interpretación de un hombre es cosa que requiere delicadeza y piedad. Si se entra en tal interpretación armado con una filosofía hostil a la que inspiró la vida y la obra de aquel hombre, se incurre en un error crítico evidente y se comete, además, un desacato.

No hace falta comulgar con Nervo para procurar comprenderlo, y más cuando se le ha querido y se le recuerda devotamente. Unos instantes de lealtad al pensamiento del poeta desaparecido, y luego, siga cada cual combatiendo con su propia quimera.

1. LA SERENIDAD DE AMADO NERVO

HACE muchos años, por una metempsícosis que recuerda el *Eso fue todo,* Nervo se imaginaba ser un sátrapa egipcio, un sacerdote de Israel, un druida, un rey merovingio, un trovero, un prior. Hoy, en *Arcanidad,* vuelve sobre el tema de su diversidad interior. No es la suya la diversidad antagónica o paradójica de Verlaine que pudo ser moda de otros tiempos. Nervo no cree ya ser ángel y vestiglo, sino que, como todos los hombres, percibe que en él hay alguien que afirma, alguien que niega, y alguien, quizá, que a ambos los espía. En el fondo, él está de parte del que afirma, aunque no con tanto entusiasmo como lo quisiera su dolor y como acaso lo quisiera su Musa.

Sin pretender conciliar artificialmente sus varios aspectos (y tal vez no requieren más conciliación que su sola coexistencia), Nervo ha formado un libro que recorre múltiples estados de ánimo. En una hora de lectura, da la impresión de los tres años que abarca. En él ha incluido algunas poesías de juventud, no de las más felices, y ha anticipado algunas de *La amada inmóvil,* que son las mejores del volumen *Serenidad.*

He aquí los aspectos diversos de este hombre múltiple. No hay que esforzarse por avenirlos: ellos entre sí se parecen como las resonancias de un mismo arquetipo. Nervo, el hombre mismo, ¿qué es? Un pretexto humano; y, como poeta, una cosa alada y ligera, ya lo sabemos.

La estética sincera: Por cualquiera página que lo abro, el libro me descubre al hombre. Al hombre que se expresa con una espontaneidad desconcertante, turbadora. Cierto que la sinceridad lleva en sí elementos de abandono: nada le es más contrario que la pedantería; pero no siempre sabe avenirse con la destreza. Hay muchas maneras de ser sincero, y aun se puede serlo con artificio; hay buenos y hay malos cómicos de sus propias emociones. Quizá en el mundo, y sobre todo

en el arte, hay que ser de aquéllos; y quizá nuestro poeta Nervo alarga la sinceridad más allá de las preocupaciones del gusto.

¡Oh, sí! Ésa es, nada menos, su nueva fuerza, su última manera de florecer. El que ayer supo ser intenso y exquisito poeta literario, se desarrolla ahora hacia la nitidez y la expresión directa. Y toda estética que se hace personal produce, por eso mismo, si no siempre algo inaccesible en cuanto a la forma, sí, por lo menos, algo inesperado en cuanto al fondo. Inesperado, no por extravagante —el poeta de *Serenidad* es y quiere ser el hombre menos extravagante—; inesperado porque nos es ajeno; porque es tan propio del poeta, que nos causa, al descubrírsenos, cierto estremecimiento instintivo; inesperado, tal vez, porque nos es tan frecuente y familiar que casi no lo hemos percibido. Y este matiz de pudor se acentúa ante una poesía de confesiones como la presente. *Serenidad* es un libro dedicado al yo del poeta. La base de su crítica consistiría, pues, en preguntarse cuál es, para el arte, la sinceridad útil, y cuál la inútil.

Pero todavía de este discrimen, que pudiera serle peligroso, el libro se salva por la intención humorística. En efecto, ¿quién pondrá ley al humorismo? Para el humorismo no hay Rengifos, no hay Hermosillas. Los tasadores del gusto quiebran a sus pies sus diminutas balanzas. El peor de los miedos de la inteligencia es el miedo al *humour*. También el poeta tiene derecho a juguetear con la lira en los entreactos de la exhibición. Por cierto que algunos no son sino poetas de entreacto, y no de los menos excelentes. Sólo que nunca serán ídolos del teatro, arrebato de multitudes. E ignoro por qué se haya de obligar al poeta a petrificarse en la exaltación de sus notas más agudas y, necesariamente, instantáneas. La vida cotidiana no tiene contorsiones escultóricas ni escenas de apoteosis. También hay una poesía cotidiana, sobre todo para el poeta que es ya un maestro, y en quien las minúsculas meditaciones al margen de la vida (como cuando propone suprimir las dedicatorias de los libros o se alarga, excesivamente, sobre la imagen del nudo gordiano) cobran, en cuanto nacen, ropaje de canción. Porque si Horacio era víctima del estilo y las tablas y, pensando en ellos, se

despertaba sobresaltado en mitad de la noche, Nervo dice: "Consonante, soy tu forzado..."

> Has cortado las alas al águila serena
> de mi idea, por ti cada vez más ignota,
> cada vez más esquiva, cada vez más remota.

Maestría de palabras: Así, pues, el poeta piensa que es víctima de su don verbal. Muy posible es que así suceda, hasta cierto punto. Si una de las notas del libro es la sinceridad, otra es la maestría de palabras. No relumbrantes, no parnasianas. El libro está escrito a cien leguas de la rima rica, y el autor le ha torcido el cuello a la elocuencia. Está demasiado cerca de la realidad para conformarse con ser un pulido estilista. Su maestría de palabra viene de cierta depuración de las ideas, y tiene por caracteres dominantes la brevedad y la transparencia. Mas en ese cristal donde apenas parecen refractarse los pensamientos, hay, si se le mira de cerca, no sé qué rasgos o figurillas, un disimulado sello personal. El autor que cuenta con una materia tan dócil, como vea que la huella de sus dedos se estampa en ella tan fácilmente, acaba por usarla casi sin darse cuenta: él cree que sólo ha estado pensando (acaso uno de aquellos pensamientos pensados a diario por todos los hombres, pero siempre íntimos y amados) y, cuando vuelve de su divagación, se encuentra con que ha estado escribiendo versos. La mano ha aprendido a escribir sin la voluntad, como una cámara fotográfica que, aun ciega, soñara con anteriores visiones y grabara —en la oscuridad— la placa sensible. La imagen será entonces débil, como vista a través del agua; pero imborrable, porque está hecha con lo más asimilado de las impresiones externas. La poesía *Inmortalidad* no luce un solo verso brillante, una idea nueva, la menor originalidad bruta: no la suprimiríais, sin embargo: en esa lámina transparente circula algo vivo, cierta idiosincrasia de expresión, sutil y lejana, pero real. El poeta ha usado su sello sin percatarse. Quizá hubiera sido mejor reservarlo para otro momento de inspiración, pero la maestría de palabras ha obrado sola. Y es así como este poeta puede ser, por algunos segundos, víctima de su don verbal. —En todo caso, el tono preferible para el lirismo egoísta (o "yoísta") es ese tono de poesía cotidiana. Los poetas de ayer

habían encontrado su fórmula en el romance ligero, por desgracia hoy muy olvidado.

El literato: Mi estética considera que hay tres categorías huhumanas: el hombre mudo, el hombre de letras y el hombre expresivo. Para llegar a *decirse,* a manifestarse intelectualmente, el hombre común necesita pasar por la difícil etapa del literato, en que es muy fácil encallar. Ayer la poesía de Nervo dejaba ver aún la simulación estética, cosa que no es censurable, que nunca desaparece del todo, porque es condición de la obra humana. Su alegría se pintaba labios y ojeras como cortesana (¡qué hermosos labios, qué soñadoras ojeras!); su dolor mostraba un ceño tan exagerado como la máscara de Melpómene. No me toca fijar, ni hay ya para qué repetirlo, el lugar que le corresponde a Nervo como poeta literario. Hoy, en cambio:

> Yo no sé nada de literatura,
> ni de vocales átonas o tónicas,
> ni de ritmos, medidas o cesura,
> ni de escuelas (comadres antagónicas),
> ni de malabarismos de estructura,
> de sístoles o diástoles eufónicas...

Está, pues, irremediablemente condenado al desamor de aquella mayoría absoluta de lectores para quienes cambiar (que es vivir) equivale a degenerar. Pero su obra adquiere innegable valor humano, y se queda al lado de las modas.

¿Su técnica? Para Nervo no es ya la hora de los hallazgos: ya no exhibe ejercicios de taller ni latinidades. Sería un anacronismo estudiar su técnica. Por lo demás, nada más extraño para él —en esta etapa a que ha llegado— que el concepto árabe del arte: el arte como adorno: la *fermosa cobertura,* que decía el Marqués de Santillana.

El prosador: El escritor de prosa que hay en Amado Nervo ha influido al fin en el poeta. Hace años que viene desarrollando en páginas breves ciertas ideas de ensayista curioso. A veces, ha mezclado en los libros prosas y versos. Ese ensayista curioso quiere tomar parte en la obra poética, y así, cuando Nervo el poeta dice, en *Mediumnimidad,* que él no

es el dueño de sus rimas, Nervo el prosista observa, en una nota, que gran número de altos poetas, como Musset, Lamartine y nuestro Gutiérrez Nájera, "han confesado el carácter mediumnímico de su inspiración". Este ensayista curioso siente atracción por las lucubraciones científicas, por los gabinetes de experiencias: hay, en el fondo de su alma, una nostalgia de la Escuela Preparatoria. Os aseguro que le gustaría escribir novelas de ciencia fantástica a la manera de Wells. Entre mis recuerdos, oigo todavía el rumor de cierto *Viaje a la luna* leído en la Sociedad Astronómica de México... Es este prosista el que ha llamado *Ultravioleta* a una poesía; el que se ha interrogado sobre la posibilidad de que el microscopio descubra, en el fondo de la materia, la nada en que palpita la fuerza (véase *Células, protozoarios*). Más adelante, es ése el que habla del imán de las constelaciones, y nombra a Aldebarán, Sirio, Capella, Rigel, Arturo y la Vega de la Lira; ése el que habla de *desdoblar* a simple vista el Alfa del Centauro; ése, en fin, el que diserta sobre el color de la luna.

El humorista: El humorismo tiene derecho a ser considerado como una verdadera filosofía. Paréceme que consiste su secreto en la percepción de las incongruencias del universo, en el sentido antilogístico de la vida, y es como la huella espiritual que nos deja esta paradójica experiencia: la naturalidad del absurdo. Entonces, el chiste no hace reír, sino meditar; también temblar. Y el humorista, emancipado del prejuicio racional, adquiere mayor energía que el filósofo. Como los aires ridículos entran en su ejecución, puede decirlo todo y atribuir, por ejemplo, causas mezquinas a los grandes efectos. Se cuenta con todos los recursos y todas las licencias: no queda más guía que el instinto, el valor sustantivo del espíritu. El humorismo es, así, un maridaje afortunado de prudencia y locura.

Pero, a veces, cuando se detiene en sus primeros grados, el humorismo no es más que una resultante de la libertad: libertad para decir cuanto se piensa o se quiere. Todo rasgo muy personal tiene algo de cómico. Y añádase el ánimo de sonrisa, la voluntad burlesca, y se construirá el humorismo

de Nervo, un humorismo que se queda en el tono medio de la conversación.

El estoico: Aunque sus esfuerzos de conformidad ("Mi voluntad es una con la divina ley") lo hacen declararse a ratos optimista, suele ser amargo. Lucha porque su filosofía no se torne adusta con las angulosidades de la edad.* Y, sobre todo, porque nunca llegue a matar el sentimiento del "sacrificio". El día que esto sucediera, Nervo dejaría de cantar. En verdad, del absoluto estoicismo, ¿podrá brotar una canción? ¡Quién sabe qué extraño, qué grotesco remedo de voz humana, pero no una canción! Si el estoico se torna asceta y adelanta en su disciplina interior, dando la razón a Siddharta Gautama y ensayándose para la muerte, el poeta —es irremediable— tendrá que callar. Por momentos me ha parecido que Nervo acabará por preferir el balbuceo a la frase, que se encamina al silencio. Su silencio sería, entonces, la corona de su obra.

El religioso: No es bastante sabio para negar a Dios, dice él. Cree a la manera vieja: ve a Dios en la rosa y en la espina, y se le siente unido a Dios en un panteísmo franciscano *(Solidaridad)*. Su estoicismo se enlaza fácilmente con su religión. La sinceridad de su sentimiento religioso resiste la prueba superior: la de la humillación ante la cólera divina. Mientras no se ha sentido sino el amor de Dios, se es un místico muy confortable.

> ¡Oh, Señor, no te enojes con la brizna de yerba!
> Mi nada no merece la indignación acerba
> de un Dios... ¿Es ley que emplees la flamígera espada
> de tu resplandeciente Miguel contra mi nada?
> Piedad para la oruga, Rey manso de Judea:
> Tú, que jamás rompiste la caña ya cascada,
> Tú, que nunca apagaste la mecha que aún humea.

Hay un instante en que se desprende de todo sentimiento terreno; se borran el placer y el dolor, y el poeta asciende por "la espiral que conduce a las estrellas", hasta el "Vértice

* Quien haya leído *Plenitud* (1918), sabe ya que, en la poesía de Amado Nervo, "el bien supo elegir la mejor parte".

Omnirradiante". Sensación de dinamismo, sugestiones de luminosidad, vértigo... Está a punto de llegar al éxtasis. Mas, como en Plotino, el alma retrocede espantada, en el propio instante en que toca la esfera superior.

El amante: El poeta tierno y cortés que hacía madrigales llenos de magia y rondeles airosos, deja oír todavía su voz, como desde lejos: soplan todavía hálitos de aquella selva de castillos y trovadores trashumantes. Pero todo esto es reminiscencias. El hombre de hoy es, por el vigor y aun las ocasionales torpezas, un amante verdadero:

Ayer decía:

> Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena, Afrodita,
> Cuanto he querido fuiste para mi afán avieso...

El amor le era afán avieso. Prefería los nombres sacados de los libros a las emociones personales. Un erotismo desbordado salpicó sus páginas. Hoy dice:

> Complacencia de mis ojos,
> lujo de mi corazón...
> Tú que te llamas de todos
> los modos,
> tú que me amas
> por la rubia y la morena,
> por la fría y por la ardiente...

No encuentro mejor paralelo entre los dos instantes de la obra de Nervo. De entonces acá mucho ha traído y llevado el viento de la vida. Un gran dolor ensombrece hoy el ánimo del poeta: que él mismo lo diga, todo sabe decirlo claro:

> ¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez años fue mía;
> ¡pero flores tan bellas nunca pueden durar!
> Era llena de gracia, como el Ave María,
> y a la Fuente de Gracia, de donde procedía,
> se volvió... ¡como gota que se vuelve a la mar!

Las poesías consagradas a este recuerdo parecen escritas a gritos: son la misma voz del sentimiento. Recorre Nervo la nota cruel y la lacrimosa, la heroica y la miserable. Asocia al recuerdo de su amor el imperecedero de la madre muerta. Bendice a Francia que le dio amor. Se acuerda de Dios:

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
es todo lo que puedo ya ofrecerte...
Tú me diste un amor, un solo amor,
un gran amor...
Me lo robó la muerte...

Y tras de recorrer estas hondas galerías de su alma, alcanzamos el pleno sentido de aquella intensa página:

Pasó con su madre. Volvió la cabeza,
¡me clavó muy hondo su mirada azul!
Quedé como en éxtasis...
Con febril premura,
"síguela", gritaron cuerpo y alma al par.
...Pero tuve miedo de amar con locura,
de abrir mis heridas que suelen sangrar,
¡y no obstante toda mi sed de ternura,
cerrando los ojos la dejé pasar!

Nervo no espera, seguramente, que su obra sea juzgada a la fría luz del "estetismo". Aparte de que su colección de versos es irreducible a la unidad: algunas de las actuales poesías valen más que otras, algunas valen menos. Sólo sería deseable que concediera algo a la miopía del vulgo literario, publicando aparte, por ejemplo, las poesías de tono humorístico y curioso, que no son, al cabo, lo mejor de su obra, aunque la completan y matizan.—Por lo demás, siga su senda: a nosotros nos tocará asociarnos a las emociones de su viaje, mirándolo por transfloración en las páginas de sus libros. En otros el arte disfraza. En él, desnuda.

París, 1914.

2. EL CAMINO DE AMADO NERVO

I

CUANDO Amado Nervo murió, era ya completamente feliz. Había renunciado a casi todas las ambiciones que turban la serenidad del pobre y del rico. Como ya no era joven, había dominado esa ansia de perfeccionamiento continuo que es la melancolía secreta de la juventud. Como todavía no era viejo, aún no comenzaba a quedarse atrás, y gustaba de todas las sorpresas de los sucesos y los libros: aún amanecía, cotidianamente, con el sol. Estaba en esa edad usual que ya no se ve ni se distingue, cuando ya no duele el sentimiento del yo. Por eso había logrado también dos grandes conquistas: divertirse mucho con sus propias ideas en las horas de soledad, y divertir mucho a los demás en los ratos de conversación y compañía. Yo nunca lo vi en una reunión (sabed que este santo era también algo mundano); estoy seguro de que nunca se colocaba en el centro; pero allá, en los rincones del diálogo, ¡qué manera de dominar, de hipnotizar y transportar a su interlocutor como envuelto en una nube de espíritu! ¡Qué facilidad para trasladarnos —hablando— de la tierra a los cielos! Y todo con un secreteo de confesor, y con una decente voluptuosidad de hombre que promete milagros. Su mayor afán era descubrir el mejor camino entre la vida y la muerte. Su ángel de la guarda tuvo que combatir y llorar. Hubo que sufrir una adolescencia de misas negras, una primera juventud llena de emociones saturnales. Un largo amor (¡corto!, dice él) vino a redimirlo, aquietándolo. Lo santificó una pérdida irreparable. El bien se abrió paso en su corazón. Un poco de sufrimiento diario —castigo aceptado por su alma católica— era un aviso de paciencia, un ejercicio de virtud. Y cuando al fin el poeta se puso en paz con la vida, ¿qué descubrió? Que estaba también en paz con la muerte. Yo quisiera saber decir cómo lo vimos, sus amigos, adelantarse conscientemente al encuentro de la muerte, lle-

varse de la mano al sepulcro. ¡Y qué sabia, y hasta qué oportuna su muerte! Oportuna, sí, a pesar de nuestras pobres lágrimas. ¿Qué hubiera hecho más sobre la tierra este hombre que tan clara y admirablemente había ya aprendido a morir? Hizo abrir —dicen los testigos— las ventanas. Quiso ver la luz. Sonrió. (Nunca perdía él aquella cortesía suave de indio, aquella cortesía en que ponemos algunos el mejor orgullo de la raza.) Y fue diciendo, explicando —sin sobresalto— cómo se sentía morir poco a poco, entrándole por los pies la muerte. Cuando la ola de sombra le colmó el pecho, él mismo se cuidó de cerrar los ojos, dio las gracias a los que le habían atendido, y murió. Y fue su muerte, por la aceptación, por la sencillez, por los dulcemente y bien que supo morir, un precioso ejemplo de la santidad de la razón.

II

Nadie como él para renunciar a las exterioridades ociosas. Por eso se fue volviendo interior; y, al paso, se fue volviendo casero. Y de casero, hacendoso. Y luego, de hacendoso, económico. Fue aquello como la transformación de su cara. ¿Qué se hicieron aquellas barbas bohemias que también pudieron servir de barbas diplomáticas? Fue más inconfundible y auténtico cuando se afeitó: el color moreno, los rasgos arqueados, la nariz interrogativa, los ojos entre magnéticos y burlones, la boca tan baja —tan baja que ya era mefistofélica—, un algo de pájaro, un algo de monje, un perfil de sombra chinesca, una gesticulación acentuada —congestionada, nunca—, todo parecía decir: *Amado Nervo*. Su cara, como su nombre, parecía un hallazgo y una invención hecha por él mismo. Y como desnudó su cara, su vida. Y su arte asimismo. ¡Si estuvo a punto de renunciar, a veces, al arte, con ese magisterio negativo de arte que sólo poseen los grandes poetas, y los ignorantes creen alcanzar a fuerza de haraganería literaria! ¡Qué buen oficial de su oficio! Por eso —diríamos— a veces dejó caer la herramienta y forjó los versos con las manos, como el que —seguro de su elegancia— se atreve a comer un día con los dedos. Últimamente —interior: casero: hacendoso: económico— ya no quería sa-

ber nada de literatura, ni menos de vida literaria; apenas salía a la hora del paseo elegante, o para acompañar al cine a Margarita: su última flor, esa *florecita* última de su vida: cuidaba sus tiestos y sus pájaros; o tal vez le daba los buenos días, de ventana a ventana, a su vecina Concepción, la muchacha de los brazos lindos; y, finalmente, entre irónico y precavido, se ponía, para escribir sus versos, los manguitos de lustrina. En esto paraba el que pudo soñar, de niño, en Kohinoor, Heliogábalo y Sardanápalo. ¿Decadencia o triunfo? Triunfo, porque todo fue superación del espíritu. Triunfo, porque todo fue conquista de alegrías profundas. Triunfo, porque, de la era de la pedrería y de los joyales —era en que su poesía vino al mundo—, todos habíamos pasado a la sed de la sencillez y la íntima sinceridad; y he aquí que Amado, allá desde su casita, sin quererlo ni proponérselo, iba reflejando el ritmo de su tiempo y se ponía a compás con la vida (y con la muerte).

III

Pero renunciar es ir a Dios, aun cuando no se tenga el intento. Y más cuando hay, como para Nervo, una llama de religión comunicada en la infancia. (¡Su infancia del Nayarit! Sé de ella muy poco. Todo soy conjeturas y acaso adivinaciones. Creo verlo descubriendo su pequeña parte divina, entre las creencias familiares y las supersticiones del pueblo que se le metían, naturalmente, hasta su casa. Pero de eso trataré después. Aquí sólo noto la curvatura esencial que el peso de la religión produjo en su mente, como el lastre de latín eclesiástico que se le quedó en el lenguaje.) En el retoñar de los veinte años, el mundo se vuelve alegorías y ornamentos. Y hasta las verdades más severas se visten de oropeles, y a veces se salpican con la espuma roja de la locura. Las joyas de la iglesia le interesarían más al joven poeta que los mandamientos de la Iglesia, y pensaría tanto en la palidez de María de los Dolores como en la blancura coqueta de la monja. No importa, no importa. Jesucristo hace su guerra. Y, por entre zarzas ardientes de pasiones, al cabo se deja oír la voz sagrada. ¿Qué pedía a su amante ese niño pecador, sino —mezcladas con sangre sacrílega— todas las caricias de

Safo, de Crisis, de Aspasia, de Magdalena y de Afrodita? Dejemos pasar algunos años. Ya la pasión irritable de los sentidos se ha vuelto verdadero amor. Una hija de Francia ha sabido cultivar al poeta. Y éste se acerca a aquella zona dorada de la vida en que la mujer es cuerpo y es alma, como lámpara con fuego interior. Entonces atrae sobre sí la cabeza que ha coronado de besos (la llama: "ufanía de mi hombro"; la llama: "lujo de mi corazón"), y ¿qué le pide? "Ámame —le dice— ámame tú por la rubia y la morena." Ya va dejando caer los oropeles. La rubia, la morena: estas realidades intensas de todos los días existen ya más, para él, que Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena y Afrodita juntas. Es un mismo verso en dos temperaturas, en dos afinaciones distintas. El verso, afinándose cada vez más, corre por toda su obra hasta el libro póstumo. Pocos años después, el poeta, viudo, no quiere ya nada de los amores humanos: "Ni el amor de la rubia ni el de la morena", asegura. Y en fin —con uno de esos titubeos voluntarios del gusto que, en sus últimas páginas eran como su última voluptuosidad (una voluptuosidad maliciosa)— se enfrenta sencillamente con Dios y exclama: "Es más hermoso que la rubia y que la morena." Convengo en que hay aquí más de "flirteo" religioso que de verdadero misticismo. Pero eso es culpa del ejemplo escogido. La tentación de seguir las evoluciones de un tema lírico me ha llevado a este pasaje, y tengo que darle, provisionalmente, un valor mayor del que tiene. Por lo demás, harto sabido que la preocupación religiosa era todo el tema de las últimas inspiraciones de Nervo: todos saben que el fuego en que se consumía el amante fue haciendo brotar en él, lentamente, el fénix de los amores divinos.

IV

Y, sin embargo, su Dios aún tenía resabios de demiurgo. De divinidad mediadora entre cielo y tierra, y no puramente celeste. El amor de Dios era para él una cosa tan tramada en la vida, que no acertó nunca a desentrañarlo de la materia. Poseía el poeta una espiritualidad ardorosa y transparente como la llama azul del alcohol; pero chisporroteaban en la

llama, aunque exhaladas hacia arriba, algunas partículas de materia incandescente. No se conformó con el espíritu puro. No le bastaba ceer en la inmortalidad del alma: quería, también, jugar a la inmortalidad del alma. Era religioso, pero era supersticioso. He dicho, tratando de su infancia: "Creo verlo, descubriendo su pequeña parte divina, entre las creencias familiares y las supersticiones del pueblo que se le metían, naturalmente, hasta su casa." A su testimonio me atengo: él vivía, de niño, en un viejo caserón desgarbado. En el patio crecían algunos árboles del trópico. Al rincón, el pozo de brocal agrietado y rechinante carril, donde vivía —cual un dios asiático— una tortuga. Los padres, los hermanos, la abuelita materna y una tía soltera, bella, apacible, retraída y mística que murió a poco, en flor, y a quien tendieron en la gran sala, en un lecho blanco, "nevado de azahares". "Esta mi tía muy amada soñó una noche que se le aparecía cierto caballero, de fines del siglo XVIII. Llevaba medias de seda blanca, calzón y casaca bordados, espumosa corbata de encaje cayendo sobre la camisa de batista, y empolvada peluca." El caballero le dijo que en un rincón de la sala estaba escondido un tesoro: un gran cofre de peluconas. La tía, "que soñaba poco en las cosas del mundo porque le faltaba tiempo para soñar en las del cielo", refirió el caso, muy preocupada, a la abuelita. La abuelita, como toda la gente de su tiempo, creía en los tesoros enterrados.

"Había nacido en la época febril de las luchas por nuestra independencia, en La Barca, donde su tío era alcalde. Más tarde, asistió a la jura del Emperador Iturbide, y recordaba las luchas del pueblo por recoger las buenas onzas de oro y de plata que, para solemnizar el acontecimiento, se le arrojaban en grandes bandejas."

En aquel tiempo los "entierros" eran cosa corriente. "Los españoles, perseguidos o no, reputaban como el mejor escondite la tierra silenciosa que sabe guardar todos los secretos. No pasaba año sin que se cuchicheara de esta o de aquella familia que había encontrado un herrumbroso cofre repleto de onzas." Los detalles del hallazgo eran siempre iguales: a poco de remover la tierra con la barreta, se oye un estruendo. Esto quiere decir que en aquel sitio "hay relación", hay te-

soro oculto. Si tenéis ánimo para seguir cavando, dais con "el" esqueleto. (El esqueleto —se entiende— del desdichado cavador, a quien se daba muerte para que no revelara el lugar del escondite. Según la magnitud del hoyo y del cofre, podía haber más de un esqueleto.) Finalmente, dais con el cofre. Abrirlo "cuesta un trabajo endemoniado". "Pesa horriblemente." Siempre, donde había un tesoro, había un alma en pena. El fantasma se aparecía por la noche, rondando el sitio. Se le hablaba siempre en estos términos: "De parte de Dios te pido que me digas si eres de esta vida o de la otra." "Soy de la otra" —respondía siempre el fantasma. Y ya se podía entrar con él en explicaciones. La abuela —sabia de estas noticias— hizo traer unas varitas mágicas (varitas de acebo, con regatón de hierro, cortadas la noche del Viernes Santo), y las varitas señalaron el mismo sitio que el caballero del sueño. La abuela quiso mandar tumbar la pared y abrir un hoyo. El padre de Amado Nervo se opuso. "Hemos perdido un tesoro" —suspiraba la abuelita. Y Amado Nervo creyó siempre que su abuelita tenía razón. ¡Conque de tan antiguo aprendió Nervo a confundir las cosas "de esta vida y de la otra"! ¡Desde tan temprano, junto a la idea del alma inmortal, se prendió a su espíritu la idea de que el alma es algo terreno, asible para los sentidos del hombre!

V

Esta religión impura declina fácilmente hacia el espiritismo y la magia. La ciencia misma —esa parte liminar de la ciencia que ronda las fronteras de lo conocido— se mezcla entonces a la religión. A veces, la ciencia pretende sustituir al mediador del cielo y la tierra. Como aquel que pierde la costumbre de beber agua y destila el agua de los otros alimentos que absorbe, así Nervo busca la emoción religiosa a través del espiritismo y la magia. Asiste a las sesiones en que se hace hablar a los muertos por boca del médium, y medita largamente en ello —como Maeterlinck. De la filosofía escoge, para su rumia personal, las teorías pitagóricas sobre la transmigración y las múltiples vidas: todo lo que sirva para jugar a la inmortalidad del alma. De Nietzsche le atrae el

"retorno eterno". De Bergson, las demostraciones, *coram populo,* sobre la perennidad de nuestro ser. También se dedica a la astronomía. —Yo sé bien —¡oh Pascal!— que la emoción de lo interplanetario, del espacio infinito, de las magnitudes estelares, de lo colosal remoto, de la danza de gravitaciones, el fuego inextinguible y la música de las esferas es un equivalente de la emoción religiosa elemental. En cierta Sociedad Astronómica Mexicana (la misma que Nervo frecuentaba), recuerdo haber escuchado de labios de un honrado vecino del Cuadrante de San Sebastián —astrónomo él—, tras de haber hecho desfilar ante el telescopio a un grupo de gente del pueblo, esta deliciosa pregunta: "Y ahora que ya sabéis que todos esos mundos se mantienen entre sí por la gravitación universal, ¿qué falta os hace la idea de Dios?" Lo que éste tomaba por lo ateo, otros los toman a lo piadoso. Ya se han burlado la crítica propia y la extraña de cierto poeta nuestro —Manuel Carpio— para quien la grandeza de Dios consiste en acumular mundos y mundos ("globos", solía él decir) en la inmensidad del espacio. Pues bien: Nervo, de una manera mucho más delicada —como que nunca le faltaba su recóndito dulzor de humorismo—, pedía también a la contemplación de los astros cierta sensación de grandiosidad y absoluto. Desde su ventana, que daba al Palacio Real, apostaba todas las noches el anteojo astronómico. Y, en general, le gustaba cultivar la ciencia curiosa, prosaica afición que ha dejado muchos resabios en sus libros de prosa y verso. Y es porque la ciencia curiosa —o magia moderna— también trata de evocar a los muertos. Es porque la ciencia curiosa está, como Nervo, por la varita de virtud de la abuela. "Las varitas mágicas —escribe— eran simplemente varitas *imantadas,* que ahora están en pleno favor en Europa. Los ingenieros las usan para descubrir manantiales, corrientes subterráneas y, con especialidad, *yacimientos metálicos."* Tales eran los juguetes de Nervo, tan parecidos a sus preocupaciones profundas. Y entre todas sus curiosidades domésticas, encontramos un librito negro, pequeño, que era, en parte, un breviario, y en parte, un relicario de *snob: La imitación de Cristo.*

VI

Comoquiera, este vivir en continuo trato con espíritus y reencarnaciones, con el más allá, con lo invisible, con el infrarrojo y el ultravioleta, aligera el alma y comunica a los hombres un aire de misterio. Nervo andaba por esas calles de Madrid como un testimonio vívido de lo inefable, de lo conocido. A fuerza de buscar lo sobrenatural sin hallarlo nunca, se resignó —como suelen los apóstoles del milagro— a reconocer que todo es sobrenatural. Hay, entre sus recuerdos dispersos, una página reveladora:

> El Desierto de los Leones es uno de los sitios más hermosos de la República Mexicana. Imaginaos, limitando el admirable Valle de México, un monte ensilvecido a maravilla de pinos y cedros, arado por profundos barrancos, en cuyo fondo se retuercen diáfanas linfas, oliente todo a virginidad, a frescura, a gomas; y en una de sus eminencias, que forman amplia meseta, las ruinas de un convento de franciscanos, de los primeros que se alzaron después de la Conquista.

Es un lugar de excursiones para los habitantes de la ciudad de México. ¿Quién de nosotros no recuerda —en los días de la Escuela Preparatoria— algún paseo a pie, a caballo o en burro al Desierto de los Leones? Se toma el tranvía de Tacubaya, y luego aquel encantador caminito de Santa Fe, donde el tranvía de mulitas serpentea entre colinas y parece que no llega nunca a su término: un tranvía inacabable como la jugarreta folklórica que todos sabemos:

> Salí de México un día,
> camino de Santa Fe,
> y en el camino encontré
> un letrero que decía:
> "Salí de México un día,
> camino de Santa Fe,
> y en el camino encontré
> un letrero que decía:"...
>
> (*Da capo*, eternamente *da capo.*)

El conductor y los pasajeros paran el tranvía de tiempo en tiempo para perseguir conejos a pedradas.

Y ya, de Santa Fe arriba, todo es andar por el bosque maravilloso.* Un día, en un ocio de Semana Santa, Amado Nervo fue de excursión al Desierto de los Leones. Esta excursión es todo un momento de la literatura mexicana. Iban con él Justo Sierra, maestro de tres generaciones; el escultor Contreras; Jesús Urueta, nuestro incomparable prosista, a quien, con cierta sal de humanismo, los mexicanos acostumbraban llamar "el divino Urueta"; Luis Urbina, poeta de romanticismo sereno; Valenzuela, gran corazón, y poeta, más que en los versos, en la vida. En cuanto al héroe de esta historia, Nervo ha preferido no nombrarlo, y lo alude así: "el más culto quizá, el de percepción más aristocrática y fina entre los poetas nuevos de México". Cayó la tarde y hacía frío. Mientras los peones preparaban la cena, todos se agruparon en torno al fuego. Con la complicidad del silencio y de la luna, se contaron, naturalmente, historias de aparecidos. Saltaba la llama; había como un deleitoso vaho de miedo... Y alguien, de pronto, dirigiéndose a Justo Sierra:

—¡Señor: allá abajo, entre los árboles, hay una sombra!

A la luna, en una explanada, entre pinos, pasaba, casi flotaba, un fraile resucitado, la capucha calada y hundidas las manos en las mangas.

Entonces, aquel poeta aristocrático y fino a quien Nervo no ha querido nombrar echó a correr en persecución del fantasma; lo acosó, le cortó el paso, lo cogió por los hábitos... El espectro resultó ser Urueta, que, de acuerdo con Contreras —esta vez escultor de espectros— había querido dar una broma a sus amigos.

—¡Suéltame ya, me haces daño! —gritaba Urueta. Pero el otro lo tenía cogido por el brazo, le hundía las uñas en la carne rabiosamente, lo sacudía con furia. Al fin, cuando fue posible desasirlo exclamó:

—¡Haber corrido locamente, toda mi vida, en pos de lo sobrenatural, y ahora que ¡por fin! creía tocarlo con mis propias manos, encontrarme con este "divino embaucador!" **

* Hoy, la expedición se reduce a unos minutos de automóvil por una hermosa carretera. Entonces, tomaba un mínimo de tres horas.

** El héroe de esta aventura es, realmente, Balbino Dávalos. Pero ¿no pudo ser el mismo Nervo?

VII

Y renunció. Se resignó a lo sobrenatural cotidiano y a lo cotidiano poético. Por aquí logró una sinceridad tan rara, que ya sus amigos no acertábamos a juzgar sus últimos libros como cosa de literatura, como obra aparte del autor. Para otra vez quiero dejar los análisis minuciosos; pero me parece, así de pronto, que esta evolución se percibe entre 1905 y 1909, entre *Los jardines interiores* y *En voz baja.* Cinco años después *(Serenidad)* el poeta es otro. Guiado por las confesiones de sus versos, creo que la simplificación de su arte coincide con su amor de Francia:

> ...un amor tiránico, fatal, exclusivo, imperioso
> que ya para siempre
> con timbre de acero mi vida selló!

Diez años lo acompañó este amor por la vida. Cuando se quedó solo, ya sólo sabía pensar en Dios.

Pero la simplificación tenía algo de apagamiento. Y la sinceridad, en el sentido moral de la palabra, no es necesariamente una condición positiva del arte. Me atreví a opinar que Nervo iba caminando hacia el mutismo. "Tiene usted razón —me escribió él—. Voy hacia el silencio." *

Y ¡qué injusto cuando juzgaba su obra pasada! Copio esta página de su *Juana de Asbaje,* donde está realmente como escondida, y me dispenso de todo comentario:

> Cuando en mis mocedades solía tomar suavemente el pelo a algunos de mis lectores, escribiendo *mallarmeísmos* que nadie entendía, sobró quien me llamara maestro; y tuve cenáculo, y diz que fui jefe de escuela y llevé halcón en el puño y lises en el escudo... Mas ahora que, según Rubén Darío, he llegado "a uno de los puntos más difíciles y más elevados del alpinismo poético: a la planicie de la sencillez, que se encuentra entre picos muy altos y abismos muy profundos"; ahora que no pongo "toda la tienda sobre el mostrador" en cada uno de mis artículos; ahora que me espanta el estilo gerundiano, que me asusta el rastacuerismo de los adjetivos vistosos, de la logomaquia de cacatúa, de la palabrería inútil; ahora que busco el tono discreto, el matiz medio, el colorido que

* En *Elevación,* algún tiempo después, escribe, sin duda pensando en esto: "De hoy más, sea el silencio mi mejor poesía."

no detona; ahora que sé decir lo que quiero y como lo quiero; que no me empujan las palabras, sino que me enseñoreo de ellas; ahora, en fin, que dejo *escuro el borrador y el verso claro*, y llamo al pan pan, y me entiende todo el mundo, seguro estoy de que alguno ha de llamarme chabacano... Francamente, estoy fatigado del alpinismo; y ya que, según el amable Darío, llegué a la deseada altiplanicie, aquí me planto, exclamando como el francés famoso: *J'y suis, j'y reste.*

VIII

Por todo el camino me fue escribiendo: "Yo no me despido de usted —me decía—, usted y yo estamos siempre en comunicación mental." Y recordaba nuestras charlas de París, andando por las calles nubladas; nuestras tardes plácidas de Madrid, en el café de la "Call'Calá" como él decía. Y, en el límite de los recuerdos comunes, las primeras palabras que nos cruzamos por los corredores de la Escuela Preparatoria —él profesor, yo discípulo—, seguros ya ambos de la sólida amistad que había de unirnos.

De pronto, dejó de escribirme... Tenía esperanzas de volver a Madrid. Había conservado, calle de Bailén, su casa puesta. La mañana aquella, los porteros se presentaron, llorando, en la Legación de México.

Y yo no me resigno a pensar que aquella fábrica delicada se ha deshecho. Y con un vago temor que parece inspirado en los miedecillos sobrenaturales que él gustaba de padecer, me pregunto si, mientras escribo, estará acechándome, inclinado sobre mi hombro, el pobre poeta. Ahora lo veo: ¡también yo trato de evocar a los muertos!

¡Hijo exquisito de tu raza, amigo querido! Querías ungir de suavidad, de dulzura el mundo... —En una carta me propone toda una doctrina de la cortesía trascendental, que él asociaba al recuerdo de la patria: "¿No ve usted —me dice— que hasta nuestra propia tierra es cortés en la abundancia y variedad de sus dones? Yo conozco raíces como la *charauesca* michoacana, y flores como una especie de floripondio, exclusivamente destinadas por aquella naturaleza a dar de beber al caminante sediento..."

Madrid, 1919.

3. CARTA A JUANA DE IBARBOUROU

Buenos Aires, 5 de mayo de 1929.*
Señora Dª Juana de Ibarbourou,
Montevideo.

ADMIRADA y querida Juana: Pronto se cumplirán diez años de la muerte de Amado Nervo, acaecida en Montevideo, en el Parque Hotel, el 24 de mayo de 1919. Por marzo del siguiente año, encontrándome yo en Madrid, se comenzó la publicación de las *Obras Completas* de Amado Nervo, cuya dirección literaria me confió el editor José Ruiz Castillo. Procedí al trabajo con ayuda de la familia y los amigos del poeta, y singularmente del escritor mexicano Genaro Estrada. El 24 de abril de 1920, dirigí una carta a mis amigos de *Nosotros*, Bianchi y Giusti, para que éstos la publicaran en su revista: "Gran parte de la obra dispersa de Amado —decía yo— se publicó en periódicos y revistas de Sud-América, y de Buenos Aires sobre todo. ¡Imposible reunir todo eso desde Madrid, si ustedes no me auxilian!" Ellos anduvieron un poco perezosos, y sospecho que todavía quedan por las revistas del Plata muchas cosas que han escapado, y hago votos para que vaya con fortuna el joven investigador Gervasio Espinosa, que se ha lanzado ya a buscarlas.

Quise proceder con todo el rigor que se pone en la edición de los clásicos, y dejé constancia de las variantes y correcciones sucesivas. Una vez la edición en marcha, acaso incurría yo —por la misma abundancia de materiales— en errores que procuraba después ir corrigiendo en los apéndices de los tomos ulteriores (véanse, por ejemplo, los tomos XVII y XXVIII). Puedo asegurar que la tarea era difícil. Ya he contado, en cierta inocente y calumniada carta que va al final del *Reloj de sol,* cómo tuve que sacar un índice de los primeros versos de cada poesía, para no enre-

* Estimulada por esta carta, Juana de Ibarbourou organizó el 24 de mayo de 1919 una conmemoración a Nervo en Montevideo.

darme con las barajas que Nervo hacía de libro a libro; cómo tuve que precaverme contra su costumbre de cambiar títulos, comienzos y finales a los cuentos o artículos que enviaba a distintos periódicos; cómo casi me ponía yo a evocar la sombra de mi llorado amigo —tratando de meterme en sus hábitos mentales, en sus formas de pensamiento— para dar con la correcta distribución y repartición en libros del inmenso montón de prosa que dejó sin recoger en volumen.

Yo hubiera preferido que las *Obras* de Nervo aparecieran en cinco o seis tomos compactos y empastados, de papel fino, en formato de cuarto mayor, y sin ilustraciones, pero eso no era ya asunto mío sino de mi amigo Ruiz Castillo. Éste tampoco dejaba de tener su disculpa, y yo mismo me encargué de explicarlo así a los directores de *Nosotros;* "...Tales son las dificultades del papel en estos días, que no somos dueños de la elección, y tenemos que conformarnos con ese papel pluma que tendrá muchas ventajas, pero no la de permitir tomos como los que yo había soñado. Así pues, ha habido que limitarse, más o menos, a la reproducción de los tomos originales, casi libro a libro."

Y así, dando tumbos, llegamos hasta el tomo veintiocho. Ahora veo que el editor ha acertado a juntar todo un tomo número XXIX, bien nutrido y documentado; y con singular complacencia y agradecimiento he advertido que su mano benévola se resisitó a borrar mi nombre de la portada, por más que yo sea ya del todo ajeno a la elaboración de este tomo suplementario.*

Todavía nos queda a los amigos de Nervo la tarea de ir coleccionando sus cartas, entre las cuales hay algunas de profundo valor humano. Cuando esto sea dable, se apreciará mejor la personalidad moral de Amado Nervo que, como sabemos, ejerció para muchos y para muchas un ministerio casi religioso de confidencia y de consejo. Yo, aunque he escrito ya un par de estudios ("La serenidad de Amado Nervo" y "El camino de Amado Nervo") y aunque ahora me propongo publicar otro sobre "El viaje de amor de Ama-

* La continuación de las *Obras Completas* quedó en manos del Dr. A. Méndez Plancarte, fallecido desgraciadamente en 1955.

do Nervo", creo que se me queda mucho en el tintero, sólo en lo que se refiere al trazo completo de la vasta personalidad sentimental del poeta; ¡no digamos ya lo que sería el verdadero estudio técnico de su obra, y la pintura del cuadro de época literaria y política en que se produce! En este sentido, van a ayudarnos muchos libros como la *Historia de la Literatura Mexicana* que acaba de publicar Carlos González Peña y que no me canso de recomendar a todos, y la insustituible *Antología* de Genaro Estrada, que tan bien se completa, para la época posterior, con la de Jorge Cuesta, de los "Contemporáneos".*

Entre tanto, quiero comunicarle unas cuantas notas que he ido tomando al margen, relativas a la infancia de Amado, tal como se refleja en su obra.

I

> Nací en Tepic, pequeña ciudad de la costa del Pacífico, el 27 de agosto de 1870.** Mi apellido es Ruiz de Nervo; mi padre lo modificó, encogiéndolo. Se llamaba Amado, y me dio su nombre. Resulté, pues, Amado Nervo; y esto, que parecía seudónimo —así lo creyeron muchos en América— y que, en todo caso, era raro, me valió quizá no poco de mi fortuna literaria. ¡Quién sabe cuál habría sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral, o si me hubiese llamado Pérez y Pérez! †

* Sería injusto no añadir aquí *Las cien mejores poesía (líricas) mexicanas,* de Castro Leal, Toussaint y Vásquez del Mercado, y especialmente la nueva edición refundida por Castro Leal, México, 1935.

** La ciudad de Tepic, antes capital del *Territorio* Federal de Tepic, hoy ha ascendido de categoría y de prosapia y es capital del Estado de Nayarit de Nervo. No faltaron críticos que encontraran excesivo el homenaje, alegando el consabido argumento de que "antes habría que cumplir con la memoria de éste y de aquél". No saben, los que así razonan, para quién trabajan. Si no empezamos alguna vez, ¿cuándo vamos a hacer justicia a los poetas? Conste, en todo caso, para que se disipe cierta anfibología de que yo mismo soy responsable en parte, que Amado nació el 27, y no el 24, como hemos dicho por ahí.

† La exquisita sensibilidad verbal de Rubén Darío supo aprovechar esta rareza del nombre de Amado Nervo:

> *Amado es la palabra que en querer se concreta,*
> *Nervo, la vibración de los nervios del mal...*
> *Fraile de los suspiros, celeste anacoreta*
> *que tienes, en blancura, la azúcar y la sal...*

Como se ve, Darío, empujado por las meras asociaciones verbales del nombre, llega fácilmente a la teoría psicológica que los modernistas tenían de sí

Empecé a escribir siendo muy niño; y, en cierta ocasión, una hermana mía encontró mis versos, hechos a hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo escapé a un rincón. Mi padre frunció el ceño. *Y eso fue todo.* Un poco más de rigidez, y escapo para siempre. Hoy sería quizá un hombre práctico. Habría amasado una fortuna con el dinero de los demás, y mi honorabilidad y seriedad me abrirían todos los caminos. Pero mi padre sólo frunció el ceño. Por lo demás, mi madre escribía también versos, y también a hurtadillas...

("Habla el poeta", *Renacimiento,* Madrid, octubre de 1917, pág. 467).

II

Cuando niño, vivía yo en un caserón desgarbado, sólido y viejo, que era como la casa solariega de la familia.

¡Oh, mi caserón desgarbado, sólido y viejo, vendido después a vil precio, a no sé qué advenedizos que fueron a turbar el silencioso ir y venir de los queridos fantasmas!

En su patio lamoso crecían bellos árboles del trópico, y en un rincón, el viejo pozo de brocal agrietado y rechinante carril servía de guarida a una tortuga, que desde el fondo y a través del tranquilo cristal del agua nos miraba, estirando, cuando nos asomábamos, su cabeza de serpiente, como un dios asiático.

Moraban en esa casa, con mis padres y mis hermanos, mi abuelita materna, y una tía soltera, bella, apacible, retraída y mística, que murió a poco, en flor, y a quien tendieron en la gran sala, en un lecho blanco, nevado de azahares.*

mismos y de su moral, y que se reduce al "paralelamente", de Paul Verlaine: Dios y Satán, oración y pecado. Nervo, que así lo creía en su primera juventud, dice "a la católica majestad" de Paul Verlaine:

Flota como el tuyo mi afán entre dos aguijones:
alma y carne, y brega con doble corriente simpática
por hallar la ubicua beldad en nefandas uniones,
y después expía y gime con lira hierática.

* Es la "arrimada" de las antiguas familias mexicanas, que yo mismo he conocido: a veces es una hermana soltera, a veces una hermana viuda, a veces una simple amiga, a veces una criada ascendida con los años a la calidad de esclava familiar. Estas mujeres se sacrifican por el hogar ajeno, y renuncian a su propia vida para cuidar la casa o los hijos de la hermana, de la cuñada, de la señora a quien sirvieron desde niña. A veces son muy bellas, y todo el mundo dice: "¡Es una iniquidad!", pero así sucede (o sucedía). Hace unos tres o cuatro años, mi nodriza Paula Jaramillo me escribió todavía, desde un pueblo de mi Estado natal (Nuevo León): la pobre anciana ya no servía para nada desde hacía muchos años; pero, según ella misma me explicaba, vivía "arrimada" a la familia del médico.

La abuela "había nacido en la época febril de las luchas por nuestra independencia, en La Barca, donde su tío era Alcalde.*

> Cuando el Padre Hidalgo entró a la ciudad solemnemente, ella lo contemplaba, según nos contó muchas veces, pegada a la capa de su tío el Alcalde.
>
> Más tarde, mucho más tarde, asistió a la jura del Emperador Iturbide, y recordaba las luchas del pueblo por recoger las buenas onzas de oro y de plata que, para solemnizar el acontecimiento, se le arrojaban en grandes y cinceladas bandejas.
>
> *(Las varitas de virtud).*

Por los rincones de la "desgarbada casona", revoloteaba la superstición popular. La tía mística tenía sueños fatídicos, y la abuelita hablaba de tesoros enterrados. Ya lo he contado más despacio en "El camino de Amado Nervo".

La familia era numerosa, y constaba, además del padre y la madre, de cuatro hermanos (Amado, Juan Francisco, Luis Enrique y Rodolfo Arturo) y cinco hermanas: Virginia, Catalina —estas dos, primas carnales, hijas adoptivas de los señores Ruiz de Nervo—, María de los Ángeles, Elvira y Concepción. Como se ve, una verdadera familia patriarcal, una pequeña tribu. Trece, contando a la abuelita y a la tía. Es todavía la tradición de la antigua "clientela" romana.

III

En la poesía "Vieja llave" *(En voz baja)*, poesía por lo demás muy conocida y que he oído ya recitar en las escuelas, encontramos otra vez a la abuelita, con la vieja llave cincelada pendiente de la cintura, yendo y viniendo del estrado a la cancela, de la despensa a los graneros, por los

* Yo, amiga Juana, también tengo que ver con La Barca, pueblo del Estado de Jalisco, famoso por su leche y sus quesos, donde a mi abuelo paterno, el coronel Domingo Reyes, también fue autoridad política. (¿Sabía usted que *casi todos* mis antecesores varones murieron en la defensa de las instituciones liberales? Y los pocos que, como el tío Onofre, no perdieron la vida, perdieron la fortuna. El tío Onofre, que era un aristócrata, un refinado Des Esseintes provinciano, cuando tuvo que vender su cuchillería de oro, compró cubiertos de palo, porque los metales viles le daban asco.)

corredores de la casa, como yo mismo vi a mi madre en la infancia.

La llave, dice, ya no cierra ni abre nada: en verdad, abre para él un mundo de recuerdos. Vuelven a aparecer ante sus ojos la casa paterna, el gran ropero de antaño, el arca que se vendió, el baúl de cuero,

el mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.

Porque la zona en que el poeta nació, dominada por las corrientes del Pacífico, todavía está llena de semejantes objetos, y me aseguran que hay muchas chinerías por todo el camino de diligencia que va de Acapulco hasta México. Si por Veracruz, y a través del Atlántico, llegan a México las cosas de Europa, por la banda del Pacífico llegan los juguetes del lujo asiático, que tan bien casan con algunos productos indígenas.

Nervo habla de las porcelanas llenas de pájaros y flores, de marfiles, lacas y perfumes antiguos, de la canela,

el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales,
y la miel de los panales,
tentación del paladar.

Y en ese ambiente, en ese aroma, hay que representarse la infancia y la vieja casa de Nervo, con no sé qué relente, también, de pelo de muchacha recién bañada (¡toda nuestra niñez!), que he encontrado no sé en qué página perdida. "Tu torcida arquitectura" —dice de la llave,

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa oscura
(que en un día de premura
fue preciso vender mal);

es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés, mi prima, y yo,

nos dijimos tantas cosas,
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó.

De esta casa sacó Nervo la vaga afición a recordar lo que no ha existido, y cierto apetito por los colores, los olores y los sabores. Es decir: misterio y voluptuosidad.

IV

También tuvo un maestro de música. Pero todo, para Nervo, había de traer cierto aviso divino, cierto mensaje extraterrestre:

> Tuve, en mi niñez, un maestro de música ciego. Su sutileza era tal que, cuando entraba en una habitación, sabía inmediatamente si en ella había alguien, y dirigíase sin vacilar a la persona aquella, enfadándose si no se le respondía, y preguntando irritado: —¿Es usted sordo?
>
> Al trasponer el umbral de una puerta, el ambiente de la pieza hacíale adivinar si era reducida o espaciosa.
>
> *(La alegría de los ciegos).*

V

Después vino el Seminario de Jacona, donde Nervo aprendió, amén de parábolas y sentencias latinas (era un poco exégeta), a cultivar sus ansias celosamente, en lo más sigiloso de su alma. Su sonrisa, hasta entonces solamente amable, comenzó a afinarse, como la del que trae un secreto bajo el manto; y con los años, acabó por hacerse magnética. En los olvidos absortos de la capilla, ante el ensueño de las lucecitas temblonas, aquella naturaleza febril iba concentrando su osmazomo.

En cierta carta íntima escrita en Montevideo en vísperas de su muerte (17 de mayo), acabo de encontrar este recuerdo:

> Los Padres Jesuitas me decían cuando era pequeño: *no discutas con el Diablo, porque es más fuerte que tú y te convencerá.* Yo le digo: no discuta con la duda. Arrójela sencillamente. Todo es verdad en Dios y en los corazones puros.

Pero las influencias del seminario sobre aquel misticismo en ascensión, que antes de llegar a la pureza tuvo que pasar por la selva oscura de los gustos sacrílegos y por las puerilidades del arrobamiento ante los meros oropeles del culto, exigiría un estudio aparte.

Nada más por hoy, amiga mía; una simple recordación para el grande hijo de mi pueblo que tenía, como lo dijo él mismo, perfil de águila y entrañas de paloma. Su extrahumana faz trigueña y seca, hecha ya una mascarilla mortuoria (la cara que le conocieron en Montevideo, y de que nos han quedado esas últimas fotografías tan trágicas), arde a veces en mi conciencia con toda la fuerza de una verdadera aparición. Estoy por creer que me anda rondando, como aquellos fantasmas de su abuelita que venían a denunciar el sitio de los tesoros enterrados. . .

Besa sus manos devotamente.

A. R.

4. EL VIAJE DE AMOR DE AMADO NERVO

I

HOY, a los diez años, es de creer que la constelación que había de brotar de su alma esté ya encendida. Todo él será ya puro espíritu: regalo de todos, como una fuente en una plaza. Ceñido al estilo del recuerdo, ya se despojó de los aditamentos y estorbos de todo aquello que se mueve. Ya está hecho como de cielo. Se fue del todo, y comienza, por eso, a ser todo nuestro. Su misma intimidad es parte de nosotros mismos. Enfrentado con lo absoluto, ya no es aquel afable señor que conocimos. Ya su casa es nuestra, y está edificada en la otra dimensión del tiempo. Hasta podemos empujar la puerta sin permiso, entrar en los misterios. No hay mayor respeto que el afán —castigado y pudoroso, eso sí— de conocer bien al poeta; de entender su amor y su dolor, de captar en nuestras penumbrosas redes de atisbos unos cuantos de sus pececillos de oro. Dice Paul Valéry:

—Apenas muertos, nos vamos, con la velocidad de la luz, a juntar con los centauros y con los ángeles.

II

A lo mejor hemos entendido con excesiva simplicidad el proceso, el camino de Amado Nervo. Su mayor crisis poética, reflejo sin duda de una crisis moral, se sitúa entre los años de 1905 y 1909, entre los *Jardines interiores* y *En voz baja*. Yo he dicho: "Cinco años después *(Serenidad)* el poeta es otro. Guiado por las confesiones de sus versos, creo que la simplificación de su arte coincide con su amor de Francia... Diez años lo acompañó este amor por la vida. Cuando se quedó solo, ya sólo sabía pensar en Dios." En Dios, sí, porque Dios viene a ser la síntesis del amor y la muerte. Pero ahora sé mejor que antes que Nervo no abandona nunca la esperanza de la felicidad terrena. Ahora me

parece más bien —a la luz de otros descubrimientos— que el amor lo acompañó siempre a lo largo de su viaje. Más aún: ¿quién dice que el amor no lo llevó en peso, a la hora de volar sobre el tránsito desconocido? Podemos entrar, empujar la puerta: esa voz secreta que nos detiene cuando violamos un derecho sagrado no se deja oír esta vez. Hay permiso. Somos convidados.

Entramos, y ya no creemos que Nervo se haya resignado nunca a apearse de la esperanza. Su instinto era demasiado seguro. Sólo el amor nos lleva a Dios. No importa que, en el vacío que dejó la Amada Inmóvil, haya aparecido la idea de la Divinidad un poco descarnada y abstracta. "El amor de Dios —he escrito también— era para él una cosa tan tramada en la vida, que no acertó nunca a desentrañarlo de la materia." Pronto comienza a convertir sus oraciones en galanteos; ya dice de Dios que "es más hermoso que la rubia y que la morena". Ya va, otra vez, a sembrar en suelo bien terreno el árbol, provisionalmente descuajado, de sus místicas aspiraciones. ¡A lo mejor habíamos entendido con excesiva simplicidad su proceso! ¿No veis que muy pronto vuelve a deshojar la margarita? (Permitidme la frase hecha, a cambio de la alusión que van a entender muy bien sus amigos viejos.) ¿No veis que ya sus versos comienzan de nuevo a revelar una expectación ansiosa de amor, y al fin expresan el torturante afán por dar caza a aquella mariposa que cada vez se le deshacía entre las manos —como ese reflejo tembloroso que suelta el agua al sol? No: no reniego de mi anterior dibujo. Propongo otra perspectiva, otro escorzo. Acaso aquél, más esquemático, me sirvió para abordar el asunto. Acaso éste sea más real. Y yo me figuro que ambos son verdaderos.

III

Consideremos esta historia de amor. No hagamos caso del tono meramente galante, que se mantendrá —entre cortesía y donosura— por toda su obra. Veamos la responsabilidad que incumbe a la mujer en la modelación del poeta, punto que ninguna crítica debiera olvidar.

Primero, entre sus ardores de niño pecador, gusta de

sentir en la caricia ciertos resabios de sacrilegio. Hay locura en aquellos primeros versos febriles, donde el aparato de los oropeles litúrgicos encubre, más de una vez, otros afanes. Hay también cierta afectación satánica, muy de su momento. Todo esto pasaba entre el siglo XIX y el XX. Aún se hablaba de Misa Negra. "Mi afán avieso", así habla él de sus propias pasiones. ¡Y decir que, aun para caer en tales desvíos de lujuria (porque, más que amor, aquello era todavía lujuria), hacía falta llevar adentro la lumbre de la inquietud religiosa!

Pero el fénix nace del fuego. Pronto *(Lira heroica)* traslada ya el sentimiento del amor a más alta esfera:

Amar: eso es todo; querer: todo es eso.
Los mundos brotaron al eco de un beso.

Es la hora del vasto romanticismo juvenil, del "amor de amor" que lo mismo hallamos en San Agustín que en Espronceda.

IV

La segunda época de amor comienza exactamente, en París, el 31 de agosto de 1901, y acaba, en Madrid, el 7 de enero de 1912. Ana, la Amada Inmóvil, es ya, en el reino de nuestra poesía, aquella mujer que trae el encargo de consumir en el joven las últimas llamaradas de la adolescencia, de ir acendrando y posando el vino de sus apetitos, de hacer subir al poeta desde la aventura callejera hasta el sentimiento maduro, donde la amante es poseída en cuerpo y en alma: fuego profundo y lento, que da al barro humano su última y definitiva cocción.

Él había salido en busca de una amiguita por el Barrio Latino. La muchacha no acudió a la cita. El azar lo puso frente a Ana. "Yo no soy una mujer para un día", le dijo ella. Y le duró diez años, los mismos que le duró a ella la vida. "París, Londres, Nueva York, México, Bruselas, Roma, Venecia, Florencia... Medio mundo nos vio juntos." Esto, durante las alegrías raudas de los viajes, en que "nos desquitábamos ampliamente". Pero ¿los vio el mundo cuando realmente se detenían en alguna parte a vivir, y a disfrutar

de su amor y buena compañía? "Como aquel nuestro cariño inmenso no estaba sancionado por ninguna ley... —confiesa— no teníamos el derecho de amarnos a la luz del día, y nos habíamos amado en la penumbra de un sigilo y de una intimidad tales, que casi nadie en el mundo sabía nuestro secreto."

No preguntemos nada; aquel sigilo era necesario por entonces al corazón de Amado Nervo, y por eso lo prolongó sin duda. Él necesitaba querer así. Su amor era una fabricación secreta, como la que se obra en la crisálida. De allí brotarán sus versos más nobles, hasta llegar a *Serenidad*. Ella, después de muerta, continúa radiando fulgores. *La amada inmóvil* nos da el dolor del arrancamiento, y el comienzo de la resignación. Porque, aunque Nervo contempló el suicidio, "¡tuve miedo! —dice— miedo de que, según tantas lecturas pretenden, mi voluntaria destrucción me apartase para siempre del objeto adorado, en cuya busca justamente quería ir. Me asustó, no la aprensión vulgar de la muerte, sino el horror de una ausencia todavía más terrible, infligida por castigo...". Ya, en *Elevación,* parece que el poeta sólo sabe orar. ¿Y el pecado? Oídlo:

En la armonía eterna, pecar es disonancia.

V

Sin embargo, en su alma hay un hueco, y su poesía baja un poco el vuelo y se hace prosaica por instantes. Algo le falta. Cuando se da cuenta, el tono sube, se depura. Confiesa que lo habita todo una honda expectación:

Oh, vida: ¿me reservas por ventura algún don?
.....
¿Será un amor muy grande tu regalo mejor?

Es inútil disimularlo: ha quedado un hueco. Y él mismo, en *Plenitud,* va a decirlo: "Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor."

¿Qué nuevo amor podrá ser éste, que el poeta siente aletear, ya doblado el tormentoso cabo de los cuarenta? La transición se resuelve al fin en una certeza dolorosa: está

enamorado, a pesar de aquel "miedo de volver a abrir sus heridas" de que habla en un poemita que todos recordamos.

VI

Helo otra vez enamorado. Tras de la experiencia —verdaderamente matrimonial— de la Amada Inmóvil, su amor va a ser ya todo de espíritu. ¡E imaginad un cetrero sin halcones, empeñado en cazar un pájaro con un pensamiento! Porque ahora la pugna amorosa no va a entablarse entre un hombre y una mujer, de igual a igual y sobre el lecho leal de los humanos deseos. No: esta vez es una quimera, casi una anticipada dolencia de senilidad; esta vez es una punzante y tierna aberración, que hace recordar a los tritones de Góngora, enamorados de Galatea, la ninfa terrestre:

...¡Oh, cuánto yerra
delfín que sigue en agua corza en tierra!

Todo un elemento los separa: todo un medio biológico. Y ese medio —invisible pero irreducible— es el tiempo. Él hubiera preferido callar: no pudo. Dice así, en *El estanque de los lotos:*

No quería decirlo. Su espíritu altanero
puso a los impacientes labios timbre de acero.
No quería decirlo: moriría inconfeso...
Hubiera dado toda su vida por el beso
de aquella boca virgen...
Pero un día, el simún pasional, rudo y bronco,
sacudió más las ramas, agitó más el tronco.

Y el pobre empezó a decirlo todo:

—¡Imposible, Miguel, ha puesto usted el colmo
a su audacia! ¡Eso fuera pedir peras al olmo!
¿Yo con mis dieciocho años esposa de usted? ¡Ca!
¿Cómo decir "te quiero" sin añadir "Papá"?

No se engañaba respecto a su situación equívoca, pero no podía evitarlo. Hasta es cruel consigo mismo:

El pobre hombre acabó por hundirse en los lodos
de las indignidades y las humillaciones.
Habló de *conveniencias,* prometió muchos dones...

Pero, dichosamente para tales menguados,
dieciocho años suelen ser desinteresados...

"Véncete primero a ti mismo, si después quieres vencer a otro", le decía su voz interior. Y como el poeta no era, al fin y al cabo, más que un hombre, aquel incómodo luchar va sacando de su corazón un jugo amargo y desconocido. Toda mirada joven que se cruza con la suya parece mirada de rival. Unos celos absolutos, cristalizados y perfectos (en *El diamante de la inquietud* nos ha dado la profundidad abismal de este océano: allí concibe unos celos capaces de matar de angustia al objeto celado y de perseguirlo más allá, pasando el arco de la muerte), unos celos contenidos siempre, pero siempre avizores, comenzaron a hacer irrespirable su vida. Por eso cuando, ya próximo a la muerte, cree encontrar el reposo para su sed de ternura, dice que lo habrá ganado con siete años de sufrimiento: 1912-1919. Entretanto, queda *El arquero divino* como testimonio de este empeño que él mismo llamará "testarudez":

Mas, cerrando puños y ojos,
yo te digo: *quiero, quiero*...

El día que me quieras tendrás más luz que junio...

Destino: dime dónde, cómo, cuándo:
¡considera que un alma está esperando!

Por esa puerta huyó diciendo *¡nunca!*
Por esa puerta ha de volver un día...

No sabemos adónde hubiera llegado esta carrera despeñada, a no ser por esas providenciales intromisiones de lo que, con tanto desdén, solemos llamar el mundo exterior. Nervo, atado a un servicio oficial, tuvo que irse a México, y al fin vino a dar a Buenos Aires. No sabemos cuándo renunció. El espacio se interpuso, y acertó a romper el sortilegio que el tiempo no había podido atajar. Así pues, en tanto que Nervo llegaba al carmen, al jardín final, alargaba tenazmente la mano para alcanzar una humilde margarita... ¡y no la lograba!

VII

De Madrid a México: el sacudimiento de un largo viaje y la fresca ráfaga del retorno a la patria, donde el poeta comprueba que puede entenderse con los jóvenes —la mayor alegría para un poeta que ha comenzado a envejecer—. De México al Plata y a Buenos Aires. Ha colaborado muchos años en los diarios y en las revistas. Aquí lo conoce todo el mundo. Hasta ha mantenido correspondencia con algunas musas del Plata, ejerciendo muchas veces aquella función de confesor laico o de consejero espiritual que correspondía tan bien a su nobleza ingenua. Las cartas de mujeres, llenas de consultas, de historias vagas o precisas, han quedado cuidadosamente selladas, guardadas por índice alfabético. Hasta sé de alguna niña porteña a quien, desde España, Amado Nervo ayudó, por carta, a bien morir.

Ya él no creía pertenecerse, y tenía razón; ya empezaba a ser de todos: sólo le faltaba la muerte para volcarlo en los demás por completo. Pero ¿quién piensa ahora en la muerte, entre los mimos de una hospitalidad cálida, fraternal, realmente insuperada? Después del silencio, del olvido casi completo en que discurría ya su vida madrileña, Buenos Aires lo recibió como un hogar en fiesta. En tres meses ¡qué rastro largo! ¡Qué recuerdo cierto, y qué corte, en torno, de falsos o supuestos recuerdos! Los que no lo conocieron, ahora, cuando lo evocan, se convencen de que lo conocieron y lo trataron asiduamente. El poeta nicaragüense Salomón de la Selva quería escribir una sátira sobre los que pretenden haber ayudado con dinero a Rubén Darío. Otra, pero mucho más piadosa, podría escribirse sobre los que acompañaron a Amado Nervo, en el Parque Hotel de Montevideo, el día de su muerte. Tal es el espejismo de aquella memoria avasalladora. El hombre, más grande que sus versos, habita hoy, como la pequeña efigie de plata de los latinos, entre los lares de aquellos a quienes acaso no trató en vida.

Él tenía que defenderse: *tournée* diplomática, visitas, banquetes, conferencias y, para colmo, ¡una cancillería trepidante de máquinas de escribir! Con esa travesura que sólo

conocen los muy justos, se escondía y se escabullía, ofreciendo a unos la excusa del compromiso con los otros. Hasta para quedarse solo en casa entre los amigos o amigas de su predilección (¡y cuánto le gustaba encerrarse a charlar así, los días de lluvia!), tenía que contar a sus subordinados que estaba ausente. ¡Y qué alivio cuando lo dejaban en libertad para callejear un par de horas! Todo le divertía; pero, sobre todo, lo que no miraban los demás. Si quería ofrecer un presente, no se le ocurría comprar una piedra preciosa, sino que recogía del suelo una piedrecita de color, y corría todo Buenos Aires hasta no dar con un bolso diminuto, adecuado al tamaño de la piedrecita.

Así, me figuro, comenzó a remansarse su alma, al paso que la enfermedad se enseñoreaba cada vez más del cuerpo. No sé en qué momento sobrevino el milagro. Los documentos que hemos encontrado son de abril del año diecinueve, un mes antes de su fallecimiento.

VIII

Su sed de amor no tiene fin. Esta vez será un amor candoroso, agradecido, tímido y tierno; un verdadero noviazgo espiritual al que ni siquiera falta el toquecillo romántico de la oposición por parte de la familia. Pero dos claros ojos de mujer no se engañan: aquel hombre llegó hasta ella, de tan lejos, muy penetrado ya de silencio. Su mirada comenzaba a tener destellos más que humanos. Ya el ángel de la muerte lo seguía como su sombra. Él se creyó rejuvenecido, y hasta se entregó a ejercicios corporales para deshacer las agujitas de vidrio que la enfermedad y los años le habían metido por los músculos, ejercicios que a veces sólo servían para empeorarlo. Al fin se olvidó de la muerte ¡teniéndola tan cerca! Pero dos claros ojos de mujer ven mucho en lo invisible: ella comprendió que le correspondía ser piadosa, y no hizo más que aceptar su santo destino de enfermera. De cuando en cuando, él parece darse cuenta, y reclama. Luego, se conforma con inspirar piedad. Por momentos siente que ha entrado en un blando sueño, y acepta que lo lleven insensiblemente, sin sobresaltos ni asperezas, hasta la última posada.

El testimonio de esta adoración de Amado Nervo no es ya un testimonio literario; ha quedado en la intimidad, y apenas, como para adornarlo un poco, quiso darle un leve sabor de versos, en un cuadernillo privado que aún no es tiempo de publicar;* es un cuadernillo de pastas negras, de unos ocho por cinco centímetros, que, a lo largo de treinta y siete hojas, alterna los rasgos de aquella caligrafía de monje copista con una serie de páginas en blanco cada vez más frecuentes: pausa, jadeo cada vez mayor de aquella respiración ya fatigada, o quién sabe si diálogo entre el amante y la muerte, en que calla a veces el amante para que la muerte vaya estampando la impresa inefable de sus dedos.

El proceso de este amor es sencillo: empieza con

cierta amistad amorosa
para mí desconocida,

y acaba con el inevitable dilema:

O juntos han de ir nuestros destinos
por el sendero del amor... ¡o nada!

En vano hemos buscado allí la sospecha de la muerte: ni siquiera viene la palabra cuando el consonante del verso parecía anunciarla o requerirla. ¿Lo creeréis, amigos?: ¡Amado Nervo estaba esta vez tan enamorado, que se le había olvidado hasta el pensamiento de la muerte! Si habla de

tres letras que acaso un día
me atreva yo a pronunciar,

bien podéis figuraros que se trata de las tres fatídicas letras: RIP, pero él se refiere a las tres letras de la palabra MÍA.

Hacía siete años que esperaba este amor: ahora podía comprender que la historia de la niña reacia había sido una equivocación de la espera, una pesadilla de la tardanza:

Siete años, como siete centinelas,
miraban el camino
por donde al fin llegaste.

Ya ni la soledad le duele, porque sus risueñas imaginaciones saben poblarla:

* Más tarde, se ha publicado lo publicable.

Quien no ama, no comprende
toda la inmensa dicha de estar solo.

Y de repente, esta nota típicamente porteña, cuyo sentido entenderán cuantos hayan residido en Buenos Aires por lo menos un mes: "El teléfono, que yo reputaba la más odiosa invención de los hombres, hoy es para mí una música."

El 11 de mayo de 1919, embarcó para Montevideo, donde presentó credenciales y, muy vencido ya por el mal, todavía tuvo fuerzas para resistir no sé cuántos actos públicos, y hasta fue padrino de un matrimonio. Todos los días escribía una, dos y hasta tres cartas. Prometía siempre estar de regreso para el día 24: exactamente el día que murió. No quería morir, mientras no estuvo seguro de la muerte, porque ahora lo retenía un dulce afán. Pero cuando oyó el aviso inapelable, comprendió la inmensa piedad de su destino y, cristianamente resignado, supo agradecer, en nombre ya de su alma eterna, la última visita de su enfermera.

En carta del 17 de mayo, escribe:

> Mi médico, hombre sencillo y afectuoso, vino ayer un poco alarmado por un análisis que hizo hacer, y me dijo que tenía mucha albúmina, y me ordenó que no tomase más que leche y fruta. Me predicó sobre "lo que aún podía yo hacer en el mundo", etc. Yo prometí y cumpliré el régimen, porque *quiero vivir*. ¿Y sabe por qué quiero vivir...?

Y unos renglones más abajo ¡qué sorpresa!: Nervo, el poeta místico, el poeta que había dicho a Kempis:

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

se asusta de sus propias creaciones, y teme que la *Imitación de Cristo* le arrebate su amor: "No lea tanto a Kempis: habla de un desasirse total de todas las cosas: era un monje... No se me aleje por él." El día 20, ya casi no puede tener la pluma, pero todavía escribe: "Ya pronto estaremos juntos. Hasta luego." ¿A quién le escribe? ¿A una mujer,

o a la inmensa sombra que lo espera? A una mujer: aquella de quien con razón decía en sus versos íntimos:

Eras mujer nada más,
y de hoy en siempre serás
toda luz y poesía.

¿Os acordáis de Peer Gynt, en la muerte de su madre? Entrando en las alucinaciones de la agonizante, se finge cochero, monta en una silla, arrea el caballo imaginario, y no para hasta que la moribunda cree haber llegado al cielo:

Atravesado ya por la espada, el poeta se iba arrastrando hacia la promesa de la vida. Un ángel lo pasó a los brazos de otro ángel.

Buenos Aires, 1929.

II

DE VIVA VOZ

[*1922-1947*]

Noticia

EDICIÓN ANTERIOR

Alfonso Reyes//De Viva Voz//1920 *(errata,* por 1922)–1947.//(*El Cerro de la Silla*).//Editorial Stylo//México, D. F., 1949, 8º, 237 páginas e índice.

I. CARTAS

SOBRE FOLKLORE

Buenos Aires, 10 de junio de 1929.
Para José María Franco Inojosa.
(A propósito de su libro *Wari Wilka: Leyendas vernaculares del altiplano de Kolla.*)

Amigo mío: En mal momento puso usted su libro en mis manos; cuando, embargado por preocupaciones ajenas a la literatura y lleno de cuidados públicos, yo me sentía sin el temple necesario para respirar el ambiente de unas leyendas indígenas recogidas a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Si ahora tuviera que decirle todo lo que he reflexionado y pensado hojeando sus manuscritos no acabaría nunca. ¡Hace tanto que sueño con una cruzada de los escritores de América para recobrar los tesoros de nuestra literatura popular! Esos entusiasmos abstractos por descubrir en lo americano un carácter propio, esa estéril gritería sobre las normas nuevas que América ha de imponer al mundo, serán todo lo curiosos que se quiera, pero no tendrán más valor que el de la bravata o, en el mejor caso, el de la buena intención, mientras sean fuerzas gastadas en el aire, y en tanto que no se empleen en *desposarse con la realidad,* como tan graciosamente dicen los franceses: en acercarse a la materia prima de la imaginación americana, y después interrogarla y trabajar sobre ella, plegándose a sus necesidades y sacando, de sus mismas limitaciones, consejos de resignación y estímulos de audacia.

Los americanos hemos descubierto no hace mucho —y el descubrimiento marcará una época en nuestra historia— que, además de aprovechar en lo posible las técnicas europeas, teníamos algo que aprender unos de otros. El mexicano descubre mejor las intenciones de su destino cuando se compara con el del Amazonas o con el platense, que no cuando se compara con el alemán o el inglés. Teníamos olvidado el humilde hogar, por admirar las grandiosidades del palacio de enfrente. ¡Y eso que hay mina de oro en casa! Pero

guerras y revoluciones nos abrieron los ojos, y también la experiencia de que, en el mediocre panorama del mundo, sólo queda hoy un principio ileso: ocuparse cada uno, con la mayor devoción posible, de lo que le dio la naturaleza. Ésta no es una fórmula de nacionalismo estrecho. Al contrario: es el único medio de alcanzar la inteligencia y la concordia entre las naciones, meta que no nos ha sido dada como un hecho bruto y actual, sino como un porvenir que hay que solicitar y merecer día tras día. La única manera de llegar a la fraternidad entre los hombres es que cada uno procure levantar su nivel propio. Desconfiemos del que nos predica la salvación sin esfuerzos, y tengamos la suficiente fe para no aceptar siquiera la promesa de una victoria sin merecimientos.

Recomenzando, pues, la obra de nuestro telar literario, volvemos a la cosecha de la fibra con que hemos de torcer el hilo: volvemos al folklore, tarea de inmensa lealtad geográfica que tanto se parece a un trabajo de agricultura. Pero, si en la sola forma de cortar las flores y de juntarlas se reconocen estilos, según las regiones y hasta según las personas, ¿estaremos ciertos de no matizar de tono personal excesivo las leyendas, los cuentos, las adivinanzas, las tonadas que esquilmemos por los campos y los poblados? Haga cada cual lo que pueda, y vaya el tiempo escogiendo lo que ha de durar.

Sin embargo, no nos estaría mal proceder a la cosecha con ciertas nociones previas de respeto para la objetividad del fenómeno. Las reglas popularizadas en España por don Ramón Menéndez Pidal y su esposa doña María para la busca de romances viejos conservados en la tradición oral son siempre de útil consulta y resultan de fácil aplicación en nuestros países. Desde el simple registro científico de una versión popular (en que se anotan el nombre, edad y naturaleza de la persona que provee el testimonio, así como las modalidades fonéticas de su habla, procurando, en suma, dar la impronta casi fonográfica del relato en cuestión) hasta el poema fundado en temas populares, hay una escala inmensa, donde caben todos los gustos. Yo creo, amigo mío, que usted se mantiene en un término discreto, más bien in-

clinándose a la verdad folklórica que a los lujos de la invención personal. Simplemente, creo descubrir en su libro mayores desarrollos que los usados en los temas estrictamente populares, tales como se cortan del árbol. Y no me parece que equivoque usted el procedimiento, porque tampoco es cosa de que América —mientras todo el mundo anda, corre, vuela o radia— se siente a esperar que las hormigas le hacinen todo el material folklórico, para luego comenzar la lenta elaboración de una literatura propia. ¡Oh, no: no habría tiempo! ¡No sea que se agote el Karma! Queremos preparar un porvenir mejor, claro está; pero queremos también vivir con la sensación gustosa de que cada noche entregamos la realidad algo más ennoblecida de lo que nos la habían confiado por la mañana. Basta una proporcionada disciplina, un poco de tacto, algo de lo que en espiritismo se llama —aunque muy disparatadamente— "psicometría": ese dón profundo (de la raza más que del individuo, de la especie más que del ejemplar) que consiste en adivinar que esta piedra procede de una casa donde hace cien años hubo un incendio, o que aquel pañuelo es de una mujer encinta que tiene ojos azules. Y esto no se aprende. Se posee o no se posee, y acaso es residuo de una facultad que, como buenos despilfarrados, los hombres hemos cambiado hace cientos de siglos por un poquito de grano de razón y por mucha paja de lenguaje.

Pero le cedo la palabra. Comience usted a hablar, y cuéntenos esa fábula trascendente del cóndor, del zorro, de la alpaca y de la vicuña; esa moralidad de la perdiz que se hizo mujer, y la disputación y reto del sapo y de la serpiente, origen de todos nuestros males.

La mano, cordialmente,

A. R.

EL SECRETO DOLOR DE GROUSSAC *

Buenos Aires, 14 de agosto de 1929.
Sr. D. Alfredo A. Bianchi.
Nosotros.

MI ESTIMADO amigo: Ignoro si en el número que *Nosotros* dedica a la memoria de Paul Groussac quedará sitio para las manifestaciones que no tengan carácter de estudio literario. Porque yo nunca me atrevería a improvisar un juicio sobre un escritor de tan severa disciplina, y me falta tiempo para abarcar siquiera un aspecto de los muchos que tuvo su obra.

Hace algún tiempo, tuve la honra de saludar a Paul Groussac, en París, en el acto público que le ofreció la Sorbona.** Entonces señalaba yo ese carácter de ciudadano del mundo, a caballo sobre la geografía, que hay en Paul Groussac; y me refería yo a la atracción que América ejerce sobre los soñadores de Europa, hombres en quienes el fermento de vida no se está quieto. Ahora, mejor informado —o documentado más de cerca—, tendría yo que contar la historia de un gran dolor; un gran dolor de que arranca el viaje de Groussac; un gran dolor que hubiera abatido a cualquiera; y que a él le sirvió de resorte para lanzarse a la gran aventura intelectual que fue su vida. Los freudianos de hoy dirían que ese "traumatismo" de la adolescencia explica, en Groussac, aquella acritud de censor insobornable que, ciertamente, es una de las más peculiares gracias de su pluma. Pero todavía nos quedaría ancho campo para la meditación si nos diéramos a rastrear por los libros de Groussac las huellas dispersas que fue dejando en ellos el "complejo de nostalgia". Yo creo que nada, ni el haber desposado con la tierra argentina todo su pensamiento, fue poderoso a borrar en él cierta melancolía, cierta desazón de andar lejos de la dulce Francia.

* *Nosotros*, Buenos Aires, VII-1929.
** Ver: *Reloj de Sol*, *Obras completas*, IV, págs. 456-458.

La consideración de lo que, en el orden de la sola cultura, debemos a Groussac, nos llevaría muy lejos. *La Nación* ha encontrado la palabra oportuna: Groussac es un tipo de civilizador, y su sitio está entre los Maestros de América.

Lo saluda su amigo,

A. R.

SOBRE MÉXICO EN AMÉRICA *

Carta a Max Daireaux en París.

AMIGO Max Daireaux: No espere usted que en dos palabras le diga lo mucho que aprecio su esfuerzo verdaderamente colosal: ¡presentar en trescientas páginas legibles el cuadro de la literatura sudamericana! ¿Habrá sido posible conservar siempre la perspectiva, el nivel de jerarquías? ¿Puede alguien lanzar la primera piedra? ¿No es mucho más sensato que nos dispongamos, lisa y llanamente, a aplaudir el inmenso servicio que nos presta su manualito, al incorporar a los "Panoramas" de Kra nuestro inmenso mundo literario.

Los hispanoparlantes (no es de ahora, es de siempre) nos quejamos de la dificultad con que se orientan los extranjeros a través de la selva oscura de nuestros valores intelectuales. La culpa hasta hoy ha sido nuestra. ¿Cómo evitar que los extranjeros se dejen servir gato por liebre, si somos nosotros los primeros en no querer explicarnos? Gran pecador el que no se orienta por el aseado jardín de las letras francesas, gran negligente: hay cien guías prácticas y aceptables al alcance de cualquier curioso. Pero nosotros, los de España y América, nos guardamos nuestras tablas de valores en el recinto cerrado de la tertulia; y a lo mejor, el que no frecuenta tal café, de tal a tal hora, no sabrá nunca lo que pensamos de nuestros autores conocidos, ni entenderá nuestro sistema de escalas y magnitudes. La crítica se queda, así, en doctrina secreta. Y desde afuera, ya se sabe cómo se ven las cosas. ¿Pues no le aconteció al perspicaz Nietzsche asombrarse ante los aciertos psicológicos de Mme Gyp? ¡Y se trataba de quién, y de Francia que tan bien sabe explicarse sola! La millonada de ediciones de Blasco Ibáñez, ungido por la gloria y por la fortuna en los Estados Unidos, no tiene nada de asombroso. Usted, hombre de dos

* *Monterrey*, núm. 1. Río de Janeiro, VI-1930.—En trad. francesa, en la *Revue de Littérature Comparée*, París, 1931, año XI, núm. 1, págs. 163-165.

tierras, argentino y francés, ha dado un buen paso y ha hecho un verdadero bien público.

P. S.—*In cauda venenum.*

La dirección de los "Panoramas" consideró con razón que acumular en un volumen y encomendar a un solo autor toda la literatura hispanoamericana era materialmente imposible. Y le encargó a usted la gran porción sudamericana, dejando para otro tomo la zona de México, las Antillas y Centro-América. Acuerdo muy práctico ciertamente.

¿Por qué usted, llevado sin duda por las elegancias de su pluma, se desliza a querer dar justificaciones de orden espiritual a este mero arreglo práctico, a esta mera comodidad editorial? ¿Por qué presentar a México como un hermano díscolo y alejado? Ningún americano va a creer semejante cosa. En la página 17, escribe usted:

> Turbulento, inquieto y lírico, a la vez positivista y visionario, realista y quimérica, elegíaco y cruel, México se ha separado voluntariamente de la familia latinoamericana, y no consentiría en unírsele sino para reclamar, en el dominio espiritual, las prerrogativas inherentes al derecho de mayoría.

¡No, amigo mío, eso no! Usted olvida que la era de intercomunicación americana en que hoy vivimos fue abierta por las grandes embajadas espirituales que México envió hasta el sur del Continente. Urbina, Caso, Vasconcelos, Amado Nervo, Jesús Urueta, González Martínez y hasta yo mismo ¿qué hemos procurado hacer, qué consigna teníamos sino la de recordar a nuestros hermanos del Continente la profunda solidaridad que nos une? Usted olvida que toda la juventud americana contempla con interés y noble emulación los empeños de México en sus indagaciones y sondeos del alma americana. Más de un nombre podríamos citar que ha recibido en México el merecido bautismo continental, no porque tengamos delegación especial ni prioridad que no pretendemos, sino, simplemente, porque el entusiasmo por la Idea Americana se da en México en todo su vigor.

Usted afirma que en México no cuenta ninguna aportación extranjera, y que México se aísla para concentrar en su original pureza "las tradiciones aztecas y las tradiciones

españolas". ¿Usted cree en las tradiciones aztecas? ¿O les llama así a los monumentos arqueológicos? Porque de aquella vetusta civilización sólo hemos heredado las piedras. (Sé que exagero, pero quiero decir que nos falta aquí lo único que puede engendrar tradiciones: la representación moral del mundo.) ¿Usted cree que las tradiciones españolas se conservan allá en toda su pureza? ¿Y los tres siglos de inmensa elaboración y amalgama que han determinado el ser mexicano? ¿Usted cree en el aztequismo puro de Vasconcelos? Porque Vasconcelos no cree en él. ¿Usted cree (ya que su cordial amistad quiso honrarme con el parangón) en mi españolismo puro? Déjeme contarle una historia. Hace años, viviendo yo en Madrid, con cuyo mundo literario me siento tan compenetrado, dirigí una convocatoria anónima a varios escritores, citándolos para celebrar, en el Botánico, con unos minutos de silencio, cierto aniversario de Mallarmé. José Ortega y Gasset escribió después sus impresiones en la *Revista de Occidente,* y declaró que en la sola idea de aquella reunión se percibía la presencia de un americano, de un sentir, de un pensar, de un obrar que no eran típicamente españoles. Pero si aquel aztequismo y este españolismo fueran lo que usted dice ¿cómo es que Vasconcelos y yo somos —según justiciera definición de usted— mexicanos, "propia y únicamente mexicanos"?

No, mi querido Max Daireaux: México se queda fuera porque era materialmente imposible abarcarlo en las dimensiones de un volumen, a riesgo de tratar la vasta materia en una forma demasiado sumaria, que hubiera sido indigna de usted. ¿No le parece?

Pero, entonces, ¿por qué llamar al tomo: *Littérature Hispano-américaine* en vez de llamarle —hubiera sido lo propio— *Littérature Sud-américaine?* La exclusión del Brasil, al fin y a la postre, hecha por razones de respeto lingüístico, todos las hubieran entendido. ¡Y no que ahora vamos a complicar más esa tradicional arcanidad de México! ¡Ya no sabemos dónde ponerlo! ¿Dónde está México, amigo mío, si el mundo sólo le llama Norteamérica a los Estados Unidos y usted ahora nos lo excluye del orbe hispanoamericano?

Me doy cuenta con verdadera alegría —porque otra cosa me hubiera dolido a mí el primero— que mis reparos para nada afectan la sustancia de su libro. Ya conoce usted el aprecio y la admiración que hago de su persona y de sus obras.—*Vale.*

UNA APRECIACIÓN DE VALERY LARBAUD SOBRE MÉXICO *

Amigo Valery Larbaud,
en París o donde se encuentre:

El prólogo que usted ha puesto a la traducción francesa de Mariano Azuela (*Los de abajo: Ceux d'en bas,* libro que *Les Nouvelles Littéraires* vienen anunciando entre las "Ciencias Social y Políticas" de su bibliografía), además de ser un precioso estudio de conjunto sobre la obra del gran novelista mexicano, nos da un panorama de nuestra literatura moderna realmente trabado y tejido con el relieve de la historia. Estoy acostumbrado a los aciertos de usted, que son casi siempre los aciertos de la sinceridad. Pocos franceses de hoy en día pueden aspirar con más justicia al título de escritores originales. Y yo estoy convencido de que la originalidad de usted —no buscada, no solicitada trabajosamente desde afuera, sino interior, natural y gratuita— es un producto inmediato de su sinceridad.

Buen amigo de nuestra América, y amigo de siempre, y sin hacer profesión de ello, que es lo mejor. En su primer libro, *Fermina Márquez,* aparece ya la preocupación por la gente hispanoamericana. El hispanoamericano —hasta entonces tipo cómico o pintoresco, mitad jimio y mitad loro, vestido de colorines y gozoso de desaciertos— aparece ahí, por primera vez en la actual literatura francesa, como un serio valor humano. Los chicos de nuestra tierra dominan en el ambiente de un colegio situado en los alrededores de París, e imponen en él sus costumbres y su habla, y hasta representan el elemento de precocidad y audacia viriles, la salubre rebeldía que salta las bardas, a hurto de los celadores, en busca de la primera aventura nocturna. (Fermina, una señorita colombiana, aparece un poco de lejos, y determina, en la imaginación de los adolescentes, una fer-

* *Monterrey,* núm. 2, Río de Janeiro, VIII-1930.

mentación delicada y provechosa. Uno de los personajes de primer plano es el mexicano Santos Iturria, ¡un muchacho de Monterrey! ¡Y conste, Larbaud, que usted y yo aún no nos conocíamos y yo no le había hablado nunca de mi tierra natal!) Al fin se concede una ventaja vital al hijo de nuestros climas. Sea usted mil veces saludado con gratitud por haber inaugurado una época de amorosa consideración para el hombre de Hispanoamérica.

Cuando los muchachos de *Contemporáneos*, de México, traducen y adoptan el prólogo de usted, puede usted estar seguro de que ha ganado los sufragios mejores. A mí, de paso, hasta me señala usted un deber que algún día me será muy grato cumplir, o al menos, procurarlo: el dilucidar si el nuevo movimiento intelectual de México, preparado en los albores de la revolución por unos cuantos amigos míos, se ha desarrollado a pesar de la revolución, o bien si fue favorecido por el fermento de la misma revolución.

> Entretanto —dice usted, estableciendo un paralelo muy elocuente entre el fenómeno mexicano y el francés—, limitémonos a registrar este curioso ejemplo de un arte y una literatura que se han renovado en medio de circunstancias políticas generalmente consideradas como contrarias a todo desarrollo intelectual: nada, en efecto, menos nuevo, menos valiente y menos fecundo que la literatura de nuestra Revolución.

¿Por qué, al hablar de las influencias dominantes en esta preparación (1910-1916), junto a Antonio Caso, a José Vasconcelos, a Enrique González Martínez, a algún otro, olvidó usted a Pedro Henríquez Ureña, cuya acción fue tan eficaz, tan determinante, y que a todos los demás nos ha dejado sin duda la señal, y hasta diría yo la cicatriz, de su trato siempre vigilante y orientador? A menos que fuera por cierto deseo de simetría o de rapidez, por no tener que aclarar que nuestro Pedro no es mexicano de nacimiento. Yo estoy seguro de que, sin él, muchas cosas de aquel momento serían inexplicables.

Cuando lo alcancen a usted estas palabras —no sé si en las campiñas inglesas, en las posadas de Italia o por las ventas de Castilla, porque usted suele trasladarse a cualquier sitio con sólo cambiar de uno a otro dedo su anillo

prestigioso—, piense que yo lo estoy recordando desde el escenario más ameno de mar y montaña que un tiempo disfrutó Paul Claudel. Dos palmeras reales, revestidas de viciosa parásita, hacen guardia junto a mis ventanas, y me llega desde el jardín el canto tembloroso del ireré. El ireré es un ave acuática que tiene una timidez de perdiz, un color dorado a fuego oscuro, una mascarita blanca, unos redondos ojos extáticos, unas espaciosas sandalias de goma azul, y un canto que remeda exactamente un frotar de espadas.

Su

A. R.

CARTA A J. MONTES *

Señor J. Montes:

No conozco ninguna "novela rusa" en que "el pintor mexicano Diego Rivera aparezca robándose el Gulf-Stream". Tal vez su informante ha mezclado, sin darse cuenta, dos recuerdos, dos libros que, hasta donde alcanzo, serían éstos precisamente:

Ilya Ehrenbourg, *Les aventures extraordinaires de Julio Jurenito et de ses disciples,* París, la Renaissance du Livre, 1925.—Peripecias de un reformador mexicano que se propone cambiar la sociedad humana. Ehrenbourg, ruso de París, conoció muy de cerca a Diego Rivera, y la persona de nuestro gran pintor no es extraña a la concepción de su héroe.

Georges G. Toudouze, *L'Homme qui vola le Gulf-Stream,* París, Librairie Gallimard ("Les Chefs d'Oeuvre du Roman Feuilleton"), 1925.—Un mexicano, descendiente directo de Moctezuma II, se las arregla para provocar, científicamente, la formación de una muralla de coral frente a la Florida, y de esta suerte logra desviar la corriente del Golfo, destruyendo así el equilibrio térmico del mundo. Su propósito es aniquilar a Europa y a la América sajona, mediante el hielo y el fuego, salvando la zona en que ha de establecer el nuevo Imperio Azteca que, por lo pronto, se guarece en una especie de conejera subterránea, submarina y maravillosa. El mexicano recibe el nombre portugués y absurdo de "Don Agostino da Fonseca", aunque varias veces también se le llama "Don Antonio".

A. R.

* *Monterrey,* núm. 3. Río de Janeiro, X-1930.

EL MAL RECOMPENSADO *

Sr. D. Gilberto Owen.
Detroit, Michigan.

"... AL OTRO sábado salté la tapia de la huerta, y ni me rompí una pierna, ni me gané la merecida indigestión, y eso que aún no leíamos a Mark Twain, amigo Alfonso Reyes." (Gilberto Owen, *Contemporáneos*, México, julio de 1928.)

Sí, amigo Gilberto Owen: yo también, con referencia a Mark Twain, anduve dándole vueltas a ese tema del niño malo, afortunado siempre, y del niño bueno, que siempre sale mal de todo. Pero ¿en qué parte he leído eso?

De repente se me representó el *Zadig*, de Voltaire, que —salvo cuando desemboca, para acabar, en la ancha carretera del optimismo— por todos sus actos de virtud merece castigo, mientras que los malvados se le llevan siempre la mejor parte. Pero, sobre todo, el Marqués de Sade: entre las tres o cuatro sucesivas formas que dio a su *Justina*, se las arregla de manera que la triste criatura reciba siempre un mal como recompensa de un buen acto o de una buena intención. La primer versión de la *Justina*, de que habló por primera vez Guillaume Apollinaire en 1909, se llamaba precisamente: *Los infortunios de la virtud*. El pequeño discurso con que comienza cita al *Zadig*. La idea del bien castigado y el mal premiado tampoco es ajena a las aventuras de 'Léonore' y 'Clémentine' que forman parte de la novela *Aline et Valcour*. Cierto que también el desenlace de estas aventuras es optimista, pero esto se debe —según la maliciosa sospecha de Louis Perceau— a que la virtud de ambas heroínas no era de muy buena ley. El tema parece abundar en la novela filosófica del siglo XVIII.

A. R.

* *Monterrey*, núm. 6, Río de Janeiro, X-1931.

SOBRE MIS LIBROS

Cartas a N., en Buenos Aires.

I *

TU ADMIRABLE diligencia de mujer me obliga a poner los puntos sobre las íes, confesando los lugares que tú me objetas y, de paso, para de una vez limpiar mi conciencia, otros más.

En *Cuestiones estéticas*, página 197, dije: "Si hasta los sistemas filosóficos se reducen a una sola frase. Schopenhauer lo entendió así." Es verdad que yo escribí esto pensando solamente en el título *El mundo como voluntad y representación*, que encierra todo el contenido de la obra. Pero más tarde, hojeando los *Parerga*, di con estas líneas que me corroboran:

> El título debe ser al libro lo que es la dirección a la carta; es decir: que, ante todo, debe tender a conducir al libro hacia aquella zona del público que puede interesarse por su contenido. Es, pues, necesario que el título sea característico. Y, como tiene que ser muy breve por su naturaleza, deberá ser conciso, lacónico, expresivo, y resumir en una sola palabra, hasta donde sea posible, el contenido de todo el libro.

Más adelante, en la página 198, atribuyo a Voltaire la frase: "Le secret d'être ennuyeux c'est de tout dire." Esta cita la hice a través de Schopenhauer, cuyo ensayo sobre *Los escritores y el estilo* estaba yo leyendo por esos días. Mi fuente está equivocada, y yo repetí la equivocación. La verdadera frase de Voltaire *(Disc. 6)* es ésta: "Le secret d'ennuyer est celui de tout dire."

Naturalmente que es un error la afirmación de la página 109, que atribuye a R. Foulché-Delbosc la posesión del manuscrito gongorino conocido como "el Manuscrito Chacón". Esta preciosa recopilación, la más autorizada que te-

* *Monterrey*, núm. 8, Río de Janeiro, III-1932.

nemos, fue de Gayangos y se custodia en la Biblioteca de Góngora de la Biblioteca Nacional de Madrid. Ella sirvió de base a la edición de Góngora de la Biblioteca Hispánica. Desde París, R. F.-D. dirigía la edición y examinaba todas las pruebas; y yo, en Madrid, hacía el trabajo manual a la vista del Ms. Chacón.

En cuanto al artículo "De Virgilio considerado como fantasma" (1ª serie de *Simpatías y Diferencias,* p. 45), dije efectivamente que la célebre alusión de la égloga IV de Virgilio se refería a Marcelo, hijo adoptivo de Augusto, porque eso decían hace más de diez años los filólogos. Ahora, conforme a Asconio, se acepta que el pasaje, en que algunos han querido encontrar la profecía del Cristo, se refiere a Salonino, hijo del Cónsul Polión, nacido por octubre o noviembre del año 40 a. c. A este propósito, tal vez te interese leer la obra de Jérôme Carcopino, *Virgile et le mystère de la IV églogue,* 1930. Recientemente, en el *Homenaje de México al poeta Virgilio,* han tocado el asunto los latinistas mexicanos Joaquín Cardoso, S. J. y Francisco de P. Herrasti, quien ya lo había estudiado antes en su obra *Las bucólicas de Virgilio,* 1923, p. 93. Así, pues, tendrás que corregir al margen mi libro, aun cuando la cuestión no interese al fondo de mi artículo.*

II **

Historicidad de Juan Peña

Siento decirlo, renunciando así a toda pretensión a la palma del novelista: *El testimonio de Juan Peña* no es más que el "relato de un sucedido"; está escrito con la memoria y no con la imaginación. Si algún valor tiene, es realmente el de un testimonio. Mis compañeros de excursión fueron Julio Torri y Mariano Silva Aveces, nombres bien conocidos en nuestras letras. El comisario se llamaba, en efecto, Morales. Y sólo le mudamos la crisma al mal hombre Atienzo.

* La corrección se ha hecho ya en la 2ª ed. de mis *Simpatías y Diferencias,* México, 1945, y en *Obras Completas,* t. IV, p. 30.
** *Monterrey,* núm. 11. Río de Janeiro, IX-1934.

El pueblo en que acontece la diminuta acción es el pueblo de Topilejo o San Miguel Topilejo, sobre la antigua carretera de herradura que unía el puerto de Acapulco, en el Pacífico, con la capital de la Nueva España, carretera construida por el virrey Velasco en 1592.

Este villorrio de indios existe desde antes de la Conquista. "Topilejo", en la antigua lengua, significa más o menos "lugar donde reside el alcalde". En el siglo XVII, es término de jornada para la recua que venía de Acapulco cargada de chinerías, sedas, lacas y mantones de Manila destinados a venderse en el Parián de México. En el XVIII, sirve de parada a las reatas de mulas que traían barras de plata del mineral de Tasco (el solar de Ruiz de Alarcón), plata que había de ser acuñada en reales y en doblones. En el XIX, allí mudaban bestias las diligencias de Cuernavaca. El ferrocarril quitó toda importancia al pueblo, que desde entonces comenzó su lenta agonía. Durante las últimas peripecias de México, no sé qué caudillo rural hizo que se equivocaba y arrasó al pobre pueblo, en vez de darle su protección como hubiera sido lo natural. Este último acto es posterior a mi narración.

El volcán, el Ajusco, está a la vista, y deja escurrir sus aguas claras hasta el rojizo bebedero de la plazuela. Frente a la plazuela, hay una iglesia comenzada en 1560. Al siguiente siglo, la revistieron de un frontón circular y le echaron fachada. En el XVIII, la nave fue cubierta con una gran cúpula. Sólo en 1812 le acabaron la torre de tres cuerpos. En 1816, Pedro el Negro, héroe y salteador de la Independencia, dispuso de las campanas y las fundió para hacer proyectiles. En 1829, hubo nueva dotación de campanas. En el interior de la iglesia, se ve un retablo cuyos nichos guardan imágenes del patrono, San Miguel. Ha desaparecido la imagen del santo en la hornacina que está arriba de la entrada.

El pueblo, en mis tiempos, vivía de la manufactura de escobas que eran famosas, y del cultivo del sésamo o ajonjolí, que tanto se usa en la cocina nacional (mole de guajolote). En la pastelería popular, el cocol es más apreciado

que el chimisclán, porque se le ha salpicado de ajonjolí. De donde la canción:

¡Ay cocol!
Ya no te acuerdas cuando eras chimisclán:
ya porque tienes tu ajonjolí,
ya no te quieres acordar de mí.

A. R.

VELOCIDADE *

MEU QUERIDO amigo Renato Almeida: A sua phenomenologia da velocidade deixou-me enthusiasmado. É arrebatadora a sua maneira de descrever e interpretar este milagre quotidiano, isto que deixamos de ver a força de tanto ver. Vamos montados na velocidade sem percebel-a, e você, dando-nos um corte transversal na corrente, nos para de subito e nos faz sentir toda a carga explosiva da inercia que traziamos accumulada e todo o perigo e a gloria de cada passo que damos. E o seu livro mesmo é tão synthetico e tão bem traçado que, como se estevesse animado tambem de velocidade, nos arrebata da primeira pagina e nos leva, num instante, dum só impeto, até á ultima. A sua documentação é rica, expressiva, até divertida, e tão proporcionada, que nada lhe falta nem lhe sobra. Maneja os seus documentos com mestria. As suas idéas sentem-se pensadas e maduras, despidas de inuteis explicações e reduzidas a fórmulas duma simplicidade quasi epigrammatica. Vê-se que este livro sobre a velocidade foi pensado lentamente e escripto devagar. Assim se explica por que, entre a desorden e a dispersão das coisas e creaturas creadas pela velocidade, você conserva essa dignidade da intelligencia, que consiste em mantenerse unida, como dizia Malebranche. Não me pejo de elogiar o seu "bom sentido", porque bom sentido quer dizer, aqui, pleno dominio sobre o pégaso, em que você vae cavalgando os espacos com a velocidade —digamos— de 300,000 kilometros por segundo! E admiravel é que, tendo de tocar por força em todos os pontos em moda, desde os vestidos até os habitos mysticos, passando pelo super-realismo, o cubismo, o bolchevismo, o scisma do Oriente e Occidente, de sorte que abarca todo o panorama do mundo, depois da funcção velocidade (a economia, a metaphysica, a sciencia, a esthetica, a politica, a moral, a religião), não ha em toda a sua obra uma linha que se possa taxar de "snobismo", por-

* *A Nação.* Río de Janeiro, 5-II-1933.

que você pensou tudo de modo sincero, serio e sobrio. O seu optimismo é intelligente, quando assegura que a funcção ha de crear o orgão, e que a actual crise não e mais do que uma inadaptação, uma surpresa de iniciação no novo mundo da velocidade. Seu objectivismo, quasi cruel, alcança uma verdadeira distincção espiritual, ao affirmar você que a velocidade não é materia de sentimentos, e nem se trata de elogial-a nem de injuriarl-a (como tampouco se elogia ou injuria a lei da gravitação), senão trata-se de um facto da nossa época, de um dado physico, que se tem de entender e aproveitar. Esse equilibrio em pleno galope lhe permitte chegar até Deus sem offendel-o, e deixar todo o mysterio do transcendente alem de nossas pequenas contingencias: a machina não é uma philosophia —dis você— senão um instrumento de acção. E com essa simples declaração afasta todos os equivocos philosophicos dos primarios de hoje em dia. Deixe-me tambem felicital-o por esse principio tão justo, que deixou cair de passagem: "As tradições não se procuram", ou estão presentes, ou não existem. Os estylos não se procuram: são soluções que se impõem. Aqui estão as minhas duas mãos!

Depois de ler o seu ensaio com verdadeira voracidade e com un sentimento muito parecido com a espectativa pathetica, fica-me em mente aquella maneira, tão actual e precisa, de considerar a velocidade como um coefficiente da liberdade politica. E, apesar de todos os erros e desvios do nosso tempo, pergunto-me, depois de tudo, se a definição de velocidade não será esta: um esforço da materia para approximar-se o mais possivel da alma.

E agora, para que veja que li com attenção, assignalo na pag. 64, linha 11, feia errata, que estropia a memoria do nobre termo latino *sponte:* puzeram-lhe "expontaneo" ao invés de "espontaneo". ("Expontaneo" seria talvez o que está fóra duma ponte?)

A titulo de curiosidades e a proposito das irrupções do machinismo no lithurgico, recordo-me de ter lido em Madrid, por volta de 1915, em certa revista dedicada a padres, uma erudita monographia, na qual se demonstrava que era irreligioso accender as velas do altar com "isqueiro" ou accendedor mecanio. E recordo que, na Asia, ha "moinhos

de orações", rodas com campainhas que o vento se encarrega de fazer girar, e cada repique duma campainha vale por uma oração que sobe ao céo. O ditoso possuidor dessas machinas pode fazer o que quizer, emquanto as campainhas se encarregam de rezar em seu nome!

Muito lhe quer e o admira seu amigo.

A. R.

SOBRE MANUEL JOSÉ OTHÓN *

Línea del Ecuador, 11 de enero de 1938.
Sr. D. Joaquín García-Monge,
Repertorio Americano,
San José de Costa Rica.

MI QUERIDO Joaquín García-Monge: Si, como supongo, sabe usted que, desde la infancia —primero por la íntima amistad que lo unió a mi padre, y luego por gusto y convencimiento propios—, he tenido el culto literario de Othón, uno de los más altos aunque menos conocidos poetas de nuestra América, ya habrá usted sospechado el interés con que leí, en el *Repertorio* del 6 de noviembre de 1937, el fino apunte de José Attolini sobre *Manuel José Othón y su soledad,* y la primera parte del artículo de Jesús Zavala sobre el *Epistolario de Manuel José Othón.* Seguramente para la fecha en que le llegue a usted esta carta ya habrá aparecido la continuación de este artículo, pero yo no habré podido aún leerlo, porque voy de viaje para mi tierra, embarqué en Buenos Aires el día primero de año, y le escribo a bordo del "Western Prince".

Tampoco he podido enterarme todavía de lo mucho que seguramente se habrá publicado en los diarios de México, con motivo del traslado de los restos de Othón al Panteón de los Hombres Ilustres. Habrá que juntar y examinar todo eso, los estudios de López Portillo, Icaza y Loera Chávez, a que se refiere Zavala, y acaso también aquella vieja conferencia mía sobre los *Poemas rústicos,* que data de 1910 y que ya necesita algunos retoques, aunque todavía ha merecido el honor de que Zavala la recuerde.**

Efectivamente, según él supone, yo me fundé entonces en las mismas cartas de Othón a Juan B. Delgado que Zavala heredó de éste, y que acaba de tener la buena idea de publicar parcialmente entre comentarios oportunos. Mi pa-

* *Repertorio Americano,* San José de Costa Rica, 22-I-1938.
** Ver *Obras Completas,* t. I, pp. 173 *ss.*

dre, entonces Gobernador del Estado de Nuevo León, había nombrado director de la Biblioteca Pública de aquel Estado a Juan B. Delgado, y yo solía visitarlo cuando volvía de México a Monterrey, en mis vacaciones escolares. Delgado me dejaba entonces examinar esa preciosa correspondencia.

De ella resultan, según lo establece Zavala, dos rasgos esenciales de Othón: su gran probidad y conciencia literarias, que lo hacían trabajar incansablemente sus poemas y acudir al consejo de amigos en quienes reconocía autoridad (el poeta Pagaza, el gramático De la Peña), y su gran generosidad, su cordialidad condorosa, que a veces lo llevaba a entusiasmarse con sus propias producciones en términos que nadie tomaba a mal, porque todos reconocían su intachable pureza.

A este propósito, recuerdo ahora una anécdota que me contó Luis G. Urbina. Acababa él de publicar su poema a la muerte del perro "Baudelaire". Se le ocurrió asomarse por casa de Jesús E. Valenzuela, director de la *Revista Moderna,* hombre generoso que entendió la vida en sangría derramada, y de quien alguna vez he dicho que fue más poeta en la vida que en los versos. Aquella casa no tenía puertas: todos entraban y salían por ella como y cuando querían. Valenzuela, afligido ya por la progresiva enfermedad que había de llevárselo, recibía con frecuencia en su alcoba. Y allí, en torno a su cama, se hacía la vida literaria. Cuando Urbina llegó, un grupo de escritores y poetas rodeaba al que llamábamos cariñosamente "Don Chucho". Nadie se dio cuenta de que Urbina se encontraba ya en el cuarto vecino, desde donde pudo escuchar que todos lo ponían de oro y azul —como dice la gente— con motivo de su reciente poema. Sólo, entre el vocerío general, se oía la voz cascada de Othón, que se alzaba para defenderlo. Y Urbina se retiró en silencio, tan secreto como había llegado. Al día siguiente, "Te agradezco —le dijo a Othón— que me hayas defendido ayer en casa de don Chucho". Y Othón, candorosamente: "No tienes por qué agradecerme. El primer poeta de México soy yo; el segundo, Díaz Mirón; tú el tercero. Tenemos que sostenernos mutuamente." Creo que

Artemio de Valle-Arizpe no ha recogido este rasgo en su sabroso "Anecdotario de Othón".*

Algo más resulta de los documentos publicados por Zavala: allí se ve claramente cómo Othón llegó a la originalidad gravitando fuera del ciclo del Modernismo, sin proponérselo, por sinceridad de su naturaleza que se enfrentaba con las realidades de nuestra tierra, y sin más preocupación consciente que la de seguir las tradiciones de la lengua y de la poesía. Curioso notar que, aun en eso que se llama su bucolismo —línea tan cargada de tradición—, también es profundamente original; porque su campo no es una fingida Arcadia donde los poetas dialogan vestidos de pastores, sino que es un ser por sí mismo: campo sin hombres, inmensa presencia patética que a veces lo exalta y transporta, y otras lo domina y parece querer aplastarlo. En el campo de Othón soplan unas ráfagas pánicas...

Pero, volviendo al trabajo que motiva estas líneas, hay que decir que —poco afortunada la edición emprendida por la Secretaría de Educación Pública, de México, en 1928, y a la que ya hice algunos reparos en mi *Monterrey*, Río de Janeiro, octubre de 1931—, con las notas de Jesús Zavala sobre el *Epistolario de Manuel José Othón* se inaugura el verdadero estudio documental del poeta. Por lo cual deseo, desde las páginas del *Repertorio Americano*, felicitar a Zavala, a la vez que le mando a usted mis más cordiales saludos.

A. R.

* Lo he referido también en *Pasado inmediato*, "Recordación de Urbina".

EL GENERAL ROCHA, ESCRITOR

México, D. F., a 2 de abril de 1940.
Sr. D. Raúl Noriega,
Director de *El Nacional,*
Dr. Mora 15, Ciudad.

SEÑOR Director y muy querido amigo: En el número correspondiente al 2 de abril, don Ramón V. Santoyo dedica un recuerdo al General Sóstenes Rocha y traza algunos rasgos de su silueta, recordando hacia el final que también fue escritor, además de bravo guerrero y hasta hombre de pintorescos relieves.

He recogido en labios de mi padre la evocación de este soldado que no conoció el miedo, y aún recuerdo el entusiasmo con que describía su acción en La Ciudadela, cuyas puertas fue atacando una tras otra, hasta llegar a la última casi solo.

Entre sus rasgos pintorescos, todos han oído hablar de aquel banquete oficial en que, ya en tiempos de don Porfirio Díaz, el General Rocha brindó por la honra que le había cabido en ver la espalda a todos los generales presentes. Don Ramón del Valle-Inclán, enamorado de las figuras caballerescas, me hablaba en España algunas veces de aquel hombre con cara de león "que bebía aguardiente con pólvora y salía a caballo en cuanto había *mitote* en las calles".

Luis G. Urbina, nuestro llorado poeta, me contó que, siendo muy joven, fue comisionado para ayudar al General Rocha a escribir cierto inacabable y aburrido *Enquiridión de cabos y sargentos,* que Rocha iba dictando y Urbina recogía en el papel con ligeros retoques. Entre uno y otro dictado, Rocha narraba alguna de sus acciones militares, y en la memoria de Urbina se había quedado grabado cierto cuadro que parece de epopeya vieja: después de una larga jornada de sed, Rocha llega con sus tropas a un arroyo, toma el agua en la mano para beber y, dándose cuenta de que se acerca volando un pajarito, también agobiado de sed, antes

de beber él mismo, alarga la mano para que se abreve el pajarito.

Entre los libros que heredé de mi padre conservo uno —Camilo Farcy, *La Guerra del Danubio* (1877-1878), Oaxaca, Imp. de Lorenzo San Germán, 1882— que aparece traducido por el General Sóstenes Rocha.

Sirvan estas breves líneas de homenaje a aquella memoria.

A. R.

A JOSÉ LUIS MARTÍNEZ *

México, 25 de marzo de 1946.

Mi querido José Luis Martínez: Si yo no tuviera ya noticia de usted, me hubieran bastado sus páginas sobre "Algunos problemas de la Historia Literaria" *(El Hijo Pródigo,* México, febrero de 1946) para reconocerle una rara capacidad crítica y el dón de abarcar los extremos del fenómeno literario.

Su pequeño ensayo, algo sumario todavía y de propósito despojado de ejemplificaciones que lo hubieran hecho más ameno, pero muy dilatado, me parece un programa para desarrollos futuros, una verdadera hipótesis de trabajo. Y desde ahora celebro sus conclusiones sobre la necesidad de la integración de los métodos, que —como usted sabe— es mi caballito de batalla. Por considerarlo, así, como un propósito de manchar la tabla, para después ahondar en el tratamiento particular de todos los relieves (pues su ensayo lleva una promesa implícita en que usted no habrá de defraudarnos), me siento tentado a proponerle una información, que seguramente le será útil. Al fin y al cabo yo voy entrando ya poco a poco en esas etapas que usted traza con elegante y sobrio rasgo al final del capitulillo sobre la "Vida de las promociones literarias", y experimento con frecuencia la necesidad de ir distribuyendo mis afanes entre gente nueva y capaz de adelantarlos con mejores bríos.

Sucede, pues, que vive hoy entre nosotros el escritor Jules Romains, a quien, entre sus muchas excelencias, no siempre se concede cuanto le corresponde como teórico de las literaturas. Todos hablan del "unanimismo", es cierto; aunque muchos, queriendo convertirlo en receta, adulteren el propósito con que fue definido. Menos son los que conocen las teorías métricas de Jules Romains y sus ensanches sobre el procedimiento de la rima, transportada al campo

* *El Hijo Pródigo,* México, IV-1946.

infinito de los "acordes". Contados los que saben que, en otro tiempo, organizó un curso de técnica poética en la Escuela de Vieux Colombier.* Pocos han reparado en sus intuiciones sobre la génesis del poema, a propósito de lo cual hay un pasaje inolvidable en alguno de los volúmenes de su novela en serie, donde una obra parte de una palabra escogida casi al azar. Y no se ha comentado en todo su valor una manifestación tan excelsa como su reciente conferencia sobre Victor Hugo, cuyas observaciones estilísticas sobre la lengua poética sajona —aislada e inmune en cierto grado— y sobre la velocidad del flujo en la lengua latina —con declive hacia la poesía oratoria— valen un Potosí.**

En cierto curso desarrollado hace pocos meses en el IFAL (Institut Français de l'Amérique Latine),† cuyas especies corren riesgo de perderse, porque Jules Romains no ha escrito sus lecciones, recogí esta sugestión de conjunto sobre la complejidad de la historia literaria, que es a lo que quería yo llegar:

Hay —decía Jules Romains en sustancia— cuatro historias posibles de una literatura o, si se prefiere, cuatro vetas que no se confunden necesariamente, aunque pueden entrecruzarse:

1º Una historia de las opiniones del "gran público", historia del "éxito contemporáneo". Victor Hugo envidiaba la fama de Béranger. Verlaine decía: "¡Si yo pudiera alcanzar la posición de Rollinat!" Mallarmé fue blanco de las burlas de todos los periodistas de su tiempo. Alguna razón deben de tener los contemporáneos, pero mil veces resulta incomprensible a los ojos de la posteridad. Y todavía hay que distinguir aquí entre el público de las mayorías irresponsables y el de las minorías selectas. Abundan las antologías destinadas a mostrar lo que era tal o cual escritor a los ojos de sus contemporáneos, pero esta historia nunca se ha escrito metódica y sistemáticamente. Por supuesto,

* Jules Romains et G. Chennevière, *Petit traité de versification*, Paris, n. r. f., 3ª ed., 1923. Curiosas coincidencias con Daniel Castañeda, *Ensayos*, México, 1935.

** *Actualité de Victor Hugo*. México, Librairie Française, S. A., 1944.

† Ver, en este mismo vol., "Jules Romains en el Instituto Francés de la América Latina, 191 *ss.*

José Luis, habría que completarla con un examen sobre la evolución del juicio a propósito de los escritores, desde su respectiva época hasta nuestros días. Algo se ha hecho, en español, sobre el *Quijote*. Tiempo hubo en que se citaba a Solís y Rivadeneyra, el historiador de México, como poeta de talla, al lado de Calderón de la Barca. Y bien sabemos que, en el resplandor de éste, aquél desaparece del todo, "como arista seca el fuego". Yo he hecho algún apunte sobre *El Periquillo Sarniento* y la crítica mexicana. Por último, hay el misterioso juicio secreto, el de las capillas literarias, el que no se escribe porque parece obvio, el juicio que podemos llamar, en una palabra, dictamen de la tertulia. En el café literario de Madrid ha quedado gran parte de la apreciación que se concede a determinado autor, a veces para desecharlo del todo. Y de aquí que, de pronto, aparezca un crítico extranjero tomando muy en serio algún libro condenado ya en su patria de origen.

2º Historia de la literatura como expresión de la sociedad, según la perspectiva sociológica que puede desprenderse de Taine. Tipo que se enlaza con el anterior, a través del análisis de las causas del éxito. Nuestra América, que ha producido una literatura abundantísima bajo los estímulos sociales, no siempre movida por aquella "voluntad de forma", que decía Worringer y a que usted se refiere, podría ser un campo fecundo para este tipo de investigaciones. Algo parecido ha hecho Vernon Louis Parrington (*El desarrollo de las ideas en los Estados Unidos*).

3º Historia de la literatura concebida como actividad especial y autónoma, con sus leyes por decirlo así extra-sociales: escuelas, formas, técnicas, estilística, etc. Jules Romains se refería aquí, como ejemplos, a Brunetière, y a ciertos ensayos de nuestra minerva. Usted ha mencionado otros más, entre los "estilísticos" de nuestros días. También puede fácilmente descubrirse el secreto enlace entre ese tipo y los anteriores. Pero conviene defenderse de la tentación de reducirlo todo a un denominador común, pues dentro de una misma época se advierten extrañezas, hiatos y aun incompatibilidades: Cézanne, Zola, Mallarmé, Débussy, son más o menos coetáneos. La base puramente sociológica ex-

plica, a veces, tanto, que acaba por no explicar nada o por escamotear lo específico.

4º Finalmente, Jules Romains nos hablaba de la historia de la literatura entendida como simultaneidad o como sucesión de milagros, de genios y de obras maestras, que se rehusa en principio a la conciliación con los tipos anteriores; que ve en las obras fenómenos absolutos, desencajados o abstraídos de tendencias y de relaciones históricas. Tal camino lleva a la legitimación de lo absurdo y lo fortuito, y hace ver cómo, por instantes, una corriente de mediocridad aparece representada por un genio.

Medite, redibuje a su modo, ahonde en el cuadro anterior, clasifique y subclasifique usted unos cuantos casos. Le prometo que llegará a buenos resultados.

El criterio principal de la historia literaria es la "trascendencia". Pero ¿qué entenderemos por tal? ¿La influencia inmediata, la influencia mediata o "resurrección"? ¿O todo eso que, sin ser "influencia", se llama en términos técnicos "fortuna" de una obra? ¿O bien la persistencia de la obra precisamente como rareza y cosa insólita, que no engendró o no pudo engendrar familia? ¿O todo ello junto? He aquí otros tantos extremos dignos de su examen.

Muy cordialmente suyo.

A. R.

A PABLO CARLOS ETCHART

EN BUENOS AIRES

México, 11 de septiembre de 1947.

AMIGO mío: Su *Apología de la bibliofilia y vituperio de la errata* me convida a comunicarle algunas notas.

1. El escritor español Alejandro Sawa se encontró con que *El País*, de Madrid, le hizo decir "infames republicanos" donde él escribió "infames publicanos". (Protestas del público, etc.)

2. Nuestro Luis G. Urbina, cronista en su juventud, anuncia que cierta dama se proponía dar próximamente una fiesta y "dedicar una noche de *éstas* a los amigos de su esposo"; y el periódico le hizo decir: "una noche de *astas*".

3. En los preliminares de los *Coloquios satíricos* de Antonio de Torquemada (Mondoñedo, Agustín de la Paz, 1553), aparece esta curiosidad:

El Impresor a los Lectores, sobre la corrección de los libros

> Es costumbre tan usada en cualquiera que lee un libro, si halla algunos defectos o mentiras o letras mal puestas o unas por otras, que luego echan la culpa al impresor que lo imprimió, sin saber si aciertan o no; que, como ya tiene esta fama, no habrá nadie que se la quite. Y para desengañar los que así echan la culpa a los impresores, determiné avisarles, declarándoles la manera que se tiene en las correcciones. Y habéis de saber que en cualquier emplenta hay un corretor asalariado, y éste ha de tener cuidado de corregir las faltas que halla en el original y que se hacen en la emplenta; y así, si algunos defetos se hacen, son a cargo del corretor y no del impresor; y así ninguno se debe de maravillar por las faltas que halla, porque por sí mesmo puede juzgar a los corretores: —Estáis escribiendo una carta, a donde tenéis todo vuestro juicio y memoria y entendimiento, a donde no tenéis más con quien entender, sino con el papel y la pluma y tinta; y después de escrita, tornándola a leer, halláis en ella harto que tornar a enmendar, y aun tomarla a trastadas; cuanto más donde hay tantas menudencias de letra, que no basta juicio humano para hacer que en lo que se imprime no lleve defetos.

> Porque por mí lo he visto: pasar dos y tres veces y aun cuatro una prueba, y si me tomasen juramento, juraría que no hay en ella qué coregir, y tornarla a leer y hallar en ella algunas mentiras o letras mal puestas. Y aun algunos que me han dado obras a imprimir, y ellos mismos son corretores de sus obras, y decirme que en sus obras no han de llevar sola una mentira, y al cabo de impresa la obra tornarla a pasar el autor, y hallar tantas que estaban espantados. Así que se pasan los ojos y no basta nadie a hacer que no lleve defetos, aunque más mirar y diligencia tenga.

La prosa es infame, pero la observación, atinada. Además, aprendemos que la errata de imprenta se llamó en el siglo XVI "mentira de imprenta".

Al leer esto, sin duda habrá usted recordado la célebre visita de Don Quijote a los impresores, y cómo Cervantes echaba a los impresores la culpa de los enredos sobre el asno de Sancho, robado y reaparecido a deshora.

4. Eugenio de Salazar y Alarcón, poeta peninsular incorporado desde los días de las Audiencias a la poesía descriptiva de la Nueva España, dejó una *Silva de poesía,* que nunca se decidió a publicar en vida por temor a que fuera en menoscabo de su dignidad el haber compuesto en verso castellano, y con la *Silva* dejó uno como testamento literario, en que explica la forma y manera que se ha de tener en la publicación de sus versos, con las recomendaciones más minuciosas.

Era Salazar y Alarcón abuelo de los afligidos de escrúpulo tipográfico, entre cuyos príncipes se cuentan Villiers de l'Isle-Adam, Mallarmé, Juan Ramón Jiménez, para sólo nombrar algunos.

Autoriza, pues, el que su libro se imprima en México, donde había imprenta, "aunque no de muy buena letra"; que sea en buen papel, con buena tinta, y en el mejor tipo que se halle; que el primer verso de cada estrofa se saque al margen; que haya igual distancia entre verso y verso, y un espacio mayor entre las estrofas; que se hagan vocales con apóstrofo para las sinalefas; que se respete la grafía de las terminales de verso, porque había tenido que modificarla en ocasiones, poniendo *sacto* en vez de *santo, dino* en vez de *digno, doto* en vez de *docto, conceto* en vez de *con-*

cepto, bajo en vez de *baxo, prisa* en vez de *prissa,* para obtener la consonancia perfecta (observación que trasciende a la historia de la fonética española); que los sonetos acaben en la misma página en que comienzan, porque de otro modo "se interrumpe el sentido"; que las márgenes dejen espacio a las apostillas; que el volumen no sea tan grande que estorbe, ni en *ochavo,* "que se quita autoridad a la obra"; que corrija las pruebas nada menos que "un buen poeta"... Todo lo prevé el cuidadoso autor. Si sus hijos venden el privilegio, que cuiden de guardar ejemplares suficientes para "prestar a amigos y señoras". Y, desestimando el valor de sus obras, aunque permite que se publiquen su Carta de la Corte y la del Mar, "porque parece traen alguna uitlidad común", dice en cambio que "la de los Catarriberas ni la de las Asturias ni otra alguna se impriman, porque aunque tienen agudezas y erudición, son cartas de donaires, y no se puede sacar otro fruto de ellas más que el gusto de las razones".

El sino ha cumplido al revés este testamento literario: los Puntos de Derecho, en que el autor ponía tanto orgullo y que ni sabemos si llegó a terminarlos, han desaparecido del todo; la obra poética sigue inédita en mucha parte, y el epistolario, y singularmente las cartas censuradas, se han publicado íntegramente para general regocijo.

Valgan estas notas como complemento a mis páginas de *La experiencia literaria,* "Sobre crítica de los textos" y "Escritores e impresores".

Cordialmente suyo,

*A. R.**

* Trato de Salazar y Alarcón, poeta descriptivo, en *Letras de la Nueva España,* cap. V. Col. Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica.—1958.

II. PRÓLOGOS

SABOR DE AREQUIPA

DESCUBRIRSE, encontrar su camino. La Escuela de la Sabiduría, de Darmstadt, admite que todos traemos una misión, una valencia atómica que saturar, una geometría platónica en la que cada alma debe buscar su asiento. La mística llama estado de gracia a la aceptación del propio destino. Una y otra idea, aun cuando por sendas encontradas, confluyen a la felicidad.

Cuando conocí a Alberto Guillén yo creo que él no era feliz. Hacía otras cosas, escribía otras cosas. No distinguía bien las necesidades de su espíritu, y el torrente de la juventud lo tenía como sublevado contra su propio yo. Una lumbre de finura estética ardía ya dentro de sus ojos, aquellos ojos que —entonces— miraban todavía con cierta inquietud. Esa lumbre desató un impulso. Y ese impulso —la investigación hacia la belleza— lo fue poco a poco sacando al camino real, y lo trajo al equilibrio ético que, hoy por hoy, se enlaza tan dichosamente con su juventud. Descubrirse, encontrar su camino—. Cuando volví a ver a Alberto Guillén ya sus ojos eran sus ojos.

Y he aquí, Guillén, lo que pasa con sus poemas. Trataré de explicarme. En el museo de los vicios menores hay uno que ni nombre tiene. Aunque no haya hecho víctimas heroicas, no le falta tradición ilustre: en la literatura del Siglo de Oro hay testimonios de la costumbre de comer barro, que se insinuaba como pequeña moda secreta entre las damas de Madrid. De mí sé decir que, en mi tierra, hay gente devota de los jarros de Guadalajara, alfarería popular que da al agua un resabio inconfundible. Hay gente —y sobre todo los niños— que rompe los jarros para saborear los pedazos como grageas. A mí también me iniciaron, de chico, en el rito del barro. Conservo de la experiencia el recuerdo de una comunión.

Pues bien: el recuerdo resucitó de repente con sus poemas. Sabor del barro del Perú, tan parecido al de mi tie-

rra: gusto de lo elemental que hay en el gusto. La poesía, que en nuestros tiempos se ha remontado, dejando caer lastre hasta desprenderse de todo su contenido material, aquí retorna a sus evidencias. Pisa el suelo. Y así, en una ligera marcha que evita las dos cercas de alambre —la ley del verso y la de la prosa—, corre usted a devolvernos lo más irreducible que hay en nosotros: el sagrado barro original.

De modo, Guillén, que tenía razón aquel su amigo cordillerano que, a la primera lectura de sus poemas, le dijo: —"Se mastica el sabor de su tierra." No hay más qué decir.

Río Janeiro, 1-1932.

LA "PUREZA CAUTIVA", DE JOSÉ A. BALSEIRO *

José A. Balseiro, caballero de verso y prosa, fino portorriqueño andante, varón español y universal, que ha demostrado pericia en la novela, la crítica y la cátedra; que ha paseado por medio mundo el alborozo tropical que lleva en la sangre; mordido mil veces de soledades y siempre libertado en las alas de las palabras, es con todo ello un poeta de los que nunca conocerán las engañosas caricias de la moda, frecuente enemiga del valor.

Por las orillas del habla castellana, lejos del vórtice revuelto y de la mezclada surgente, parece —al leerlo— que sólo llegaran al de Puerto Rico las aguas más claras y filtradas, las más depuradas, las más centrífugas, las más hechas para remansarse en pozos duraderos.

Dice que fue a España en busca de un calor de tradición: una comprobación, más bien, porque a España la traía él consigo. Y tocado así de tradición, de actualidad y de futuro —es decir: cultura, poesía y mística, tres órdenes humanos por excelencia—, como tiene el coraje de su sinceridad, alcanza y conquista un acento propio; y por eso, sin darse cuenta, evita las sirtes de la moda.

No es éste, cierto, el único escollo en estos mares. ¡Oh, capitán poeta! Escila y Caribdis atenazan peligrosamente nuestra ruta. A un lado, eso que se llama el corazón; a otro, eso que se llama la cabeza. Porque si es cierto que la poesía vive de embriaguez, también es verdad que se sustenta de geometría: un sueño con rienda, un dejarse ir sin dejarse ir: "La brújula del sueño vigilante", que decía Góngora. Junto al vate, que arrobadamente duerme su vino, haya siempre un mastín alerta. ¡Qué pisar siempre entre dos mundos, el que nos crió y el que ha de nacer de nosotros! ¡Qué fábula de cigüeña absorta, con sólo un pie en la tierra! Si nuestro poeta, entre las notas más familiares de su libro, se desliza un tanto hacia la blandura, pronto se rehace y se devuelve

* La Habana, "Lex", 1946.

a su línea, orientándose con un latigazo de giro bien torcido o con el acicate de una dura palabra a tiempo. Véanse esos "sonetos" que alcanzan garbo y transparencia singulares, esas "sensaciones de patria" plenas y evidentes, esos "romances" cantarinos, esos "cielos cerrados", abiertos en profundidad temblorosa.

De suerte que lo admiramos y hasta vamos aprendiendo a quererlo, conforme sentimos que pertenece a la estirpe de los que sofrenan a Pegaso:

Y en esta fina claridad ardido,
el pensamiento —penetrable y claro—
jamás perece en confusión perdido.

Ya estamos tranquilos. Aquí podemos confiarnos: aquí hay forma para la alegría y el dolor. Lo cual es, hasta hoy, el único aviso angélico que los hombres hemos recibido, la única visitación.

Buenos Aires, 30-XI-1937.

PSICOLOGÍA Y NO CRÍTICA *

LA BALANZA entre la imaginación y la realidad anda frecuentemente torcida. Consecuencia: o la vida o la poesía tienen que sufrir. Escribir intensamente y vivir intensamente son cosas distintas. De repente se da la ecuación, o en lo moderado o en lo excesivo. Pocas veces entre nosotros, donde la contemplación y la acción se entrechocan y se destrozan. Cuando se hagan con buena inspiración y buen método las biografías de nuestros maestros —ya han comenzado a hacerse— se apreciará hasta qué punto la exasperación americana consume, en el hombre extraordinario, al escritor posible.

En estas confesiones, vertidas simbólicamente en un corazón ajeno (el "yo" es odioso), Osvaldo Bazil recorre, al margen de su historia sentimental, su antología poética; va cargando el fuego del relato; por momentos, la válvula respira y la prosa se le transforma en verso. La realidad y la poesía se entrelazan en juego de cartasis constante. Hay que estudiar la vida, que saborear la poesía: juzgue sólo el caballero de la primera piedra. La confesión redime; por un instante, la Iglesia y Rousseau están de acuerdo. Lo sabíamos por San Agustín.

Pero ocupémonos de letras, alivio de los caminantes del mundo. Digámonos que el poeta, ocupado en dar perduración a los instantes, tiene que objetivar sus más íntimas y personales reacciones, de forma y manera que cada uno pueda hacerlas suyas si quiere; y de forma y manera que, si no lo quiere, les encuentre aquella dignidad suficiente de lo que apreciamos sin desear. Y aquí, reventando en verso como nuestro autor, una fábula:

Cuentan de un vate que un día
tan enamorado andaba,
que sólo se consolaba
con los versos que escribía.
"¿Habrá otro —entre sí decía—

* Parcialmente recogido por O. Bazil en las palabras previas de su libro *La cruz transparente*, Buenos Aires, 1939.

más sensitivo que yo?"
Y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta viendo
que otro vate iba escribiendo
lo que él no se atrevió.

Atreverse, pero con modo. En el modo está todo. ¿La sinceridad, virtud estética? Según y conforme, entendámonos. Puede ser un alto documento ético o psicológico, de enseñamiento o de laboratorio, aunque sólo tenga un valor artístico muy escaso. Con todo, la verdadera sinceridad presupone un hallazgo de expresión, calidad artística. No sé si me engaño: me parece que las poesías juveniles que Osvaldo Bazil resucita cobran mayor interés al devolverse a su función de hitos en la historia de un corazón. Si me dejaran los respetos humanos, me agradaría detenerme en el análisis de este testimonio único —tan americano, tan antillano—: una educación sentimental que, como la otra, es una disolución sentimental paulatina. Y permitidme que me desentienda de todo examen técnico (toda técnica es época, no tiene remedio: hay aquí muchas poesías "que datan"; lo sabe el autor, y eso no importa). Y que me desentienda de mis preferencias personales de oficio (lo bueno está, precisamente, en que los demás no se nos parezcan), para declarar que el amante enjerto en poeta no puede dejar de conmoverme.

Curioso notar que, conscientemente o por azares de su carrera (nos faltó aquí un poquillo más de confesión), Bazil aplica la goethiana estrategia de la fuga, única que se ha inventado para recobrarse tras de cada caída. Curioso advertir que su inconstancia está hecha de una constante busca platónica. Curioso reconocer que, como a Lope niño, lo desvió definitivamente el mal sabor de la primera experiencia. Busca el amor por toda la tierra, y encuentra pedazos de amor.

Y las demás páginas en prosa, y los demás versos, cuya musa es siempre el dolor... Yo no quisiera acompañarlos, en estas líneas improvisadas entre dos viajes, con una sentencia de crítico, sino con una palabra de amigo que ha visto pasar el sufrimiento y lo respeta.

Río, 1939.

PRÓLOGO A ANTONIORROBLES PARA SU LIBRO "¿SE COMIÓ EL LOBO A CAPERUCITA?" *

MANDA el mejor precepto retórico escribir únicamente sobre lo que se ama. Pocos satisfacen tal precepto en la medida de Antoniorrobles, especialista en el alma y la literatura infantiles. No sólo escribe, siguiendo su clara vocación, sobre lo que él ama, sino sobre lo más amable que existe para todos los hombres. Esto no significa que en el niño no pueda haber gérmenes feroces. Lo sabíamos desde San Agustín, que observa con amargo despego los gestos y los gritos de la criatura cuando reclama su alimento. Lo analiza Freud hasta la crueldad, cuando nos obliga a apreciar el descubrimiento y los primeros estallidos de la *libido* en la edad más tierna. Pero aun estos primeros amagos de ferocidad, por lo inofensivos, asumen, en la infancia del hombre como en la del tigre, cierta gracia que los redime, y ofrecen aquella suavidad que anima a corregirlos.

Porque entiéndase que en ninguna literatura es más íntima la clásica relación entre lo útil y lo dulce que en la literatura infantil; ninguna poesía está obligada más estrechamente a los fines educativos inmediatos que la poesía para los niños. Lo menos que hace —y lo más importante en muchos sentidos— es cultivar la imaginación y acostumbrar, por una parte, a escoger los rasgos de belleza en la realidad exterior y, por otra parte, a sublimarlos y transfigurarlos al fuego del espíritu. De modo que al mismo tiempo nos reconcilia con el mundo y sus innegables encantos, enseñándonos a aislarlos entre el caos de las realidades, y fortalece en nosotros aquella energía de confrontación que se atreve a corregir la vigilia de acuerdo con los anhelos del sueño, y a hacer así la vida mucho más asimilable al alma. Disciplina, a la vez, de aceptación y de rebeldía, la poesía labra en la plástica materia infantil la estatua del hombre equilibrado.

* México, Editorial América, 1942.

El verdadero problema reside en no considerar al niño como un estado definitivo, sino como un tránsito hacia el hombre. Pero esta transformación no debe abandonarse al acaso. A los maestros de los niños, y mucho más a los poetas de los niños (porque ellos palpan más de cerca las zonas intuitivas del ser) corresponde el dosificar las cantidades de nutrición adulta que pueden irse administrando a la infancia. Aquí no se puede ya preceptuar. Aquí la inteligencia y la sensibilidad han de armonizarse en esa temperatura indecisa que se llama el tacto. Y esto sólo pueden lograrlo quienes son poetas y hombres buenos en el grado de Antoniorrobles.

Ojalá sus páginas contribuyan a desterrar esa literatura desatentada y hasta criminal con que se envenena a los pequeños lectores. Ellas corresponden a las mejores tradiciones de la poesía infantil: Perrault, Lewis Carrol, Stevenson. Su mejor cualidad está en que no presuponen una representación ya adulta del mundo, ni están escritas para la malicia de los adultos, sino que —por una compenetración de amor— parten verdaderamente del mundo que los niños perciben, y no se consienten nunca impurezas.

1942.

A MARGOS DE VILLANUEVA *

SALUDO con mis mejores augurios su primera novela, *Un destino*, desconcertante revelación de un temperamento ajeno del todo a las convenciones y convencionalismos de la femineidad.

Me explicaré: yo creo que los hombres nos forjamos una imagen de lo femenino, y luego la imponemos a las mujeres de letras, quienes suelen aceptarla con más docilidad de lo que ellas mismas sospechan. Escritora tan independiente como Colette, clásico de nuestro tiempo, consagra páginas enteras al vestidito de su heroína, simplemente para que se diga el lector: "¡Cómo se conoce que es mujer!" Y ¡cuán pocas veces encontramos observaciones sinceras y auténticamente femeninas, como ciertas deliciosas líneas de Sheila Kaye-Smith sobre Jane Austen, que de veras no se le ocurrirían a un hombre! Hablando de la 'Emma' de Jane Austen, nos dice:

> Cuando la leí por primera vez, Emma era mi contemporánea; ahora bien podría ser mi nieta, pero todavía hallo que me une a ella el mismo sentimiento cálido e inevitable de un parentesco real. Es una experiencia de indescriptible encanto ésta de seguir creciendo al lado y en torno de un personaje novelístico y recorrer así, con respecto a él, una senda de relaciones renovadas y cambiantes, que van desde el interés de la juventud hasta la celosa afección materna, y paran, al fin, en el cariñoso orgullo de una abuelita. ¡Querida Emma! Siempre tan "snobbish" y tan chasqueada y tan impecable a pesar de todas tus faltas! **

La verdad es que, quien se acerque a la novela de usted con los ojos cerrados, no podría sospechar que la autora es una mujer, ni menos acertaría a descubrir ese cordón invisible que ata a todo libro con quien lo ha escrito, y en todo

* México, Biblioteca "Hoy", 1945.

** Sheila Kaye-Smith y G. B. Stern, *Speaking of Jane Austen*, Nueva York-Londres, Harper and Brothers, 1944.

relato novelesco, por imaginario y fantástico que sea, destila unas gotas de la propia y verdadera historia.

Y no se tome esto a censura, que tal género de sorpresas es el fermento de las letras y, si sólo se nos diera lo que esperamos, nunca habríamos pasado de los primeros balbuceos.

Algo hay de insólito en el libro de usted. Lo es el personaje, al parecer tan lejano de quien lo ha concebido. Lo es la acción misma del relato, animada por una psicología implacable. Lo es el mundo en que ella se desenvuelve, tan ásperamente perturbado de amargas y crudas visiones, en que parece que nunca pudieron posarse unos dulces ojos. Algo hay de insólito en ese ambiente, neutro y objetivo hasta la crueldad, sin ternuras de color local ni facilidades costumbristas, y que lo mismo puede ser el ambiente de una existencia transcurrida entre nosotros o en algún pueblo de la Europa Central.

Déjeme que me limite a manifestarle mi interés por el porvenir de su libro, sin deshacerme en elogios, que mal acomodarían para una obra tan vuelta de espaldas a los respetos de la rutina.

1945.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

MALA nueva para los supersticiosos y alarmistas: ninguna crisis de la poesía anuncia su muerte. La poesía y el hombre han jurado un pacto indisoluble. Si el hombre ha sido explicado como animal político, tanto vale definirlo como animal poético. Lo saben aun los principiantes de historia literaria, que han visto mil veces a la poesía modificarse sin perecer, adoptando, bravamente, las sinuosidades de la aventura humana.

Pero esto no es negar la realidad de las crisis, y ninguna mayor que ésta de nuestros tiempos aciagos. La poesía padece ahora, acaso por el exceso de dolor que suscitan cuidados más inmediatos y elementales. Y hasta hoy resultan poco prometedores los empeños desesperados por salvarla, al cobijo de cierto realismo descriptivo, algo inficionado —como es natural— por las intenciones de eso que se llama "la tesis". En metáfora un tanto brutal, puede decirse que se trata de abrir otra vez el paso a la Musa desconcertada, como quien pretende abrir un túnel con la cabeza. Por suerte, quedan algunos valientes, aunque muchos tengan que perecer en la brega.

Aquel sobresalto gustoso con que nos atraían y punzaban los poemas de Miguel Ángel Asturias, cuando los leíamos en orden disperso, uno aquí y otro allá, hoy éste y mañana aquél, ahora que leemos la obra organizada en libro y completada con tanto material inédito se nos convierten en admiración y aun gratitud. Hay en este libro algo de hazaña, hazaña de investigación poética, la cual no podría llegar a tal término de excelencia (dejémonos por ahora de estímulos, inspiraciones, fuentes y demás armas de la cultura) sin una consulta sincera de la propia naturaleza y de sus actuales reacciones contra el desafío del mundo; sin una vuelta "cartesiana" a las evidencias poéticas.

Los lectores perezosos, poniéndose, sin saberlo, a la escuela de tantas escuelas preceptivas, pensarán que lo desusa-

do o lo poco usado lleva en sí mismo el germen del mal. Pero los otros, los nuestros, entenderán fácilmente que es el mundo mismo lo que se nos ha cambiado en torno, y que importa renovar los pertrechos, si no queremos acabar sitiados por hambre del espíritu. Verdad es que hay cosas inconmovibles y que ellas disfrutan de cierta modesta eternidad. Pero por ellas no hay que alarmarse: se cuidan solas, son caracteres específicos.

Y además, la originalidad de Asturias ¿acaso ha sido solicitada con falacias y extravagancias? ¿No está penetrada de sinceridad? ¿No surge de las visiones más inmediatas? ¿No se asienta en las emociones más permanentes?

Advierta el lector la firme evolución del poeta a lo largo de varios lustros, y percátese de la probidad con que ha guardado su vino, según el consejo de Horacio, para ofrecerlo en su reposo y en su madurez más acendrados.

Entretanto, allá va la flecha poética enderezada a la "sien de la alondra". Amanece entre friolentas penumbras y empieza el trino. Llega un verdadero poeta.

1946.

PROEMIO A JACQUES LEGUÈBE

NINGÚN rasgo de la historia de Francia puede ser indiferente a la familia humana. Mil circunstancias y mil condiciones internas dan a esa nación un alto carácter de ejemplaridad, guía y aleccionamiento para todos los pueblos. Hasta sus desgracias resultan provechosas en los saldos de la conciencia histórica. Y ninguna desgracia mayor que la sufrida por Francia en nuestros días. Ya se rehace, ya se recobra, ya sale de las catacumbas donde por un lustro tuvo que esconder, y también concentrar en la reflexión y el sufrimiento sus noble energías vitales. Quiso el destino que el país más visitado por las amenidades de la sensibilidad y la inteligencia padeciera los choques más rudos, los agravios más amargos. La justificación de esa manera de vivir y entender el mundo que puede llamarse la cultura francesa está en haber resistido, en continuar, y en seguir su marcha con ímpetus acrecidos.

El libro de Jacques Leguèbe* se consagra a la tarea de mostrarnos esta saludable continuidad, que tanto importa a nuestra esperanza. En el orden humano, continuidad es conducta. El señor Leguèbe nos presenta una descripción de la conducta de Francia —de la conducta interior, ética, espiritual, expresada en la literatura, y sobre todo, en la poesía y filosofía—, dejando hablar, con manifiesta probidad y modestia, los textos y documentos mismos del pensamiento francés, a lo largo de este período penumbroso, textos y documentos de que su libro proporciona una verdadera antología. La conclusión se expresa en el título como una enseña: "El fracaso del odio", conclusión que el autor concilia en un equilibrio de justicia y de libertad.

Sea bienvenida una obra cuya orientación, altamente patriótica, alcanza un sentido de edificación general, para todos útil y benéfico. Y si de repente deja sentir el autor la postura polémica ante los puntos de vista de generaciones

* *El fracaso del odio.*

precedentes, no le exijamos que viole aquella ley natural conforme a cuyos mandamientos tácitos toda juventud tiene que abrirse paso, para desembocar en la vida, con cierta combativa impaciencia.

La digna traducción castellana del señor Manuel Durán Gili pondrá al alcance de todos los lectores del orbe hispano estas páginas de precioso acervo. Es un privilegio presentarlas a los lectores de América y desearles la mejor fortuna entre los muchos americanos a cuyos ojos Francia tiene la obligación de seguir siendo hermosa y grande, para bien de todos los hombres.

México-3-IV-1946.

TRES REINOS DE MÉXICO *

La sabiduría vulgar aconseja desconfiar de las apariencias. No hay consejo más funesto y equivocado, puesto que sólo vivimos entre apariencias, como aquellos prisioneros de la caverna de Platón a quienes sólo era dable contemplar las sombras de los objetos. Confiar en las apariencias, sumergirse en ellas e interrogarlas es el único camino de todo conocimiento religioso, filosófico, ético, artístico o científico.

Los primeros datos de los sentidos son sagrados. No importa que luego resulten rectificables o interpretables. Precioso dón el de los ojos, divino presente el de la luz, sin el cual sería imposible disfrutar de las "veinte atmósferas", condensadas —según Gautier— en el ambiente de las *Meninas*, de Velázquez, y también sería imposible representarse la figura del universo, ya en la antigua imagen de Newton, ya en la actual imagen de Einstein.

La geometría se hizo con los ojos, y hasta el aire es arquitectura conforme a la feliz expresión de Santayana. Cuando la fábula antigua arrebata al sabio la visión, se siente obligada, en cambio, a concederle la videncia, como a Tiresias, como a Homero. Porque sólo la profecía o la poesía pueden compensarnos de una pérdida semejante. Aquella terrible santidad del estoico que grita por la voz de Quevedo: "¡Perdí los ojos! ¡Perdí la ocasión de perderme!", muy bien pudiera convertirse por la recíproca: "¡Perdí la ocasión de salvarme!"

Las admirables fotografías de George Hoyningen-Huene, aun por su mutismo suficiente —no empañado con leyendas ni letreros que desvían siempre un tanto la ingenuidad y la inmediación de los datos—, realizan la obra de caridad por excelencia: devolver los ojos al ciego. No hay disertación sociológica, no hay estadísticas económicas que

* Hoyningen-Huene, *México eterno*, Atlante, 1946.—*Mexican Heritage*, Nueva York, J. J. Augustin, 1946.—Reproducido en el tomo antológico *La X en la frente*, México, Porrúa y Obregón, 1952, pp. 81-86 (México y lo Mexicano, 1).

sustituyan, para el conocimiento de un pueblo, la hondura intuitiva de un álbum de fotografías, registro de apariencias estáticas donde la cara de México se deja ver en todos sus gestos, en su sensibilidad, su patetismo, su melancolía o su alegría difusas.

Cuando el sumo maestro de la crítica hispana, Menéndez y Pelayo, se acercó por primera vez al espectáculo de nuestra poesía, aconsejaba por eso buscar los fundamentos de su originalidad, ante todo y de preferencia, en los efectos mismos del paisaje sobre la mente. Jaime Torres Bodet ha dicho por eso que el problema del paisaje se ahoga y confunde en otro problema mayor: el problema de la literatura nacional. Y quien dice literatura dice expresión íntegra del alma de un pueblo. Sin la luz —la luz y la sombra— ni siquiera se entenderían aun ciertos efectos paradójicos de alejamiento (*aloofness*, decía Coleridge) en que a veces cae la poesía, como cuando, por instantes, nuestros bardos del Modernismo cerraban momentáneamente los ojos a las imágenes inmediatas de nuestra América. Pues la misma negación del ambiente deja adivinar, por transparencia, el ambiente que se pretende negar.

Todo ese complicado cuadro de influencias que se llama la Geografía Humana, sin el cual la Historia es incomprensible, no es más que la reacción, la respuesta de nuestra voluntad ante el sistema telúrico y natural que nos rodea: ora se entienda a Egipto, al modo de Heródoto, como un presente del Nilo; ora, al modo de Toynbee, como una respuesta contra el desafío (*challenge*) del Nilo. El colombiano Germán Arciniegas escribe con mucho sentido:

> Si algún espíritu curioso se dedicase a reconstruir la historia de la luz en América, llenaría de paisajes que nos son desconocidos el escenario en que se desenvolvieron la Conquista, la Colonia, las Guerras de Emancipación, el siglo XIX. No es posible explicarse la conducta de los pueblos sin hacer esta tentativa de re-creación de atmósfera.

Para esta obra de porvenir, el Álbum Mexicano de Hoyningen-Huene tiene valor inapreciable. Y alguna vez hemos intentado nosotros dar algunos pasos en tal sentido, descri-

biendo la meseta de Anáhuac, como "la región más transparente del aire" (A. R., *Visión de Anáhuac* *).

Pero disimulada, o incorporada más bien, en los rasgos de la fisonomía natural, se adivina siempre la presencia de los antiguos dioses. Una como respiración religiosa brota del árbol y de la piedra. Los remotos abuelos que, hace siglos, hollaban el suelo de México, atribuían, como lo han hecho todos los pueblos, una circulación divina al "espacio vital" que les rodeaba: especie de desciframiento jeroglífico que la conciencia del hombre se esfuerza siempre por aplicar a las cosas del mundo entre las cuales tiene que orientar su conducta.

En largo proceso de intelectualización, dejaron de lado la mera representación imitativa o mimética, a la que acaso no se prestaban aún (¡por suerte!) sus recursos técnicos. Y así llegaron por pasos a edificar un arte penetrado de símbolos, que casi puede leerse como una escritura.

Las contorsiones y los vuelos monumentales de la arqueología mexicana —nacida de impulsos religiosos— es como una lectura del universo, que precisamente trata de sumergirse en las apariencias ambientes y entenderlas a la manera humana.

Es ésta una manera humana muy diferente ya de la nuestra. Pero una manera humana que sólo entenderemos tal vez si confrontamos el texto que leía el antiguo mexicano (el paisaje y el ambiente: una sección de este álbum) con la lectura misma que sacó de semejante texto: los documentos arqueológicos.

El arte carecería de sentido sin este juego de acciones y reacciones: la pregunta del mundo y la respuesta del hombre; respuesta —justo es decirlo— que las más veces viene a ser una pregunta en segundo grado, pues nuestro enigma dista mucho de estar resuelto. Al enigma del ambiente, de las formas naturales, del escenario que nos envuelve, nos acaricia o nos tortura, contesta así el enigma de las expresiones artísticas: al paisaje mexicano contesta —a su manera trascendental y terrible— la arqueología mexicana.

Sobre este primer estrato, el estrato indígena, caerá más

* Ver *Obras Completas*, t. II, pp. 9-34.

tarde el baño de otra civilización, acarreada por los conquistadores hispanos. También la empujaba un intento religioso. La Cruz Cristiana se alzará entonces sobre las ruinas del Templo Azteca. Y poco a poco, sobre el mismo suelo natural, se transformará el aspecto de ese otro segundo suelo humano que se llama civilización.

Paisaje, Arqueología Mexicana y Arte Colonial Mexicano integran el presente álbum, como tres fases indispensables del proceso. La época moderna es cosmopolita y anodina; es decir: neutra y sin expresión nacional. Por eso se prescinde de ella. Y un noble escrúpulo por huir a las fáciles y engañosas tentaciones de la "documentación turística" ha impuesto al creador de este álbum la brava consigna estética de suprimir la figura humana. El hombre sólo está presente en los ojos, es decir: en la contemplación. Pequeño dios que ha terminado su obra, se limita a ver lo que ha hecho. ¡Está bien hecho! Nuestra historia no se arrepiente.

Aparte, y además de los estímulos materiales y la codicia por descubrir los paraísos del oro (el emperador Moctezuma llegó a desnudarse ante el conquistador Cortés, para demostrarle que no era de oro), los españoles que se derramaron por nuestro suelo eran soldados de Cristo, caballeros de una nueva Cruzada. Quiere esto decir que sus primeros templos eran también fortificaciones y cuarteles. La espada llevaba una cruz en el puño.

También los inspiraba, sin duda, ese afán de ver maravillas. El mismo afán de insaciable curiosidad que arrastró a Alejandro, entre las protestas de sus guerreros, más allá de los límites conocidos del mundo, sin que su desatentada excursión tuviera ya sentido estratégico ni político ninguno. Pero no debe exagerarse esta imagen, porque el realismo español siempre ha corregido en buena medida los impulsos de la fantasía, la loca de la casa.

Finalmente, en todas las hazañas del descubrimiento y la conquista de América es innegable la inspiración utópica, la esperanza por descubrir otro campo mejor para las aventuras y ensayos de la felicidad humana.

Durante la Colonia, México adquiere lentamente su fisonomía histórica. Se aquietan los vaivenes de la conquista

y nace, en la mezcla de sangres, un pueblo ceremonioso y cortés, cuyo mismo tono provinciano extrema y acentúa un tanto los humos de aristocracia y señorío. Lo revela así la obra del comediógrafo Ruiz de Alarcón, primera voz universal que brota de México. Lo revelan aun los extremos del "barroco mexicano", donde se confunden con la altanería hispánica las inspiraciones convulsivas del arte indígena.

Después... La tierra tiende a uniformarse. Los pueblos cambian influencias. Las independencias derivan a la interdependencia (no es lo mismo que la dependencia). El férreo lazo económico ata a las naciones unas con otras. Y ojalá de todo ello nazca una aurora de fraternidad humana, por encima de las fronteras, las "autarquías" y los antiguos imperialismos.

PARA UNA BIBLIOGRAFÍA DE LOS ESPAÑOLES EN AMÉRICA *

El trabajo paciente y abnegado de los bibliógrafos prepara los instrumentos de la cultura con un desinterés y un sacrificio de todo estímulo egoísta o de todo apego subjetivo que tienen mucho de santidad. Los compiladores de la presente bibliografía, y las autoridades e instituciones que les han permitido llevar a cabo su tarea con una perfecta probidad científica, merecen nuestra gratitud.

Esta obra se inspira en el deseo de hacer manifiestas la constancia y la continuidad del espíritu en medio de las trágicas agitaciones sociales que hemos presenciado y es, en tal sentido, una obra de edificación moral. Para darle término fue necesario no sólo vencer los obstáculos que estorban siempre la organización de lo informe, la unificación y clasificación de los materiales dispersos, sino también resistir bravamente toda tentación ajena al propósito nítida y puramente cultural del programa que se trazó. Uno de los mayores males que afligen a la inteligencia en nuestros días reside en la inquietud de una época turbulenta que desvía constantemente la atención fuera del objeto propuesto. Se hace una cosa pensando en muchas otras. Una secreta hipocresía se desliza inconscientemente hasta el apacible recinto de las Musas. Y como ha dicho un filósofo, el astrónomo calcula la paralaje de una estrella con cierta oculta intención electoral. De tal dolencia han sabido emanciparse los autores de la presente compilación.

Era necesario imponerse límites precisos, a riesgo de perderse en la inmensidad del territorio. La labor de los escritores españoles en la América Hispana cubre prácticamente toda la historia del Nuevo Mundo Hispánico. No era tan ambicioso el objeto. Se quiso, tan sólo, poner de relieve la apor-

* Julián Amo y Charmion Shelby, *La obra impresa de los intelectuales españoles en América, 1936-1945.* Obra en español e inglés presentada por la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso de Washington. California, Stanford University Press, 1950.

tación intelectual, la nueva contribución de la Vieja España a las Españas Nuevas, determinada por la crisis de nuestro tiempo. Se quiso mostrar el saldo positivo que arrojan sobre nuestra América aun las mismas lamentables vicisitudes entre las cuales se debaten hoy todos los pueblos. No veo que haya una demostración más gallarda de la dignidad del hombre, por una parte, ante la confusión de las peripecias históricas y, por otra, del campo que ofrece nuestro Continente a la salvación y a la perpetuación de esas sagradas formas cuyo conjunto se llama la cultura.

Todos los días y en todos los tonos repetimos que la misión de América —cuyo nacimiento mismo fue alumbrado por las luces de la Utopía y los anhelos de crear una morada para una humanidad más justa y feliz— tiene por supremo destino el servir de asilo y nuevo plantel para las fecundas semillas educadas en el suelo que han arrasado las tempestades del mundo. Sobre la verdad de esta afirmación demasiado abstracta, la bibliografía que tenemos en las manos nos suministra una prueba palpable y visible. Es verdad que América resulta tierra propicia; es verdad que se abre, generosamente, a la esperanza.

1947.

LA *GUIRNALDA ESPAÑOLA* DE JEAN CAMP *

La traducción es, sin duda, cosa desconcertante y, a poco apurar, da muestras de una multiplicidad o variabilidad psicológica comparable a las elasticidades del volatinero que ejecuta con el cuerpo lo que parece, en principio, un logro imposible. Nada quita a la maravilla de este transporte entre dos órdenes mentales —o verbales, que tanto monta— el que todos los días nos encontremos con hombres capaces de pasar fácilmente de una lengua a otra. Desde luego, no siempre fue así, y en la base de nuestra cultura occidental encontramos nada menos que al griego, negado a intentar incursiones en el universo de los bárbaros. Acontece aquí lo que con algunos otros atletismos, ya convertidos en hábitos. Todos los días usamos del fuego, y sin embargo, la conquista del fuego sigue siendo el hecho más trascendental para nuestra especie, sólo comparable acaso a la conquista de la desintegración atómica. Y hasta es lícito pensar que allá, en los remotos albores de la historia, nuestros misteriosos abuelos, ante las primeras fogatas, temblaban por el porvenir de la familia humana, amenazada de destrucción como hoy con las armas de nuestros días. Pues ¿no se espantó el mismo padre de los dioses? ¿No fue castigado Prometeo por habernos dado el uso de la chispa celeste?

Esa posibilidad de aprender a pensar de otro modo, que el filósofo nos anuncia casi como turbadora paradoja, el solo dón de la traducción la comprueba a diario. Y la magnitud de la hazaña no se mide únicamente por la distancia que separa a las lenguas, sino también, y mucho más a veces, por la mayor o menor vinculación verbal del mensaje que se traslada. Una comunicación práctica, apenas asida a las palabras, se vuelca como quiera de un habla a otra, y realiza plenamente sus fines con un mínimo de traducción. Ya el mensaje literario es asunto más delicado. Y si es el mensaje poético, la traducción corre el riesgo de ser traición o verda-

* *La Guirlande Espagnole,* México, "Le Coq Français", 1947.

dero empeño quimérico. Porque el poema parece que pierde su entidad si se lo despoja de las materialidades verbales que lo sustentan.

Nada más misterioso, si bien se mira, que el ver morir un poema en la lengua que lo engendró, y luego —Fénix que se recompone en las cenizas— verlo renacer en la lengua que le da nueva vida: creación montada en otra creación que se deshace; creación a pie forzado, imagen calidoscópica, organizada y equilibrada sobre los despojos de la imagen primera.

Tal es el juego superior a que nos convida la magia de Jean Camp, en esta guirnalda de poemas vertidos del español al francés. ¡Ya no existen los Pirineos!

Y para colmo, el traductor escoge sonetos. El soneto es como el cristal, riguroso silogismo de la poesía, carrera de obstáculos, triunfo de la emancipación artística, que sólo lo es por cuanto se impone a sí misma sus cadenas. Defínaselo en buenhora como una presea de la servidumbre voluntaria, toque supremo de otra libertad superior. Lo cual, en suma, equivale a definir el sacrificio de la poesía.

La obra de Camp, pacientemente bruñida con acucia de miniaturista, tiene asimismo un valor antológico reconcentrado. Porque no sólo teje Camp una guirnalda de la poesía hispana cortando las flores más escogidas, sino que, entre las flores, se obliga a las rosas, a los sonetos. Y al cabo resulta que nos proporciona algo como un vado histórico sobre la corriente secular de nuestra poesía, cruzándola ágilmente por los hitos de una sola forma poética. Nos conduce desde el instante en que el soneto, traído de los jardines itálicos, era "una peligrosa innovación, ajena al espíritu de la raza" (¡oh raza, cuántos crímenes en tu nombre!) hasta el instante en que el soneto nos aparece como una venerable reliquia de familia. Es, pues, obra de poeta, obra de crítico y obra de historiador literario. Sea bienvenida. La literatura comparada, y hasta la amistad internacional, le abren las puertas.

México, I-1947.

ANDANZAS MEXICANAS DE LIONEL VASSE *

En vez de conformarse con esa "estilización" de la vida, igual más o menos en todas partes, que se encuentra en las recepciones oficiales, en los salones mundanos, en los grandes hoteles, y cuyo trato y frecuentación acaban por convertir a los agentes internacionales en una casta exangüe y ociosa, en algo como una dialecto humano, este diplomático tuvo la peregrina idea de asomarse al balcón.

¡Qué insolencia! ¡Qué entrometimiento! ¡Qué violación de fronteras y de privilegios! ¿Pues no acabó por participar en la existencia de nuestro pueblo? Bajó del balcón a la calle. Se mezcló con la gente. La acompañó en sus fiestas, sus duelos y sus esperanzas. Comenzó por entender a nuestro pueblo y —claro está— acabó por amarlo.

De aquí estas estampas que hoy nos ofrece como prenda de verdadera y devota amistad: placas fotográficas, reveladas en la cámara oscura de la conciencia, soledosa recordación de ausente. Ellas le conceden, por sí solas, el derecho a la ciudadanía cordial, que es la mejor conquista cívica.

Os presento, pues, a Lionel Vasse, que supo y quiso cumplir con su misión mucho más allá de las técnicas del oficio, y que adquiere hoy carta de escritor mexicano.

Adonde lo lleven los azares de su carrera, allí estará México, dándose la mano con Francia. Su diplomacia es la mejor diplomacia, la única en esencia; la que ha definido nuestro Ruiz de Alarcón en el título de su comedia: *Ganar amigos.*

* México, "Albatros", 1947.

III. ALUSIONES



RICARDO MONNER SANS *

El recuerdo —en el hijo de Monner Sans— de toda aquella parte de la obra que no pasa a los escritos y que es siempre la más patética; la emoción con que nos habla de aquel cuya memoria es fuente de altas inspiraciones morales en su vida...

El panorama de una existencia consagrada al estudio y a los libros; y singularmente, a las palabras —los instrumentos más preciosos del alma...

La breve visión de un trabajador con quien coincidimos un instante, en el crucero de nuestros viajes respectivos (tal vez, a propósito de Ruiz de Alarcón; tal otra, del soliloquio de 'Segismundo' en *La vida es sueño*); nos dimos un apretón de manos, y seguimos adelante...

El olor de toda una atmósfera de la literatura española: la del "polígrafo siglo XIX", a lo Doctor Thebussem; el tipo de escritores que —en frase de Ruiz de Alarcón precisamente, y sin el sentido rebajado que hoy damos a los términos— podrían llamarse "conversables y discretos"; o a quienes el Doctor Johnson llamaría "clubables"...

El pensamiento de concordia, el sentido de la ciudadanía universal que anima a los que alguna vez he llamado "hombres de frontera" (con media obra en cada patria). Pero no aquella concordia almibarada de las componendas, sino otra más brava y aventurera, llena de osadías y perdones: la concordia que nace del sentimiento de camaradería entre todos los hombres, la que se echa a la calle sin sombrero. Estos fronterizos sólo suelen desenvolverse a costa de muchos dolores. A veces, su caso es de lo más trágico: como en Blanco White, como en Mina el Mozo —este militar español que vino a ser el héroe de la independencia mexicana...

* Para el volumen *La vida y obra de Ricardo Monner Sans (1853-1927)*. Estudios e impresiones coleccionados por su hijo don José María Monner Sans, Buenos Aires, 1929.

Y unos instantes de recogimiento para adherirse a la conmemoración de uno de los nuestros, después de todo: los que no quieren dejar el mundo tal como lo encontraron.

Buenos Aires, I-1929.

INGENIEROS *

No sólo fue Ingenieros un gran estimulador intelectual de la juventud hispanoamericana —y en este sentido le debemos una recordación como la que por estos días se tributa al inventor de la lámpara incandescente—, sino que adivinó algunos anhelos de las nuevas generaciones. Fue además, en fortunas y adversidades, un firme amigo de México.

Su obra es un caso de sagacidad americana. Apenas llegaban a sus manos los instrumentos de la cultura europea, cuando ya se disponía a manejarlos, operando sobre las realidades de nuestros pueblos. Tal es la característica sobre la cual yo insistiría, si tuviera tiempo de extenderme en un tema a la vez tan sugestivo y tan patético.

Ingenieros representa a mis ojos un esfuerzo presuroso para, desde América, igualar el paso con el mundo.

* *La Literatura Argentina*, Buenos Aires, X-1929.

RAVEL *

RAVEL: —"Concierto de piano para la mano izquierda."

El vasco es pobre, pero suficiente. De ahí su línea. El traje, negro; la cocina, en aceite.

Ravel, despojado, sobrio, es "motivista". Prefiere un solo asunto cada vez, contemplado con insistencia. De ahí la mucha forma. De ahí que dé cada vez una sola moneda, intensamente grabada (*Bolero*).

De ahí la elegencia, en el concepto estricto, matemático: "prescindencia" de recursos, rectitud (en cierto sentido). Como el buen jugador de golf reduce sus clavas y sus tiros al mínimo, Ravel viaja su tiempo con una o dos monedas en el bolsillo.

De la unidad de motivos, va a la unidad del registro: sólo una mano, y para eso, la más pobre, la izquierda. Así lanzado, si llega a vivir más, compone un concierto de piano para un solo dedo.

Y cuando la mano va a desfallecer, el torrente de la orquesta la levanta y sostiene. Entre la ráfaga musical, volteando y volteando, la mano es una sola hoja que anda agitada por el viento.

Ríojaneiro, 5-VIII-1938.

* *Mar*, Santos, XII-1938.

MEDIO SIGLO DE ÁLVARO

HE OÍDO decir al poeta argentino Arturo Capdevila que, al llegar a "cierta edad", se acaba el billete y hay que comprar otro para poder continuar el viaje. Yo deseo que nuestro caro Álvaro Moreyra, al comprar el nuevo billete de sus cincuenta años, siga el mismo viaje que traía, el mismo viaje de levedad y gracia que le ha permitido conciliar lo ameno y lo profundo, y ser melancólico y hasta grave sin dejar nunca de sonreír, sin tomarse demasiado en serio, sin estorbarse a sí mismo.

En rigor, los peligros de la "cierta edad" consisten en eso: en tomarse demasiado en serio a sí mismo, signo evidente de fatiga. Toda fatiga es gravedad, gravitación, pesantez, pesadumbre. El prudente, ¿o imprudente?, Bertrand Rusell pide a los médicos que manden de vacaciones, que impongan una cura de aire y de reposo a todo el que cree demasiado en la importancia de su trabajo, porque éste es ya un primer síntoma de *surmenage*.

La salud sonríe. En esto radica la "profunda superficialidad" de la Grecia clásica. Y hay una manera de helenismo que, sueltas y dejadas ya las andaderas de la erudición e incorporada del todo en el ritmo de la vida, pertenece a todos los tiempos; y todos los días (no, de tarde en tarde) la encontramos en hombres como Álvaro Moreyra.

Iba a decir "en escritores", pero al punto me corregí y dije "en hombres". Porque ¿no es también una pesadez de espíritu el distinguir entre ambas especies? Y si distinguimos, porque a veces es inevitable (y con más frecuencia de lo que quisiéramos), será que el fenómeno presenta ya en sí algunos síntomas de anormalidad y falta de salud. En el estado de normalidad y salud, el hombre y el escritor debieran confundirse, como sucede en Álvaro. Pero toda excelencia es rara, y pocos pueden como Álvaro repetir con el inmortal autor del *Diálogo de la Lengua*: "Escribo como hablo."

Así la madurez. La madurez, que es la verdadera zona dorada, el "hombre en su punto", de Gracián. Pues también los juveniles extremos ofrecen con frecuencia casos de pedantería y solemnidad inoportunas.

Hombre orgullosamente humilde y sencillo: ¿no es el mejor elogio que puedo hacerte el verme en el trance de definir la salud mental al dar la bienvenida a tu medio siglo? Y ojalá te quedes en el medio siglo por muchos años y no se te vea caducar, que ésta es la venganza del tiempo. Por eso Lope de Vega, a los trece años de Antonia, exclamaba:

Hoy cumple trece, y merece
Antonia dos mil cumplir;
y no habría más que pedir
si se quedara en sus trece.

Y por eso me atrevo yo ahora a exclamar:

Quédate, Álvaro, en tus trece;
es decir, en tus cincuenta;
que quien esta cuenta aumenta,
en vez de aumentar, decrece.
Y es que, quien mide una cuenta
(si es que Einstein no exagera),
según tarda o acelera
en más o en menos la estima.
Y el saldo es —según la rima—
el fruto de tu morera.

Río-XII-1938.

ANTONIO MACHADO *

No PUEDO negarme a la invitación tan amable de mi amigo José Bergamín, pero conste que yo no venía dispuesto a hablar sino a escuchar. En efecto, mi propósito era el de recoger, en las conversaciones que aquí han de desarrollarse, la visión del postrer Antonio Machado, el que yo ya no conocí.

Mis últimos encuentros con don Antonio datan de muchos años, de muchos lustros; de allá cuando él aparecía de vez en cuando por Madrid, porque estaba metido en su Soria fría, donde, además del calor de su alma, le acompañaban aquellas sus constantes inquietudes de meditador y estudiante, aspecto sobre el cual la crítica no siempre ha insistido y de que queda testimonio en sus obras. No me refiero sólo a la atmósfera filosófica de su pensamiento, sino a sus aficiones generales, a sus lecturas de libros de filosofía (recuérdese, en uno de sus poemas, la mención de *Los datos inmediatos de la conciencia,* de Bergson).

No es éste el momento de hacer una revisión de aquella poesía que parece agua para la íntima sed, agua bebida en el manantial y echado de bruces sobre el suelo.

Todos aquí conocen ya la calidad de esta obra poética, donde lo que más sorprende es que Machado haya podido alcanzar, con recursos tan elementales y sencillos, tan exquisitos efectos artísticos. Y esto es más notable en una época como la que vio nacer aquella poesía, época en la cual se abusaba un poco de lo que, tomándolo a mala parte, se ha llamado "literatura". Esta virtud estética de Machado no es más que una prolongación de su forma ética. En Machado la probidad era virtud de la conducta y también del pensamiento. Sólo escribió cuando tenía algo que decir. Su bondad fue tan grande que le llevó a las alturas de la heroicidad sin usar de las actitudes histriónicas de la heroicidad. Pero, repito, todo esto lo saben ustedes y no es necesario extenderse sobre ello.

* *España Peregrina,* México, Nº 2, 1940.

Para traer alguna aportación, por modesta que sea, a estas conversaciones, quiero sólo referirme aquí a esa nostalgia de grandes patios y jardines que José Bergamín acaba de señalarnos como una visión de fondo constante en el espíritu de Machado. Según él nos dijo, Machado logró realmente vivir en ese ambiente durante sus últimos días en Cataluña. Pero yo quiero insisitr en que aquella nostalgia era, en efecto, una nostalgia verdadera, es decir: un recuerdo. Es, en suma, el recuerdo de su infancia pasada entre los patios y jardines de aquella casa sevillana llamada la Casa de Pilatos, donde el parque se escalona en terrazas de distintos niveles a la manera de Italia; dulce ambiente de naturaleza que el gran español sólo encontró otra vez en los días que precedieron a su muerte.

México, 24-II-1940.

GALY AL CABALLETE *

La pintura de Galy me seduce, primero por ser pintura (¿perderemos el tiempo en explicaciones?), y segundo por ser investigación. No sólo hay, en la obra que nos presenta, el proceso de una evolución juvenil, y muy malo si no la hubiera. Hay, además, una busca, una "cuesta", una cuesta arriba, a procura de algún misterio del universo que, naturalmente, no se plantea de antemano. La ciencia plantea problemas. El arte "sufre", padece problemas. Y después, una y otro, a su manera, emprenden la cuesta. Se trata de hallar una salida. Eso es la obra humana.

El dibujo. Esta fase, la más intelectual, se ofrece así: una expresión de la postura interior del espacio, la que todos llevamos adentro, sepámoslo o no. Galy ve de arriba, de un poco arriba, desde un balcón de entresuelo; y además, el espacio se le va hasta el fondo, en una perspectiva prolongada. De repente, hay algo de túnel, de bóveda alargada.

El color. Esta fase, la más sensual, se ofrece así: una gama que va de la luz solar, entendida en amarillo y rosa, hasta la sombra entendida en violeta, donde todavía el verde no sabe cómo acomodarse, y donde el negro, apenas presente en la última tela, todavía adelanta con una intención demasiado manifiesta de hacerse ver. Y el análisis: la luz quebrada siempre en el prisma, y lo demás que a este propósito quieran decirnos los historiadores de la pintura y los técnicos.

El maridaje entre las dos fases, color del espacio, como una preocupación constante. A veces (estudio del *Proceso*), los ojos no han captado de primer intento el enigma del chorro de luz que entra por la tronera, y aceptan candorosamente el estado de iluminación ambiente. Después, al llegar a la obra meditada (cuadro del *Proceso*), se percibe el esfuerzo consciente para hacer que el chorro de luz cumpla su obligación de transformar todo lo que baña.

* Catálogo de su exposición en las Galerías Internacionales, 1 a 2-IX-1945.

Y entre todos estos extremos, la representación humana: grotesca, melancólica y trágica. La obra viene todavía de las visiones europeas. Hasta el personaje negro (que es chocolate) tiene por fin hacer rojear más las cabelleras rubias. ¡A ver qué da esta paleta, dentro de poco, al toque moreno de México!

México, VIII-1945.

EL BUHO *

La poesía de Enrique González Martínez maduró en la provincia, es decir, en la soledad, y nos llegó ya madura a México, cuando él se incorporó a la pléyade del Ateneo de la Juventud. Estábamos acostumbrados a que la palabra nueva brotara en México, gran foco de la actividad literaria. Esta vez la palabra nueva nos la trajo un poeta que había preparado lentamente, lejos del bullicio de las tertulias, sus instrumentos técnicos, y que había acertado, en su retiro, a enfrentarse bravamente consigo mismo. El arte llamado "modernista" alcanzaba ya la edad crítica: cumplido ya lo esencial de su campaña, se aburría en la vida de cuartel. Si antes creó, ahora repetía. Sus novedades expresivas comenzaban a volverse atavíos de cortesana vieja. El propio Rubén Darío había superado su manera "modernista", aquella en que fue realmente imitado, y se entraba ahora grandioso y solo, en la selva de la "música discordante", donde nadie pudo ya seguirlo. El soneto de González Martínez —que, en la simbología poética, opone con verdadera fortuna el buho al cisne, y que en modo alguno significa la menor alusión a Darío, a pesar de la afición manifiesta de éste por los cisnes, no como símbolos, sino como cosas visibles— representó entonces, en nuestro país, y pronto más allá de nuestras fronteras, la llamada oportuna, la voz de alarma, la invitación a una poesía de sobriedad y castidad mayores, y más orientada hacia la dimensión subjetiva. No por eso prescinde de ninguna de las anteriores conquistas; al contrario, las aprovecha ya sin alarde, las aplica con mejor sentido de la necesidad. Bien asentada en los sentimientos eternos, la musa de González Martínez nunca necesitó, para edificar su propio templo, echar abajo ninguno de los basamentos ya establecidos.

1946.

* *Ce qu'en dit* [de González Martínez] *Alfonso Reyes.* En *Terres Latines,* Revue de l'Institut Française de L'Amérique Latine, México, verano de 1946, Nº 5. Ver *Obras Completas,* t. I, pp. 303 y *ss.*; y en este mismo tomo VIII, pp. 166 *ss.* "A los años de González Martínez."

BERGSON AL SERVICIO DE FRANCIA *

EL FILÓSOFO Henri Bergson dejó, a su muerte, órdenes precisas para que se destruyeran todos sus manuscritos y notas inéditos. Cuanto quería publicar —dijo— ya lo había publicado en vida. Ni siquiera exceptuó sus cartas. Sólo se salvó de la prohibición "un corto manuscrito en que relato mis dos misiones a los Estados Unidos durante la guerra, en 1917 y 1918".

Estas notas, fechadas en Vevey el 24 de agosto de 1936, acaban de aparecer, por cuidado de Floris Delattre, en *La Revue Hommes et Mondes,* julio de 1947, bajo el título "Mes missions". Sobre la misión de 1918 algo había trascendido al público, debido a un artículo de Louis Aubert, publicado en el boletín del Círculo *Autour du Monde,* 31 de diciembre de 1928, aunque ahora Bergson proporciona algunas informaciones complementarias.

Al comienzo de su breve memoria, Bergson se refiere a cierta misión anterior que, en 1916, lo llevó a España en compañía de otros miembros del Instituto —Imbart de la Tour, Edmond Perrier, Charles Widor, Étienne Lamy—, misión que él considera como la menos trascendente de las tres, puesto que sólo se trataba entonces de explicar un poco la situación de Francia en la guerra y, por decirlo así, de regar el jardín de las simpatías hispánicas. Yo recuerdo que Bergson dio entonces dos o tres conferencias. Manuel Azaña, a la sazón secretario del Ateneo de Madrid, se apresuró a publicarlas en español. Pero el volumen —verdadera curiosidad bibliográfica que no sé cómo ha desaparecido de mis estantes— no llegó a ser distribuido por expresa voluntad del autor, quien sin duda lo consideraba como un falso y provisional equilibrio de sus doctrinas, movilizadas militarmente para una contingencia del momento.**

* *El Nacional,* México, 14-IX-1947.

** Lo cuento en *Historia documental de mis libros,* cap. V (aún no recogida en libro).

Fue allí, en Madrid, donde tuve la honra de conocer personalmente a Bergson. Eran días agitados para México. Con todo, aquí no se había detenido la obra del espíritu. Nuestra generación que, desde 1910, al hacer acto de presencia, consideraba ya a Bergson como uno de sus padrinos, seguía atenta a sus libros y, por boca y pluma de Antonio Caso, difundía sus enseñanzas. De todo ello di noticia a Bergson, y le obsequié una serie de documentos y fotografías sobre las Conferencias de la Librería General —fines de 1913—, donde, entre otras cosas (Henríquez Ureña y Ruiz de Alarcón, Acevedo y la Arquitectura Mexicana, etc.), Antonio Caso disertó sobre la "filosofía de la intuición".

Las dos misiones de Bergson en los Estados Unidos se sitúan respectivamente entre febrero y mayo de 1917, y entre junio y septiembre de 1918. La primera fue, con mucho, la más importante, y después quedará explicada, en su éxito y en su pleno sentido. La segunda —relativa a la reconstrucción posible de aquel frente oriental que, al desaparecer por los sucesos de Rusia, permitía a Ludendorff cargar todo el peso de los ejércitos alemanes sobre el occidente— ni encontró camino franco, ni era muy clara, ni tuvo al fin objeto, ante la precipitación de los triunfos militares de Foch.

Todavía después de esta segunda misión en los Estados Unidos, y tercera en el total, encontrándose aún Bergson en Nueva York, el Gobierno francés le ofreció la jefatura de la Misión Métin, detenida en San Francisco por el fallecimiento de éste, misión cuyo objeto era más bien una "mostración de Francia" por todo el mundo. Pero Bergson no quiso aceptar ya esta tarea, parte por enfermedad y cansancio, y parte porque se trataba ahora de un honor personal mucho más que de un servicio público; porque esta tarea no presentaba, como las otras, el incentivo de la dificultad, del problema, del esfuerzo en bien de Francia y del mundo.

Detengámonos, pues, en la primer misión a los Estados Unidos. ¿Saben los estudiosos de la filosofía que Bergson fue un agente diplomático secreto, al servicio de su país, y cruzó el Atlántico cuatro veces, con todos sus años a cuestas,

en la época más peligrosa de la guerra submarina? ¿Sabe la opinión en general lo mucho que contribuyó Bergson para que Wilson se decidiera a declarar la guerra a Alemania el 2 de abril de 1917, a pesar de sus serias y largas vacilaciones anteriores? ¿Conoce el mundo la hondura de los sentimientos cívicos y sociales en el filósofo de la "durada real", que así lo llevaron a aceptar compromisos tan ajenos a su inmediata vocación, en edad ya poco aventurera y aun haciendo el sacrificio de separarse de su familia e interrumpir su magna labor solitaria? Pues nótese que tampoco dudaría en abandonar su apacible retiro de Saint-Cergue para dirigir, en Ginebra, los trabajos de la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual, cuyos objetivos —unión de los espíritus, organización de la paz universal mediante la inteligencia— profundamente lo apasionaban. Y recordemos de paso que tales objetivos han sido heredados ahora por la UNESCO, organismo que a fin de año ha de celebrar en México su Segunda Reunión Internacional.

En tono sencillo y directo, con esa modestia que la persona exhala a manera de respiración, y con el ánimo de hacer ver claramente cuánto hubo de idealismo y desinterés en el paso dado por los Estados Unidos, el filósofo nos cuenta cómo acudieron a él políticos y Presidentes a quienes ni siquiera conocía, para confiarle, de una manera secretísima, algunos de los más graves intereses de Francia. Quiere decir que, en aquella hora decisiva, los hombres de acción supieron y quisieron pedir ayuda al hombre de pensamiento, a diferencia de lo que acontece en países donde, ante iguales extremos, se acude más bien a los trujamanes.

Cruzan por estas raudas evocaciones, junto a otras de menor cuantía, las siluetas del clarividente Briand, de un Clemenceau llano y campechano que se asombraba de sus éxitos; de un Wilson retraído, desconfiado, poco accesible, por ventura ignorante de las cosas de Europa, dividido entre el anhelo apostólico de salvar al mundo y la preocupación mística de no lanzar multitudes a la muerte; de un simpático y avisado Coronel House y de un Secretario Franklin Lane, que fueron desde el primer instante los aliados de Bergson en la campaña para mover la voluntad densa y resistente de

Wilson; y hasta vemos por ahí a un Theodore Roosevelt, elemental y simplista, que se brindaba a hacerse matar a la cabeza de 20,000 hombres, entendiéndolo todo como hazaña del Colleoni o como alarde deportivo, pero sin entender la guerra integral que Wilson al fin adoptó e hizo adoptar a su nación.

Y ahora escuchemos al propio Bergson. Sus palabras dan toda su trascendencia a este testimonio impecable:

> Desde 1917, tengo por Wilson la admiración y el reconocimiento más profundos. Conservo estos sentimientos intactos y los conservaré mientras viva, reforzados aún por la universal ingratitud con que hoy se trata a este grande hombre, al hombre que quiso abrir una nueva era en la historia del mundo, subordinando la política a la rectitud (*righteousness*), a la justicia, a la virtud, y que acaso hubiera alcanzado pleno éxito, a no ser por la tempestad que lo esperaba en América...
>
> Había que hacer ver a un Presidente, ya de suyo idealista, que tenía ante sí una ocasión única para restaurar la paz del mundo y para abrir, como lo he dicho, una nueva era en la historia humana. A tal fin, era indispensable salirse de la dignidad del embajador y entrar en la plena intimidad del hombre...
>
> Había en Wilson, hay que confesarlo, cierta ingenuidad, efecto sobre todo de su casi completo desconocimiento de la historia europea. No lo lamentemos: sin esta ingenuidad, mezclada a una generosidad inmensa, América no hubiera entrado en la guerra...
>
> Se ignora entre nosotros hasta qué punto la entrada de América en la guerra fue un acto desinteresado. Nunca se lo ha entendido como se debiera. Según lo manifesté entonces a House, la resolución de Wilson respecto a los Estados Unidos y la del rey Alberto respecto a Bélgica son dos hechos a raíz de los cuales yo renuncié a enseñar, como solía a hacerlo hasta entonces, que la Historia no era más que una escuela de inmoralidad...
>
> De la noche a la mañana, el pueblo entero de aquel país se levantó a la altura de Wilson. Fue una exaltación casi religiosa, comparable a la de las primeras cruzadas. Viví entonces horas inolvidables. La humanidad me parecía transfigurada. Sobre todo, la adorada Francia, esa Francia que, en su desastre, hubiera arrastrado consigo lo mejor de la civilización, esa Francia que —a despecho de la confianza que yo procuraba difundir— estaba amenazada en su existencia misma, se había salvado. Ha sido éste el mayor gozo de mi vida...

He oído decir que América entró en la guerra por interés. Yo estaba allí, yo estaba en diaria conversación con algunos hombres de quienes dependían los acontecimientos. Tengo el deber de declarar que la decisión de América fue adoptada en uno de esos instantes de heroísmo, de entusiasmo por la belleza y el bien, como sólo se habrán registrado dos o tres casos en la Historia...

La Sociedad de las Naciones, verdadero objeto de la guerra a los ojos de Wilson, hubiera bastado para realizar aquellos sueños, aun después de las torsiones impuestas por Clemenceau y Lloyd George... Si todo se perdió, ello se debe a un mero accidente: la enfermedad que acabó con Wilson.

Pues Bergson cree que, a haber disfrutado de plena salud, Wilson habría dominado al Senado y a la opinión. Y añade:

Así se perdió la única oportunidad que se ha presentado en el mundo, desde la predicación del Evangelio, para hacer penetrar el espíritu evangélico en las relaciones internacionales...

La misma marina mercante de los Estados Unidos, por increíble que parezca, casi no existía entonces. Los americanos lograron éxito en esta empresa a fuerza de empuje, de amor por el ideal que los Aliados representaban para ellos. Esto nunca se ha entendido bien entre nosotros.

A toda prisa, casi por cumplir un deber —el deber de comunicar y hacer conocer un alto ejemplo—, abrimos un hueco en nuestras labores para llamar la atención sobre este documento que tanto honra a Francia como a los Estados Unidos, tanto a Bergson como a Wilson, y en general, a toda la familia intelectual de los "clérigos", como se decía en otros siglos y hoy se ha vuelto a decir desde la aparición del libro de Julien Benda que todos conocen.

México, 12-IX-1947.

IV. DISCURSOS

ANTE EL AYUNTAMIENTO DE MADRID *

APENAS me atrevo, señores, a presentaros al mensajero del Ayuntamiento de México, Luis G. Urbina, alto poeta de América cuyo nombre os es ya sin duda conocido. Pero quiero decir que en él se da la especial condición de ser, asimismo, uno de los más caracterizados vecinos de la capital mexicana, uno de los más penetrados de su espíritu y de su modo inefable, uno de los mejores intérpretes de su voz multánime y movediza, figura necesaria en la evocación de toda una época de nuestra ciudad; de suerte que el mensaje os llega en las manos más apropiadas.

Y —conviene recordarlo— el Ayuntamiento de México es una singularísima derivación de las costumbres jurídicas españolas. El saludo que os trae Urbina es como el reconocimiento expreso de una filiación que a los mexicanos nos honra.

Con razón se ha dicho que la vida social de México parece organizada en torno a las reglas municipales de España.

Cuando Cortés emprendió la conquista, el concepto de soberanía municipal era de tal modo vigoroso —suelo democrático de nuestras instituciones—, que el aventurero, tratando de darse algún título para negociar directamente con el Emperador, salvando el enojoso conducto del Gobernador de Cuba, Diego Velázquez, erigió la Villa Rica de la Veracruz, y obtuvo de su municipio la facultad para proseguir la campaña en nombre de los poderes centrales. En sus posteriores tratos con el Gobierno de España, y al defenderse en el proceso a que más tarde fue sometido, siempre alegó esa autoridad; así como, al adueñarse de México, sólo con el Cabildo compartió su poder, entretanto que la autoridad

* Acompañando a Luis G. Urbina, portador de una carta del Ayuntamiento de México al Ayuntamiento de Madrid. El párrafo final de este discurso, que aquí se suprime, consta a la entrada de mi libro *Calendario*, bajo el título de "Voluntario", y me valió la dedicatoria de una sátira de Manuel Azaña contra la Villa y Corte: "A Alfonso Reyes, voluntario de Madrid." Ver *Obras Completas*, II, p. 273.

real venía a ser representada por Audiencias y, al fin, por Virreyes.

Durante el virreinato, la inspiración aragonesa, tan visible en nuestra evolución jurídica, dio lugar a las Cartas Pueblas, y el poder municipal fue una realidad y un supergremio que dominaba la vida propiamente gremial característica de la Nueva España.

En México, lo mismo que en la América del Sur, el movimiento de independencia se inició en los Cabildos; y los letrados que intervinieron, sea en la preparación de este movimiento, como Yermo y Verdad, sea en el movimiento mismo, como Domínguez y Liceaga, buscaron la acción conjunta de los Cabildos de México, en nuestra Valladolid (hoy Morelia) y en Guanajuato.

El primer proyecto de Constitución Mexicana —la de Apatzingán— surgió entre las Juntas de Parroquia, entidades de carácter municipal, de las que manaba entonces el latido de los anhelos independientes. Y en las discusiones del Congreso de 1823 y 1824 (que no estableció propiamente el poder municipal, porque ya se nos había infiltrado la doctrina de la Federación, la cual vino a sustituir a la antigua y castiza práctica) se advirtió la constante preocupación por la idea municipal, única realidad política en que hasta entonces había vivido nuestro pueblo.

En el duelo entre federalistas y centralistas que ocupa buena parte de nuestra historia legislativa, las leyes centralistas procuran apoderarse de los municipios, y de ellas deriva el régimen que había de anularlos: el régimen de las jefaturas políticas. Sin embargo, las Bases Orgánicas de 1843 —leyes constitutivas que se distinguen por su evidente congruencia técnica, cualquiera sea la simpatía política que se profese— revivieron mucho de la antigua fuerza municipal.

Bajo el Presidente Salas, en 1847, se trató de volver a la Constitución de 1824 con algunas reformas, y en las discusiones de que brotó el germen de nuestro importantísimo juicio de amparo, hubo intervenciones de los juristas más eminentes, Lafragua, Zubieta y Mariano Otero —un discípulo directo de las Universidades españolas—, por el

restablecimiento del poder municipal en toda su antigua pureza.

La Constitución de 1857, en su extremado y heroico jacobinismo, no podía devolver a la castiza institución toda su fuerza, pero dio por supuesta la existencia de los Ayuntamientos; y, para el Distrito y los Territorios Federales —así, pues, para la ciudad de México—, estableció la elección popular de autoridades de municipio.

Las Leyes de Desamortización (1856) debilitaron aún a los municipios, obligándolos a enajenar los bienes raíces no afectos directamente al servicio público, con lo cual seguramente se exageraba el espíritu de la Reforma. Y así el Ayuntamiento de México, herido aún por la fatalidad de una guerra de tres años; sostenido por el gobierno reorganizador de Benito Juárez; transformado por una invasión extranjera que, durante su efímero poder, quiso conservarlo como cuerpo de funcionarios unitarios y remunerados (en vez de un cuerpo colegiado y concejil), sistema que económicamente comenzó a dar algunos frutos, pero envenenado en su origen como hijo de una usurpación arbitraria; robustecido después por la estructura democrática, con la intervención en el mecanismo de las elecciones populares; llega hasta nuestros días como extraña supervivencia de la antigua institución española.

¿Después? Después viene la Constitución de 1917, hija de una revolución que en muchos puntos ha vuelto los ojos a la más genuina tradición de la Nueva España. Esta Constitución establece, para todos los Estados Mexicanos, el Municipio Libre, administrado por Ayuntamientos de elección popular directa, sin consentir autoridad intermedia entre éstos y los respectivos Gobernadores, y con plena aptitud para administrar sus haciendas de modo autónomo.

Hoy, el Ayuntamiento de México, como lo recordaba recientemente un diario español, trabaja, entre las simpatías del pueblo, asesorado por un Consejo Cultural cuya misión consiste en conservar a la ciudad, en armonía con las nuevas necesidades, su carácter propio, evitando que se cambien sin objeto los nombres históricos y evocadores de las calles, que se derrumben o injurien sin necesidad los monumentos y

edificios, que las fiestas populares pierdan su sabor y su sentido. Una institución que trabaja ya bajo inspiraciones intelectuales y desinteresadas puede decirse que ha llegado a la madurez.*

Señores: Os agradezco la honra que habéis querido hacer, en nuestras personas, al nombre de México.

Madrid, 20-X-1922.

* ¡Ay, tres veces ay! — 1947.

PALABRAS EN EL ATENEO

YO NO puedo añadir un solo rasgo al acabado retrato moral que el Presidente del Ateneo, Conde de Romanones, ha hecho de Labra; tampoco quiero insistir como un eco en la elocuente interpretación que el Ministro de Cuba, don Mario García Kohly, ha hecho del acto fundamental en la vida de Labra: la opción por España, a la hora en que se bifurcaban los destinos de Cuba. Labra, hombre representativo, constructor de afectos y esperanzas, nos invita a meditar sobre los extremos de las relaciones hispanoamericanas. Este culto civil no ha alcanzado aún la madurez anhelada y, con ser una realidad urgente, es todavía un fruto del porvenir, obra en que tienen que gastar su esfuerzo varias generaciones y que mal podría salir hecha y acabada de las manos de un solo hombre, así sea el más sabio y el más fuerte.

No todo es política en el mundo, no todo lo han de hacer los gobiernos. Es fuerza llamar la atención de los individuos sobre la necesidad de orientarnos en esta materia, de la que acaso depende la suerte definitiva del orbe hispano. "La ventana abierta hacia América, españoles —aconsejaba yo alguna vez—, y americanos: la ventana abierta hacia España."

Estamos, después de la guerra, viviendo provisionalmente. No se puede seguir así. Urge reorganizar la imagen del mundo y de la vida. ¿Cómo lograr ese sueño? Desechemos previamente la solución puramente sentimental, impulso que puede aprovecharse o perderse, según la razón que lo conduzca. Se habla de las relaciones comerciales e industriales; de todo eso que, por herencia del siglo pasado, solemos todavía llamar "lo práctico".

La antigua Grecia creó sobre las riberas de la dulce Asia Menor, merced al ímpetu de sus expansiones comerciales y coloniales, algo como una corona de poblaciones, ciñendo el mar, y otro tanto hizo después en el occidente, fundando la Magna Grecia en aguas y tierras ya italianas. Lo

mismo ha sabido hacer nuestra España y en escala mucho mayor. Yo admiro la gran epopeya del comercio ultramarino, creador de la Magna España sobre uno y otro balcón del mar, y cuya terrible electricidad de vida y trabajo nos descubre, como en abismo, el fondo aún intacto de las fuerzas hispánicas. Ajeno a este orden de negocios, yo lo considero con profundo respeto, y al meditar en estos problemas cuento siempre con la inmensa energía que representan los intereses materiales. Pero no puedo, en mi fuero interno, confiarlo todo a la ciega ley de la oferta y la demanda. Nuestro caso es, fundamentalmente, un caso espiritual; ni siquiera puramente político, como no es puramente política —por fortuna— la conveniencia de robustecer nuestras mutuas relaciones.

¿No será más bien este enigma uno de tantos enigmas que sólo se desanudan mediante una rectificación de la voluntad? Quiero decir que hace falta una educación, una cultura especial, basada —desde luego, como toda cultura— en las enseñanzas escolares, pero todavía de mayor ensanche y permanencia a lo largo de una vida humana.

Volved la vista hacia América: hay una América que ríe; la que disfruta, en pujante y gozosa fiesta, los beneficios de su riqueza y su juventud. Pero hay otra América: la que resiste y mantiene con estoicismo, y casi en completa soledad, las tradiciones de la vida española. Hay que aprender a participar de esas risas, y también —lo que cuesta más— de aquellos penosos empeños. Una actitud invariablemente simpática ante las alegrías y los sufrimientos comunes; un repetirnos constantemente que se trata de emociones propias, es cosa útil para reeducar la sensibilidad perdida o embotada; para contrarrestar, como es fuerza que se haga ya, los chistes de algunos gacetilleros adocenados sobre los "loros de América" y otras fórmulas que mal disfrazan el rencor de los candorosos, los que aún tienen por agravio personal la independencia del Nuevo Mundo.

Pero no basta eso: hay que disponerse a *conocer*, a estudiar, a entender. Así se adiestra a los pueblos para su destino; así se organizan las ideas nacionales, y hasta se curan solos, de paso, algunos males interiores. No tengamos miedo

a las palabras: se trata de una pugna moral. ¿Y qué vida que no lo sea merece la pena de ser vivida?

Emprendiéramos unos como ejercicios espirituales, nos sujetáramos como a una disciplina colectiva de aceptación y entendimiento, declarando nuestra unidad a toda hora y en todas partes, y todo cambiaría en el mundo antes de cinco años.

25-XI-1922.

SALUDO A LOS AMIGOS DE BUENOS AIRES *

AQUÍ estoy, pues, entre *Nosotros;* aquí he de quemar un poco de mi vida, en la atmósfera de la vuestra, entre las provocaciones de vuestro trato: es todo lo que puedo daros a cambio de la acogida que me dispensáis. Aquí estoy con unas cuantas virtudes y unos cuantos defectos a cuestas. Vosotros habéis preferido insistir demasiado en las escasas virtudes, fieles al profundo instinto que aconseja ayudar a cada hombre, dándole como un anticipo de crédito, en la ardua tarea de construir de sí mismo la imagen más parecida a su ideal. Todo sea para honra vuestra. Me viene de todos vuestros ánimos como una ráfaga confortante, a mí, hombre acaso nacido para la amistad, a quien un destino intencionado somete a la mayor gimnasia moral que pueda romper, o templar para siempre, el corazón del hombre: a pasar de uno a otro pueblo, a ir de tierra en tierra, mal arraigando apenas en todas, y arrancando en todas, con los bruscos imperativos de la ausencia, los primeros brotes del afecto, las primeras flores de amores.

¿Qué me arroja, qué me impele a esta vida que tiene tanto de vagabunda? ¿Qué fuerza, qué sed me lleva y trae en el torbellino de esta gitanería dorada de la diplomacia? Yo era hombre de libros, hombre para estudio recogido, para el retraimiento de las musas bibliotecarias. Pero el mundo no se estaba quieto: se oían gritos en la calle; y ¡mal haya el que cierra sus puertas cuando alguien, afuera, llora o ríe! ¡Mal haya el que pueda vivir contento o cómodo siquiera cuando al lado sufren los suyos! Mi país necesitaba de todos, hasta del más humilde peón o el más humilde discípulo de las letras. Cada uno ha puesto a contribución lo que tenía: unos el cuerpo, otros el alma; agua y fuego, tierra y aire; amor y hasta rencor. Y los últimos, los que sólo sabíamos casar unas palabras con otras, salimos a dar

* En el banquete ofrecido a iniciativa de la revista *Nosotros*, Buenos Aires, 24-VIII-1927. Apareció en *Nosotros*, X-1927.

la noticia, a contar el caso: a solicitar la amistad y el interés de los pueblos —todos somos de la misma carne— por un pueblo que sufría y que no se daba por vencido, por un montón de hombres que habían acertado a poner las manos sobre las heridas más crueles de su historia.

Y luego, todo amor es goloso. Un apetito arrastra otro. Nos vamos encariñando con la idea de vivir en todas partes y en ninguna, algo a vuelo de pájaro, y un poco sobre las crestas movedizas del tiempo. Nos va seduciendo esta ansia de penetración en el sabor de todas las comarcas, esta embriaguez de ver avanzar a un tiempo las tropas de todo el mundo, este mareo panorámico de la tierra, de que los aviadores sabrían un poco, si su viaje fuera como el nuestro —no en las dimensiones del aire— sino a través del corazón de los pueblos.

Y ¿por qué no decirlo, una vez que me he puesto a confesarlo todo? Hay una alegría de místico en sentir que la morada humana es cosa provisional; hay una alegría de justo en reducir nuestros bienes al tamaño de una maleta de viaje; hay una alegría de soldado en saberse presto a levantar la tienda al primer toque del clarín. Advierto que he dicho alegría, y pude decir melancolía, sin quitar a la emoción su aroma de voluptuosidad; porque la melancolía, si bien se mira, viene a ser —nada más— un dolor gustoso.

Ya tenéis aquí al mexicano; al mexicano de cuerpo entero, que no puede menos de hablar de melancolías hasta en medio de una fiesta amistosa. Cedo seguramente a la oscura inclinación de la raza, que pone tornasoles de llanto en todas las alegrías que contempla. Ya, desde los tiempos precortesianos, el viejo cantor náhoa nos dice que la flor misma es un objeto de regocijos —¡y de lágrimas!—. Y el gran mexicano que todos amasteis y conocisteis, a quien es inútil nombrar, ¿qué era sino un gran maestro de melancolía cristiana?

Pero si insisto en este matiz "saudoso" de las emociones del viajero, es porque quiero que sepáis que el recién venido a vuestras costas va a amaros esta vez a ciencia y paciencia de lo que hace; no con los arrebatos algo huecos e insípidos de un primer afecto, sino con una sensibilidad madura

y probada donde se han pintado ya las cicatrices de los años y de los sentimientos; que os trae una amistad consciente de lo que vale ganar y perder a los amigos; que os ofrece una comprensión, modesta sin duda, pero hecha ya maleable por el contacto con las sociedades sucesivas en que se ha venido modelando.

Y al llegar aquí voy a responder a una pregunta que todos traéis, informulada, y que he creído leer en vuestros ojos cuando, más de una vez, me pareció que sentíais cierto resquemor o responsabilidad por haberme arrebatado —acaso— a otros amores. No, amigos míos: no estoy arrepentido de haber llegado a Buenos Aires. Cada ciudad tiene sus encantos, y nunca cupo mejor que aquí la frase pícara de la comadre Celestina: "¡Pobre del mur que no tiene sino un horado, que si aquél le tapan, no habrá donde se esconda del gato!" Yo podría, parodiando aquí a Marco Aurelio —que comienza sus *Pensamientos* con la letanía de lo que debe a cada uno de sus familiares, maestros y amigos— comenzar aquí una larga enumeración de lo que debo a cada ciudad que he visitado. Abreviaré la historia: nací en Monterrey, al norte de México y sobre los rezagos de la providencial Sierra Madre, las "montañas épicas" del gran poeta mexicano Manuel José Othón. De Monterrey aprendí la regla primera de toda geometría moral: que hay que tener un punto de referencia, un centro. Se apoya sobre mis montañas épicas toda mi geografía del mundo. De allí arranca mi trayectoria y allí tiene que terminar, en el cálido valle que abrigan, de oriente a occidente, el Cerro de la Silla y el Cerro de la Mitra: dos lujos, dos juegos felices de la geología americana. Cuando fui a estudiar a la ciudad de México, me encontré allí con dos madrinas, a las que quisiera siempre haber sido fiel: la amistad y la ciencia. Por ellas puedo decir, como Boecio, que hasta entre las cárceles de las primeras pasiones bajó hacia mí la Consolación. Madrid y su trato confirmaron para siempre mi confianza en la bondad humana y en aquel goce fundamental que nuestro Rodó define así: "...aquel orgulloso *no importa* que brota del fondo de la vida." París acabó de convencerme de que uno de los primeros deberes está en procurar que nuestra vida y

cuanto de cerca nos rodea despidan, ante todo, un aliento de agrado; que la vida sea en lo posible grata y dulce, que se parezca —¡ay amigos!— a lo que soñamos los hombres. Y la ciudad de Buenos Aires ahora: tan tensa y compacta como una música sin compases perdidos; tan valiente que se deja penetrar de todos, segura de hacerlos suyos en pocas horas por una absorción psicológica que es mucho más que la hospitalidad; donde siempre he tenido a quien admirar y a quien querer; donde —a la gente de mi patria— le parece, no sin razón, que está el otro platillo de la balanza hispanoamericana; donde me encuentro la atmósfera trabajada, por decirlo así, por el afecto y la simpatía que habéis derramado a manos llenas sobre mis compatriotas más admirados: Nervo, Urueta, González Martínez, Urbina, Caso, Vasconcelos y otros; donde todos vosotros, escritores, artistas, hombres públicos, dais ejemplo de una cordialidad mantenida, única, para cualquier camarada de las letras que viene a pedir sitio en vuestras tertulias; donde no he tenido tiempo de estar triste, porque me lleváis como arrebatado de unos brazos a otros, en claro calor de compañía; donde hasta el huésped más engreído y soberbio confiesa que vale menos que el solo gesto que tenéis de alargar la mano —tan franco, tan viril, tan puro... Yo os emplazo para deciros de Buenos Aires todo lo que siento y lo que pienso, cuando se remansen un poco las aguas de mi espíritu. Confiad, que ya me habéis ganado. Y éste es, por ahora, señores, mi manifiesto. Éste es mi Cartel de Amistad. Todos lo recojan.

ANTE EL COMITÉ URUGUAY-MÉXICO *

Os TRAIGO, uruguayos, la gratitud de un pueblo. El manifiesto del Comité Uruguay-México insiste en la primacía de la obra de concordia sobre todas las intenciones hostiles, y señala generosamente el esfuerzo mexicano a la consideración de las repúblicas; no porque sea ejemplo de perfecciones más que humanas; no como dechado de acabamientos que no estarían al alcance de criaturas mortales —y menos en artes de gobierno y en achaques de conducta pública donde sabemos, por las pruebas del tiempo, que una y otra vez la arcilla humana se quiebra entre las manos de los conductores de pueblos—, sino porque veis en nosotros el ánimo, decidido y cabal, de atacar en todos los momentos el nudo de todos nuestros problemas; de combatir hora tras hora, en nosotros mismos y en cuanto de nosotros depende, la sorda penetración de las fuerzas oscuras, de las inercias que trabajan siempre hacia abajo; el sentimiento alerta contra toda dejadez o desidia —aunque ellas ayudaran por lo pronto a comer mejor y a dormir mejor—, a fin de lograr que toda la masa social de quien hemos de responder un día ante la historia disfrute igualmente las piedades que nos brinda la tierra.

Queremos, a costa de nuestro dolor, conquistar un poco de felicidad para todos. Y sé que os complace descubrir, en los empeños ideales con que el pueblo mexicano va ganando un palmo y otro palmo de su ascención penosa, la proyección de aquella alta virtud humana —única acaso excelsa porque es la única que nos obliga a alzar y a lanzar como en vilo el peso de nuestro propio ser, confesando así que hay algo más digno que la vida—, virtud que prende alas angélicas a la gravedad de la materia, y que se llama sencillamente la bravura.

Manifestaciones como ésta marcan una época en el desarrollo de la idea americana. Tras un siglo de orientaciones

* *La Pluma,* Montevideo, VII-1928. Recogido en *La X en la frente,* México y lo Mexicano, núm. 1, Porrúa y Obregón, 1952, pp. 35-9.

cada día menos errabundas, nuestras repúblicas cobran sentido de su responsabilidad conjunta, e imponen a los azarosos impulsos nacionales, después de las normas de la organización interna, los imperativos coordinadores de una esperanza común. ¿Qué importa la casualidad geográfica si, precisamente, el hombre ha venido a igualar el mundo, a reducir el estorbo de las distancias y las diferencias de altitudes y climas? ¿Qué importan las proporciones de mezclas de sangre y mestizajes, si una civilización se establece tanto sobre el suelo neutro de la biología o de la raza, como en el fundamento de sus tradiciones espirituales, en los potentes resortes de la lengua, en la filosofía especial que ha de valorar los dolores y los regocijos, en todo aquello que conduce a una interpretación semejante de la vida y la muerte?

Mientras sufríamos la tentación de maldecir a la vieja metrópoli europea, confesábamos que aún no éramos realmente independientes, realmente adultos, puesto que aún conservábamos la sensibilidad exacerbada de un arrancamiento, de una derivación. Mientras cedíamos ciegamente a la imitación de los modos europeos, nuestras incipiencias seguían líneas paralelas que no podían nunca encontrarse. Sólo cuando una general sacudida nos hizo cobrar conciencia de nosotros mismos, empezamos, los pueblos afines, a considerarnos con interés de uno a otro extremo de la raza. Sólo entonces pudimos, con la junta de los sumandos, apreciar lo que podrá pesar en el mundo el total que representamos. Sólo entonces, mediante la reiteración de este o aquel rasgo en veinte naciones parecidas, tuvimos el atisbo claro de lo que ha de ser nuestro perfil, nuestro relieve moral sobre el planeta. Y así vamos aprendiendo a insistir en todo aquello que sirve al desenvolvimiento de nuestro carácter histórico, desembarazándonos de paso de lo pegadizo y lo ajeno. Atentos —claro está— a todos los rumores del mundo, pero conscientes de los que concuerdan con nuestra melodía personal. Y cuando tantas conciencias vacilan, cuando se derrumban tantos sistemas y se plantean interrogaciones sobre la preeminencia de este o del otro Continente (porque "en adelante ya sabemos —dice el poeta— que nosotras, civilizaciones, somos perecederas"), obras de afirmación como

la vuestra tienen el valor de un buen presente para la moral de nuestra América.

Pensaba Leibniz que, en filosofía, los sistemas parecen ciertos en todo lo que afirman y falsos en todo lo que niegan; y esta máxima del eclecticismo, tan discutible como se quiera en el campo especulativo de la metafísica, acaso lo sea menos en el campo de la política; de la política que es toda acción, y acción, en suma, lanzada a construir, a edificar, a componer (o a recomponer, si sois platónicos), como en un problema de alta geometría moral, el cuadro armonioso en que todas las energías individuales jueguen libremente, y se sumen sin resta unas con las otras. Cierto en lo que afirma, falso en lo que niega, el sueño político quiere que la convivencia del hombre con el hombre sea lo menos áspera posible; y yo no puedo entrar aquí en acertijos de razonamiento para demostraros que la negación del mal no es negación sino afirmación; pero sé que vuestro mensaje —prédica de amistad entre las naciones— os atrae a estas horas la bendición de vuestros hermanos del Norte: aquella gente sufrida pero indomeñable, tan dulce y tan minuciosa en sus amores como bronca y fiera en el resguardo de sus destinos continentales, que tuvo el señuelo de oro con Moctezuma y el escudo de bronce con Benito Juárez, la adivinación de su dolorosa grandeza en el filósofo aldeano Miguel Hidalgo y el presentimiento de su sobria salud social en el ímpetu —juvenil y fragante— de todos sus caudillos agrarios.

Regocijaos —oh patria diminuta y grande, propicia a las inquietudes generosas, consciente de que la vida es una constante progresión, penetrada del sentimiento de lo mejorable y lo perfectible—; regocijaos —oh ensayo de felicidades cívicas propuesto a los pueblos como índice de entusiasmo y aliento, oh ciudad bajo las alas de Ariel— porque sabéis hacer al mundo señales a cuya luz se reconozcan los hombres de buena voluntad.

¿Imagináis lo que dirá el mexicano cuando lleguen, hasta la meseta de Anáhuac, los ecos de vuestra fiesta? Dirá, recordando con nuevo espíritu las exclamaciones de Eneas frente a los muros pintados de Cartago —donde inespera-

damente le saltan a los ojos las representaciones conmovedoras de sus propias adversidades y fortunas—, que aquí también hay lágrimas para los dolores y alegrías para los regocijos ajenos; que sabéis vibrar simpáticamente con el rumor de nuestros afanes históricos; que sois el tímpano claro y sensible en que repercuten y suenan con música de concordia los truenos de nuestras tormentas nacionales. De suerte que nuestro grito ha salido de vuestros pechos convertido en canto; y que si a nosotros nos tocó —en esta azarosa repartición de los trabajos— sufrir el dolor y acometer con los heroicos remedios, a vosotros os va tocando, desde acá, apurar en los hechos brutos la alta consecuencia social, sacar moralidades de nuestra fábula terrible; hacer, con las contorsiones, una estatua; y con la sustancia misma de las pasiones, una idea, un brote de razón.

Señores del Comité Uruguay-México: vuestra pública aprobación nos arma de nuevos entusiasmos, y lo que vosotros aprobáis no puede ser malo. Por sobre la obra pertinaz de calumnias y de incomprensiones ("conciliábulos de odio y de miseria") el grave indio mexicano continúa su marcha a través del tiempo, con ese trotecillo patético que ha venido a ser la obsesión de nuestros poetas y el pasmo de nuestros sociólogos; el mismo trotecillo incansable de los emisarios aztecas que anunciaron la llegada de los primeros Hijos del Sol; el mismo trotecillo aguerrido de los corredores tarahumaras para quienes no existen obstáculos, o penas materiales de hambre, de sed ni de fatiga; el mismo trotecillo misterioso que deja, en la simbología de los códices náhoas, la huella de unas plantas humanas camino de una isla de promisión; el mismo que, desatado un día en mil arroyos, como hielo que la primavera suelta en las cumbres, ha bajado a todos nuestros valles, a modo de inmensa cabalgata, no a debelar ni a deshacer —aunque su grande empuje tenga necesariamente aquella energía suprasentimental que caracteriza las grandes cosas de la naturaleza— sino a fertilizar tierras, depositar limos nutricios y fecundizar hondamente nuestros suelos históricos.

Montevideo, 28-V-1928.

OTRA JUANA DE AMÉRICA *

AMIGOS de Montevideo: Dos veces me pone vuestra ciudad en el paso honroso de resistir fardos desiguales con mis fuerzas. Una vez, era un mensaje de simpatía para mi tierra, y ahora habéis querido que yo concurra a este homenaje, sin duda para que yo traiga, simbólicamente y sólo por venir de fuera, el aplauso continental que vuestra poetisa ha merecido. De pasada, amigos, me estáis enseñando a ser humilde, y a aceptar con sencillez y sin rubor las tareas que nos reparte la suerte.

De todos los rumbos que practicaba mi vela he venido, desde hace años, sintiendo el latido de este faro: luz sobre el mar y voz sobre la tormenta. Alguien, aquí, nos prestaba sus risas y sus gemidos; alguien, aquí, nos devolvía la confianza en las posibilidades del espíritu; alguien oraba aquí por nosotros. Y la eternidad del principio femenino, trágico y dulce a un tiempo, iba derramando sobre nuestro mundo poético ese provechoso temblor que equivale a una pulsación de alas.

Una cosa leve y terrible —una mujer— se había adueñado de las palabras. Un jugo frutal entró en los versos. Y en nuestra mente, un acogimiento candoroso de la parte buena de la vida. Pero, junto a eso, advertíamos una capacidad increíble para dejar entrar el amargor y la sombra, ensanches de alma donde ruedan los metales fundidos del dolor y del gozo, y al fin la canción que todo lo salva y lo redime: el verso proyectado hacia el cielo.

Todo está bien, entonces, y de todo pueden brotar flores y estrellas. Una manecita delicada impone armonía en el gran desastre, y también en los cuidados pequeños. ¡Oh, cuántos, cuántos hombres sucumbirían o enmudecerían, si no ante ese rayo de catástrofe que nos hiere dos o tres veces en la vida (porque, ciertamente, el ánimo del varón parece hecho para contrastarse con los grandes derrumbamien-

* *El Imparcial,* Montevideo, 11-VIII-1929.

tos), sí ante esa sorda labor de la pena diaria, que va cuarteando los muros de la casa, pintando en las frentes todas las arrugas del cuidado, y nublando, con telarañas cada vez más espesas, los respiros de la voluntad! Una cosa leve y terrible —una mujer— era, pues, capaz de este milagro.

Y Juana en el Norte, Juana en el Sur, en el Este y en el Oeste: por todas partes fueron cayendo las palabras. Juana donde se dice *poesía* y Juana donde se dice *mujer*. Juana en todo sitio de América donde hacía falta un aliento. Juana en las fiestas de la razón y en el luto de los corazones. ¡Oh invasión! ¡Oh Evangelio! ¿Y eras tú, dí, aquella pequeña gracia escondida, y saliste a hacer temblar a todos? Alta función de la poetisa, porque nos estimula mucho más que cien hombres. En estos pueblos de anhelo y brega, en estos nuestros pueblos sedientos ¡qué mejor piedad, ni qué misericordia más plena! En el desfile histórico de los Padres del Alfabeto —nuestros maestros y ensayistas americanos, nuestros gramáticos americanos, nuestros poetas y doctores de uno a otro extremo de la raza— aparece ahora algo más cercano a la forma pura del alma: otra mujer. Con cuánta justicia habéis dicho "Juana de América".

Notaréis que he dicho: "otra mujer". No tanto por evocar otras figuras de poetisas de hoy o de ayer que ya viven en vuestra mente (recordemos sólo, por lo mismo que anda tan lejos, a la magnífica y montañosa Gabriela, cumbre borrascosa en nuestros Andes), sino porque la asociación del nombre mismo me ha hecho pensar en la otra Juana de América, en la ardiente monja mexicana del siglo XVII: en Sor Juana Inés de la Cruz. A la distancia de tierras y de siglos, he aquí dos voces diferentes (ave, aquélla, trabada en la jaula de oro del silogismo y del concepto, y no por eso menos canora; ave, ésta prendida en la más frágil rama, sacudida en vano por el viento de la locura, y no por eso menos firme y menos acordada); he aquí dos voces que concuerdan en ofrecer los paraísos no vedados de la imaginación y de la esperanza como un alivio contra la vida, y el tapiz volante de la palabra como un talismán verdadero para escapar a las mezquinas gravitaciones.

Parece que desperdicio una ocasión preciosa para el crí-

tico literario. Pero ni me incumbe ahora esa tarea, ni quiero —al asociarme a este homenaje— dejar de insistir en lo que constituye, a mi sentir, su carácter único. Grande es la grandeza literaria, y a adorarla he consagrado lo poco bueno que haya en mí mismo. Pero hay algo de que hablo poco, y que cada vez se insinúa más en mi conciencia. Hay algo más grande en la conducta, y los versos no son más que la parte musicada de ella. Más grande que todo es la voluntad de superación, que afirma día por día, puesto el pie sobre la escoria que somos, el sentido angélico del hombre.

Siento y digo que este homenaje es, Juana de América, una fiesta moral.

Montevideo, 10-VIII-1929.

ADIÓS A LOS DIPLOMÁTICOS AMERICANOS

HA SONADO mi hora; y como para todos tiene que sonar, y estamos entre iguales, considero oportuno que hagamos algunas reflexiones sinceras sobre lo que sucede en torno a esta mesa redonda.

En torno a la Tabla Redonda, he aquí que estamos congregados, en efecto, algunos supervivientes de la Andante Caballería, que corremos el mundo desfaciendo agravios y enderezando entuertos o, si preferís, predicando entre las naciones la Cruzada de la buena voluntad.

¿Cómo y por qué hemos venido a dar aquí? Nuestra medalla tiene anverso y reverso. Empecemos por el reverso. Todos salimos de nuestra tierra para mejor servirla, contrariando la sabiduría china que aconseja vivir siempre bajo el cielo que nos viera nacer. Unos, empujados por una fuerza positiva: la vocación por las cosas internacionales. Otros, empujados más bien por una fuerza negativa: el conflicto, el callejón sin salida en que los azares de la política interior suelen enredar a los hombres. Bajo vuestra máscara afable, todos escondéis esta herida oculta: la nostalgia, Proteo de mil formas que se metamorfosea como las hechiceras del cuento árabe, para mejor atacarnos a toda hora. Cuándo es serpiente, cuándo es tortuga, cuándo es águila. Todos, entre nuestros fardos de viaje, arrastramos a este enemigo terrible: la nostalgia. En nuestras frecuentes noches de insomnio, todos, como Jacob, combatimos largamente con este ángel. Esto nos hace vivir en un alerta constante: sabemos dónde está nuestro pulso débil. Sentimos venir al agresor, y entonces, fieles a nuestro juramento de cortesía, nos ocultamos un poco para que nadie nos vea sufrir. El mito del Judío Errante no nos conviene. El Judío Errante viajaba sin echar raíces, y nosotros —más tristes todavía— tenemos tiempo de echar raíces y aun de cosechar las primeras flores ¡para luego, de repente, a la voz de mando, arrancarlo y deshacerlo todo! Así es como los bienes del mundo nos van

pareciendo transitorios y un tanto ajenos. Así es como, bajo las apariencias de una cierta frivolidad, aprendemos a desconfiar de las cosas de los sentidos, cual si fueran aquellos dineros del diablo que se volvían cenizas en las manos, o bien —en los casos más lamentables— nos aferramos tal vez a ellas con visible desesperación. De una en otra experiencia y de una en otra lección, nuestro oficio nos convierte así en maestros del sufrimiento.

Pero el anverso de nuestra medalla no tiene, por cierto, menor relieve. Acordaos de aquel afán juvenil por conocer gentes y pueblos, aquel apetito goloso por comparar y contrarrestar orgullos de razas, aquella sed —que a lo largo de la carrera se nos va depurando—, sed que yo llamaría la sed del catador de fronteras; el gusto, y casi la embriaguez de explorar el corazón humano en todos los climas y naciones; el salubre ejercicio de enfrentarse con el espectáculo de todas las ciudades y de asimilar, siquiera sea por un instante y como quien abre nuevas ventanas en su torre, el gesto espiritual, la contorsión propia de cada país. ¡Qué ensanches del alma! ¡Qué suerte de acrobacia moral! Ver un día desarrollarse, como en línea desplegada, la marcha de todos los acontecimientos de la tierra, en una hoja del periódico que para muchos es muda o jeroglífica, y que para nosotros ha cobrado ya el valor de los recuerdos y asociaciones personales, en lugares, en personas, en situaciones. Agrandar la noción de familia humana hasta volverla universal. No dejar punto muerto donde no hayamos sembrado una hora de trabajo o un minuto de esperanza. Participar en todos los altos intereses de la especie, aunque sea con el modesto valor de la simple presencia; y poder decir, como Menandro y Terencio: "Hombre soy, y nada de lo humano puede dejarme indiferente."

Y luego —y por aquí nuestro oficio toca al sacerdocio— investigar, revolver datos de estudio y datos de mera sensibilidad, para ir descubriendo al fin aquellas resultantes dinámicas de los pueblos, a través de las cuales la colaboración y la concordia pueden ser posibles y eficaces. Y todo esto, mediante la mayor expresión de fuerza de que el hombre sea capaz; mediante aquella sublimación de la fuerza

que se borra, se aligera, se vuelve tan leve que a veces resulta inefable: todo ello, mediante la sonrisa. Es decir: mediante el agrado, la buena disposición, el ánimo comprensivo, el espíritu conciliador y abierto. Todo lo cual, si nuestra misión sólo consistiera en ceder, sería muy fácil. Pero siendo así que nuestros negocios son los negocios de una Patria, el esfuerzo resulta tan complicado, y la necesidad del éxito tan imperiosa, como lo es para el volatinero el no caer de la cuerda. Y aun la postura es igualmente patética, porque, entre los ritmos de una danza, se va burlando un peligro serio.

Y ahora, para acabar, permitidme una pequeña digresión filosófica. Aristóteles nos legó el adagio de que la naturaleza nada hace por saltos; pero el instinto mismo nos hacía sentir que toda la vida se construye a ritmos y a saltos, como los latidos del corazón. Hay una palabra argentina, el *pálpito* (en México, llamamos a esto, la *corazonada*) que parece entrañar ya la sospecha de lo discontinuo y lo súbito; de que, por ejemplo, se puede llegar al conocimiento de la realidad por algún repente instintivo. El capítulo de los cambios súbitos en las evoluciones biológicas cada vez ocupa más sitio. Y, por último, la estructura del átomo, íntimamente interrogada por la Física Matemática, nos deja descubrir, entre esas zarabandas de iones en torno al electrón central, que hay intersticios en la naturaleza, zonas vacías de existencia por las cuales no puede pasar el ion —digamos— sino dejando de existir en un tramo del camino y renaciendo después; en suma, que la discontinuidad es tal vez la norma del mundo corpóreo. La continuidad, en cambio, es un orden espiritual del mundo; está en las almas, no en los objetos, y en moral se llama conducta. Nuestra vida, amigos míos, sometida a perpetuos cambios e interrupciones, sería sencillamente imposible sin esta rectificación o continuidad del espíritu, que proyecta luces de coherencia sobre el montón de los hechos atropellados. Hoy en un país, mañana en otro... Ya dice, en el *Martín Fierro,* el viejo Vizcacha, con aquellas sus palabras rudas y sabrosas:

Vaca que cambia 'e querencia,
se atrasa en la parición.

Pero un impulso interior lo remedia todo: una decisión de no dejarse atajar por obstáculos de tiempo y espacio. Nuestro viaje por el mundo, aun cuando sea, físicamente, una serie de partidas y contrapartidas geográficas, es —moralmente entendido— una suma constante, una línea en movimiento que cada vez enlaza entre sus mallas nuevos afectos, nuevos pueblos, nuevas nociones del mundo. Vamos, a través de reinos y repúblicas, tejiendo el cordón de miel evangélico. Somos, como la vieja Celestina, aunque en sentido mucho más noble, "zurcidores de voluntades"; gente consagrada precisamente a suturar roturas y a amortiguar sobresaltos, a crear continuidad. En tal sentido, ninguna conquista alcanzada puede perderse; y el contentamiento superior de esta continuidad de la obra irradia, como una idea tutelar, sobre la melancolía de todas nuestras despedidas y nuestros viajes. Apenas he alcanzado el fruto argentino, cuando ya el Brasil me brinda las opulencias y halagos de su pueblo, la profunda fantasía de su espíritu y la incomparable enseñanza de su historia.

Excelentísimos señores, y —lo que vale más, aunque sea menos superlativo— amigos excelentes: seguimos juntos. Juntos en la obra, juntos en la misma tierra que pisamos, juntos en la amistad y el afecto, juntos en mi gratitud. Siempre juntos.

Buenos Aires, 31-III-1930.

A RONALD DE CARVALHO

HOMBRE dos veces feliz —digan lo que quieran— el sitiado entre dos hermosos deberes, como entre dos asedios de cortesía; cada una de sus palabras por fuerza tendrá un peso doble, y —propia imagen de un samurai del sentimiento— ha de adelantar con dos espadas. De un lado me toca ofrecer a Ronald de Carvalho, en nombre de la Comisión, este cordial homenaje que no siente la soledad (la "saudade") de una despedida, sino que alimenta en sí la confianza de los que vemos partir al poeta y al amigo, predilecto de la simpatía, con destino a nuevas alegrías y a nuevas victorias. De otro lado, tengo que agradecer a mis amigos brasileños el haberme escogido para llevar la voz en su nombre, mezclando en graciosa naturalidad las dos lenguas de la antigua Romania que siempre han sabido acompañarse y fecundizarse tan bien por el contacto. Lo que prueba que mis amigos me consideran, con razón, como uno de los suyos; y, sobre todo, que han comprendido la obligación de afecto que asiste al último de los escritores mexicanos, siempre que se trate de señalar con cálculo blanco una fecha de la inteligencia basileña. Pero, como no es el caso de hablar de mí, de este último deber me desempeñaré como entre líneas y sin insistir demasiado.

Me propongo ser breve. Cambacérès, archicanciller del Imperio (y rara flor del gusto junto a un Emperador apresurado y nervioso cuyos conocimientos culinarios me han dicho que se limitaban al triste pollo frío), dijo una vez, estando a la mesa, ante el barullo excesivo de los comensales: "Por favor, señores, menos ruido. ¡No puede uno oír lo que está comiendo!" Gran lección para los que abusan de la palabra, perturbando el dulce y parsimonioso proceso gastronómico. No he de importunaros, pues, por mucho tiempo.

Hace años, aportó por México un joven poeta. Paseaba su mirada por nuestros valles y montañas, y había en su

alma aquel temblor de sorpresa que acompaña siempre a la juventud. La experiencia, con igual fruto, se alargó por otras tierras americanas. Complacíase la delicada retina en la visión de nuestra naturaleza y de nuestras cosas; y una intuición, que es gracia del arte, le hacía percibir poco a poco la profunda hermandad en la variedad. Hasta llegar así, por sucesivos ensanches platónicos, a la concepción, robusta y despojada a un tiempo, de esa armonía natural que él supo llamar Toda-la-América. Toda-la-América sea una palabra nueva en nuestros labios y un estímulo igual en nuestros corazones; un santo y seña de acción y de trabajo; un trazo poético de la pirámide que debemos construir entre todos. ¡Oh brasileños! ¡El poeta que enviáis a París es —con todo honor y derecho— un mensajero continental!

Mientras nos aseguraban que los pueblos sólo se entienden para el cambio de mercancías, nos quedaba poco que hacer. Cada una de nuestras repúblicas trocaba intereses materiales con los mismos mercados extranjeros de siempre. Siguiendo rutas paralelas, nunca se encontraban nuestros barcos. No sabíamos que éramos unos, y los pueblos americanos vivíamos tan alejados unos de otros como tal vez de nosotros mismos —porque la ignorancia de lo semejante supone siempre, en mucho, el desconocimiento de lo propio—. Pero la curiosidad de los poetas rompió el funesto sortilegio. Son los poetas —es decir: las fuerzas desinteresadas del Espíritu— quienes están devolviendo su coherencia y su unidad a Toda-la-América. No son los mercados de Río de Janeiro, de Buenos Aires, La Habana o México; no son los sesudos poseedores del algoritmo o los escamoteadores avezados de la oferta y de la demanda: son las juventudes universitarias las que se sacuden a un tiempo con el entusiasmo o la inquietud de una sola; son las revistas literarias escritas por gente de veinte años que se inclina anhelosamente hacia el espectáculo del pueblo vecino; son los muchachos sin experiencia pero llenos de adivinación; son los soñadores; son los que —en el sentir vulgar— no sirven para nada, quienes han levantado entre las veinte repúblicas la más que provechosa cruzada de la cordialidad y el entendimiento mutuos, obra de elemental decoro humano,

cuando no fuera de eficacia evidente en todos los órdenes sociales. Las manos se atan con las manos, y nuestro mundo pesará un día sobre la tierra en proporción con el espacio que ocupa. Ya circula una misma alma. Ya no se puede tocar a un sitio de América sin que seis o siete más respondan a un tiempo. El dolor y la alegría de unos van a producir entre los otros efectos inesperados.

¿De suerte que la poesía, la Cenicienta; de suerte que la imaginación, la loca de la casa, han venido a ser de más provecho que los conciliábulos del político o las mil y un artimañas de que se precia el mercader? ¡Oh triunfo de veras latino, que ha de dar un día a nuestra América un carácter único en la historia! Nunca conocimos mayor fuerza que la fuerza de la belleza. Entre la teoría y la acción corría, para nosotros, el hondo río del sentimiento. Poesía una y otra vez, y siempre poesía. Nuestra América es la tierra donde salir a disfrutar de la luna es más importante que dormir, y donde cantar y pelear son la misma cosa. Algún día hemos de encauzar este torrente de energía vital, y yo sólo conozco a unos ingenieros capaces de reducirlo a fórmula asimilable, y esos ingenieros son los poetas. El caos llega hasta ellos en acometidas violentas como la ola a los pies del faro. Pero arriba de la torre, al castigo de tanto embate, se enciende y gira una corona de luz. Nuestra América está recibiendo de sus poetas las mejores orientaciones. El poeta es, en nuestros pueblos, el organizador de la esperanza.

Poeta Ronald de Carvalho, Caballero Andante de Toda-la-América y precursor de la hora americana: arda con rayo seguro la estrella que te guía; júntese el mar y ábrase el cielo sobre la derrota de tu barco; palpite, sobre el palo mayor, el feliz presagio de San Telmo.

Río de Janeiro 3-VI-1931.

JUEGOS FLORALES DE MAZATLÁN

En ocasión de una fiesta como la que aquí nos reúne, tras de expresar mis cumplidos agradecimientos a quienes me hicieron la honra de convidarme, y tras de ofrecer un saludo respetuoso a la hermosa Reina de los Juegos Florales y a su gentilísima Corte de Amor, nada me parece más propio que dar de lado a las erudiciones del género —de todos ya tan conocidas—, y dejando en su reposo de siglos a Clemencia Isaura y todo el aparato retórico de que en estos casos se usa y abusa, insistir sobre la significación del acto poético. Pero antes debo un aplauso a los vencedores del concurso, y tampoco resisto a la tentación de explayarme en algunas consideraciones personales.

Imaginad la emoción con que me acerco a vosotros. Retenido en tierras extranjeras por diversos azares, viajero y centinela en el servicio exterior de la República, hace prácticamente unos veinticinco años que, fuera de los cortos meses de vacaciones —los cuales no dan ocasión para sumergirse de nuevo en el país—, me he visto privado del grato comercio de los míos. Han sido años en que se acendran y purgan las mieles del recuerdo, años que a su vez dejan un sentimiento melancólico y soledoso, porque quisiéramos abrazar a un tiempo todas las tierras donde hemos quemado una parte de nosotros mismos. Y ahora, reintegrado de nuevo al país, me toca, por una sonrisa de la suerte, el concurrir como mantenedor de Juegos Florales, en el término de unos cuantos meses, primero a la tierra de mis amores infantiles y luego a la tierra de los recuerdos paternos más heroicos. Septiembre y sus entusiasmos patrios me encontraron en Nuevo León; febrero y sus ritos carnavalescos me encuentran ahora en Sinaloa. Allá, junto al Cerro de la Silla, el cerro natal que he confesado como punto de arranque de toda mi geografía y como la base de mi trayectoria por el mundo. Aquí, junto a las Olas Altas que, a través de las memorias familiares cien veces escuchadas, murmuran a mis oídos

la epopeya de una juventud militar: la de aquel ante cuya sombra me inclino con unción filial y devota.

Gracias sean dadas a la poesía, que así me lleva de la mano por los lugares más evocadores y gratos, como si de hecho me paseara por las regiones más sensibles de mi alma. Gracias sean dadas a vuestra hospitalidad generosa que, en esta peregrinación sentimental, me persuade así que cada palmo del territorio es un fragmento de nuestro ser moral, amasado con la sangre misma que llevamos, de cuyo holocausto se construyen los pueblos.

He ofrecido hablaros de la significación del acto poético. El acto poético es, por esencia, un acto de liberación, de libertad. Y más cuando acontece en uno de aquellos instantes en que este bogador del tiempo que es el hombre parece haber perdido la aguja de marear, preguntándose si habrá caído en aquella Mar Tenebrosa que ponía espanto en el corazón de los antiguos. El pasado es un mudo libro de bitácora que ya no quiere aconsejarnos. La nube del horizonte, oh Hamlet, lo mismo puede ser un ángel que una tempestad. Hay guerras en el vasto mundo, incendios en que parece carbonizarse toda la historia. Hay, en nuestro mundo nacional, preocupaciones cívicas que a cada minuto crecen y se acercan, a modo de trueno en movimiento. Y he aquí, en una graciosa costa del Pacífico, un puñado de hombres de buena voluntad que abren una pausa en la cerrazón del nublado, para que se filtre por ella un rayo de poesía. Onda de salud; sortilegio que, como en los coros del *Fausto*, prende y columpia los instantes en la cadena de oro de las eternidades.

Cada vez que el hombre cede a lo que hay en él de más desinteresado y gratuito; cada vez que deja caer sobre el suelo la azada de sus afanes para enjugar su frente; cada vez que olvida su brega diaria y cuanto hay en ella de contingente y de inmediato, un secreto resorte tira de él hacia el cielo de las ideas; lo sumerge como en un baño benéfico en la contemplación de las cosas universales; el doloroso "yo" parece aliviarse en una inmersión dentro de las aguas abstractas de la especie; la naturaleza misma sube a acariciarlo con el inefable consuelo de sus cosas vegetativas y el

tónico profundo de sus magnetismos minerales; el hombre deja de ser un hombre determinado para convertirse en todo el hombre; entre el ritmo de sus sienes y los ritmos de la creación se entabla un diálogo solemne, que tiene las ternuras de un regreso y las firmezas de un pacto entre la tierra y su morador; y entonces borbota en lo íntimo de la conciencia y se derrama a flor de labio una bocanada de poesía. Tal es, en breves palabras descrita, la misteriosa operación ética y estética del poema.

No es de sorprender que esta tierra sea singularmente propicia a tales desahogos artísticos, que vienen a ser la higiene del espíritu. Yo podría hacer mías todas las palabras, que seguramente resuenan todavía a vuestros oídos, con que mi ilustre amigo el Director de la Academia Mexicana, don Alejandro Quijano, claro hijo de Mazatlán, evocaba, en los Juegos Florales del año pasado, las figuras de todos los varones de letras que, nacidos o no en esta ciudad, han esparcido aquí su siembra fecunda. Entre ellos, lamentamos la reciente desaparición del inspirado Izaguirre Rojo, y celebramos al primer poeta de México actual, Enrique González Martínez, en su serena y gloriosa madurez. Esta tierra aparece atenta a la poesía desde los remotos tiempos del famoso Bernardo de Balbuena que, al romper el siglo XVII, escribía su *Grandeza mexicana* para una dama de San Miguel de Culiacán, doña Isabel de Tovar y Guzmán; quien tras de perder a su esposo y a su hijo, el jesuita mártir Hernando de Tovar, se dispone a tomar los hábitos en San Lorenzo, de México, y pide al poeta que, ya que él ha de llegar a la capital algunos días antes, aproveche esos días que le lleva de ventaja en describirle las cosas más notables, como para preparar o desarmar su sorpresa.

Permitidme que nombre ahora a dos desaparecidos, uno vuestro huésped y otro vuestro paisano, con quienes me unieron lazos de fraterna amistad y con quienes me unirán siempre los vínculos de la admiración y la gratitud: Amado Nervo y Genaro Estrada. Tal vez habrá llegado a vuestra noticia que me correspondió la honrosa tarea de recoger en más de veinte volúmenes la obra del primero, recopilación ahora confiada a mejores manos; también —me figuro— sabréis

que puedo considerarme como uno de los más cercanos testigos de lo que significa el segundo en nuestras letras, por sus propios escritos como por su obra de organizador de pléyades literarias, y de lo que significa en nuestra vida pública y singularmente en nuestra vida internacional, la cual pocas veces habrá encontrado un director de intenciones más puras, de competencia más cabal y de más gallarda entereza.

¿Cómo extrañarse de que el espíritu encuentre cordial acogida y caliente cuna en una población que cuenta con los dos mayores estímulos: la estupenda naturaleza, que la invita a la contemplación, y un impulso natural de alegría que la ha hecho sobreponerse a los contratiempos de su historia? Tenéis a la vista un mar envidiable. Quiero haceros una revelación: como todo aquel que ha viajado, pertenezco a la familia de Odiseo, a la familia de los que andan por entre peripecias suspirando por el retorno. Simbólicamente, puedo decir que he pasado la mitad de mis años contemplando el mar. El mar ha cobrado para mí un sentido místico. La aspiración hacia el mar me hace vivir contrariado en tierras interiores. He llegado a creer que el alma necesita los vastos ensanches oceánicos. A la hora en que la paradoja se insinúa por el canal de las naturales inclinaciones o de los hábitos adquiridos, he llegado a pensar que la humanidad sólo debiera vivir en las costas, dejando el "hinterland" a la crueldad de las fieras y alimañas. He llegado entonces a soñar que el hombre no se siente dueño de su tierra mientras no establece y domina todos los litorales y los caminos del mar que la rodea.

El genio de Cortés lo empuja a buscar la salida del Pacífico, en cuanto da por hecha la conquista de Anáhuac. Y es lástima que la gran epopeya central arrebate la curiosidad de la gente, haciendo olvidar —como dice Estrada— "la maravillosa peregrinación de Nuño de Guzmán, las fantásticas aventuras del Padre Niza, las esforzadas andanzas de Ibarra y Vázquez de Coronado... la jornada de Cíbola, por Pedro Castañeda de Nájera, que merece figurar... entre los grandes libros de viajes". Añadamos los reconocimientos de Ulloa por la California hasta la Isla de Cedros y, en general, por el llamado Mar de Cortés. Sin el relativo

dominio del Occidente, la Nueva España nunca hubiera alcanzado su carácter de tránsito entre Europa y Asia. Las exploraciones de Jalisco han salido mejor libradas en este general olvido; pero el Noroeste de México espera todavía que una pluma de primer orden lo destaque suficientemente, entrando otra vez por la selva de noticias de Pérez de Rivas, Tello y hasta el discutido Mota Padilla, Tamarón y Romeral, Ortega y el deficiente Frejes, y toda la máquina de documentos que constan en Icazbalceta, Winship, Pacheco y Cárdenas, Navarrete por lo que toca a los viajes de las goletas la "Sutil" y la "Mexicana", y Ocaranza que tantas nuevas luces ha aportado al asunto. El día que tal obra se realice, podrá apreciarse hasta qué punto la fascinación de esta tierra se apoderaba de sus primeros exploradores, haciéndolos soñar con la vecindad del Paraíso.

Pero las solas dulzuras de la naturaleza, en que habéis sido privilegiados, nunca hubieran bastado para templar y construir vuestro carácter. Ellas os habrían convertido fácilmente en un nuevo país de los Lotófagos, donde el destino y los deberes se olvidan entre los halagos paradisiacos. No: necesitabais el dolor, y tampoco os fue escatimado, según los testimonios que encuentro en las páginas de vuestros cronistas modernos más autorizados: Buelna y Gaxiola. Pero para que el dolor fuera fecundo, era necesario por otra parte que los hijos de este suelo, vuestros sufridos y admirables padres, tuvieran en sí mismos la virtud casi sobrenatural de superarlo. Era necesario que fuerais, en esencia y a pesar de todos los accidentes, un pueblo prometido a la felicidad. Voy a ver si puedo explicarme:

Acariciada por su suave ambiente, mimada por su mar y su cielo, esta ciudad de Mazatlán ha merecido justo renombre por la cordialidad de su trato, y por cierta virtud de alegría que la señala entre todas. La han hecho famosa sus regocijos de Carnaval, notables entre la monotonía un poco gris de nuestras costumbres sociales. Un pueblo que sabe reír es un pueblo sano y valiente. Ese cascabeleo periódico de la risa alegra sus ecos para todo el año; esa gotita de anís perfuma para todo el año sus aguas. Ciudad nacida para crear generaciones dichosas, la veo avanzar patéticamente

hacia su carácter de robusto equilibrio, por entre un cúmulo de vicisitudes históricas de que noblemente se desembaraza como de una ganga que empañase su oro. Fuertemente la castiga la historia. La continua guerra civil le ha impuesto todas sus cicatrices. Su duelo y su resistencia son inolvidables en la hora más crítica de México; inolvidables las salvajadas de un Castigny y otros invasores, que mal respondían a la generosidad de un Rosales y otros defensores de la patria, quienes daban suelta a sus prisioneros de guerra; inolvidables las afrentas de algunos jefes, aun entre los mismos liberales, que entendían más de pelear que de gobernar y administrar. Inolvidables los hechos heroicos de vuestros hombres y aun de vuestras mujeres. La ciudad sufre y se rehace, protegida por el tesón de su gente. Fresca y jugosa planta, no se abate bajo los caballos de Atila, sino se endereza y reflorece. Mazatlán, de nombre sonoro para el himno, de tierras y de mar que son criaderos de futura riqueza, de acero humano afinado en bárbaros yunques, se educa y se apresura dolorosamente hacia la alegría —hacia la alegría que lleva en la entraña y que busca su salida como una sonora fuente—, y al cabo se levanta entre el coro de la República como una voz de afirmación. Maravillosa flor propuesta al ejemplo del jardín, lanza la prédica de su aroma y juega sus tintes en el sol. Certeza y optimismo, risa conquistada, esperanza de sus hijos y alegría serena de los fuertes. Nunca Mazatlán se doblegó con la aceptación de las derrotas. Creyó en la bondad esencial del hombre, y se ha salvado. ¡Oh vivero de felicidades, habéis merecido bien del espíritu! Persistid y tened confianza: es el secreto. ¡Oh, que canten las altas olas las merecidas promesas que os guarda el porvenir!

Mazatlán, 2-II-1940.

A LOS AÑOS DE GONZÁLEZ MARTÍNEZ *

PARA celebrar los años de nuestro amado príncipe de poetas, a quien tantas veces hemos manifestado nuestra admiración y nuestro cariño en letras de molde, no quisiera hoy echar mano de los instrumentos de la crítica, sino traer un testimonio íntimo que tenga el carácter de una misiva personal.

Así nos convida a hacerlo la calidad misma de este hombre, en quien la poesía y la vida alcanzan una síntesis envidiable. Amable sin complacencias con la bajeza, ameno y de grata compañía, sencillo sin embusteros alardes de ingenuidad, bueno de veras y siempre superior, yo no sé cómo ha sabido tallarse, sin amaneramiento, asperezas ni desdenes, ese recinto de cristal en que su poesía, transparente y casta, vive en la respiración de su propia atmósfera, sin contaminaciones espurias.

Tal vez lo deba a aquella humildad que lo lleva a descalzar, piadoso, la sandalia para no herir las piedras del camino; tal vez a aquel sincero ahondamiento en el "yo" que lo hizo, desde tan pronto, desvestirse de las vanas galas del cisne para penetrar la espesura con los ojos del buho. Tal vez porque lleva en sí una carga de libertad tan intensa, que ni siquiera parece percatarse de la energía gastada en frotamientos; tal vez porque su alpestre soledad es tan alta que puede dejar la puerta abierta. Porque yo sé, Enrique, que más allá de la sociabilidad que es en usted una forma de la salud moral, más allá de su cortesía tan perfecta que no se siente, usted, como todos los grandes poetas y todos los grandes espíritus, está solo. Guardamos y respetamos la distancia. Desde la otra orilla, para aplaudir sus años henchidos de trabajo y gozo y sufrimiento, nos atrevemos a lanzarle nuestros parabienes, como en una carta atravesada en una saeta.

Pero el rendimiento de este hombre, que es en definitiva

* En la Escuela Nacional Preparatoria. Ver, *supra*, p. 127, "El Buho".

su poesía, ¡qué cerca de nosotros! ¡Cómo nos ha envuelto en su caricia, en su alivio! ¡Cuantas veces nos ha murmurado al oído su consejo sereno! ¡Oh, cuánto, cuánto se parece a una buena acción! Y es que no hay acción más cabal que la verdadera poesía. A la hora de computar la utilidad de cada uno, hagamos entender a la gente lo que debe al poeta, hilandero de la tela del alma, sin cuyo oficio dulce y grave, sufrido y paciente, integrado de filosofía y religión a un tiempo, acaso errarían los hombres como greyes perdidas. Para esa redención nos ha sido dada la belleza. El poeta verdadero no vive de lo singular, de lo grotesco, sino de lo más humano y específico que hay en el hombre. Y San Sebastián, acribillado de dardos, nos aparece de pronto como vestido en una túnica de granadas espigas. Pastor que gobierna y conduce "más con el silbo que con el cayado", en esta hora de envenenamiento y confusiones merece, más que nunca, nuestra gratitud, nuestra lealtad.

Enrique González Martínez llegó a nosotros cuando, en los extremos de la juventud, la petulante embriaguez del "estetismo" acaso nos traía perturbados. ¡Éramos tan jóvenes! ¿Para qué repetir aquí las alegaciones de Gracián sobre aquella verde acidez que lleva consigo la juventud, sobre aquella dichosa miel que sólo labra y acumula "el hombre en sazón"? Enrique (aunque hoy, en este orden de la edad, hayamos llegado a la melancólica orilla de los iguales) todavía nos adelantaba en algunos años. No sólo en eso: nos precedía también de cierto modo por la intención literaria, por el despojo de modas y maneras alambicadas o excesivamente compuestas; nos precedía ya en cierto sentimiento del peso ético de la poesía, fruto acaso de sus lentas meditaciones de provinciano. Y así aconteció aquel combate entre el cisne galante, amado de Rubén Darío, y el buho de Minerva, que parece descifrar el revés del mundo.

Por 1930 publicó Enrique González Martínez una recopilación de su poesía. Entonces escribí al vuelo esta nota, que me atrevo a releer aquí porque la juzgo desconocida entre nosotros, para celebrar la hermosa cosecha, en veinte años de labor poética ejemplar:

Cuando González Martínez llegó a México —de su soledad, de su provincia— ya habíamos hecho, a su espera, un gran silencio respetuoso. ¡Su poesía, tan casta! ¡No se nos asuste, toda ella escultura de aire! Pajarero con una jaula llena de alas. Pero ¡qué sorpresa!, el pajarero adelgazó tanto la liga que, en vez de pájaros, fue enredando ángeles y ángeles. Sus ángeles temblaban de asombro y eran los primeros en no entender cómo había sido aquello. No imaginaban que se les pudiera cazar con palabras. Era la primera vez que pisaban tierra, que respiraban tierra. Y el caso fue de lo más astuto que se ha visto en las letras. Porque la inspiración salía prendidita con sus cuatro alfileres, disfrazada de razonamiento, arrastrando larga cola de secuencias lógicas. ¿Quién iba a sospechar que aquella hija de familia acabaría por provocar tentaciones tan irreales? Y al acabar cada poema —¡qué sorpresa!— ya estaban ahí, quietos y cautivos, los ángeles. Así se demuestra el patético milagro de Orfeo, que consiste precisamente en raptar a Eurídice dormida. ¡Cuidado: si despierta, escapa; es una escultura de aire! Y todo como quien toca música, como quien hace otra cosa. Parece un discurso, parece un razonamiento. Finta hacia el orden: pega en el milagro. Grande utilidad, pues, la de la Poesía.

Va corriendo el tiempo. Los amigos se han dispersado. Nada perdona el tiempo. ¿Nada? Algo se salva acaso. Aquí está, en su alta plenitud, el poeta, fiel a su misión de pastor de pueblos porque es pastor de sí mismo. A la hora en que las columnas vacilan y se rinden los muros —¡qué justificación para la poesía verdadera!— he aquí que nuestro Enrique se levanta, como en Horacio, pisando impávido las ruinas, y otra vez, como siempre, en el orden del espíritu lo mismo que en el orden cívico, al lado de los buenos.

Jóvenes que me habéis convidado a vuestra fiesta para recordarme el deber de mantenerme unido a vuestra esperanza, yo os repito el verso inolvidable:

Venerad al altísimo poeta.*

México, 15-IV-1940.

* Lo mismo digo, en verso: *La Vega y el Soto*, pág. 91.

PRESENTACIÓN DE DON PEDRO BOSCH GIMPERA

La mente humana se ha visto cruzada algunas veces por sacudimientos salutíferos que ponen otra vez en tela de juicio la representación tradicional del mundo acumulada por las culturas. De estos provechosos desequilibrios, "fértil y educadora vacilación" en la palabra del filósofo, dan ejemplo el contacto entre europeos y orientales cuando las Cruzadas, el derrame sobre el Occidente de la filología y la ciencia griegas a la caída de Constantinopla, la exacerbación del utopismo político provocada por la aparición de América. Pues bien: el descubrimiento de las culturas subterráneas o desaparecidas ha venido a causar efecto semejante. La prehistoria y la arqueología se abren hoy a nuestros ojos como un verdadero nuevo mundo. Los prebabilónicos, sumeros y acadios, los hetitas del Asia Menor, los cretenses, Tutanjamon, las vetustas esculturas presudanesas, los teatros y piramides toltecas, las tumbas y joyas de Monte Albán vienen a nosotros para demostrarnos que nuestro cuadro de las civilizaciones era incompleto y que hay otras formas posibles de concebir la vida. Nuestra historia es como un iceberg que sólo nos muestra una mínima parte de su bulto flotante, y cuya configuración y equilibrio sólo se entienden por referencia a la enorme porción sumergida bajo las aguas; es como una pequeña flor que sólo se explica tramada en las ramas del arbusto que la sostiene. Sucede aquí lo que con la psicología profunda, entre cuya selva enmarañada nos aparece hoy la conciencia como una diminuta combinación armoniosa, insuficiente por sí misma para toda interpretación legítima de lo humano. ¡Pues qué si ahondamos todavía hasta los primeros atisbos del hombre en la tierra, dejándonos guiar en tan fascinadora exploración por un maestro consumado!

El Colegio de México y el Instituto de Antropología e Historia se complacen hoy en dar testimonio de su íntima

colaboración —establecida desde el primer instante— presentando al público un curso sobre Prehistoria del Viejo Mundo, problemas étnicos de Europa y zonas marginales asiáticas y oceánicas, a cargo del doctor don Pedro Bosch Gimpera, antiguo e ilustre Rector de la Universidad de Barcelona y actualmente miembro de aquel Colegio y colaborador de este Instituto. Pero sus títulos mejores y más altos están seguramente en su mismo trabajo, que le ha ganado en el campo científico una autoridad y un acatamiento universales. Doy las gracias al doctor Bosch Gimpera, en nombre del Colegio de México, por la eminente cooperación que nos dispensa, y dejo la palabra a don Alfonso Caso, sabio Director del Instituto de Antropología e Historia.

México, 25-VIII-1941.

RECUERDO DE AZAÑA

CUANDO yo llegué a Madrid, por octubre de 1914, mi amigo Manuel Azaña era Secretario del Ateneo, casa de libertad cuya hermosa historia él mismo ha trazado con pluma inimitable. Será imposible entender la vida de la inteligencia española en aquellos años sin una cabal comprensión de lo que era el Ateneo de Madrid, donde por una parte la expresión del pensamiento no conocía límites, y donde por otra parte la relación directa e inmediata entre los trabajadores del espíritu se establecía automáticamente, por propio derecho, en una nivelación democrática de que no conozco ejemplo semejante.

Era aquél un verdadero hogar. No sólo hizo posible la obra de muchos escritores por la facilidad con que les proporcionaba los documentos indispensables, los libros y las publicaciones. También creaba la compañía humana que da calor y ambiente al trabajo y de que solamente pueden prescindir algunas naturalezas encumbradas y excelsas. Pues la mayoría de los escritores tenemos siempre delante, como en presencia fantasmal, los ojos de algunos cuantos compañeros.

Hijo de este ambiente, Manuel Azaña lo conservaba en toda su generosidad y pureza, y era —como todos lo saben— el alma del Ateneo. ¡Cuánto no le deberé yo, que llegué a Madrid, como Eneas, llevando en el seno las imágenes de la patria, anheloso de aliviar mis heridas, y dejándome a las espaldas algo como un nuevo incendio de Troya! Junto con otros que están ahora a mi lado, y a quienes no quiero sobresaltar con alusiones nominales, él fue uno de mis padrinos en el Ateneo —alguna vez hasta me llevó a la secretaría de la Sección Literaria—, uno de mis padrinos en aquel mundo de escritores, contertulio constante en los cafés de ateniense recordación y, a lo largo de los años y las vicisitudes, un amigo sin tacha.

Cuando un día, en cierto acto municipal, yo me declaré, invocando la memoria de Ruiz de Alarcón, "un voluntario

de Madrid", él —que como español oía los sordos rumores del descontento, acaso inadvertidos aún para un simple huésped— me llamó suavemente al orden, felicitándose de mi optimismo pero sin poderlo compartir, y me dedicó un artículo que quedará como modelo de la mejor sátira sobre aquella época del sentimiento público, y que tengo por una de las páginas más contundentes y proféticas de su pluma, tan bien tajada y bien tajante.*

Porque uno de los rasgos más salientes de su espíritu y de su estilo era esta calidad de acero, por el filo y por el temple; esta cortesía de la espada que sabe enlazar con apego el arma adversaria y la domina siguiéndola; este despojo, esta elegancia matemática para desembarazarse de los argumentos parásitos y empuñar el centro de las cuestiones; esta nerviosidad varonil para acudir a todos los frentes casi a un tiempo; esta capacidad de situar y sitiar las discusiones; esta fertilidad de la réplica y del epigrama. Todo lo cual daba vida y amenidad a su trato, e hizo de él un polemista tan agudo y un orador tan perfecto, que —es justo decirlo— los literatos propiamente profesionales tardaban un poco en darse cuenta de que había detrás la contextura de un escritor —peso bien todas mis palabras—, de un escritor perteneciente a la gran familia de Quevedo.

Azaña se dispersaba en los debates del Ateneo y hacía salidas esporádicas en artículos de periódico, y no reclamaba su lugar. Nuestro inolvidable Icaza —todo él experiencia literaria y certero golpe de vista— me llamó la atención sobre la calidad de este escritor legítimo, más legítimo que muchos cotizados en plaza. Y cuando, en una tarde, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa y yo inventamos y pusimos en marcha cierta colección de "Cuadernos Literarios", para contrarrestar un poco el exceso de literatura traducida a que por entonces se consagraban las editoriales en boga, y que ya había sido acerbamente comentado por algunos críticos franceses, al punto que Camille Pitollet se dejó decir que, durante un año, "Messieurs les traducteurs" en España habían revelado mayor actividad que "Messieurs les au-

* Ver *Obras Completas*, II, págs. 273-274; "Historia documental de mis libros", cap. XIII, II, 2 (*Universidad de México*, vol. XI, núm. 12, agosto de 1957), y en este mismo tomo VIII, p. 135, *n*.

teurs", lo primero que hicimos fue pedir una obra a Manuel Azaña, que así vino a publicar en nuestra colección uno de sus primeros libros en forma: *La novela de Pepita Jiménez.*

Azaña dedicó a este clásico del siglo XIX largos y sagaces estudios, de que sólo se ha impreso la menor parte, y de que acaso se perderá mucho de lo referente a la correspondencia, por discutibles escrúpulos de la familia Valera. Pocos temperamentos mejor afinados para recorrer el diapasón de Valera que el de Manuel Azaña. A la fina interpretación propia de un escritor posterior al 98, unía Azaña una cierta visión panorámica que es más bien prenda de la generación anterior. Había heredado una rica herencia, y la completaba y corregía sin sacrificar ninguna de las precedentes conquistas ya aseguradas. Lo mismo era en política. "Azorín" ha explicado con clarividencia cómo la España revolucionaria de aquel repúblico era la verdadera España perenne.

Después vinieron la fundación de *La Pluma,* revista de Azaña y de nuestro Rivas Cherif, y luego, poco a poco, los libros que todos admiran, algunos escritos en los entreactos de la desgracia política o entre los relámpagos de la guerra.

El dolor acabó con él, pero si ahora resucitara entre nosotros, reconocería que le tocó morir de su muerte, bajo un embate vasto y cíclico, cual correspondía a su naturaleza, y no de accidente o bala perdida. El dolor acabó con él; no con su memoria, que se engrandecerá cuando el tiempo saque sus saldos justicieros, por encima de todas las pasiones que habrán de desaparecer con nosotros. Entretanto no sólo sus correligionarios, también sus amigos desinteresados procuraremos velar por su recuerdo.

La suerte quiso que el gran escritor olvidara el ocio de las Musas para echarse en las borrascas públicas, obedeciendo al inapelable deber. Ha habido injusticia en su suerte, pero es una injusticia tan plena que conforta por contragolpe. Lo quiero decir con sus palabras, dignas de los estoicos:

> La injusticia, si es perfecta según ciertas condiciones, penetra avasalladora en mi ánimo con fuerza de demostración, de confirmación rotunda. Su efecto inmediato, paladeada la amargura, consiste en poner claridad y orden en el espíritu, con ventaja de la disciplina. En torno de la injusticia recibi-

da, es decir, de su impresión, se cuajan, cristalizan y articulan ciertos movimientos del ánimo, más o menos advertidos previamente, sofocados algunos, para no dialogar con ellos, creyendo mantener de ese modo la salud y la alegría. Así, sobre un terreno movedizo, parecía levantarse a fuerza de razón un sistema de relaciones en que solía poner lo más espontáneo de mi complexión, desprovista de astucia. La operación demostrativa realizada en mi ánimo por la injusticia perfecta al derruir ese sistema, consiste en que castiga y corrige la credulidad, pone en vigor aquellos presentimientos furtivos, los saca a primera línea, me los hace tomar por antiguas y arraigadas convicciones fatídicas. La lucidez se lisonjea creyendo haber sido siempre previsora. —Como manantial de placer, la injusticia perfecta no guarda semejanza con ningún infortunio ni desventura, ni con la injusticia común. Las sombras con que el mal moral o el mal físico ennegrecen la vida (muerte o enfermedad, miseria, ingratitud, olvido...) nunca dejan regusto placentero, por muy exquisitos frutos que estoica o cristianamente se pretenda extraer de ellos. Lo mismo sucede con la injusticia común, no cualificada, artículo primero, para mi gusto, en las "molestias del trato humano" mentadas por el clásico. Somos injustos unos con otros por la ley general, las más veces sin propósito, sin advertir que lo somos ni parar mientes en el acto injusto cuando lo cometemos, sin saber en qué consiste, en qué apartado y dolorido blanco va a caer de rebote nuestra injusticia. Los hombres se desconocen lo suficiente para maltratarse de tal modo, y los más civilizados viven una vida tan inclemente como en ese y otros respectos puede serlo la de un esquimal. También los sentimientos mejores, adorno de la vida, el amor menos ciego, la rara amistad, engendran injusticia como las pasiones innobles. Pero la injusticia abundante en la maraña social, donde las fibras delicadas se rasgan y desangran, es cosecha ordinaria, mientras provenga de invidencia, de torpeza, de egoísmo, de ignorarse y de ignorar al prójimo; es bueno y corriente defenderse de ese mal, como de todos. Si proviene de una conciencia lúcida, vidente, con intención dañada de hacer mal, que se arroja derechamente sobre lo más digno de respeto para gozarse en su estrago, la injusticia arriba a perfección, cobra hermosura siniestra y alumbra con luz fría el ánimo en que se aposenta y que la padece. ¡He aquí el gozo inefable de sentirse anegado sin culpa en el puro mal! El acto es completo si recae en otra conciencia vigilante, capaz de medir en todas sus dimensiones la injusticia. No lo sería si fuese a dar en un ente sin pensamiento, a quien se aplasta como a un bicho y no conoce la causa. En la evidencia de no ser merecido, el daño afila su

aguijón, el ánimo se eleva en busca de más entrañable entrega, y paladea el daño como agua que en sorbo delgado y glacial desaltera las fauces. La prueba no es de buscar, sí de gozar hasta la embriaguez cuando nos la brindan.

Quien quiera apreciar la talla humana y literaria de nuestro infortunado amigo, quien quiera darle —aunque tarde— lo que siempre mereció, y ahora que ha callado y no puede más defenderse como sabía merece más que nunca, que lea y relea estas reflexiones que parecen arrancadas al áureo libro de Marco Aurelio, brava lección moral en que el hombre se levanta sobre los destinos mortales y se adelanta al juicio de la historia, dictándole de antemano la sentencia. Aquí las dejamos sobre su tumba —para repetir la última dedicatoria que de él recibimos— "con la remota y no enfriada memoria de nuestra antigua amistad".

México, 3-XI-1942.

LOS REGIOMONTANOS *

ME CABE la alta honra de representar en esta segunda Feria del Libro al Gobierno del Estado de Nuevo León, y comienzo por declarar en su nombre que los organizadores de esta exposición de las letras han merecido bien de México. Al presentar las letras a la opinión pública y a la contemplación del pueblo como un objeto de veneración y de orgullo realizan una obra que los enaltece y enaltece el nombre de nuestro país. Hay más: llaman la atención sobre el cuidado que se concede a la expresión del pensamiento, libertad preciosa entre todas, único medio para definir los anhelos y los principios que norman las comunidades humanas.

Porque el libro es a la vez compañía del individuo y orientación del grupo y presta igual servicio para enriquecer la soledad y la sociedad. El libro es, en todos los sentidos, un efecto de integración humana. En él opera el hombre total, desde la mano hasta el espíritu, y en ningún otro producto artístico se aprecia de modo más inmediato la colaboración de todos los recursos y todos los órdenes sociales: obrero, industrial, comerciante, escritor; autor y lector, el que da como el que recibe. El libro tiene un cuerpo y un alma, en cuyo consorcio se funden las actividades teóricas y prácticas. Por cuanto al cuerpo y como producto material, merece aquella vigilancia amorosa sin la cual las civilizaciones se deshacen rápidemente en la barbarie. Por cuanto al alma, no ha de considerárselo ligeramente como asunto aparte de la vida, sino como la flor de la vida. El hombre pone en sus libros lo mejor de sí mismo, lo que quiere presentar de sí mismo a la estimación y a la fama, y perpetuar después en especie de posteridad. Cuanto constituye nuestro patrimonio como habitantes de la tierra, cuanto sa-

* *Universidad*, Monterrey, 2-IX-1943. (Hay tirada aparte.) Ver, en este tomo, pp. 450 *ss.*, "Voto por la Universidad del Norte", que se relaciona con estas páginas.—En el presente discurso quedaron incorporados también algunos conceptos del discurso de los Juegos Florales (16-IX-1939) que apareció en *El Porvenir* (Monterrey, 17-IX-1939).

bemos del mundo y cuanto deseamos del mundo queda en los libros. Si la memoria es hilo del ser, y sólo ella da unidad a la sarta de vivencias dispersas, la letra es archivo de la memoria. Sin la letra no puede haber cabal conciencia humana, sino sólo atisbos, rudimentos, larvas de humanidad. Si fuera posible analizar los depósitos de letra escrita que, por vía directa o indirecta, han venido a acumularse en nuestra mente y en nuestra sensibilidad, nos asombraríamos de ver hasta qué punto, de modo consciente o inconsciente, los hombres estamos, hoy por hoy, tramados en la sustancia de los libros. No hay acción ni reacción humana, por humildes que sean, que no hayan dejado rastro en los libros. Y, en muchos casos, muchísimos más de los que al pronto se juzgaría, tales respuestas humanas, por espontáneas que parezcan, han sido dictadas por el acarreo de la palabra escrita. No hay latido, no hay parpadeo que no se resuelvan a la postre en tema literario, cuya historia bibliográfica siempre pudiera ser trazada en principio. Una junta de libros como la que ahora se ofrece es el saldo y el registro de las acciones y reacciones de un pueblo, colección de sus ideales y repertorio de sus experiencias, a un tiempo confesión y programa, retrato de lo que somos y de lo que deseamos ser y, en suma, propia integración de nuestra conciencia colectiva. Los descivilizados de hoy en día que entregan los libros a la hoguera ignoran que están destruyéndose a sí mismos.

Con sólo pasar revista a los pabellones de la Feria podría levantarse un inventario de nuestra cultura, es decir, de nuestra contribución a la humanización del hombre, desde los días en que la primera imprenta de América comenzó, aquí, entre nosotros, a derramar sus beneficios. Se ha querido que cada Estado de la República traiga a la Feria un breve muestrario de su aportación a esta obra común. Hoy toca el turno a Nuevo León, Estado famoso por sus creaciones fabriles y la intensidad de su comercio, por su educación de civismo, por cierto individualismo que fácilmente se organiza en armonía política, y donde, como en la palabra de Goethe, la ciudad entera está limpia porque cada vecino sabe limpiar el frente de su casa. No me ciega el amor al terruño; no me ciega la

relación sentimental con una comarca a la que están vinculados mis más caros recuerdos filiales, si aseguro, tras larga residencia en el extranjero y con esa objetividad que permite ya la distancia, que la gente de Nuevo León aparece, al que contempla el panorama de México, como la gente más adulta de la República. Sin embargo, sería inútil negar que el nombre de Nuevo León se presenta más pronto a la mente del que piensa en la economía nacional que no a la mente del que piensa en las realizaciones del libro y de las letras. Y no porque hayan faltado en aquella región ilustres plumas, comparables a las mejores, sino porque el milagro de la creación económica ha sido allá tan portentoso que, de pronto, ofusca y relega en penumbra la obra solitaria y paciente de los escritores.

Pero, desde luego, es pueril figurarse que sin cierta aptitud teórica general pueden lograrse aciertos prácticos. Un puñado de insensatos jamás habría conseguido transformar un erial en una de las regiones más ricas del país. En otras zonas la naturaleza fue más dadivosa. Allá hubo que arrancárselo todo, y esta pugna feliz, esta creación sobre la nada es una de las demostraciones más patentes de la cultura y de las posibilidades del espíritu. Porque el espíritu es, sobre todo, rectificación y superación, modelación que transfigura el dato bruto de las realidades exteriores.

En nuestra historia, Nuevo León se destaca con relieve único. Su colonización es uno de esos episodios desprendidos de la gran colonización hispánica que parecen girar en una órbita aparte. Allá no había tronco para el injerto; no encontraron los fundadores un cimiento de civilización estable sobre el cual plantear su nuevo edificio; no contaron con los brazos del indio para levantar su arquitectura como aconteció en la meseta central. Estribo perdido hacia las montañas del Norte, allá acontecía lo que en aquellas posadas de España según Concepción Arenal: —¿Qué hay aquí de comer? —Lo que usted traiga, señor. —Todo lo importaba el colono, se atenía a sus solas fuerzas y a sus propias virtudes. Y todavía, de vez en vez, tribus trashumantes y salvajes caían sobre los campamentos y los arrasaban del todo. En la tierra despojada y hostil sólo sonreían los ma-

nantiales, los Ojos de Agua de Santa Lucía en torno a los cuales se agruparon, sedientos, los remotos fundadores de Monterrey. Los viejos relatos recogidos por Pereyra y García —fuera de cierta curiosísima referencia a las huellas impresas indeleblemente en una roca por las pisadas de algún ser sobrenatural y misterioso, lo que bien pudiéramos llamar "un ángel fósil"— no muestran una sola sonrisa. Todo fue pugnacidad y ceño, duelo del hombre contra el medio. Un río casi seco, más que río camino de pedruscos, se hincha de pronto y produce inesperados desbordes. Monterrey ha sido inundada y reedificada varias veces. Tal es su fatigosa crónica.

Nada ha faltado a su grandeza. Ni siquiera, en los días aciagos de la invasión, la hazaña heroica y el sufrimiento valeroso. Allá se liquidó una etapa de aquella aventura sin gloria que, fuertemente castigada por la defensa regiomontana, prefirió en adelante escoger otras vías de penetración en el país. La ciudad se levanta luego de sus escombros. Pudo quedarse en categoría de campamento irregular, en pintoresca nidada del contrabando como las que cantan y aun exaltan nuestros corridos populares, rindiendo tributo a la virtud elemental del coraje y a la puntería de los rifleros del norte que hicieron famosas las mesnadas de Zuazua y que todavía se dejaron sentir en las primeras escaramuzas de la Revolución Mexicana. Pero la excelencia de aquella gente y la atingencia de algunos inolvidables gobernantes acabaron por transformar la ciudad en la segunda capital del país, alzándola hasta la figura ejemplar que hoy ostenta.

Desde los fundadores de Nuevo León —cronistas y capitanes al par, Carbajal, León y Montemayor— los gobernantes mismos fueron a veces hombres de letras y de armas, que sabían tomar, como Garcilaso, "ora la pluma, ora la espada". Desde los prenuncios de la Independencia se mueven las plumas de los neoloneses para dar impulso al sentimiento naciente de la nación. El ágil, fantástico Fray Servando —duende de la Independencia— contrasta con la solidez de José Eleuterio González, el popular "Gonzalitos", que hacinaba una erudición rara en sus días y, uno de los primeros, trató la historia local como ca-

pítulo digno y coherente de la historia patria. Cuna a la vez de poetas y preceptistas, se sostiene en la tradición literaria de Nuevo León el sabio contraste entre el acicate y el freno, así como en las actividades generales se nota —según lo advertíamos— la dichosa cooperación entre la preparación teórica y el éxito práctico. Abundan en el acervo regional claras manifestaciones de la poesía, el discurso, el ensayo, la teoría literaria, la narración, la erudición histórica, la prosa polémica y el periodismo, y las Facultades de Medicina y Derecho tienen bien ganado renombre. Un singular destino parece haber querido crear una cooperación íntima entre Nuevo León y uno de los Estados más cultos de la República: debe Nuevo León a Jalisco dos de sus gobernantes más eximios, "Gonzalitos" y Bernardo Reyes. Las listas de nombres son poco expresivas para quien no está, de antemano, informado de la materia, pero son inevitables en el caso. Permítaseme, "salvo error u omisión" como se dice en términos de contable, pronunciar rápidamente y en desorden algunos nombres evocadores:

Fray Servando, los Garza Malo, Margil Cortés, Villalón, Dávila, Garza Cantú, Juan Barrera, Garza Flores, Morales, Hinojosa, Guerra Castro, Joel Rocha, Fortunato Lozano, García Naranjo, Héctor González, Carlos Barrera, Rafael Lozano, Alfonso Junco, Martínez Celis, Federico Gómez, Roel, Martínez Rendón, Eusebio de la Cueva, Simón Guajardo, Ruy González, Raúl Rangel Frías, José Alvarado, Aguirre Pequeño, Mireles Malpica, Armando Arteaga. Y entre los huéspedes vinculados a nuestra vida literaria, Junco de la Vega, Barrero Argüelles, Delgado, David Alberto Cosío, Basave, el colombiano Ricardo Arenales (después llamado Barba Jacob) y el dominicano Max Henríquez Ureña. La enumeración es incompleta y los olvidos, por de contado, involuntarios, pero sería imperdonable no mencionar a los educadores y pedagogos como Serafín Peña, Miguel Martínez, Emilio Rodríguez, Livas Prieto.

En Nuevo León recae una incumbencia extremada y trascendental. Su capital es el más intenso centro mexicano de la frontera. La frontera es para el ser nacional como la piel para el ser físico. Le corresponde la buena circulación, el

cambio armonioso entre lo propio y lo ajeno, de que resulta, en todos los órdenes, la salud internacional. En tal sentido, es simbólico el reciente encuentro en Monterrey de dos jefes de Estado. En tal sentido, hàn sido justificados los intentos para crear en aquel lugar del norte una gran Universidad. El solo proyecto era un reconocimiento cabal de que Nuevo León posee los elementos económicos e intelectuales para dar asiento a una gran casa de estudios que sirva a la vez de salvaguarda y de señal de concordia en las marcas de la República. Pues sus "Montañas Épicas", en los versos de Manuel José Othón,

> guardando están de nuestro honor las puertas,
> al ultraje cerradas y al delito,
> a la esperanza y al amor abiertas.

La ciudad regiomontana comienza a contar como una unidad positiva hace menos de un siglo. Una recta administración, cuyos méritos nadie niega, la dotó de centros fabriles y educó a sus hijos en las intachables prácticas del trabajo, este nuevo honor que ha sustituido las antiguas prerrogativas aristocráticas, allá siempre ignoradas. A través de nuestras turbulencias, su población conserva la brújula, porque ha hecho ya del deber una costumbre. Y aun en medio de las crisis que asuelan al país y asuelan al mundo, la ciudad sobrenada siempre con cierto ritmo de bienestar. Honesta fábrica de virtudes públicas, vivero de ciudadanos, escuela práctica del contrato en que los filósofos de todo tiempo han creído ver la explicación teórica de las sociedades humanas, es prueba evidente de la voluntad que se impone sobre la geografía, de la mente que se apodera de la materia y la pone a útiles rendimientos. Los mismos conflictos sociales tienden a resolverse de modo automático donde cada uno cumple a conciencia el deber concreto que le toca. De aquel tono menor, de aquel pequeño e insensible cumplimiento diario, va desprendiéndose poco a poco un enlace de acciones, una energía generosa sin aparato y sin orgullo. El regiomontano, cuando no es hombre de saber, es hombre de sabiduría. Sin asomo de burla pudiera afirmarse que es un héroe en mangas de camisa, un paladín en blusa de obrero, un filósofo sin saberlo, un gran mexicano sin

posturas estudiadas para el monumento, y hasta creo que un hombre feliz. Por cuanto no hay más felicidad terrena que la de cerrar cada noche el ciclo de los propósitos cotidianos, fielmente cumplidos, y el despertar cada mañana —tras el sueño del justo— con el ánimo bien templado para las determinaciones saludables. ¡Finura y resistencia como en el acero famoso de nuestras fundiciones! ¡Levedad y frescura como en la bebida efervescente de nuestras cervecerías famosas!

Tales son, entre las moles espléndidas del Cerro de la Silla y el Cerro de la Mitra que montan la centinela en los contornos de nuestro valle, la tierra y los hombres donde pronto hemos de ver el concierto del comercio y la inteligencia, o para decirlo en la metáfora mitológica grata a los humanistas, las bodas de Mercurio y Minerva.

México-IV-1943.

JAIME TORRES BODET EN LA ACADEMIA *

QUIERO y debo ser breve. El peso de este acto incumbe más bien al recipiendario. No habéis venido a escucharme a mí. Yo mismo, que ya me sé de memoria, lo que anhelaba era oír las palabras de nuestro neófito. Con ellas, prácticamente, nuestra sesión ha terminado.

Expliquémonos, pues, brevemente, sobre el sentido del acto que nos reúne.

La imagen tradicional de las Academias no difiere mucho de lo que sería una galería de momias en algún corredor subterráneo del antiguo Egipto. La pretendida inmortalidad que confiere la consagración del docto colegio en nada se distingue ya de la muerte. Vaga por el aire quieto un olor de embalsamamiento. Las caras son largas y cetrinas. Nadie se mueve. El iniciado, entre elogios convencionales, siente que lo van atando y enredando en las bandeletas fúnebres. Y el largo recuento de sus obras, que emprende penosamente el oficiante, encargado de recibirlo e imponerle las insignias, más bien parece un desfile mortuorio y un paseo del féretro a la vista de los circunstantes. Y para merecer tan triste ceremonia es fama que se desvelan los hombres, empeñados en ganar algunas pálidas vislumbres de posteridad, siquiera sea a cambio del sol que nos alumbra.

Muy otra es una Academia como la nuestra, que llama a su seno a los hombres en pleno vigor de vida y pluma, y sólo los exhibe y destaca a los ojos de la opinión para que mejor entiendan y cumplan su deber de "vates" o conductores sociales. Mucho más nos corresponde aquí el ambiente de la primer Academia de que tiene noticia el mundo: aquel abierto jardín, aquellas avenidas de plátanos, aquel rumor de arroyos y fuentes, aquel aire todavía silvestre y travieso que agitaba los mantos de los discípulos, aquella abeja que

* *El Universal*, México, 23-IV-1945.—*Memorias de la Academia Mexicana*, XIII, 1955, pp. 285-8. Hay folleto con los discursos de J. Torres Bodet y A. Reyes, México, 1953.

siempre concurría a la cita en cuanto Platón despegaba los labios. Vida y no muerte; vida que se sabe mortal, pero que descansa confiada en esa prolongación y concatenación de la obra humana; lo que de todos los hombres y todos los pueblos, como se ha dicho, hace un solo hombre gigantesco e imperecedero.

Ahora se transporta, pues, el sentido de la ceremonia. No es ya el individuo quien recibe la consagración egoísta, para sumergirse en el sueño y en la contemplación de su yo interior, como aquella imagen de oro sin pupilas que los sacerdotes enterradores llevaban prendida al pecho. Aquí se trata, muy al contrario, de exaltar a la persona, trayéndola al campo más propicio para que se perpetúe y se derrame en esa otra persona colectiva que llamamos la sociedad.

¿Y quién con más títulos, entonces, que este joven, aunque ya maduro escritor —cuya obra de poeta, novelista, cuentista, ensayista, memoralista, no vale la pena de enumerar, porque está viva en la memoria de todos, porque aún está "siendo y cambiando", naciendo y creándose en suma, y porque no vamos a agobiarlo con el rutinario y fúnebre desfile—, hombre para quien la pluma ha probado ser instrumento del bien moral, vara prestigiosa del alfabeto, y que ahora completa la serie de sus trabajos y sus juegos entregándose en cuerpo y alma, con una pasión que lo enaltece y que lo ha dotado al fin del último toque de luz cálida, indispensable para completar su silueta humana, a la grande tarea de redención que los maestros de América, desde Gante y Quiroga hasta nuestros días, se transmiten de unos a otros como santo y seña, como juramento hereditario: la grande tarea de redimir por la cultura? Oh, yo diría a quienes en tal empeño se consumen, pidiendo a Ronsard su verso inimitable:

¡Viviréis mientras vivan los libros y las plumas!

Don Jaime Torres Bodet, a quien la Academia Mexicana correspondiente de la Española se honra y se complace en recibir hoy en su instituto, tuvo la suerte, la gracia, de nacer ya bautizado con el signo de las vocaciones felices, que

esto es la precocidad. ¡Ay, dejemos para el día en que el mundo se venga abajo y comience otra vez desde sus cimientos, para el día en que el universo vuelva a abrirse, tras de "cerrarse como un gran abanico" —en la metáfora tan oriental de Donoso Cortés—, las prédicas fáciles del primitivismo y del candor! Candoroso y primitivo sea el habitante de una historia que abre apenas los ojos. No pretendamos serlo nosotros —cocidos ya en tantos siglos de fuego humano—, a menos que nos propongamos dejar caer, negligentes y criminales, todas las conquistas logradas. Y pues el Arte es largo y breve el tiempo, la precocidad es prenda y garantía —¡bufe el eunuco!— de la inevitable y previa absorción que hace falta antes de lanzarse a la brega de las letras. "Lo primero —me decía mi viejo maestro con una saludable crueldad—, lo primero es haber leído todos los libros."

Evoco hoy cierta cara grave, embarazada aún por el cuidado de no caer en desaciertos, cara que disimulaba bajo una máscara de buen aliño el hondo delirio de perfección, la cara con que me apareció por primera vez este hombre, apenas un niño en aquellos días, y la sorpresa con que averigüé sus cortos años, cuando ya lo veía yo manejar como con arte infusa los etéreos útiles del estilo. De entonces acá todo fue crecer y echar otro anillo a cada estación como la palmera que se va logrando. Jaime Torres Bodet acaba de alcanzar, con sus años, la edad a que se había adelantado. Técnica pronto dominada y monstruosamente segura desde el primer instante. Laboriosidad y curiosidad siempre "alertadas". Inteligencia y sensibilidad en gustoso maridaje. Equilibrio en que el poeta ni se da del todo, para no deshacerse en la obra a manera de calor informe, ni tampoco queda fuera del poema, de modo que éste pueda escaparse sin llevarlo consigo, en traza ridícula de aeróstato que olvida en la tierra a su piloto. No: sino ese difícil término que las preceptivas jamás han logrado definir, y en que ya no valen Rengifos ni Hermosillas: ese comunicarse en la obra, pero seguirse conservando íntegro; ese animar al libro, al cuadro, a la estatua, con la propia vitalidad, y gobernarlos siempre con la plenitud del amo y maestro. Hay quien padece, se contorsiona y se anonada en sus creaciones mismas, como aplas-

tado por un dios que se le impone de afuera. Así, el pintor chino entraba por el paisaje que acababa de trazar en el muro, y en él desaparecía para siempre. Hay quien lleva el dios en sí mismo, y de su propio pecho saca el hálito con que ha de inflamar a sus criaturas. Así Pigmalión, símbolo de todo Occidente clásico, que vivifica la Galatea labrada por sus propios cinceles, y la echa a andar, sin por eso consumirse él mismo. Y junto a este ideal, en que pasión y razón se compenetran, y que seguramente nunca se apartó de la mente de nuestro autor ("la filosofía del arquitecto", dice él), junto a este consejo tal vez aprendido —oh, Darío— "en las Grecias, las Romas y las Francias" (¡oh Dioses y en España!) vino dichosamente a obrar el temperamento mexicano en sus más atractivos aciertos de rotundidad y pulimento. Porque el día que se realice el sueño mexicano, su símbolo podrá ser el de un artífice que graba de un golpe una moneda: objeto cabal, sin sobra ni falta, sin excrecencias ni pestañas, expresivo y valioso en su ajuste y en su sencilla elegancia, suficiencia mágica del círculo.

Llega el mediodía, en que los apremios de creación parece que nos desbordan y arrastran. No nos basta ya el hijo de la carne, y ni siquiera el hijo inmaculado de la palabra o del cincel, creado como fue querido, y sin compromiso, casi, con la ajena sustancia. La belleza se nos ha hinchado hasta convertirse en el bien. Un hijo social nos reclama. En la calle hay gritos de angustia. Es la hora de cerrar el Gabinete de las Musas y salir al mundo para distribuir nuestro pan. El deber social del artista —que ya preocupó nuestras veladas desde que, hace varios lustros, Paul Valéry y el llorado Henri Focillon nos llamaron a meditarlo, en la tribuna del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de París— he aquí que de nuevo nos sale al paso en las prédicas y en la actitud del nuevo académico, que por suerte tiene en sus manos las claves administrativas para ir realizando en cierta medida su alto propósito. "¡Fe en la virtud humana!" nos grita Torres Bodet desde las páginas que acabáis de escuchar. Sea bienvenido. No estorbe yo más a la puerta, que está ansiosa ya por abrírsele de par en par. Permítaseme manifestar mi regocijo. Todos caducaremos un día. Un día

—tal vez pronto— no seremos ya capaces de sostener la antorcha de Cadmo, simbólico padre del Alfabeto. He aquí, anhelante y golpeando ya los batientes, la mano robusta, la mano que habrá de sucedernos, así como nosotros sucedimos a nuestros mayores.

México, 11-IV-1945.

LA GRAN CRUZ DE BOYACÁ *

EXCMO. señor Embajador don Jorge Zalamea: Reciba Vuestra Excelencia la expresión de nuestra gratitud más profunda, y dígnese hacerla llegar hasta el Excelentísimo señor don Alfonso López, Presidente de la República de Colombia, procurando —como sin duda sabrá hacerlo un mensajero de tales prendas— que, sin empañarse la objetividad y la tersura impuestas por los cánones oficiales, se deje sentir de alguna manera, y como entre líneas, ese calor de la emoción sin el cual las cosas humanas pierden su necesidad y su justicia.

Un amistoso encargo, que por de contado es la orden más inapelable, me pone en el trance de contestar a Vuestra Excelencia en nombre de los señores generales don Francisco L. Urquizo, don Leobardo C. Ruiz y don Gustavo A. Salinas, a la vez que en mi propio nombre: nuevo consorcio, éste, de las armas y de las letras, en que no puedo menos de complacerme y aun sentirme guiado por algún secreto y sabio destino; por la amistad que me une con los tres señores generales; porque nunca en nuestro país fue mejor la armonía entre militares y civiles, ahora que nuestra juventud cruza por el servicio del Estado como una etapa natural de su vida, y porque, además de ser un oficial de los libros, soy hijo de un guerrero.

Pero este paso honroso me obliga, sin remedio, a sumergir en mi propia confusión, oscureciéndola con ella, la gallarda personalidad de estos militares y estadistas, a quienes —sin salirme del pacto— no podría yo elogiar aquí como quisiera, ni felicitar a mi turno.

Sé, en cambio, que los interpreto cabalmente, al asegurar que nuestra gratitud se acrecienta por el hecho de haberse escogido el aniversario nacional de Colombia para entregarnos las insignias de la Orden de Boyacá, cuyo solo nom-

* *El Universal,* México, 25-VII-1945.

bre es grito de victoria, y evoca nuestras bregas comunes y nuestras comunes esperanzas.

Tenemos que dejar de lado las gentiles palabras con que el señor Embajador nos acoge, y disimular con el silencio todo ese rumor de alma que se precipita a nuestros labios, sin hallar la palabra justa. Porque tampoco estaría bien que nos detuviéramos demasiado en hablar de nosotros mismos, con pretexto de rectificar favores sin duda desmedidos; y porque estas deudas, en suma —al fin engendradas por la generosidad y la nobleza del otorgante—, ni se comentan ni se pagan.

A ver cómo se las arregla este caballero de las letras y del pensamiento americanos, a quien seguimos con admiración y de sorpresa en sorpresa desde sus primeras hazañas en la pluma; este claro e intachable amigo, que por suerte ostenta entre nosotros la representación del país hermano, para que la opinión y el Gobierno de Colombia adviertan que los ahora agraciados con las insignias de la Orden de Boyacá no nos engañamos sobre la intención de esta honra inapreciable: —Servimos como meros intermediarios para que se manifieste la amistad entre dos pueblos y dos Gobiernos. Nada más: nada menos.

Cada vez nos despersonaliza más el imperativo de los deberes sociales. Siempre fue de rigor devolver a la sociedad lo que cada uno le debe. Mucho más en estos días aciagos. Nuestra vida ya no tiene más fin que ofrecer los hombros, para que salte a escalar el eterno muro otra generación a la que deseamos mejor ventura. Desaparecemos en la base de los empeños colectivos. Valemos y somos cuanto valga nuestra voluntad de integrarnos con los nuestros, absorbidos en el seno de las naciones. Y vamos, de paso, arrastrados por el gran viento histórico.

Colombia, en la constelación de las naciones americanas, ofrece una fisonomía inconfundible y, digámoslo de una vez, digna de envidia. Nunca más palpable esa posibilidad de reducir a virtud, razón e inteligencia los ímpetus juveniles y algo desordenados que, a veces, imprimen en la fisonomía de nuestros pueblos una gesticulación ingrata y excesiva. Nunca más celosamente preservada aquella vieja

tradición de cortesía que, desde la hora en que Hispanoamérica pudo dejar oír su voz entre el coro de las voces de Europa, la distinguió como un carácter propio y acaso como una promesa: la promesa que América ha significado siempre para el día en que se canse el mundo.

En la mitología del Continente —es decir: en esos trasfondos de conciencia donde precipitan, ya depuradas y acendradas, las imágenes definitivas—, Colombia ha ocupado el lugar de una Atenas americana. Y aun se han dado instantes preciosos, de exquisita irrealidad —diríamos—, en que las ásperas luchas cívicas, donde hasta un poco de grosería se usa y se perdona, asumieran, allá, el aire de aquel inacabable diálogo, entablado desde que nació la palabra, entre la Gramática y la Poesía.

Para Colombia sean, pues, nuestra gratitud y nuestros votos fervientes. Y, señor Embajador, sépase y entiéndase que aquella nación —hermana mayor por la discreción y el civismo— no arroja en tierra estéril estas semillas de su generosidad. Si ya sólo como mexicanos nos cumplía amar a Colombia, ahora doblemente nos compete como señalados por el fuego de su simpatía. El amor y el entendimiento de Colombia, nosotros los atizaremos gustosamente: en la medida de su insigne acción, mis amigos, yo en mis "oscuras soledades", de que hablaba el poeta. Nosotros lo transmitiremos a nuestros hijos, a nuestros hijos de la carne y a nuestros hijos del espíritu.

México, 20-VII-1945.

JULES ROMAINS EN EL INSTITUTO FRANCÉS DE LA AMÉRICA LATINA

UNA DE las voces más claras de las letras contemporáneas; un maestro reconocido, y bien conocido, en todos los órdenes y aspectos de la acción literaria, a la que ha impuesto su sello propio, determinando en ella dos o tres direcciones bien perceptibles; un escritor que tras de hacer sus pruebas de rebeldía y juvenil destreza y dominar las varias técnicas del oficio, ha alcanzado una cima clásica de nitidez, geometría suficiente, estilo sin ociosidades y lleno, en cambio, de sustancia aséptica; un huésped cuya presencia honra a México y enriquece el ambiente de nuestra cultura; un amigo a quien admiro y sigo desde hace muchos años, y a quien sólo por este título me atrevo a acompañar en esta ocasión, va a hablarnos de la literatura moderna.

Lo hará, estoy seguro, sin plegarse a ese compromiso de la crítica profesional, que es ya de por sí una limitación; lo hará situándose en la integración de sus experiencias de poeta, novelista, dramaturgo, ensayista y aun tratadista de teoría literaria. Tal integración sólo se da en la feliz madurez a que ha llegado su mente, aun cuando ella no se da sólo —ya lo sabemos— por obra y gracia del tiempo. Tales experiencias incomparables, envidiables, son patrimonio de quien ha manejado la pluma desde el centro mismo donde se organizaban y lanzaban las corrientes dominantes en el pensamiento de nuestra época.

No es ésta ocasión de presentarlo a quienes, por su mal, todavía la ignoren. Ni es posible sustituir con unas cuantas palabras lo que saben ya de él sus lectores. Para de veras evocar la obra de Jules Romains, habría, por lo menos, que robarle la hora de su conferencia.

Nos ha tocado la suerte de rodearlo en los momentos en que completa sus sesenta años de juventud (¡basta verlo a la cara!); cuando ha dado término a una de las magnas novelas que han de señalar, como una serie de montículos, el

sendero recorrido por los hombres de nuestro tiempo. Entre nosotros ha escrito páginas —y séame permitido expresarle, en público, mi orgulloso agradecimiento por la dedicatoria con que ha querido honrarme— como esa historia de *Nomentano el refugiado*, que pertenece ya al fondo intangible de la novelística francesa, y cuya diafanidad está hecha con la esencia destilada de todos los secretos del arte. Entre nosotros viene ahora a reflexionar sobre algunos accidentes acontecidos en esta Odisea de los Libros, provecho y deleite para quienes tendremos el privilegio de escucharlo; estímulo incomparable para nuestra República Literaria, siempre atenta a las voces de la Eterna Francia. —No estorbo más. No tengo otro encargo que el de ofrecer aquí a Jules Romains "coram populo", la mano de amistad y de gratitud en nombre de las letras de México.*

México, 29-VIII-1945.

* Ver: A. R., "Sobre Jules Romains" en *Los trabajos y los días*, México, 1945, p. 281.

EL PREMIO NOBEL A GABRIELA MISTRAL

(Por radio)

LA NOTICIA de que se ha concedido el Premio Nobel de Literatura, 1945, a Gabriela Mistral me ha llenado de regocijo, por varios motivos, que voy a enumerar de mayor a menor, seguro de que muchos en nuestra América comparten mis puntos de vista. Los motivos a que me refiero pueden enunciarse así: 1º el motivo latinoamericano; 2º el motivo chileno; 3º el motivo femenino, y 4º el motivo amistoso.

Respecto al motivo latinoamericano, me llena de orgullo este triunfo que recae sobre todas las Repúblicas Hispanas de América, y más bien debo decir Ibéricas, para no excluir al Brasil, que está siempre vivo en mis recuerdos. Cuando, en Buenos Aires, y por septiembre de 1936, se celebró la VII reunión del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (Instituto cuya sede estaba en París), tuve ocasión de decir a los escritores de todo el mundo allí reunidos, refiriéndome a nuestra América: "Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros."* Durante la crisis bélica del mundo, ya se ha ofrecido en efecto que el mundo cuente con nosotros. Ahora es ocasión de afirmar que, en el solo orden de la cultura y la inteligencia, el mundo nos ha tomado en cuenta. Pues a eso equivale el otorgamiento de un premio de tan alto prestigio.

Respecto al motivo chileno, me siento fraternalmente asociado al júbilo de Chile, donde tantos amigos cuento, donde he pasado días inolvidables; país donde, según escribía hace años el historiador mexicano Carlos Pereyra, "los hombres son hombres y las mujeres son mujeres"; país tan amigo de México y que, en días aciagos para nosotros, cuando pa-

* Ver "Notas sobre la inteligencia americana", *Última Tule*, pp. 131 y *ss.*

decíamos, en tiempos de Juárez, una invasión imperialista, manifestó el sentimiento de su solidaridad americana en forma singularmente patética y expresiva, llegando a fundar verdaderas sociedades *ad hoc* para reclutar fondos y hombres con que ayudar a México.*

Respecto al motivo femenino, no sólo he querido referirme a esa exquisita galantería que significa el haber escogido, entre todos los nombres literarios, el de una mujer, para que sea una mujer la primera a quien corresponde tan alto honor en Latinoamérica. Después de todo, esta galantería no dejaría de ser una razón algo superficial y postiza. No: lo que yo quiero significar es que me place cuanto importe y suponga el embarcar a la mujer en nuestro mismo barco. Sobre esto me ocurren tantas cosas que prefiero callar, para no alargarme indefinidamente. Me atengo a aquel admirable axioma de Aristóteles: No hay que olvidar nunca que la mujer es "la mitad del género humano".

Respecto al motivo amistoso, Gabriela Mistral es persona de mi mayor predilección, a quien mucho admiro y mucho quiero; que se me presenta siempre cuando me da por meditar en los graves motivos humanos y en las profundas cosas de América, y a quien asocio naturalmente entre mis más cercanos afectos familiares, de los que no acierto a distinguirla. Sus cualidades personales son excelsas. Y es lástima que a su literatura no puedan trascender las circunstancias de su conversación y su trato, grandes, arrolladores, serenos, como un verdadero deshielo de las cumbres andinas. En esta mujer hay, habiendo mucho de mujer, algo de montañoso y mitológico que yo no podría expresar en pocas palabras.

Finalmente, me he dejado de propósitos, fuera de las razones anteriores, el mérito inmenso de la escritora y de la poetisa; en suma: la justicia del premio. El verso de Gabriela Mistral, cuya hondura a veces parece descubrir un nuevo sentido de la profundidad humana, me contenta del todo porque, al mismo tiempo, conserva siempre las excelencias técnicas y hasta las agilidades ingeniosas. La prosa de Gabriela Mistral, que por lo demás surge de sus fuentes

* Ver "México y Chile: una deuda histórica", *Norte y Sur*, pp. 202 y ss.

nativas y nada debe a la imitación —acaso por eso mismo, así como por el tono, a un tiempo artístico y sencillo y hasta coloquial, hace pensar en Santa Teresa.

Mi felicitación a quienes se honraron a sí propios adjudicando un premio justo. Mi enhorabuena a las letras hispanoamericanas; mi mensaje de complacencia a Chile; un abrazo fraternal a Gabriela; y acá, para mí mismo, la rumia de mi secreta alegría.

México, 16-XI-1945.

EL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

EXCMOS. señores Presidente de la República, Secretarios de Estado y demás autoridades y directores de las Instituciones culturales;

Señoras y señores, amigos míos, compañeros en la vida y las letras:

Nuestro Gobierno se ha honrado a sí propio, en sus órganos ejecutivos y legislativos, así como en las personas de los representantes que concibieron tan noble iniciativa, al instituir el Premio Nacional a las Letras, las Artes y las Ciencias, que esta vez ha querido conferirme la gentileza de amigos escogidos: príncipes todos y cada uno de ellos en el orden de sus respectivas disciplinas, cuya sola participación en el laudo presta a éste un singular relieve y hasta cierta ejemplaridad notoria; pues no deja de ser significativo el que otorguen un galardón aquellos que, precisamente, debieran recibirlo, según es el consenso tácito de las voluntades mexicanas.

Pero sin duda el más honrado es aquel a quien se asigna tamaña recompensa, y que solamente se atreve a recibirla —no sin dudas y confusiones— como por mandato de toda la clase literaria: acaso se quiso señalarla a la atención pública en cualquiera de sus modestos individuos, para mejor destacar la pertenencia total del acto, y para demostrar con los hechos que todos los soldados de este ejército llevan virtualmente en la mochila el bastón de los mariscales. Los militantes de la cultura mexicana saben, por reiterados casos, que este "sencillo demócrata que nos preside" consideró, desde el primer día de su encargo, las manifestaciones de la inteligencia mexicana, en todos sus aspectos, no sólo con evidente atención, sino, hay que decirlo, con cordial interés. Y es que el problema de la convivencia del hombre con el hombre, el problema humano por excelencia en la tierra, que es el político, amén de requerir expedientes de inmediata y corta aplicación, sólo se encamina —si no se

resuelve en definitiva puesto que la vida está en movimiento— con ese remedio a largo plazo, siembra confiada al porvenir que, en síntesis, llamamos cultura, cuya base mínima, y por eso la más indispensable y vasta, es el alfabeto; palabra que será, en la historia, la insignia de todos los que ahora se desvelan por dar a nuestros hijos una patria cada vez mejor.

No puedo defenderme de cierto extraño sentimiento, que al par me conforta y me anonada. Consagré mis escasas fuerzas a los desempeños del servicio exterior y al cultivo de las tareas de la pluma. Me hubiera yo dado por satisfecho con que alguna vez, hojeando distraídamente las páginas de uno de mis libros, un joven pudiera exclamar: "Entre las crisis interiores y las turbulencias exteriores de su época, que tanto borran y perturban los contornos del bien y el mal, este hombre humilde supo amar a su país y supo ser fiel a su vocación. Olvidemos sus errores, e imitémoslo en eso."

Pero el recibir, en mis días, y aunque sea por manera de delegación, una honra tan agobiadora, parece que desequilibra, en mi mente, a la vez el sentido de las proporciones y el sentido del tiempo. Me traslado al pretérito, y casi con culpable amargura evoco las sombras de tantos ilustres varones como han nacido en nuestra tierra, cuyo único patrimonio fue la indiferencia benévola de sus contemporáneos, y que pudieron repetir con el filósofo: "Escribir es llorar." Me traslado al futuro, y con impaciente desazón quisiera, en este acto mismo, dejar una promesa, refrendada por los poderes de la nación, promesa que desde aquí sirva de estímulo y de anticipado consuelo a tantos jóvenes que, vencidos de un afán más alto y más imperioso que el de los pequeños halagos diarios, se dispongan a entrar en este sacerdocio de la palabra, cuyo sendero está sembrado de castigos intelectuales, éticos y estéticos, pero cuyas alegrías pertenecen al cielo platónico de los bienes perfectos.

Y así, algo sobrecogido de emoción, con la vista que va y viene entre esos dos infinitos del recuerdo y de la esperanza, señor Presidente, os doy las gracias.

México, 20-XII-1945.

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ EN LA ACADEMIA *

GENTE menos timorata y menos solemne, más dotada para entender el sentido de las tradiciones escolares, más abierta a las bendiciones del humorismo, nunca hubiera arrancado de su sitio aquella renombrada "banca de los flojos", que, detrás de un árbol magnífico y hoy también desaparecido, se escondía por un rincón en los corredores del antiguo Colegio de San Ildefonso.

El Vate Núñez —como ya se lo llamaba entonces— y yo no éramos precisamente perezosos. Pero en alguna parte teníamos que refugiar nuestra sed de letras, nuestra voracidad por un género de estudios que caía del todo fuera de los programas oficiales. Pues nuestra generación fue, en las letras, no hay que olvidarlo, una generación de autodidactos, y acaso trajo a nuestro mundo todas las incalculables virtudes de la inexperiencia.

Allí, pues, en aquella renombrada banca de los flojos ¡de cuántas cosas no hemos hablado! Aún trotaba por nuestros suelos y surcaba el espacio el Pegaso de Rubén Darío. España insinuaba en nuestros ánimos su saludable persuasión. Francia lanzaba sobre nosotros sus destellos mágicos; y yo creo que de entonces data esa afición que ha acabado por convertir a don José de J. Núñez y Domínguez en un centinela avanzado de los tratos entre México y París, y en un agorero de la victoria.

Su suave seriedad, su amistad tersa y confortable lo predisponían a las efusiones y confidencias que tanto contribuyen a templar el carácter de la juventud. Su bondad, su característica bondad, tan acomodada a su inteligencia, parecía arder a fuego lento. Nunca olvidaremos esos instantes; nunca la ausencia ni la distancia empañaron esas memorias, que ocupan lugar escogido en los anales de nuestra carrera de hombres y de escritores.

* *Memorias de la Academia Mexicana*, 1955, t. XIII, pp. 306-7.

Ya dejaba sentir Núñez y Domínguez, desde sus primeros versos, aquel toquecillo de gracia, presente aun en sus más musculosas y arquitecturadas creaciones de hoy en día, que tanto participan del espíritu de la música. Pronto, con los versos, alternó la crónica; la crónica asimismo poética, en la línea de Gutiérrez Nájera. Luego había de madurar la crítica; y al fin aparecieron las obras de interpretación histórica, donde la erudición se vivifica en las aguas de la imaginación, con un "sí sé qué" de novelista, que traza épocas y retratos llenos de aliento y sangre.

Lo distinguen la probidad, la buena información, el pulso fácil y seguro, y aquel estilo sabroso del que siente, cuando se dispone a escribir, el deleite de empuñar la pluma.

Y sobre todo, y a través de sus múltiples actividades de periodista, poeta, historiador y aun administrador de instituciones culturales diversas, ¡qué lealtad, nunca desmentida, para el oficio de las letras! ¡Qué ejemplo intachable, qué segura edificación de una existencia consagrada a las Musas! ¡Qué fuerza sin ostentación ni extremos! ¡Qué brava mansedumbre! ¡Qué río sin espumas ni sobresaltos, por entre los accidentes sin cuento de esta época revoltosa que nos ha tocado vivir! Así se verá, mañana, la cara de este hombre cabal, que hoy evoluciona al tipo del legionario romano, retirado tras de curtirse al sol de las campañas, y que en la juventud se nos quería parecer a Théophile Gautier, aun por las veleidades de la melenilla romántica.

Naturaleza romántica y reflexiva, no sé si me engaño al ver en este poeta un caso de serenidad soledosa, y algo que paradójicamente llamaríamos la altiva resignación. Unos lo encuentran todo bueno, otros se sublevan, otros se resignan. Entre éstos, hay los resignados pasivos, casi diríamos los vencidos. Pero hay los que ponen su alma fuera del alcance de las contingencias, como si encontraran un consuelo secreto en saberse superiores a este irremediable naufragio de la vida.

Es "la vieja lágrima" de Urbina, que en vano enjugamos hace siglos, sin evitar que siga fluyendo, y que nos ha hecho, en cierto modo, unos doctores en las artes de la melancolía.

Y ahora se mezclan los saludos y los adioses. Hoy nos lo arrebata, de repente, el servicio exterior de México, en que sabrá honrar, como pocos, el nombre de nuestro país. Y aquí, donde casi todo lo improvisamos, ha habido que disponer a las volandas la sesión de nuestra Academia, para que el poeta no se nos vaya sin el espaldarazo ritual; y yo he reclamado de nuestro Director el privilegio amistoso de recibirlo, a título de guardia vieja; y a él le he pedido permiso de ofrecerle un saludo mal pergeñado, indigno sin duda de sus méritos, pero fraguado al calor de un aprecio sin reservas y de una cordialidad acendrada por los años. Sea bienvenido entre nosotros, y lleve a todas partes esa aura de cortesía señorial, sutileza, inteligencia, sensibilidad y discreción mexicanas, que lo emparientan con el inmortal abuelo Ruiz de Alarcón.

México, 25-I-1946.

V. NOTAS



LAS FRASES HISTÓRICAS

En mis tiempos, la opinión española atribuía al rey Alfonso XIII cierta expresión humorística sobre "los riesgos profesionales de la Monarquía".

De repente, se produjo sobre este curioso punto una polémica entre dos diarios franceses, *La Lanterne* y *L'Action Française*. Y fue el fallo:

Que la frase en cuestión no es de don Alfonso, sino de Humberto I, "como todo el mundo lo sabe y es cosa que no debería ya ni discutirse".

Los mitos son atractivos, están dotados de virtud centrípeta. Héracles y Teseo se roban el uno al otro algunas hazañas, para sólo citar un caso. Y en México casi todos creen muy en serio que la máxima "Poca política y mucha administración" fue acuñada por Porfirio Díaz.

En 1924, al regreso de España, visité un casino militar en Veracruz. En el salón de respeto, por los muros, había inscripciones y leyendas. La más enjundiosa decía candorosamente: "Si quieres paz, prepárate para la guerra.—Gral. de División Arnulfo R. Gómez."

ZOOLOGÍA Y BOTÁNICA

SEGURAMENTE que hablar de lo que se ignora no es ciencia ni es prudencia. Pero es el origen de las artes y, en general, de las culturas, para no mentar las religiones.

¡Este peligroso saber a medias, peor mil veces que el ignorar! No quisiera contarlo a nadie, pero yo hago como todos: guardo en mi arca algunas quimeras. Las tengo y con ellas me entretengo. Vaya una muestra.

La unidad animal es el protoplasma. La unidad vegetal es el *cosmarium*. Desde estas unidades aparece entre ambos órdenes de la vida una diferencia respiratoria. El protoplasma constantemente absorbe oxígeno y despide ácido carbónico: se quema al derecho. El *cosmarium* sólo lo hace así de noche, pues a la luz solar del día, merced a la clorofila de los cloroplastos, hace lo inverso: ¿se quema al revés? Luego la vida animal viene a ser semejante al sueño vegetal. Idea para grandes rumias.

Y aun puede concluirse —con los ejemplos de las drogas heroicas, que son simbiosis del vegetal dentro del animal, y dan ensueños—: la vida vegetal es el sueño del animal. Esta relación recíproca tiene por función la luz solar. Veamos de ponerla en fórmula:

Va = vida animal	Vv = vida vegetal
d = diurna	n = nocturna
Vad = Vvn, o bien:	$Vad = \frac{1}{Vvd}$

Pero no la recíproca, pues

$$Vad = Van$$

Y el hombre bajo la droga sería:

$$Va\frac{d}{n} = Vv\ ¿\frac{d}{n}?\ ¿o\ sólo = a\ Vvn?\ ¿o\ sólo = Vvd?$$

CUENTA COCTEAU

... UNA serie de rarezas y misteriosos casos que han acompañado a su *Orfeo* ("Coincidencias en torno a un nombre y a una pieza", *Opium*).

Y dice que, en México, se representaba su *Orfeo*, en español, cuando un terremoto interrumpió la escena de las Bacantes, derrumbó el teatro y causó víctimas.

Más tarde, reconstruida la sala —asegura—, la pieza volvió a presentarse. De pronto, el director anuncia que el espectáculo tiene que suspenderse: el actor que hacía de Orfeo acaba de caer muerto entre bastidores.

Y yo, que no estaba por entonces en México, quiero saber si alguien recuerda de veras estas calamidades.

ANTI-CRONOS

Las evoluciones del espíritu ¿admiten caminar al revés del tiempo? Sin incurrir en los abusos metafóricos de Brunetière —menos dañosos de lo que pretenden los espartanos de la ciencia literaria— hay derecho a hablar de evoluciones de los géneros y, mucho más, evoluciones de tendencias.

Al revés de Cronos, parece que la fórmula procreada suele devorar a la procreadora. El gran mito moderno comienza con el Romanticismo. Su hijo —el hijo es siempre una exacerbación de los caracteres, aunque no en sentido lineal— es nada menos que el Simbolismo. El cual devora gradualmente a su padre. Pero, a su vez, es devorado por el Futurismo y el Cubismo, hermanos enemigos. Éstos, luego, son devorados por el Dadaísmo, y éste, a su turno, por el Suprarrealismo. (Y después de todo ¿no nos da la naturaleza crueles ejemplos? Los alacrancitos recién nacidos ¿no se alimentan con el cuerpo de la madre alacrana?)

En adelante ¿se cierra otra vez la curva? ¿Se tocan los extremos? Hay que esperar... Ya Ribémont-Dessaignes considera el Suprarrealismo como una reacción, puesto que lo llama "hijo amenguado del Dadaísmo".

Naturalmente, entre cada generación bien definida flota el agua media, niveladora: el vehículo, la atmósfera, las literaturas de conexión.

LA ORIGINALIDAD

Se nos dice que una de las ideas motrices del Romanticismo fue la preocupación por la originalidad, entendida como fin en sí, como meta directa... ¡y es un *by-product!*

Aunque tal angustia hace crisis en los extremosos, tanto que todos acaban por resultar triviales, habría que meditar mucho la sentencia de un maestro ultra, Lautréamont, quien dice que el milagro no puede ser obra individual, sino sólo colectiva. Ya lo sabíamos por el coro de sátiros, a cuya solicitud multánime aparece el dios, y funda la tragedia.

De donde, por largo rodeo, la teoría de la "pintura al *collage*", de Aragon. Tal teoría es aplicable a las letras, sobre todo en las apariciones o milagros. No escribimos entre todos el *Quijote,* claro es —aunque sí en mucha parte—; pero, en cambio, la *Ilíada...* ¡Alto! Este ejemplo nos corrige y da a la idea su propio dibujo. Homero combina y organiza, pero es uno. No entendamos groseramente la doctrina. No se trata de *collage,* sino de absorción, digestión, refundición de los temas tradicionales. Toda creación es re-creación, y recreación.

NUEVAS VEJECES

SÓLO al caer de la pluma, se me ofrece un montón de nuevas vejeces, dichos agudos y refranes, cuentos humorísticos que repetimos como si fueran cosa de nuestros días y que llevan siglos de andar en boca de los hombres.

Ya Homero se queja de la fatiga de volver a oír un cuento sabido.

De Sócrates, que vivió en el siglo V antes de Jesucristo, es aquel consejo al muchacho que le pregunta si deberá casarse: "Haz lo que quieras; que te cases o no, de todos modos habrás de arrepentirte." Y también aquello de que "hay que comer para vivir, pero no vivir para comer".

De Anarcasis Escita (siglo VI a. C.), que "la nave más segura es la que no sale del puerto".

En los *Cuentos amenos* de Hierocles (cualquiera sea su autor, pues hay varios del mismo nombre entre el siglo III y el V de nuestra era), figura el que enseñaba a su caballo a no comer y tuvo la pena de perderlo cuando ya iba aprendiendo. Y también la historia, repetida en el *Lazarillo de Tormes* (siglo XVI), del que, por una perforación practicada en la base del jarro, y sin romper el sello de éste, se bebía el vino de su amo; y como el amo, viendo (o palpando) el sello intacto, no se explicaba cómo menguaba el vino, y alguien le dijera: "Tal vez se escapa por debajo", —"No —contestó él—, y por donde le falta el vino es por arriba."

Lo que, a su vez, recuerda el cuento de cualquier Gedeón, Alcalde de Lagos o General Santibáñez, del que le hizo cortar al bastón el puño de oro, porque le quedaba grande de arriba, y no del cabo.

EFECTOS DE LA MÚSICA

LOS HUMANISTAS modernos, a fuerza de buscar las grandes ideas históricas, dejan perderse lo episódico, que tanto amenizaba los estudios de nuestros mayores.

He tenido que ir a Ludovic Celler, *Les Origines de l'Opéra et le Ballet de la Reine* (París, 1868, p. 84), para dar con esta maravilla de que hablan textos antiguos y olvidados:

Al partir para el sitio de Troya, Agamemnón dejó junto a Clitemnestra, la reina de Micenas, su esposa, a un músico dorio, encargado de sostenerla en las resoluciones sabias y prudentes y en el ánimo pudoroso que convenía a su estado. El modo dorio, en efecto, inspiraba la continencia, a la manera de ciertos medicamentos. La Edad Media prefirió el cinturón de castidad; y aquí el caso de los disfraces y el percance del abrelatas, para la armadura de Juana de Arco. Pero el rey Agamemnón tenía confianza en la influencia de la música.

En su ausencia, el pariente Egisto empezó a rondar a la reina. Fue rechazado con indignación. ¿Por qué? ¡Ah, estaba de por medio el músico dorio! Egisto no ignoraba la filosofía musical de su tiempo: era ése el menor de sus defectos. Ideó, al instante, un tratamiento apropiado. Bien pudo haber hecho asesinar simplemente al paje dorio. En la casa real de los Atridas, no contaba un homicidio más o menos. Pero el sutil Egisto prefirió pelear con armas iguales a las de Agamemnón.

Quiere decir, que trató a Clitemnestra homeopáticamente, la música contra la música, y —si se quiere— a la vez mediante la alopatía; pues empleó un método semejante, sí, pero opuesto al otro por el vértice. A fuerza de dinero, alejó de palacio al dorio y lo reemplazó con un lidio.

Ahora bien, como todos saben, el modo lidio, en la música, provoca el amor más que la mandrágora o los especiosos consejos de Celestina.

El resultado no se hizo esperar. Clitemnestra se enter-

neció, y Egisto recibió permiso de acercarse. Y sobrevino aquel idilio de tan trágicas consecuencias, que hizo temblar el teatro de Atenas y cuyo recuerdo todavía nos salpica de sangre.

Celler observa que Agamemnón, al instituir en su alcoba una cátedra de música doria, se olvidó de nombrar, junto al titular, un profesor suplente.

CONTRIBUCIÓN A LAS JITANJÁFORAS *

UNAS notas más a las jitanjáforas, que hemos conocido hace tiempo y de que tratamos en *La experiencia literaria*, con escándalo de sesudos varones, enemigos de estas "novedades peligrosas".

1

Changes voz voix fort cleres et haultaines,
en cris trenchantz et lamentations;
car Atropos, tres terrible satrape,
a vostre Okgam attrapé en sa trape...

(G. Crétin, *Déploration sur le trépas de Jean Ockeghem*, 1495.)

2

Tú andas, Quiral, chuchurreando
con chichorrerías en chicharramanchas,
en prietas, en blanchas, en cortas y en anchas,
y no me quillotras lo que te demando...

(*Questión de Amor*, comienzos del siglo XVI, en los *Orígenes de la novela*, de Menéndez y Pelayo, vol. II, p. 70 al término de la 2ª col.)

3

Conjuro de Fátima en la Jornada II de *El Trato de Argel*, de Cervantes:

Rápida, Ronca, Rum, Raspe, Riforme,
Gandulandín, Clifet, Pantasilonte,
Ladrante tragador, falso triforme,
Herbárico pestífero del monte,
Herebo, engendrador del rostro inorme
De todo fiero Dios, a punto ponte,
Y ven sin detenerte a mi presencia,
Si no desprecias la zoroastra ciencia!

* Referencia a "Las jitanjáforas", *La experiencia literaria* (Buenos Aires, Losada, 1ª ed., 1942, y 2ª ed., 1952).

4

Y esta contribución de un francés contemporáneo:

Le piavre s'emousclaffe au coromandéry
où se danchent les prêles à l'instar du pandore,
et les covimandours qu'enquimpoise l'éplore
binglent d'un grand barbout le pontonoir tari.

CUADERNO DE LECTURAS *

HAY EN Francia escritores que se preocupan del diálogo o disputación entre la Moral y la Inteligencia. Unos caen de un lado, y se complacen como André Gide en las sorpresas con que la realidad desordena los cuadros de deberes o las previsiones de la filosofía y la ciencia admitidas; y otros caen del otro, y más bien procuran reorganizarse, crear un orden —nuevo o viejo—, poner los puntos sobre las *íes*.

Entre estos últimos, andan mezclados varios hermanos enemigos: el grupo de *L'Action Française*, los monarquistas Maurras, Daudet y Bainville, por ejemplo, todos los días tienen cuestiones con el francotirador del orden, Julien Benda. Y es que usan lenguaje algo parecido y, en el fondo, se disputan el mismo ministerio de almas. Por su senda de humanismo religioso discurre, a solas, Jacques Maritain.

Ya sabemos que Benda ha encontrado eso de la "clerecía pura", eso de la inteligencia emancipada de todo fin útil, para oponerlo a la mezcla de inteligencia y política que representa Charles Maurras. En el fondo, se trata de alzarse con el imperio de la Inteligencia y, por uno u otro camino, hacer reinado de escritores, con monarcas y horca de un lado, con leyes de otro.

León Daudet lanzó su célebre frase: *el estúpido siglo xix*, y es curioso ver ahora cómo Benda por poco incluye entre los representativos de tal estupidez al propio Maurras, maestro y compañero de armas de Léon Daudet.

El artículo de Benda: "Su verdadera *estupidez*" (publicado en *Les Nouvelles Littéraires*, París, 16-vii-1930), me ha parecido digno de ser meditado por los mexicanos de mi tiempo, por los que sobre todo presenciaron o acompañaron nuestras luchas contra el positivismo oficial que todavía privaba en las escuelas antes de 1910. La generación del Cen-

* *Contemporáneos*, México IX-X, 1930.—Se suprimió en la ed. anterior del presente libro el "epígrafe general": "San Ambrosio lee en voz baja", *Confesiones*, VI-III.

tenario, Antonio Caso a la cabeza, rompió el fuego contra aquella doctrina. Y las palabras de Benda parecen escritas contra los que, en México, dieron en llamarse los Científicos. ¡Ay, en aquellos años de México, cuántos fueron entonces desdeñados o atacados por "impulsivos"! ¡Y qué venganza se iban a tomar los verdaderos "impulsos" nacionales! Es útil meditar así, levantando a categoría filosófica las cosas de historia contemporánea.

Por mi parte, se me ocurre que otros dogmáticos de ahora cometen igual error que el de sus adversarios de ayer, y son —a la derecha o a la izquierda— hijos del propio materialismo que a tantos desastres nos condujo. Toca a los filósofos de veinte años la nueva ofensiva. Y nosotros, últimos adeptos del espíritu, desde aquí les tenderemos la antorcha.

Benda viene a decir que la verdadera estupidez del siglo XIX consistió, no tanto en decirse, con Comte, "física, guárdate de la metafísica", cuanto en haber contaminado de física la metafísica y aun la religión, pretendiendo casi convertirlas en ciencias experimentales ("Metafísica —pudo haber escrito—, guárdate de la física").

Por su parte, José Ortega y Gasset viene publicando una serie de artículos, en que llega, con mejor estilo aunque con lentitud, a una conclusión semejante.* *¿Por qué se vuelve a la filosofía? (La Nación,* Buenos Aires, viii, 1930, y singularmente la segunda parte: "Imperialismo de la Física.")

Había —viene a decirnos— dos modos polares de pensamiento: por un lado, la biología con sus raudas generalizaciones; por otro, la matemática con sus razonamientos impecables. Pero la matemática tenía el inconveniente de tratar con objetos impalpables, imaginarios. Y he aquí que, en el siglo XVI, aparece, con Galileo, una "nuova scienza", la Física, que viene a reunir las ventajas de las otras dos: por una parte, rigor y exactitud; por la otra, trato con objetos reales. A estas dos ventajas, añade todavía una tercera: la utilidad práctica. El advenimiento de esta ciencia útil coincide con la aparición del "burgués", hombre que da premi-

* Estas páginas han sido después recogidas en el vol. póstumo de Ortega y Gasset, *¿Qué es filosofía?*, Madrid, 1958.

nencia al "confort", al dominio cómodo del medio ambiente material. Y de aquí, de este hecho social, nace el triunfo imperial de la Física.

(En adelante, aunque siempre al margen de Ortega y Gasset, nos encaminamos ya un poco por cuenta propia.)

La alegría —digamos— de ver que los objetos reales comprobaban dócilmente los razonamientos más rigurosos (al grado de que "los astros parezcan someterse a las normas que los astrónomos les dictan" y "acudir a la cita que éstos les dan a tal hora y en tal punto del firmamento") pesa de tal modo sobre la mente, que invierte el proceso tradicional de la investigación: si antes se tendía a bajar del razonamiento al hecho, ahora se tenderá a subir del hecho hacia el razonamiento. Pasamos del Antiguo al Nuevo Órgano, de la deducción a la inducción, y esto nos lleva de la mano hasta el método experimental.

Hay más: si el antiguo método de pensar bajaba con la luz de la mente para iluminar las acciones, ya en tiempos del positivismo nos encontramos con la célebre fórmula de Comte, escrita en la vidriera alegórica de nuestra Escuela Preparatoria: "Saber para prever, prever para obrar." O sea que "el sentido del saber es prever, y el sentido del prever es hacer posible la acción". Se insiste aquí en que el éxito práctico es el criterio de la verdad, en lugar de insistirse, como antes, en que la verdad sea la justificación teórica de las acciones. Y de esto al pragmatismo, un paso. Ortega y Gasset cita esta fórmula del físico Boltzmann: "No hay más razonamientos correctos que los que tienen resultados prácticos"; frase que acaso se justifique en el contexto donde aparece, pero que así, arrancada, es monstruosa.

Pues bien: esta invasión de la física experimental es precisamente lo que, en el terreno metafísico (religión, moral, política), denuncia Benda como estupidez característica del siglo XIX, época en que tal fenómeno alcanza su apogeo. (Pero ¿acaso pasó la racha, podemos ya cantar victoria, ilusos señores?)

Por lo demás, entre Benda y Ortega y Gasset hay simpatías y diferencias que este último, pensador más fuerte que el otro, se encargará de dilucidar en breve tiempo. Hay

—dice Ortega y Gasset— una "perenne dualidad que desdobla la vida en vida contemplativa y vida activa, en acción y contemplación, en Marta y María". Y ofrece, para más adelante, hacer una valiente anatomía de esta dualidad, "retorciendo el pescuezo a toda beatería, inclusive a la beatería científica y cultural que se extasía ante el puro conocimiento. . ." Y es oportuno que lo haga, porque sus muchas predicaciones sobre el "no tomar partido", que algunos confunden con la teoría del "clérigo puro" de Benda (respecto a la cual el propio Benda tiene que explicarse constantemente), dejan un vacío, quieren precisiones.

Río de Janeiro, X-1930.

NOTA: Al reproducir estas páginas, he preferido resumir el artículo de Benda, que en la anterior edición y en la publicación de la revista *Contemporáneos* se copiaba y traducía *in extenso*, pero que resulta algo aburrido. Al final, suprimo unas líneas bastante confusas de Ramón Fernández, aquel escritor francés hijo y nieto de mexicanos y creo que de la alta modista Mme Fernández que llevó a Madrid los modelos de la Maison de France (ver *Obras completas*, III, pp. 106 y *ss.*). Ramón Fernández era hombre sutil pero, en un freudiano desliz, y sin duda para que no lo confundieran con sus hermanos salvajes, tuvo el mal gusto —tufillo de mala conciencia— de escribir por ahí algunas frases despectivas, y enteramente inútiles, sobre la América Hispana. —1958.

APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO

PÁGINAS NO RECOGIDAS

1. Palabras para el catálogo de la exposición de dibujos de E. Riverón, en la Association Amérique Latine, París, 1926. Reproducidas en *Sagitario,* La Habana, enero de 1927.
2. Discurso en el banquete ofrecido a A. Reyes por las Asociaciones Republicanas de la Argentina por su libro *Las vísperas de España (Obras Completas,* II) y como despedida al dejar la Embajada de México en Buenos Aires (26-XII-1937). En *España Republicana,* Buenos Aires, 1º enero de 1938.
3. "De Ángel Zárraga", *Ábside,* México, 2 de agosto de 1944. Hay tirada aparte, con los poemas de A. Zárraga.

III

A LÁPIZ

[*1923–1946*]

Noticia

EDICIÓN ANTERIOR

Alfonso Reyes//A lápiz//1923–1946//(*El Cerro de la Silla*)//Editorial Stylo//México, 1947, 8º, 216 págs. e índice.

I. VARIAS SEÑALES

NO HA MENTIDO PLUTARCO

ESE FANTASMA —dice André Suarès—, ese fantasma que adelanta con aire bélico, la mano en el puño de la espada, tan orgulloso de su plumero como Héctor el Matador de Hombres, enmascarado de hierro y hecho todo él una estatua armada, es, en el fondo, un triste cadáver ambulante. Alzad la visera, y descubriréis la mueca del esqueleto. Ese fantasma es la vieja Razón de Estado, que quiere todavía infundirnos espanto, asumiendo altivas apariencias.

¿Qué ha sucedido, pues, en Francia? No es nada: es un libro de Jean de Pierrefeu, *Plutarco ha mentido*. La inteligencia se cansa de las actitudes forzadas a que la estrechaba, durante los años de la guerra, la obligación de la propaganda patriótica; y su reacción es tan extremada como, a la larga, saludable. La inteligencia se despereza, harta ya de buscar justificaciones artificiales a la casualidad, al desorden, al azar, a la obra incierta de los hombres, y grita, en su reivindicación:

¡Miente Plutarco! ¡Acabemos con la adoración desconsiderada hacia los "providenciales"! ¡Tristes ejemplares, los grandes capitanes de ejércitos! Pobres bestias presas en el enredo de los mil caminos por donde la realidad desarrolla sus avances implacables! ¡Cuántos ganan guerras sin saber cómo ni por qué! ¡No más embaucadoras filosofías sobre la estrategia y la táctica! La batalla del Marne es hija de los retrasos y discolerías del General French, y de la rivalidad entre el Cuartel General de Joffre y el Comandante de París, Gallieni. De tales miserias brota una singular victoria. Tal es el ignorado proceso de los hechos humanos, donde hasta el vencedor lo es, muchas veces, a pesar suyo y contra todas sus previsiones y sus planes. Paulo Emilio sacrificaba a la Némesis, temeroso de que sus excesivos honores irritaran a los celosos dioses. Napoleón contaba, ante todo, con su estrella. Foch, ese pretendido Descartes del campo de batalla, cedía a sus impulsos instintivos, al grado que sus ideas mis-

mas no lograban siempre desasirse de sus contracciones musculares: apretaba los dientes, cerraba los puños, lanzaba una especie de gruñido —y sus oficiales adivinaban, al trasluz, sus órdenes informuladas. . .*

¡Oh, Jean de Pierrefeu, Jean de Pierrefeu! ¿Cuál es, en suma, la conclusión de tu libro especioso y lleno de entrañas? Si con tales gestos animales se gobierna a los indignados poderes del Cielo y del Infierno, ¿tienen, pues, razón, tenían razón esos Estados Mayores a quienes tú tachas de haberse embriagado en los sueños de la escuela bergsoniana, de confiar más en el instinto que en la razón, en la bravura del pecho que en la perfección mecánica de los armamentos? Si la antigua estrategia —con sus reglillas retóricas de ataques para romper los centros o de movimientos de alas envolventes— bastaba para ahuyentar a los convencionales generales rusos, que retrocedían, bajo Ludendorff, en la Prusia Oriental, pero no lograba, en manera alguna, persuadir de su derrota ritual a todo un pueblo francés lanzado a defender su suelo; si el monstruoso frente único es la ruina del arte militar clásico —juego de ajedrez entre Príncipes—; si la muralla de corazones ha valido más que los alambrados y trincheras; si los estallidos de la fe y la esperanza son más fuertes que los gases tóxicos, ¡qué vamos a decir contra ese hombre seco y eléctrico, escueto como un Don Quijote, meridional y apasionado, que recorría las líneas gritando a sus tropas, como única doctrina de guerra —y bien guardados bajo siete llaves los libros académicos—: "¡Atacad, atacad; atacad si tenéis manera; si no la tenéis, atacad; atacad si venteáis el triunfo; pero si os sentís derrotados, atacad, también atacad!"

París, VI-1923.

* ¿Llamarada del famoso "furor hispánico"? Pues no hay que olvidar los orígenes catalanes de Foch (y de Joffre). A propósito, en el suplemento literario del *Times* de Londres (15 de agosto), aparece una carta de F. de P. Castells, cuyo principal objeto es recordar que Antonio Agustín nació en Zaragoza y estudió en Alcalá, Salamanca y Bolonia, y que no hay por dónde llamarle catalán, como alguien lo hizo en algún número anterior del mismo periódico. Hacia el final dice el autor de la carta que, aunque la línea de frontera divide en dos a los catalanes, tan catalanes son los de aquende como los de allende los Pirineos: catalanes de extracción Joffre y Foch, a quien hacen mal los parisienses en llamar Fosh, porque su nombre es una palabra catalana que debe pronunciarse Fok y que significa "fuego".

ANÁLISIS DE UNA METÁFORA

JEAN EPSTEIN pretende ser el Gourmont de las nuevas literaturas. Apresuradamente, fija algunos rasgos de la poesía actual, y hace observaciones agudas. Molestan su erudición filosófica de segunda mano, su manía de citar las reseñas de libros que aparecen en las revistas, en vez de acudir a las fuentes. Acaso no tiene tiempo. Acaso se figura que lo que hace es muy moderno. Allá él. Si dejara reposar más las aguas, más valdrían sus libros.

Explicándonos el alcance de la metáfora moderna, toma, como ejemplo, este verso:

Unissez vos accents en mille cathédrales.

Ved cómo analiza esta metáfora:

. . . ."Unid vuestros acentos": a fuerza de releer esta vieja imagen en los libros de primera comunión, ya no la entendemos. Pero la frase "en mil catedrales", amén del acierto de la palabra "catedral", que trae la evocación del libro de oraciones, permite figurarse esos acentos de mil voces juntas como un himno ante un altar; y, dado que las multitudes alargan el cuello para orar y sacan la barba, se puede, con algo de buena voluntad, figurarse que esos gritos se alzaran en el aire, sobre el vapor de los mil alientos, a modo de columnas que soportan techos de iglesias, para mezclarse, al llegar a cierta altura, en un solo grito inmenso que, de lejos, funde todas las palabras de un pueblo: tales los pilares de los templos, que se juntan por los nervios que irradian, y cuyo florón converge en la clave de la bóveda. "Acento" es vago: no sabemos si se trata de una rebeldía, de una interrogación; pero ya "catedral" precisa y hace adivinar que más bien se trata de oración, de religiosidad. Lo que se explicaría mal en diez líneas, la metáfora lo ha acuñado con la nitidez de una medalla. . .

Todo esto está bien, Jean Epstein; pero falta todavía la mejor asociación; la que sin duda ha querido provocar el poe-

ta, en alguno de los espejos conjugados de la conciencia, que han de centellear al fulgor lejano de la metáfora. Falta decir que esta metáfora evoca el recuerdo de los templos medievales, obras colectivas de pueblos y de siglos, en los que puede afirmarse que, durante varias generaciones, todos los vecinos de la villa acarreaban, para la edificación, una piedra, como en la *Plegaria* de Renan. Falta decir que, aquí, la sola palabra "catedral" es símbolo de lo que pueden hacer los hombres cuando se unen. Falta decir que, disparada bajo nuestros cielos de tormenta social, esa palabra enciende esperanzas en la cooperación de los hombres con los hombres; promete frutos de bendición para una humanidad que se agremia en categorías del trabajo (ya no en castas del ocio), y echa a vuelo no sé qué campanas interiores.

Pero tú y yo, Jean Epstein, tenemos razón, y la tendrá con nosotros el que más tarde nos complete. Porque es propio de los mitos el asumir apariencias varias, y nunca se puede ver de frente, en su plenitud, a los dioses: entre cuyos múltiples nombres siempre queda uno, secreto, que haría estallar el universo.

Madrid, VII-1923.

COCTEAU, ENREDADOR

En peregrinación hacia el orden, Cocteau parece ilustrar, con *Plain-chant,* las teorías que nos había revelado en su *Secret professionel.* Las buenas lágrimas, decía, no las provoca en nosotros una página triste, sino el milagro de una palabra en su sitio. Y hoy quiere cortar, una a una, las cuerdas que ligan su poesía al motivo sentimental que la produce. Cada vez que corta otra más, su corazón palpita. Cuando haya roto la última, el poema subirá, libertado, como un globo en el aire. La crítica reconoce ya que este poema de Cocteau, por acabado, se alza ante el espíritu como un obstáculo. Es el primer deber, poetas. Después, si fuere posible, hay que transformar el obstáculo en monumento.

No resisto a la curiosidad de seguir, por las páginas del poema, las vicisitudes de una metáfora. Hace tiempo que Cocteau entrelaza ideas: ¡Cocteau, enredador! Es, ante todo, un tejedor de conceptos. Pero, en sus dos últimos libros, se nos muestra (madurez, sin duda: el sentido de la creación artística va siempre, descendiendo por la escala de Comte, de lo más abstracto a los más concreto) como un maestro de enredar cuerpos.

Su novela *Le grand écart* tiene, entre otros, dos momentos inolvidables: uno, la discusión entre los amantes —donde, verdaderamente, se seca entre ellos el entendimiento amoroso— en torno a un juego de palabras de Victor Hugo. Otro —el que aquí nos importa—, cuando Jacques descubre a Luisa y a Germana juntas, dormidas: "Dormían, enlazadas como iniciales, y de una manera tan curiosa, que los miembros de la una parecían pertenecer a la otra: figurémonos a la Reina de Corazones, de los naipes, sin la vestidura."

Este enlazarse de los cuerpos continúa por las páginas del último libro de versos de Cocteau. Libro en que persiguen al poeta los celos del sueño y del mar, únicas regiones adonde la amante se le escapa, sola, sin que a él le sea dable seguirla; pero de tal forma, que sólo de verla hundirse en el

mar o el sueño —dice— la mataría. Son los juegos en que ella vence.

Pero volvamos a los cuerpos entretejidos. He aquí lo que encontramos en *Plain-chant:*

"...ambos profundamente transformados en una sola máquina de múltiples cabezas y brazos, como esas divinidades de los templos de China." Y, más adelante: "...como el amor mezcla profundamente bocas y miembros."

Y esta estrofa, tan sugestiva, que traduzco de paso:

> Pára, lecho de amor. Y, bajo la alta sombra,
> reposemos, charlemos; dejemos nuestros mansos
> pies, como dos caballos que duermen lado a lado
> y que suelen cruzar uno sobre otro el cuello.

La idea fija arde a cada rato. Continuemos:

> Nuestro lazo de amor parece un monograma
> de letras en árbol cruzadas.
> Y en este lecho, juntos se enroscan nuestros cuerpos,
> como a tu nombre el nombre de Juan.
> Oh mar ¿podrías tú reconocer tu obra
> y los monstruos de tus criaderos,
> al sentir agitarse este amoroso pulpo
> hecho de piernas y de brazos?
> Pero, deshecho el nudo, sólo queda el vacío,
> y coges por la crin al caballo:
> al caballo del sueño que, con ligeros cascos,
> te lleva hasta la orilla temida.

Si queréis apurar el estudio de estas metáforas, advertiréis que estos "nombres enlazados" son el equivalente de las "iniciales enlazadas", de la novela. También la imagen del caballo, que aparece en las dos poesías parafraseadas, reincide en la penúltima poesía del tomo, donde se habla del caballo de las Hermanas, las Musas. Igualmente reaparece la imagen del "árbol", que ya hemos encontrado en las estrofas transcritas, en este pasaje:

> Otra vez en tu árbol abrazado
> tu amor me estrecha con su fuerza tenue.

Y, finalmente, este otro monograma erótico: "Mil veces indigna de tu inocente amor, mi alma galopaba, a pesar de nuestras piernas juntas."

Pero yo temo que, a fuerza de enredar líneas y letras, casándolas como los olmos y vides de Virgilio, Cocteau haya acabado por enredar los números. Este poema está firmado en octubre de 1922. Y ¿no nos dice el poeta, en la página 32, que acaba de cumplir los treinta años? Aun cuando sean ciertas —que no lo son aquí—, declaraciones de esta índole no deben aceptarse nunca.

Madrid, X-1923.

EL POETA SORDO

EL ESCRITOR Charles Maurras, nacionalista y monarquista utópico, que —según dice su gente— lleva al editorial del periódico un francés tan puro como el de Jean Racine, es sordo, completamente sordo. Su mal genio es proverbial. Léon Daudet, su compañero de armas —polemista nato, que entra en todas las batallas con un buen humor de rapaz travieso—, dice muchas insolencias al día. Los maliciosos aseguran que Maurras se entiende con él, lo soporta, porque no lo oye. Maurras, pues, ha escrito un poema en alejandrinos académicos que, en tiempos de Paul Claudel, es una verdadera curiosidad. El poema, o "discurso" como él lo titula, con modestia que tiene algo de vanidad, se llama: *El misterio de Ulises*. Si Maurras llega a escribirlo en prosa, en su buena prosa, lo acierta. La historia literaria recogerá, entre sus páginas, esta curiosa exclamación de un poeta sordo, con motivo de la cera que Ulises aplica a las orejas de sus compañeros, al pasar junto al islote de las sirenas:

> Soberano Rey de los dioses, maestro de toda cosa: el banco de la galera, a que tu ley me reduce, soportó antaño a Ronsard y a Du Bellay, su amigo. Igual que a ellos, place a tu justicia que una espesa cerrazón, en el juntura de mi oreja, impida a mi alma las voces de la diosa; y que, no bien encerrado en la angosta prisión, solitario y como derrumbado del reino de los sonidos, entre el horror del calabozo donde sólo mora el silencio, otro canto fluido y sonoro rebrote para mí, celebre la belleza de los amores de los dioses y la magnanimidad de los héroes, su progenie; y rinda, como es ley, justicia y homenaje a los poetas sagrados, padres de la sabiduría.
>
> Pero ¿cómo puede ser que tan bello coro, hijo puro del espíritu, parezca envenenado de amarguras carnales? Si tú me has evitado el sufrir la herida dolorosa que la languidez de una canción produjo en el corazón de Ulises, ¿qué íntima sirena ha podido arrojar al mar la sencillez y la flor de mi juventud? ¿De dónde esos acentos cuyo misterio redobla la belleza, conmoviéndome con turbadores encantos, y deslustrándome, con falsos colores, el espíritu y la forma del amor ideal?

Tal es, oh musa interior, tu maleficio; oh musa siempre tan pronta a apurar la tristeza de las horas, que hasta tu mismo deleite, en su mejor instante, tiembla, vacila, y al cabo se confiesa embeleco. Con todo, ya me seas amiga o enemiga, resuena, sirena mía, haciendo vibrar la adormida cuerda, ya que sólo por obra tuya —ay de mí— ha podido responder mi alma al signo que no supo escuchar mi cuerpo!

REALISMO

El poeta franco-uruguayo Jules Supervielle ha escrito una novela fantástica. Su personaje, entre otras cosas, se empeña en transportar un volcán de América a París, y al fin se lo trae en una maleta. Por las noches, cuando nadie lo ve, saca a su volcán por los puentes del barco, para que tome un poco el aire.

El poeta Jules Supervielle ha vuelto por unos meses a su país nativo. Y —¡oh paradoja estética, oh símbolo provechoso para los realistas del arte!— sepa el mundo que encontró en su tierra a algunos señores muy cavilosos, porque se sentían directamente aludidos y hasta difamados en la historia del sujeto que viaja con el volcán a cuestas...

Y después de esto, que vengan los teóricos a hablarnos de la literatura fotográfica y de la imitación de la realidad en los libros.

EXEQUIAS DE ANATOLE FRANCE *

El cortejo fúnebre de Anatole France interrumpe la circulación y —nuevo Sena sin vados— parte en dos pedazos la ciudad. He aquí, mientras esto pasa en la tierra, lo que pasa en los cielos, según cierta autoridad poco discutible en la materia:

Renan se divertía, durante sus noches de insomnio, en imaginar que, desde los infiernos, dirigía cartas al Padre Eterno para demostrarle que Él mismo, en su omnipotencia y misericordia, era la causa de la perdición de sus criaturas. Esto nos da el ambiente.

Imagine ahora el curioso que Anatole France, con cara burlona, se acerca al tribunal del Señor —rodeado de Serafines, Querubines y Tronos, Dominaciones, Virtudes y Potencias, Principados, Arcángeles y Ángeles— llevando en la mano un ejemplar de *Taís* para afectar naturalidad y soltura.

—Padre Eterno —le dice—, voy a demostrarte tres cosas: la primera, que no existes; la segunda, que si existes no eres amable; la tercera, que, en todo caso, hay que conducirse como si no existieras.

Y después del elegante discurso de que os hago gracia y que adivináis, concluye:

—Como, sin embargo, reconozco tus esfuerzos por enmendarte, yo, tu criatura, te perdono.

Hay un silencio temeroso. Los entes celestiales que rodean al Señor no disimulan su indignación. El Padre Eterno consulta a todos con la mirada, reflexiona un instante, y al fin sentencia:

—Seguramente este Anatole France carece de simplicidad. A veces exagera, aunque algo hay de cierto en lo que dice. Como sea, me alivia de la retórica huera de mis teólogos. El mejor castigo para este descreído será el admitirlo en

* *Revista de las Indias*, Bogotá, VIII-1939.

la gloria. ¡A ver, el Santo de turno! Que se inscriba el nombre de éste en el Libro de los Elegidos.

Y el curioso puede terminar atribuyendo a Renan esta meditación en voz baja:

—Alguna vez me he deslizado a decir que Dios mismo no era más que un hombre, y nunca se me ocurrió que bien podía ser un hombre de ingenio.

(Es inútil disimularlo: cierto aire de ramplonería ha cundido por todo el ámbito.)

París, 1924.

DE OSSENDOWSKI *

HUYENDO del Ejército Rojo, entre cazadores y buscadores de tesoros que, como Rip, se han dormido veinte años; entre fieras erráticas que son todas mansas, o entre poblaciones humanas todas feroces; entre sobresaltos y magia; entre asonadas nocturnas, asesinatos y milagros; entre borrachos y entre santos, ladrones y redentores, el ministro Ossendowski tuvo un sueño, y vio con sus propios ojos al Buda encarnado, al jefe viviente de la religión amarilla —la divinidad accesible, pero inaccesible—, quien vive sitiado entre sacerdotes lamaístas y con envenenadores a su servicio, los cuales tienen el encargo de hacerlo desaparecer, en cuanto se juzgue conveniente que su alma viajera se estacione en otra persona.

Ossendowski supo también del Rey del Mundo, un monarca místico que impera sobre los superhombres ocultos debajo del suelo: la raza que un día ha de revelarse a la faz de la tierra, cuando los pueblos del Oriente y del Occidente acaben de matarse entre sí, demostrando su incapacidad para la alta vida del espíritu.

Cada vez que el Rey del Mundo entra en adoración, trasciende sobre los campos una frescura de fuentes interiores; las aves, los ganados, los hombres se suspenden en arrobamiento; se oye un rumor sobre los montes; paran el trote los camellos y alargan los pescuezos elásticos.

El explorador danés Sven Hedin asegura que Ossendowski lo ha soñado todo, incluso sus peripecias y aventuras. Pero Ossendowski cree estar despierto. Y como Rip al regreso de su larguísima ausencia, no puede entender que el mundo haya cambiado:

—¡Con estos ojos lo vi, con estos ojos!

Y lleva al hombro una vieja carabina, y un morral lleno de agujeros al costado.

Sven Hedin acumula contra Ossendowski cerca de veinte

* *Revista de las Indias*, Bogotá, VIII-1939.

capítulos de impostura. Y el acusado, al fin, restregándose los ojos, sonríe y confiesa:

—En efecto: yo sólo he querido escribir una novela.

Il a fallu de trois minutes pour le dégonfler —me decía, encantado, un comunista.

París, 1924.

RIP*

HAY QUE ver a Rip en los teatros de París, con música del autor de *Campanone*. Hay que apresurarse.

Sin duda los mexicanos de cincuenta se acuerdan todavía de la vieja zarzuela, cuyo libreto fue traducido por Vicente Riva Palacio con mayor fortuna que esta adaptación parisiense:

¿Ves aquella alta roca
que el cielo toca?

El capitán Hudson, jefe de una expedición holandesa, se perdió hace mucho tiempo hacia la desembocadura del río que lleva su nombre. Los griegos hubieran dicho, simplemente, que se transformó en río. Sobre él y sus hombres corrieron historias maravillosas: que, habiendo descubierto un inmenso tesoro, lo había ocultado en alguna parte del monte.

(¿Ves aquella alta roca
que el cielo toca?)

Y se asegura que quien de nuevo descubra aquel tesoro caerá en un larguísimo sueño de veinte años, y tendrá que atenerse a las consecuencias.

Rip Van Winckle, personaje errabundo y cautivador, a quien el Burgomaestre considera con el justo recelo del gendarme contra el poeta lírico; a quien, además, trata de arruinar desposeyéndolo de sus últimos bienes y robándole, si puede, hasta la mujer, ha dado en la manía de buscar el oro de Hudson.

Para disimular sus planes, se da aires de cazador y sale todo el día al campo. Y un día de tantos, ante los apremios del Burgomaestre, hete aquí que paga todas sus deudas en oro contante y sonante, recoge su recibo en forma, lo guarda en su morral de cuero... Pero tiene que huir, porque al Burgomaestre se hace sospechoso un vagabundo que dispone de tal riqueza.

* *Revista de las Indias*, Bogotá, VIII-1939.

Rip había descubierto lo que buscaba. Ahora, entre la noche de la montaña, se cumplen los destinos, lo coge el sueño de veinte años. Y aquí la pesarosa pesadilla del viejo con el tonel a cuestas y del capitán Hudson que, rodeado de su tropa de sombras, aparece envuelto en rasos de colores y con las botas de embudo de aquel tiempo, propia figura arrancada de *La ronda de noche*.

¡Ay! El hombre yace como el tronco muerto de Dante. Los pájaros anidan entre las barbas del poeta dormido, y poco a poco, la pluma de su sombrero va marchitándose.

Su mujer se ha casado al fin con el Burgomaestre. Su hija ya no lo reconoce. Ya no tiene amigos. Ya no encuentra casa ni refugio al volver al pueblo. No entiende los bailes de los jóvenes. ¿Hay mayor dolor?

El viento de la mañana disipa al fin su pesadilla funesta, y Rip averigua que todo ha sido un mal sueño. Sus propiedades se han vendido con fruto. Ya es rico, como el personaje de Wells cuando despierta. El Burgomaestre está ya dispuesto a ser su amigo, y hasta consiente en el matrimonio de su hijo con la hija de Rip.

¿Por qué es fuerza que haya tenido tan triste sueño? Ya sabe ahora —pobre poeta del oro escondido— que todo pasa en pocos años y que la vida misma es la pesadilla de Segismundo.

> ¿Ves aquella alta roca
> que el cielo toca?

Ni es roca, ni es alta, ni toca el cielo, ni aquello es cielo, ni es azul. —Soñemos, alma, soñemos. . .

París, 1924.

CIUDAD DE LOS LIBROS *

DICHOSO país aquel donde la lectura es un hábito general y supera, por abundante, a la facultad adquisitiva de libros. Allí se crean bibliotecas circulantes, librerías para prestar libros a precios módicos. Allí el solo alquiler de libros produce ya nuevos problemas de derechos de autor.

El Sindicato de Novelistas de Francia, por boca o pluma de su secretario J. J. Renaud, ha podido ya plantearse estas cuestiones:

De tres años a esta parte, el número de gabinetes de lectura se ha quintuplicado cuando menos. Si esto continúa, ¿no constituye un verdadero peligro para la venta del libro?

Ya en Inglaterra las bibliotecas circulantes reducen las grandes tiradas de ciertas obras. Ese domingo protestante que es la jornada de lectura ha alcanzado allí a cubrir buena parte de las horas del hombre. La ola de pereza, amenaza de las nuevas corrientes obreras según los economistas timoratos, puede significar una marea hacia la poesía, la contemplación y la lectura. Por eso el intelectual no debe esperar con recelo el alba de la Nueva República. En la Rusia soviética la jornada es de ocho horas, cierto. Pero para el trabajador intelectual hay un máximum de siete horas. Parece, pues, que Lenin será más generoso con los poetas que el poeta Platón. Si los poetas aprovechan el instante y llenan los huecos que la era capitalista va a dejar libres, puede ser que cada vez haya más lectores. Pero como siempre será más barato alquilar los libros que comprarlos, y menos embarazoso devolverlos que acumularlos, a los autores conviene estudiar una fórmula que les asegure la ganancia sobre el mismo préstamo de libros.

Cuestión que parece tan irreal, tan utópica, y que, sin embargo, ya comienza a preocupar a algunos. Se puede comprar una canción y cantarla en casa gratuitamente; pero si se ha de cantar por dinero, no se puede ya en Francia hacerlo

* *Revista de las Indias*, Bogotá, VIII-1939.

(así se trate de los mendigos cantores, hijos de los juglares) sin pagar derecho de autor. ¿Por qué, pues, se ha de poder alquilar un libro sin que el autor obtenga un provecho módico?

¡Ay! Todo trae aparejadas sus desventajas. La gente de mi América no podrá leer estas líneas sin un mohín de disgusto. Allá donde todo lo hacemos gratis y lo queremos gratis. Allá donde Jorge Isaacs se moría de hambre, y buscaba minas como Rip, y aun le pedía a Porfirio Díaz, por conducto de Justo Sierra, un Consulado de México que lo sacara de apuros, a pesar del montón de ediciones de su *María*, con que iban engordando los editores!*

Cuando leo en la prensa de París estas discusiones, tan imposibles e inadaptables para nuestros ambientes nativos, la impresión de la irrealidad me invade. Viviendo en París, me parece que no vivo en París. Y abro la ventana y exclamo:

—¡Oh, quién estuviera en París! ¡Dichoso pueblo aquél!

París, 1925.

* Ver "Cartas de Jorge Isaacs", *Obras Completas,* IV, pp. 327-334.

RASGOS DE LENIN *

MUCHO más me hubiera asombrado que Gorki olvidara entonar un himno a Lenin muerto. Pero me interesa que señale, entre los demás caracteres de fascinación y ascetismo propios del caudillo popular, estas dos heroicas condiciones:

Primera: su gran fuerza de optimismo, en que era todo lo contrario de un ruso.

Segunda: su inmenso dón para desviar a los hombres, para impedirles seguir viviendo a la manera habitual; fuerza lanzada de través, rasgando por los hilvanes del tejido del mundo.

Creía, por una parte, que la vida humana no era necesariamente pesarosa; que el mundo no era, por necesidad metafísica, un valle de lágrimas; que todo se podía arreglar de mejor manera.

Proponíase, por otra parte, cambiar la distribución de todas las fuerzas sociales, para lograr la felicidad de que nos priva ese error de ajustes en que todos vivimos.

Yo invitaría, a modo de simple ejercicio espiritual, a meditar unos diez minutos en estas dos condiciones del místico revolucionario: la utópica y la tópica, la interna y la externa. Si la una era consecuencia de la otra, o si eran una simple armonía fortuita. Cuál de las dos era —no la determinante lógica— sino la determinante vital de la otra: si lo primero era aquel impulso redentor, o si éste era un simple pretexto que se daba esta alma, perseguida de la comezón de cambiar, de abrir por mitad, de entrar por la ventana y salir por la chimenea. Si el ideal era, en suma, anterior o posterior (subordinante o subordinado) al proceso de sensibilidad nerviosa que lo acompañaba.

Y finalmente, el ideal mismo: ¿será verdad que la vida humana pudiera ser mejor? ¿O es que estáis contentos de

* *Revista de las Indias*, Bogotá, IX-1939.

vuestra vida? He aquí la espada que divide en dos a los hombres, a los que vienen de la materia y a los que vienen del espíritu, a las derechas y a las izquierdas (aunque ellas se llamen materialistas).

París, 1925.

PASCAL Y LA RAZÓN *

HENRI DE MASSIS —otro malhumorado— está ya harto de que la religión parezca enemiga de la razón. Y en torno a Pascal, desahoga su iracundia. Recordamos que el Padre Brown, de Chesterton, descubre al profano disfrazado de sacerdote, porque habla despectivamente de la razón, cosa de muy pobre teología.

De tanto barajar los manuscritos de los *Pensamientos* —observa— no sabemos ya lo que pensaba Pascal. Contando los árboles, hemos perdido de vista el bosque. Midiendo a pasos la montaña, ya no apreciamos como desde lejos su contorno. Pero ¿no hay también otras inclinaciones sintéticas que conducen a semejantes errores? Ejemplo: lo que se afirma sobre los trágicos franceses. Massis pudiera acordarse de aquella palabra de La Bruyère: "Corneille pinta a los hombres tales como debieran ser." (Más o menos lo que Sófocles decía de sí mismo, comparándose con Eurípides.) Palabra ésta que resume la idea sintética que se tiene de aquel teatro. Y, ciertamente 'Rodrigue' o 'Polyeucte' sacrifican al deber placeres y amor; pero, en casi la mitad de las piezas, el héroe se entrega a impulsos culpables o se sirve de recursos culpables. En cuanto a Racine, todos le conceden la famosa "acción sencilla, cargada con poca materia", de que habla en su Prefacio a *Bérénice*. Pero la verdad es que, fuera de esta obra, Racine es la complicación misma en todas las demás, de que es buen ejemplo la *Iphigénie*, mezcla de drama de amor, de amor materno, de política y de misterio también.

En todo caso, ¿quién dijo que Pascal era ese inconsciente, ese místico de impulsos, ese "anti-intelectualista", ese despechado de la razón... ¡horror! ese bergsoniano? Hasta la fe de Pascal —grita Massis— quieren ya que sea sospechosa. Fruto amargo e inseguro, dice uno. Otro asegura: "Pascal no creía, sino que deseaba creer." Pascal-Bergson, Pascal-William James ¿qué monstruo es éste? ¿No llega Unamuno

* *Revista de las Indias*, Bogotá, IX-1939.

a decir que Pascal nunca se convenció? "Convencido, nunca —escribe—; persuadido, tal vez. Por eso se sermoneaba a sí mismo." ¡Pero si éste es el retrato de Unamuno y no de Pascal! (¿O de ambos, Massis?)

¡Y todo porque Pascal dice —sea por Dios— que no es la razón sino el corazón quien comprende a la divinidad! Error cronológico sobre el significado de la palabra "corazón", pues en días de Pascal no tenía el sentido romántico que más tarde le atribuirán los siglos. En el XVII, corazón no quería decir inconsciencia y ni siquiera "élan vital", sino otra cosa más diáfana: la parte sensible de la inteligencia, el límite áureo en que el pensamiento ha comenzado a ser emoción, la aureola que circunda las frentes, y que hoy hemos apagado con el sombrero. Sólo la filología, sólo el diccionario semántico, donde se registren los sentidos que, en cada época, circulan por el cuerpo de las palabras, pueden devolvernos al Pascal que predicaba: "Esforcémonos por pensar bien", o que decía: "Toda la dignidad del hombre reside en el pensamiento." Aquel Pascal verdadero de quien escribía el infalible Sainte-Beuve: "Espíritu lógico, escrutador de causas, representa a mis ojos la perfección del entendimiento humano, en lo que éste tiene de más definido y preciso... Habita en la cima del pensamiento propiamente dicho, en esferas de claridad perfecta." Hombre clásico que busca su ley en las nociones del Hombre-Dios.

Si quiere Massis otro ejemplo de las evoluciones semánticas, yo le haría notar que a veces Montaigne llama "la naturaleza" a "la razón", y hoy muchos entienden, cuando se les habla de "la naturaleza", "el paisaje".

París, 1925.

LA POBRE ZORRA *

La mujer transformada en zorra, de David Garvett, da idea de lo que puede y vale la lealtad del relato. Se parte de un supuesto inverosímil, y se aceptan con naturalidad todas las consecuencias. Un cuento de niños visto —no con los ojos del cuentista adulto que generalmente nunca cree en la historia que cuenta, y que acaso la da por terminada cuando empieza el verdadero interés, sino con la seriedad minuciosa que le concede el auditorio infantil.

—Un caballero salió al campo de cacería, arrastrando a su mujer consigo, que era muy desafecta a este género de deportes crueles. De pronto, al tirar la mano de su esposa que se negaba a seguirlo, volvió la cara y se dio cuenta de que la pobre dama se había transformado en zorra, y lo consideraba con ojos suplicantes.

Esto dice el cuentista adulto. Y ante el auditorio infantil que pide, excitado, el final de la peripecia, añade:

—No hay nada más; aquí acaba el cuento. Trátase de una simple metamorfosis, como las de Ovidio. Si queréis que continúe, ya no queda más que apurar la moraleja del cuento: —Esto demuestra que los hombres no deben empeñarse en matar a los pobres animalitos de Dios, etc., etc.

Pero el auditorio infantil, en cuya mente virginal todavía las nociones de lo humanitario son, propiamente, más humanitarias que animalitarias; el concurso de niños atento a la historia, a quien importa un ardite que el buen señor mate o deje de matar animales (problema completamente culinario, mucho más que moral), reclama con razón el final del cuento: quiere saber si la mujer se quedó definitivamente transformada en zorra; si conservaba o no el dón de la palabra; si obró en adelante como ser humano o como bestia; si sufría o si era feliz; cómo hizo para continuar su vida anterior, o si tuvo que abandonarla; si su marido padeció mucho, y qué mañas se daban para proteger a su zorrita ante las aco-

* *Revista de las Indias*, Bogotá, IX-1939.

metidas de los demás cazadores y los perros; si tuvo que matar a sus perros para que no ladraran ni denunciaran la presencia del animal en casa; si tuvo que introducirlo escondido subrepticiamente bajo el manto, y disimulando a los ojos de sus criados y sus amigos la desesperación que lo embargaba (imagen de aquel efebo espartano que resistía, hasta caer muerto, las mordidas de la fierecilla robada que le iba despedazando las entrañas); si tuvo el caballero que despedir a la servidumbre para que no delatara el hecho; si la vieja nodriza de la señora, adivinando lo que pasaba, volvió a los pocos días, movida de amor casi materno, para ponerse al servicio de su ama en su nuevo estado; si ésta, dama al fin educada en finos pañales, comenzó por avergonzarse al verse desnuda, y con gestecillos y muecas hizo entender a su marido que la vistiera; si poco a poco fue perdiendo este gracioso pudor y habituándose a las groseras costumbres animales, de modo que al fin dormía en el suelo, comía debajo de la mesa, no se interesaba ya por la música, ni quería, con la patita ágil y alerta, jugar a los naipes; si este paulatino proceso de animalización hacía sufrir mucho a su pobre marido, quien ya pasaba por loco entre los vecinos, en virtud de la vida tan solitaria que hacía, y de quien se contaban mil difamaciones, desde la misteriosa desaparición de la señora; si un día, empujada por el instinto creciente, la zorrita acabó por hacer una carnicería en el gallinero y escapar al campo, entre las lágrimas y sustos de su triste marido; si conservó, sin embargo, como en una vaga preconciencia humana, el recuerdo de su antigua casa, de modo que otro día vino por el jardín e hizo, con expresivos gestos, que el caballero la fuera siguiendo hasta el rincón en que ahora tenía su madriguera; si allí, con un orgullo inocente que dejó anonadado al infeliz caballero, le fue mostrando a los cuatro o cinco retoños animales de que un robusto macho selvático le había hecho presente; si el caballero, vencido por inexplicable ternura, venía todas las tardes de visita junto a la madriguera, y jugaba un rato con los pequeñuelos y se complacía en ponerles nombres, acaso descubriendo en ellos algunos chispazos de humano entendimiento; si al volver la estación de caza, empezaron las penas del caballero para evitar que le mataran a la zorra y a sus

crías; si al fin la pobre zorrita, azuzada de perros y seguida de cazadores, vino a precipitarse y a morir en los brazos de su esposo, entre desgarradores gritos, ciegas dentelladas y ojos implorantes.

A todo esto obliga la lealtad del relato. Hay una buena fe literaria, categoría entre ética y estética cuya situación no definen aún los tratados. Hay un entregarse sin doblez a la mentira artística, para transformarla en otra especie más alta de verdad.

ELOGIO DE UN DIARIO PEQUEÑO *

BAJO la palabra de Gracián —"Más obran quintaesencias que fárragos", o bien: "Lo bueno, si breve, dos veces bueno— salió el pequeño diario a enriquecer el ambiente periodístico, con esa nota de epigramática rapidez que va siendo propia de nuestro tiempo. La abominación por los "desarrollos" es, hoy por hoy, discernible en toda literatura. Este diario viene a ser, por esa tendencia a la síntesis, el periódico —digamos— posterior a Apollinaire.

Quien tuvo la feliz idea de darle esa forma apretada y breve, obligando a los redactores al buen estilo de las palabras indispensables ("Toda abundacia es estéril", decía Mallarmé), sabe seguramente que no todo lo que sucede es digno de memoria, como sabe el buen pintor que no todo el campo es paisaje, como sabe Sancho que "no todo el monte es orégano".

Despojar, abreviar, depurar, ¡qué grata y agradecida tarea! Escribir por el otro cabo del lápiz, es decir: borrando las más veces, ¡qué espléndida disciplina para el que redacta y para el que lee! ¡Qué alivio, qué higiene mental! Y si a esto se añade el interés fotográfico —el disparo de la noticia que entra, de golpe y de una vez, por los ojos—, ya está logrado el milagro.

El ideal del periódico debiera ser tender siempre a *leerse solo*. Y esto se logra con la balanza de precisión, con la dosificación exacta de las únicas calorías que hacen falta para que cada palabra nutra su idea; pero sin volverla adiposa. A cada plana, un sabor propio: a cada grado de interés, otro tipo de título; a cada sitio en la columna, otro valor jeroglífico. Los grabados, que siempre revelen el pulso, el ápice de cada suceso... ¡Y soñemos! Soñemos con el diario de geometría perfecta en que el solo lugar donde se da cuenta de las conversaciones sobre Tacna y Arica, por ejemplo, sea un indicio cierto del estado de la cuestión. Un rápido vista-

* *El Mundo*, Buenos Aires, 14-V-1929.

zo, una rauda percepción de las proporciones respectivas de ordenada y abscisa en que cada asunto se sitúa, y ya está todo entendido, a través de la sola intuición de espacio. En este sentido, el periódico, con su plaza abierta de páginas y sus avenidas en columna, ofrece mayores posibilidades que el libro; sin olvidar la posibilidad caricaturesca que un día intentó Tristan Derème: la de imprimir el periódico en forma de ruleta, para que por la noche, después de la cena, sentada en torno a la mesa redonda, toda la familia pudiera leerlo a un tiempo.

¡Cuántas veces, sin darme cuenta, agoto de cabo a rabo esta pequeña enciclopedia diaria, aunque sea ayudándome con el salto de título a título y con el puente en desliz de las notas gráficas! Y le agradezco el haberme preparado en pocos instantes —con desinteresada objetividad— para salir a la brega cotidiana armado de todas las nociones que necesito.

El buen escritor que lo fundó dejó en él los hábitos de la pluma clara, y el culto por ese rinconcillo de los poetas que no debe faltar en ninguna casa respetable. El buen periodista que hoy lo dirige sabe llevarlo con un pasito ágil y nervioso de caballo bien educado. Ni atropella ni se queda atrás: anda como el día—. Brevedad, equilibrio, justo peso y medida discreta, guiño que vale por un discurso, y ese "sí sé qué", en suma, que llamamos, con una palabra anticuada pero insustituible, el buen gusto. Yo me alargaría diciendo cuánto debo a la franca hospitalidad de este periódico, que siempre ha sido para mí tertulia de amigos. Pero ¿cómo voy a alargarme, cuando hago el elogio de la brevedad?

Buenos Aires, V-1929.

LA IMPRENTA MEDIEVAL *

EL TÍTULO escandaloso que acabo de escribir encubre una realidad modesta. Se trata, además, de un bello sueño: la defensa contra el monstruo Institución, que ahoga la libertad de pensar. En el artículo "Propósito", publicado en el número anterior, me he referido a la campaña de Hilaire Belloc en favor de la Prensa Libre, en favor de la creación de pequeños periódicos redactados por un grupo congruente de escritores con ideales definidos, y exenta de la obligación que impone al espíritu esa enorme máquina de noticias y anuncios que es el periódico moderno: lo que podemos llamar la Prensa Oficial.

A veces, he soñado también con el desarrollo de la pequeña imprenta —la Imprenta Libre—, instalada en las dependencias de la morada doméstica y gobernada por una familia, por poca gente y bien avenida, gente que conviva en todo y procure hacerlo todo ella misma con sus propias manos. Una imprenta que se parecería tanto a los talleres medievales, donde los oficiales y aprendices venían a ser como hijos adoptivos de su maestro. Pequeña tribu del trabajo, aquel grupo humano laboraba en silencio, con la fábrica y la tienda confundidas como en las *Hilanderas* de Velázquez, sin reclamos ni propaganda, fiel al refrán viejo de que el buen paño en el arca se vende, y seguro de que la mejor manera de aumentar la parroquia era desempeñar bien los encargos, hacer las cosas a conciencia, para que, después, cada parroquiano satisfecho recomendara la casa entre sus vecinos. No fue otra la idea de Jacques Copeau cuando, resucitando el estilo de las antiguas Cofradías de Representantes, formó aquella familia de feliz memoria —el Teatro del Viejo Palomar— donde todos habían de vivir y comer lado a lado, para que la obra hecha entre todos reflejara, en su íntima congruencia, el espíritu de comunidad.

* *Monterrey*, nº 2. Río de Janeiro, VIII-1930, y *Marginalia*, II, México, 1954, pp. 11-19.

Imagino lo que sería, por ejemplo, en cada una de nuestras capitales americanas, una pequeña imprenta de este tipo, fundada, a costa de sacrificios y continuos empeños, por la minoría literaria más selecta y más joven. ¡Qué mejor moral, qué mejor gimnasio, qué mejor servicio cívico obligatorio! Un ambiente de contentamiento sencillo reinaría en el taller. Un sentido de fraternidad dignificaría el trabajo, y aquello de ver cada día la creación de nuestras almas reducida a la lealtad de la forma material por el ministerio de nuestras manos. El trabajo así sería alegre, y se acercaría al juego lo más posible, que es el verdadero perfeccionamiento del trabajo dondequiera que son libres los hombres. ¡Abolida, abolida al fin la torva maldición de la Biblia! ¡Hecho gustoso el sudor de nuestra frente! Grande utopía cuyos fecundos resultados y ejemplos, sobre la sociedad en cuyo seno se produjera la maravilla, no podemos apreciar siquiera!

Cuando, en Buenos Aires, se trató de los "Cuadernos del Plata", acudimos, pensando en esto, a la primer casa que se honró con la impresión del *Don Segundo Sombra:* a la imprentita de don Francisco A. Colombo, radicada en San Antonio de Areco. Cierto que esta imprenta, por una fatalidad provechosa a su propietario, parece destinada a desarrollarse hacia el tipo de la gran imprenta, mediante la sucursal instalada en Buenos Aires. Al recibir los primeros "Cuadernos del Plata", tan fino gustador de los libros como Valery Larbaud nos escribía: "San Antonio de Areco será un rincón ilustre en la Bibliografía Americana del siglo XXI. Da gusto pensarlo, por la memoria de Ricardo Güiraldes, por todos ustedes, por la misma América."

El maestro de toda erudición mexicana, Joaquín García Icazbalceta, entendía de cosas de imprenta como hoy entiende el poeta y ministro Genaro Estrada, que ha sido el obrero de sus libros. Parece que Icazbalceta, aparte de haber traído a su casa el trabajo de su inapreciable *Bibliografía mexicana del siglo xvi,* reimprimía en formato a su gusto y para su uso personal todos sus libros de cabecera. (La sola expresión "libro de cabecera" ¿no es toda una época? ¿No huele al aroma de las virtudes perdidas?)

Otro escritor mexicano sabe de mis fantaseos de Madrid, allá por 1915, cuando yo quería tener en casa una imprenta para hacer los libros a mi modo. Pero él me hizo despertar a la repelente realidad de los manchones de tinta y la basura del taller inundando toda la casa, la imposibilidad en que yo me vería de hacer la tarea por mí mismo, la necesidad de alquilar a un hombre que trabajara a destajo, dijera palabrotas, se me impusiera poco a poco con la fuerza de la materia bruta, y acabara por tiranizarme. Y cuando, también en Madrid, acompañaba yo a Juan Ramón Jiménez en la publicación de *Índice*, él se acordará de lo que suspirábamos por suprimir de algún modo ese error de traducción que se opera siempre entre la voluntad del poeta que concibe sus libros y la ejecución rutinaria e insípida del oficial que los imprime.

Pero alguien había de empezar a realizar este sueño. El poeta andaluz Manuel Altolaguirre comienza a sacar una primorosa revista mensual —*Poesía*—, de que cada entrega tiene tres cuadernillos: uno dedicado a un poeta clásico, otro a un poeta amigo, y el último a su propia obra. Tira 200 ejemplares sobre papel Ingres, y compone con caracteres Bodoni. Es un trabajo que se parece a una plegaria:

"En casa, en mi cuarto —me escribe—, tiene usted a su disposición una maquinita de mano con la que yo trabajo. Todo lo hago yo. Es decir, que soy el cajista, impresor y encuadernador de *Poesía*, la cual, por lo tanto, no es obra del cansancio triste de los obreros, sino de mi alegría entusiasta."

Manuel Altolaguirre vive en la Villa Jiménez, Limonar, Málaga, y merece todos los estímulos, todos los encomios.*

* *Las imprentas individuales.* "Como informação bibliographica, indicolhe uma revista nossa, de que appareceram tres ou quatro numeros ha uns quatro annos atraz em Recife: *Revista do Norte*, orgão de um pequeno grupo de novos —Luiz Delgado, Gilberto Freyre, José Maria de Albuquerque Mello, Manuel Lubambo, João de Vasconcellos, etc. A revista era composta e impressa á mão pelo "Zé" Maria Albuquerque Mello, e com um grande gosto typographico, com caracteres mandados vir da Espanha, no typo approximado da *Revista de Occidente*" (carta de un corresponsal brasileño).

AL MARGEN DE MEREDITH *

MEREDITH, en su ensayo sobre la Comedia, dijo más o menos que el Teatro Español se le figuraba un teatro con el telón a medio caer, donde sólo se ven los pies de los personajes. Danza de ademanes y movimientos. La fisonomía moral queda fácilmente sustituída por una máscara rígida. Cuadro de acciones divertidas, sí, pero un poco descarnadas y en esqueleto.

Un ejemplo, al azar (y no lo trae Meredith). Sea *La española de Florencia,* que unos atribuyen a Calderón y otros a Lope. Por la gracia y vivacidad del enredo, es característica del Teatro Español. También por la supresión ruda y brutal de los tránsitos psicológicos, en bien de la celeridad de la acción. Lucrecia ha perdido un hermano hace mucho tiempo. He aquí que, tras larga y penosa ausencia, el hermano, Alejandro, reaparece un día. Lucrecia entra en escena: no siente absolutamente nada; no profiere una sola palabra humana. Hecha una fría máquina de patrañas, piensa sólo en aprovechar aquella incidencia para el plan en que anda metida. Mira a su hermano, lo reconoce al instante, y en vez de arrojarse a sus brazos, dice para sí:

Mas, pues he visto a Alejandro,
una traza peregrina
he discurrido.**

Sin duda que Meredith se daba cuenta de que el supuesto mismo de la Comedia Española no toleraba el desviarse de aquella dura norma. En los tres actos mecánicos, sólo hay tiempo de presentar las fuerzas en conflicto, atar el nudo y deshacerlo. Juego de prestidigitación: ya lo viste seco, míralo mojado. Se acabó—. En todo caso, estoy cierto de que a Meredith le gustaba la Comedia Española.

* *La Nación,* Buenos Aires, ¿VIII-1930?
** Ver *Obras Completas,* VII, p. 296.

Siempre he creído que pensaba en la Comedia Española cuando —plegándose, de paso, a las mejores tradiciones del teatro isabelino inglés— escribió cierta novela que él mismo llamó "Comedia en forma de relato." Claro es que él llenó el contorno de reflexiones fluidas, haciendo circular por los nervios de acero de la acción el aceite de las meditaciones, de los monólogos psicológicos, de los análisis que ya anuncian, primero, a Henry James y, después, a Marcel Proust (¿y, después todavía, a Joyce?). También hay largos cortejos de metáforas shakespirianas, arrastradas como carros que van sonando.

De aquí salió la novela del *Egoísta;* comedia de enredo, donde, como en Lope, hay personajes serios y personajes cómicos; comedia de equivocaciones, como en Shakespeare; baile donde las parejas de amantes convienen, más o menos, en cambiarse la dama, para avenirse según la vieja ley que Goethe llamó: *Afinidades electivas.*

En un ambiente de eléctrica elegancia, oiréis las meditaciones del sabio sobre el porto añejo, que dejan la sensación de armonías en oro giratorio; veréis desfilar, por entre las mujeres que lo admiran y aquellas que se admiran en él reflejamente, al Héroe de la Colina Inglesa. ¡En vuestros parques se crió su abuelo, oh fincas inolvidables de Jane Austen! Es el héroe estéril e inútil. De él no puede hacerse mejor elogio ni darse definición más perfecta que la que ha echado a volar, desde el otro extremo de la sala, la señora Montstuart Jenkinson:

—Vosotros diréis de él otras laudes. Yo sólo os digo una cosa: ese hombre "tiene pierna".

Ríojaneiro, VIII-1930.

PAUL MORAND EN RÍO *

I

CAMINO de Buenos Aires, Paul Morand se detuvo en Río, del 25 de agosto al 7 de septiembre, y luego fue a San Paulo unas horas para presenciar en los ingenios las quemas de café. Tipo nuevo de francés, con geografía y sin condecoraciones, abría los ojos sedientos, lo miraba todo, y dejaba que sus impresiones se fueran posando en aquel fondo sonambúlico de donde han de brotar sus libros. Diplomático emancipado de la carrera, rehuía discretamente las reuniones mundanas que le hubieran quitado un tiempo precioso, robándole soledad sin darle compañía. Latino recortado a la inglesa, era sobrio, sencillo, fácil y hasta dócil. Se entregaba naturalmente a la amistad de los poetas y pintores más jóvenes. Venía uno y se lo llevaba a ver el Pan de Azúcar. Venía otro y se lo llevaba a la Tijuca. Y él estaba bien en todas partes. Cuidaba sus ratos de recogimiento y volvía al hotel, a ser posible, en punto de la medianoche. A veces, conforme las realidades brasileñas iban mordiendo su alma, contaba sus nuevos proyectos literarios. No he de revelarlos aquí. Aquí sólo voy a narrar dos excursiones que tuvieron singular interés: la campaña del Mangue y la campaña de Nictheroy.

II

Una visita al barrio del Mangue, donde viven las mujeres airadas en unas callejas populosas y, para decir verdad, bastante quietas, forma parte obligatoria de la "tournée" del Gran Duque. Todos los extranjeros se asoman por ahí, aunque sea un instante; pasan de prisa casi siempre, y muy pocas veces encallan. Pocos saben que existen seres de doble vida —sin parapsicología ni desdoblamientos anormales— y que la misma persona barnizada y pulida con quien aca-

* *Monterrey*, nº 7. Río de Janeiro, X-1931.

ban de tomar el aperitivo en la taberna del Palace acaso les sonreía hace una hora entre las persianas de la callecita del Mangue. Morand asegura que ni el barrio ya desaparecido en Tokio, ni el barrio marsellés popularizado por *Maia* pueden dar cabal idea del barrio carioca, que es mucho más extenso, pintoresco y amable. En la avenida cercana, corre un canal entre palmeras incorruptibles que no se enteran de lo que acontece a sus pies, allá muchos metros abajo. Al fondo, allegan sus manos las colinas como para resguardar o esconder el paraje. Hay una mansedumbre casera. Por todas las puertas y ventanas, abiertas en escaparate, se asoman y cuelgan el busto las mujeres semidesnudas. Guiñan, dicen algo, siempre a media voz y con mesura. Algunas se atreven a dar unos pasos por la acera, a medio vestir y en traje de trabajo. Los hombres del pueblo, los soldados, los marinos, discurren con seriedad y confianza por la media calle —es raro que pase un vehículo— o se agrupan en los cafés de las esquinas, para oír radiar las últimas noticias del combate de futbol entre brasileños y uruguayos. A veces, también se ven pasear lentamente algunas familias con niños. Yo declaro que anda por ahí cierta castidad paradisíaca muy semejante a la virtud. Y si las mujeres blancas se esfuerzan por lanzar miradas satánicas, que allí hasta resultan fuera de sitio, las mujeres de color os miran con aire tan natural como nos miran los árboles y las frutas: el zapotillo, la jaboticaba o el abacaxí.

Morand recorrió el barrio de noche, cuando la luz artificial lo adorna con colores calientes y da más encanto a los entrevistos interiores de cama con dosel, flores artificiales, espejitos y hasta imágenes religiosas. Y luego lo recorrió de día; entonces, a la insobornable luz del sol, la desolación y la pobreza intentan en vano hurtar el rostro. Y por eso, fue a la compasiva tarde, antes de la oración, cuando Paul Morand emprendió la verdadera campaña. Ella consistió en atravesar las calles en auto, armado de una estupenda cámara fotográfica que sabe escudriñar las penumbras. La cámara iba haciendo fuego como una ametralladora; y hubo muñecas que se dejaron sorprender desde su escaparate, y otras que se dieron la voz de alarma y fueron cerrando los

postigos, en atronadoras salvas de protesta, al paso del auto misterioso. Y lo que en otra ciudad hubiera acabado entre pedreas y escapadas, aquí se desarrolló al fin tranquilamente. Porque la calle se dejó domesticar a la postre. Dieron el ejemplo las mulatas; los postigos se abrieron, y pronto hubo verdaderas "poses" en ventanas, puertas y aceras. Tal negrita de camisión rosa, pantuflas verdes y medias grises hasta arriba del muslo, abría los brazos con una gravedad ritual. Otra forcejeaba con su hombre que, intimidado por la publicidad, se negaba a prestarse al grupo. Y la de más allá —blusa azul rabioso, falda retinta y pañuelo de colorines en la frente— recogía la cola a la versallesca, quebraba la cintura con gracioso mohín, y gritaba:

—¡Fuera todo el mundo! Quiero ir solita (*sosinha*) a la inmortalidad.

Y, al pardear, el auto misterioso desapareció como había venido. Los que iban adentro evocaban a don Francisco de Goya, entre otros nombres.

III

La campaña de Nictheroy comienza con cierto ambiente de desazón y nerviosidad. Se había anunciado la compañía de una cantadora mulata, y como de costumbre, a última hora la mulata se fue al Norte con un portugués que le ofrecía collares y zarcillos. El negro de la guitarra era el único de su especie que carecía de sentido musical, y uniformaba todas las tonadas en una caída gris de berreos, mientras arañaba los bordones con negligencia y abría y cerraba mecánicamente los ojos borrachos. Porque, eso sí, sólo a fuerza de aguardiente sabía cantar. Todo él exhalaba el tufo vegetal y dulzón del paratí. Lo peor: un sombrero comprado aquella misma tarde echó a volar y cayó precisamente en un charco. Esto va mal.

Todos eran prácticos en teoría y tartamudos en la práctica. Era noche de macumba, y aunque todos, incluso el *chauffeur* de Nictheroy, las daban de entendidos, todos fracasaban y nadie sabía de modo cierto dónde encontrar ni cómo presenciar los bailes sagrados. La magia negra es-

conde sus ritos. No deja de ser arriesgado el perturbar a los dioses. Esto puede acabar muy mal.

Los informes que daba la gente —porque los exploradores "tomaron lenguas", como se decía en otros siglos— eran vagos, e iban echando a la expedición hacia las afueras de la ciudad. Por fin el auto entró por una carretera en pleno campo. Suerte que era noche de luna clara y aire tibio. La carretera rodeaba unas lomas llenas de casas. El auto paró donde olía a macumba. Ningún ruido. Por la carretera pasaban algunos errabundos. Todos, al ser preguntados, ponían cara de idiotas y no sabían nada, no eran del barrio. Pero había un negrazo que desaparecía por un punto y reaparecía inesperadamente por otro, como si rondara, y llevando bajo el brazo un sospechoso bulto en forma de arma envuelta en un periódico. Desde las ventanas oscuras se adivinaban formas sigilosas y, de vez en vez, ardía la luciérnaga de un cigarro. La expedición era vigilada. El auto, con su estrépito, había asustado a la buena gente.

—No somos autoridades —explicaba el *chauffeur*—. El señor es un escritor extranjero que se interesa por estas cosas.

Por último, ante la negativa constante, la excursión se dividió en dos: un retén se quedó en la carretera, guardando el auto, y un destacamento trepó hacia la colina por una vereda labrada en torrente.

Y pasaba el tiempo bajo la luna. Y se adivinaban sombras en las ventanas. Y había un gran silencio. Y el destacamento no volvía. Y se contaban cuentos inoportunísimos de crucificados boca abajo. Y se hablaba de dejar una lápida conmemorativa y regresar al embarcadero, porque ya se aproximaba la salida del último vapor para Río. Y media hora más. Y otra hora. Y esto, decididamente, se pone mal.

Alguien tenía prisa de regresar. Se buscó un teléfono en los alrededores para pedir otro auto. Se llamó a una puerta. La suerte quiso que viniera a abrir precisamente el negro dueño de la casa en que, allá arriba, se celebraba a esa hora la macumba. Hubo explicaciones tranquilizadoras:

sin duda los excursionistas habían sido admitidos, pero habían quedado prisioneros después, porque las prácticas exigen que se "cierren los caminos" hasta el final de cada sesión. Establecióse al fin el contacto con la gente de la macumba, y todo salió a pedir de boca. —He aquí lo que, entretanto, sucedía sobre la colina:

El pequeño destacamento, en el cual iba el negro de la guitarra, trepó buscando una lucecita que se filtraba por las rendijas de una puerta. Solicitaron ser admitidos a la macumba y, consultado el "Padre de Santo", se les concedió el acceso sin más condiciones que mantenerse callados, descalzarse y no cruzar brazos ni piernas. Adentro, en espacio reducido, sudaba un montón de negros descalzos, abriendo sitio a media docena de mujeres que danzaban contorsionándose, al son de canciones monótonas y sólo a medias comprensibles. El portugués brasileño se mezclaba con pedazos de dialecto africano. Reaparecía muchas veces la misma frase, en extrañas variaciones tónicas: "El cielo está lleno de estrellas, el cielo está lleno de estrellas." Se hablaba de Padre, Hijo y Espíritu Santo, y había un remedo de persignarse al danzar. Un precipitado de religiones y ceremonias se juntaban en un baile lúbrico. Los ojos de las practicantes parecían saltarse de las órbitas, y a veces, una de aquellas mujeres se venía al suelo con espasmos. Los visitantes acaso olvidaron a sus compañeros, pero de nada hubiera servido recordarlos, porque tras ellos las aldabas se habían corrido prontamente, se habían cerrado los caminos.

Cuando se pidió permiso para que los visitantes salieran, hubo que emprender una larga serie de sortilegios: era necesario "descargarles el cuerpo". La "Madre de Santo" procedió a la singular operación, haciendo como si sacara fluido de ellos con las puntas de las manos, temblorosa, sacudida toda y casi con estertores y llantos. Cuando los visitantes, anonadados, bajaban la colina, el negro de la guitarra se dio cuenta de que la "Madre de Santo", al descargarle el cuerpo —¡tales eran sus contorsiones!— le había arrancado un botón y un trozo del vestido con el crespo y enmarañado borlón de la cabeza.

Poco después, entre los comentarios de todos, el negro

ensayaba unos aires de guitarra, mientras la barca de Nictheroy se deslizaba tranquilamente con rumbo a Río. Después de todo, la excursión no había acabado tan mal. La noche era suntuosa y pacífica. Uno de los expedicionarios logró dormirse unos instantes, y abrió los ojos para contar que él era soldado de casta, capaz de dormir apoyado en el fusil o sobre la silla de su caballo. Y añadió —nunca lo hubiera hecho—:

—Una vez se me durmió el *chauffeur*, manejando el auto entre Buenos Aires y La Plata...

Morand asegura que los cuerpos no estaban bien descargados, y que estas palabras provocaron un maleficio. Parece, en efecto, que en aquel preciso momento el piloto se quedó dormido sobre la rueda del timón. Ello es que el vaporcito, encendido de luces y balanceando orgullosamente sus dos pisos, se acercó al muelle a toda velocidad. Alguien que lo advirtió a tiempo dio un grito para prevenir a los compañeros, pero éstos no se dieron cuenta. La arremetida arrojó a todos por el suelo. El muelle —balsa de tablones flotantes— encorvó el espinazo y estalló en un trueno, haciendo bastante resorte para evitar un desastre definitivo. Todos saltaron a tierra entre vigas rotas. Y así el único accidente que se conoce en el embarcadero de Nictheroy había de tocarle a Paul Morand, de regreso de la macumba. ¿Por qué haber querido perturbar a los dioses? La fulminación era evidente.

Ya en tierra firme, al juntarse los expedicionarios, vieron venir al negro cantador con una expresión desgarradora y como si llevara en las manos un niño muerto: ¡era la guitarra hecha trizas!, el amuleto propiciatorio sobre el cual descargó la fuerza del maleficio.

LA INTERROGACIÓN NACIONAL *

EXAMINANDO los diarios de México durante los últimos ocho meses, entresaco tres preocupaciones que, epigramáticamente, podemos reducir a tres órdenes de la gramática: ortografía, etimología y morfología; o bien, epigeométricamente, a las tres coordenadas en el espacio: el eje de la X, el eje de la Y, y el eje de la Z.

Ortografía o eje de la X. Se plantea la X, se abre el problema. La palabra México ¿debe escribirse con *x* o con *j*? El comité Directivo de la Campaña Nacionalista —institución de carácter exclusivamente económico— recibe una descabellada iniciativa para no cursar en el correo las piezas postales en que la palabra México se escriba con *j*, y esto por razón de nacionalismo. Bajan a la palestra los filólogos y los aventureros de la filología, y se esgrimen toda clase de razones y sinrazones. Ya se sabe que, en el siglo de la conquista, la *x* española tenía todavía el sonido de *sh,* aunque por bivalencia fonética, tenía ya también el de *j*. El sonido *sh* aparecía en la palabra indígena que los españoles quisieron imitar con su grafía. Y la voz México, montada en la corriente de la *x,* fue arrastrada en la evolución de este fonema. Así vino, con el tiempo, a decirse "Méjico". Pero los personajes de Swift plantean barricadas políticas a uno y otro lado de cualquier disyuntiva, aunque sea en torno a los dos procedimientos posibles para partir un huevo. Y por una confusión de ideas de que ofrece mil ejemplos la historia, hay ahora una especie de superstición que quiere que el escribir "México" corresponda a la tradición liberal, y el escribir "Méjico", a la conservadora. Tal creencia carece de fundamento: pronto se demuestra que, indistintamente, liberales y conservadores han bailado al son de la jota o se han santiguado con la cruz de la equis. Si han de acatar la autoridad de su pontífice máximo, el sabio Lucas

* *Monterrey,* nº 9. Ríojaneiro, VII-1932.

Alamán, los conservadores tendrán entonces que escribir "Mégico" —que así lo escribía Alamán, o así lo dejaba imprimir en sus libros, allá por mitad del siglo XIX—. La discusión no es nueva: ya en 1899 dio motivo, según Luis González Obregón, a que un humorista inventara un quimérico decreto que mandaba escribir México con *x*, cargándolo a la conciencia del Congreso Mexicano de 1823. Y, cuando se demostrara que existió este u otro decreto, ¿qué valor científico tendría? ¿Quién es el valiente que legisla sobre la composición del aire que respiramos? La medida no pasaría de ser una regla administrativa para uniformar documentos públicos. (Marcelo corregía a Tiberio cierto error gramatical. Capito, adulador, observó que el error del emperador pronto sería ley. Marcelo, más gramático que cortesano, exclamó: "Capito es un embustero; porque tú, César, puedes dar la ciudadanía a los hombres, pero no a las palabras." Y, sin embargo, nos aseguran que a Luis XIV es imputable, personalmente, la elisión de la *e* en el *je* que viene después del verbo, en las formas interrogativas: *suis-je? verrai-je?*)

Parece, por otra parte, que el gramático Rafael Ángel de la Peña había comenzado a decir que convenía escribir Méjico con *j*, puesto que así se pronuncia, y cambió de parecer al enterarse de que el entonces Ministro de Instrucción Pública, Joaquín Baranda, estaba por el uso de la equis. Este uso es el más generalizado entre nosotros. Pongamos los puntos sobre las jotas, como decía un cronista: yo no tengo ninguna razón científica contra el uso de la *j* que, por lo demás, me parece, filológicamente hablando, el más revolucionario, el menos conservador de los dos. Y, con todo, le tengo apego a mi *x* como a una reliquia histórica, como a un discreto santo-y-seña en que reconozco a los míos, a los de mi tierra, igual que en el dejo o acento, o en el uso de tal o cual término o manera dialectal que me resucitan toda mi infancia.

Etimología o eje de la Y. Etimología, raíz, tradición. El árbol de la Y nace unido, y luego se separa en dos ramas. Una de las ramas sería Guatemala y la otra México. Y allá,

en el tronco común —nacido en Guatemala a fines de octubre de 1731, cuando Guatemala era un departamento en el Virreinato de la Nueva España— el poeta Rafael Landívar, autor de la *Rusticatio Mexicana,* poema escrito en hexámetros latinos donde palpita nuestro campo como palpitaba el campo latino en las *Geórgicas* de Virgilio,

> hace una descripción maravillosa de los lagos mexicanos, revive una erupción del gran volcán del Jorullo, en Nayarit, y pinta con mano maestra las cataratas de Guatemala y la florida campiña oaxaqueña; en materia agrícola, estudia la producción de la grana, la siembra y cultivo del añil y la caña de azúcar. Convive con los mineros y pinta sus maneras de trabajo; y, en el reino zoológico, estudia los animales y la manera de cazarlos. Es demócrata por excelencia: se codea con el pueblo para decir cómo son sus fiestas populares, peleas de gallos, corridas de toros, palo ensebado y juegos de pelota (*El Nacional,* 22 de oct. de 1931).

Con todo, no confundamos: es poeta erudito, de técnica refinada y artificiosa —y ya lo demuestra el solo hecho de escribir en latín—, aunque sus asuntos sean populares. Sus traductores han sido Heredia, Pagaza, Dávalos Mora, Escobedo y Loureda. Ocupa un puesto de primer orden en la moderna latinidad y, como decía Menéndez y Pelayo, sólo le faltó haber escrito en lengua vulgar para arrebatar la palma de la poesía descriptiva a todos los demás poetas de nuestra América, "sin excluir acaso al cantor de *La agricultura en la Zona Tórrida*". —En los diarios mexicanos, por entre la selva nerviosa y agitada de las otras actualidades, corrían las sosegadas ondas de la conmemoración a Landívar, cargadas con un fuerte aroma de yerbas salutíferas.

Morfología o eje de la Z. Y he aquí: con la última letra damos de cabeza contra el muro: es la "impasse", el callejón sin salida. Ahora se trata de la morfología, de la formación misma de nuestro carácter literario. De repente, resucita en México la reyerta de los Antiguos y los Modernos, que ya en otros siglos y otras ocasiones hizo sus armas en la literatura europea. Naturalmente, las ideas se refractan y se disfrazan y quieren pasar por novedades. Varios motivos

inconciliables se parten el campo, o se encaraman y se trenzan de modo más o menos discernible. Aquí de la razón pura de poesía y de la razón práctica de episodio; aquí del cosmopolitismo lírico a un extremo y del mexicanismo anecdótico al otro; aquí del arte deshumanizado y del arte que otra vez huele a hombre; aquí del universalismo y del nacionalismo en las letras. ¿Quién vencerá a quién? Ninguno, naturalmente. O mejor dicho —para seguir abusando de la filosofía— vencerá la síntesis hegeliana de la excelencia artística, la cual lo mismo puede ser denominador del arte más abstracto que del arte más nacional, de la tesis como de la antítesis. Problema es éste que no se resuelve, sino se conlleva; y de este diálogo, de esta discusión, viven, respiran y alientan las literaturas. El que otra cosa se figure creerá también que se puede legislar de una vez para siempre sobre la vida de los pueblos, que la historia llegará un día a un equilibrio definitivo, o que basta bañarse el día de San Juan para conservarse limpio todo el año. Los universalistas, entre los cuales están algunos de los valores más conocidos de nuestra nueva literatura, se oyen calificar hasta de malos mexicanos, y la flecha viene de aquellos que no han podido todavía traer al arte el mismo espíritu relativamente avanzado de que hacen gala en su conducta política. Los nacionalistas por su parte, entre los cuales hay críticos que cuentan, y algunos que tienen seguro porvenir, reciben de los otros el calificativo de malos literatos. Si las cosas de este mundo fueran tan estrechas como nuestras pasiones, de un lado estaría toda la verdad y del otro todo el error; de un lado los buenos y del otro los perversos; a una banda —digamos— los poetas líricos, y a la otra banda los novelistas. Pero no es así por ventura, sino que todos los elementos se confunden y se entrefluyen. Ahora bien: esta circulación continua tiene otro nombre mejor, se llama vida. Viva está, pues, nuestra literatura, y entre sus dos polos cambiantes estallan y corren los regueros de chispas. Yo no puedo tomar más partido que el de la calidad: todo es bueno con tal que sea bueno. Sin necesidad de alarmar a nadie, cualquiera puede ahora repetir —después de la controversia en torno al libro de Barrès— que el descastamiento

también puede ser una virtud, porque no lo es necesariamente, como tampoco basta para ser buen poeta el intenso amor a la patria. —Y sin embargo, no debemos callarlo: aunque la gritería rebase el diapasón delicado, aunque entre la rebatiña me estén cayendo a mí algunos palos y me toquen unos cuantos rasguños, estas discusiones son provechosas. A unos, les abrirán los ojos, recordándoles que para ser escritor no es lo mejor el halagar un apetito vulgar y dejarse ir a lo más fácil. A los otros, los orientará, obligándolos a pisar con más decisión su propio suelo.

Lector que no eres natural de México: tal es la cosecha que rinden los últimos periódicos mexicanos. Apréciala tú en lo que vale, aunque aquí te la ofrezca yo sin extremos para no cansarte. Estas tres posturas —la X, la Y, la Z: ayer, hoy, mañana: tradición, cultura, rumbo— se encierran en dos: en investigar el alma nacional y en empezar, como el buen juez, por la propia casa.

MÉXICO EN EL CINE: LA OBRA DE EISENSTEIN, PERDIDA

SERGIO EISENSTEIN, el director ruso universalmente conocido, tuvo su primer contacto con México cuando comenzaba su carrera. Se le encomendó la escenificación de un cuento de Reed cuya acción pasa en México, y desde entonces nació en él la curiosidad por nuestro país. Más tarde, contratado por firmas de California, cruzó la frontera y examinó un poco el paisaje de Tijuana, población del norte. Pero no encontró allí por cierto la tierra prometida de su fantasía y siguió trabajando en Hollywood. El proyecto de su film estaba fundado en una novela de Dreiser, la misma que luego fue exhibida bajo el título de *Una tragedia americana.* El consejo directivo quiso proceder a las habituales mutilaciones, y Eisenstein, no conforme con esto, rompió su compromiso con Hollywood y aceptó un contrato del gobierno japonés.

Estaba ya para embarcar a tierras niponas, cuando se puso en conversación con el conocido periodista Upton Sinclair —el que hace años denunció los escándalos del chorizo en Chicago, autor de *Petróleo* y otras obras de ataque al capitalismo— y con el pintor mexicano Diego Rivera, que le dio de México las descripciones más sugestivas y tentadoras, con la característica magia de su charla.

Eisenstein decidió cambiar de itinerario y se presentó en México por diciembre de 1930. Upton Sinclair y sus amigos le aseguraban los fondos necesarios. Se hacía acompañar por dos operadores, y escogió todos sus personajes —con excepción de una taquígrafa de la ciudad de México, empleada en un Ministerio, que le gustó para heroína— entre los campesinos y montañeses.

Pronto empezaron sus dificultades. El grupo que lo subvenía le impuso un "manager", pariente de Sinclair, que no parecía muy entendido, detestaba a México y estorbaba de mil modos el trabajo de Eisenstein. Éste no cejó; continuó

su empeñosa labor durante trece meses. Estudió los ambientes más recónditos, la historia y costumbres de nuestro pueblo. Se relacionó con las nuevas generaciones de artistas y escritores de México y recibió consejo y ayuda.

Según su plan, el film *¡Viva México!* debía presentarse a la vez en México, Moscú, París y Nueva York. Todos los escenarios eran naturales. No había más luz que la solar. No había trampa ni cartón. La técnica del sonido logró efectos de notable naturalidad. En vez de los cansados diálogos, sólo se oían voces como en coros, rumores, gritos que acentuaban la acción. La fotografía superaba a las obras anteriores del propio Eisenstein y era de una sencillez cautivadora. El asunto entraba en el dolor del pueblo y el arrobamiento del campo, impresionaba con la majestad del cielo y la montaña, cautivaba al espectador con la amargura hierática de las caras indias, solemnes y de pocos gestos. Los jinetes pasaban como centauros; los campesinos, con sus grandes sombreros, envueltos en las clásicas mantas de colorines, los sarapes. Las indias llevaban sobre la cabeza sus jarros de agua como en visión bíblica, a lo largo de los acueductos coloniales. Una trágica serenidad llenaba el ambiente. He aquí una enumeración de los cuadros:

Prólogo: Evocación del pasado y su supervivencia en el presente.

Episodio I: Tehuantepec, la vida del trópico. Calor y humedad. Riqueza natural. Folklore. Idealismo indolente.

Episodio II: "Apoteosis del maguey" (el agave mexicano de cuya savia se extrae el "pulque", bebida nacional, sagrada entre los antiguos). La vida en una hacienda pulquera de los llanos de Apan. Al fondo, los volcanes nevados. La existencia del peón, sus luchas y sus fatigas. La honda tristeza del campo. Los alardes del caballo. Las guitarras.

Episodio III: "La fiesta." Celebraciones religiosas. La Virgen de Guadalupe. Mercados y danzas populares. Rasgos pintorescos. Corridas de toros, de que se filmaron cinco mil metros, con el torero mexicano Liceaga.

Episodio IV: "La Revolución." Proponíase Eisenstein enfocar este cuadro a través de una mujer, una "soldadera" en cuya alma se refleja la tragedia de la guerra civil. Esce-

nario: el desierto de cactos de Tehuacán, uno de los paisajes más desolados del mundo. Las autoridades habían ofrecido su auxilio en punto a trenes, artillería, tropas y los elementos para resucitar al aspecto de las partidas de Villa y de Zapata, los caudillos del campo. Este episodio no acabó de filmarse.

Epílogo: El México nuevo, sin disimular sus inquietudes, pero ya orientado en sus ideales.

Eisenstein se trasladó, con todo su material "filmado", a Laredo, y en esa frontera tuvo que esperar cerca de dos meses la licencia de reingreso a los Estados Unidos. De allí debió embarcar para Rusia, obligado por anteriores contratos. Dejó en poder de Sinclair sus rollos. Éste trató en vano de venderlos; llegó hasta a ofrecerlos por pedazos, lo cual era ya lamentable. La sociedad había desembolsado en la obra unos 40,000 dólares. Los capitalistas del negocio nombraron a tres expertos de su confianza. Y éstos han mutilado y zurcido según su leal saber y entender la obra magnífica del artista. La epopeya mexicana ha quedado convertida en una serie de escenas incoherentes que dan muy pobre idea de la vida del país y que acaso saldrán amparadas bajo el nombre de Eisenstein. El mayor esfuerzo de la cinematografía moderna para con la América Hispana es de temer que pare en un inmenso fracaso. Los mexicanos que cooperaron con sus luces a la obra han lanzado la voz de alarma. Lo peor es que no se sabe el actual paradero de Eisenstein, ni él ha vuelto a comunicarse con México.

1932.

TIKO*

LA ILUSIÓN panorámica del espacio es una ilusión característicamente humana. El perro, aseguran los filósofos, no la padece: se siente incrustado en su espacio y, cuando se mueve, percibe un espacio en movimiento. Así Tiko —el perrito chow con cuya historia se abre sitio en las letras mexicanas Consuelo Pani— anda por entre una precipitación cubista de escenas y paisajes (París, la Costa Azul, Bélgica, Holanda, Suiza, Italia) como si jugara al calidoscopio con las casas, los lagos y las montañas. Su trayectoria corre suelta y nítida como un patín. No encuentra siquiera el tropiezo de la mucha carga literaria, que en una pluma primeriza sería de temer, y de perdonar.

El relato tiene la sencillez de un "sucedido", y sin embargo, no sucede nada o casi nada, fuera de la contemplación burlesca del espectáculo humano, desde los ojos entre azorados y traviesos de Tiko. Es un triunfo sobre la inercia. Y la palabra no va usada al azar, pues la preocupación de la física es constante a lo largo de la lectura. Aparte del "paisaje olfativo", en que una imaginación viciosa hubiera insistido un poco más (y Consuelo apenas lo señala para decir, por ejemplo, que Tiko se deleita en los hoteles, llenos de olores, o que reconoce el tufillo de una ausencia que data de tres meses, o que el diario baño de sus amos priva a Tiko de un elemento esencial del conocimiento canino), aparte del paisaje olfativo, el "paisaje cinemático" parece ser, en efecto, la principal representación del mundo en la sensibilidad de Tiko: las velocidades del auto, de la lancha gasolinera, del *flyer*, del trineo o la *luge*. Una curiosidad deportiva —polo, hockey— que Tiko comparte con su juvenil creadora, acaban de fijar la historia en esta primera mitad del siglo XX. Y como la moral, desde la altura del perro, queda reducida a sus planos de superficie, el mundo de Tiko cobra una ele-

* *Monterrey*, nº 10. Ríojaneiro, III-1933.

gancia geométrica. Geometría y, también, transparencia; y por eso, además, un triunfo sobre la opacidad, que se diría una función adventicia de la tercera dimensión.

Gogol ha contado de algún loco que descubre la correspondencia entre un falderillo y su enamorada. El falderillo se queja en sus cartas, sobre todo, de la falta de tacto de los humanos. ¡Esas repugnantes bolitas de miga de pan que sus amos le tiran y que hay que tragar por complacencia! Lo mismo acontece a Tiko con aquel hueso de caucho que le traen cierto día de obsequio, dizque para que se divierta. El pobre Tiko hace que juega con él, y se apresura a esconderlo donde nadie vuelva a encontrarlo. Gran lección contra la solicitud excesiva de aquellos que nos quieren bien.

En cuanto a los gatos, ya lo adivináis, brillan por su ausencia: no se acercarían a Tiko en una legua a la redonda. ¿Imagináis la irrupción del personaje Tiko en un mundo felino, el *Tigre en casa,* o el *Señor de los tejados,* del americano holandés Carl Van Vechten?

"Juzgando por los síntomas que tiene el animal", como en *El rey que rabió,* la autora deja al perro en su función humilde y orgullosa de perro, sin querer deletrearlo al revés, haciendo, según el chiste de Chesterton, del *dog* un *god.* Pero hay una ansia de humanización en los ojos con que nos contempla el gracioso Tiko, y su lenguaje universal de ladridos es ya una manera de decirnos algo. Seductores son los esfuerzos para recorrer la frontera liminar de la bestia al hombre.

También es lenguaje universal el francés en que está escrito el libro. Pero yo formulo el voto, y me autorizo con el claro ejemplo de Victoria Ocampo, de que la autora —a quien van mis dos manos— se traslade prontamente a nuestra lengua, antes de que cuajen del todo sus hábitos de expresión literaria. De otra suerte, nos quitaría, en cierto modo, el dón que nos trae.

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA "MARÍA" DE JORGE ISAACS *

1º El capítulo de Keyserling sobre la tristeza iberoamericana —por eso es grande— recoge la observación que todos han hecho. La gama de nuestra tristeza recorre desde el sentimiento trágico y metafísico que galopa por las serranías del Norte, hasta el aburrimiento desolado que inunda las llanuras del Sur. Llueven lágrimas. Por todos nuestros campos se han puesto a sollozar las guitarras. Pero, además de eso, Jorge Isaacs, el clásico del llanto, ¿se habrá contaminado de los soledosos portugueses? Comenzaba así Bernardim Ribeiro, allá por el siglo XVI: "*Menina y moza,* me llevaron de casa de mis padres." Le hace eco el colombiano Jorge Isaacs, al comienzo de su *María:* "Era yo niño aún, cuando me alejaron de la casa paterna."

2º En el agua del discurso romántico, que parece tan propicio a las vaguedades, hay un crocante de cosas precisas y duras, donde el diente se hinca con amor. El maestro conoce la naturaleza por sus nombres propios; su técnica, con ser de sustancia tan fluida, no nos roba el conocimiento exacto de los objetos. Hay enredaderas, verdes gramales, bóvedas de písamos florecidos e higuerones frondosos, añosas copas de guadales, grupos de sauces y naranjos, aromosos rosales, azahares y pomarrosos, azucenas, lirios, campanillas moradas de junto al río, y entre las trenzas de color castaño-oscuro, claveles encarnados. El campo tiene matices y motivos de tapiz persa. A la ciudad sólo se la alude de lejos, en frases escorzadas. El campo, en cambio, aparece en sus paisajes de colores, olores, sabores, ruidos y hasta tactos.

3º Un miniaturismo oriental, que no perdona detalle de las vestimentas, calzado y peinado femeninos; que acaricia los muebles y las decoraciones; que se recrea en las minucias del bordado y las labores domésticas. El afán de

* *Relator,* Cali (Colombia), 1-IV-1937.

suspender el relato, en cada pequeño capítulo, de suerte que la acción de la novela se detenga y se organice un instante a manera de cuadro, de alegoría estática, para que los ojos y la mente puedan contemplarla unos instantes. Alegoría tan compuesta que alcanza cierto fulgor de paisaje bíblico.

4º La constante voluptuosidad, la sensualidad alerta, aparecen en forma de continuos relámpagos de pudor: ya ante una nuca, un brazo torneado, unos pies descalzos. Una voluptuosidad tan embriagadora que sofoca y hasta hace daño por momentos: "Una sombra me cubrió los ojos: era el supremo placer que conmovía a una naturaleza virgen." Ante el goce, hay una contracción: el alma ante el éxtasis, en Plotino. Ya decía Montaigne que el sumo goce tiene más de severidad que de alegría.

5º Todas las sensaciones escurren, no sobre la piel, sino sobre la carne viva. Los personajes van sin la defensa de la epidermis, como en los desollados del maestro flamenco. Todo tacto se hunde y se apoya, como una auscultación, hasta que se encuentra la zona álgida, la zona dolorosa. Aun las despedidas para una visita por las haciendas que sólo durará cuatro días son causa de entristecimiento y pesadumbre. (Verdad es que la emoción de las despedidas es una de las que más han envejecido de la época de nuestros abuelos hasta nuestros días, porque hoy somos constantes viajeros.) Las notas sentimentales se extreman todas hasta donde empiezan a ser penosas. Como la trayectoria del relato es melancólica, ninguna alegría nos engaña al paso: todas nos aparecen cargadas de prenuncios fatales. Las caricias turban como amenazas. Las sonrisas anuncian duelos. Las penas. . . Por eso, a pesar del engañoso aire melifluo, *María* es una sinfonía patética. Al menos, duele tanto como empalaga, y quema finalmente. Relean la *María* quienes conserven sólo el recuerdo de un lloriqueo insípido, y se convencerán de su error.

6º Es innegable que esta sensibilidad punzante, este entender la vida como un valle de delgados cuchillos, no es una mera exageración del procedimiento, sino un modo de ser, un modo de ser que corresponde al temperamento, de la adolescencia, al menos en ciertas naturalezas. (Ver: Pedro

Henríquez Ureña, "Camino interior", revista *Sur*, Buenos Aires, enero de 1936.) El efecto artístico puede resultar algo enturbiado, sin dejar nunca de ser excelso. El valor humano es el de la "confesión de un hijo del siglo".

Buenos Aires, II-1937.

MEDITACIÓN PARA UNA BIBLIOTECA POPULAR

UN REFRÁN que todos conocemos dice así: "Nadie sabe el bien que tiene hasta no verlo perdido." Demos a este sentencia popular una figura más alegre: "Nadie sabe el bien que tiene hasta no verlo salvado." Me explicaré. Robinsón naufraga y va a parar en una isla desierta. Logra salvar algunos objetos: entonces es cuando aprende a apreciar el valor de cada uno de los objetos que salva. Por ejemplo, un hacha. Mientras Robinsón vivía en medio de su vida habitual y confortable, a menos que fuera leñador, ¿qué caso haría de un hacha? Pero ahora, solo en medio de la naturaleza bravía, alcanza a comprender todo lo que significa este tesoro, un hacha, vieja compañera del hombre desde los comienzos de las más remotas civilizaciones. Arma de defensa a la vez que útil de la industria, gracias a ella se atreverá a dormir tranquilo debajo de los árboles; y gracias a ella pronto empezará a tumbar los árboles para edificar un refugio más seguro. Un escritor inglés, muerto hace poco, de modo que tuvo la suerte de no presenciar las últimas crueldades de Europa, recomendaba, como provechoso ejercicio espiritual, el plantarse de cuando en cuando ante todas las cosas que nos rodean como Robinsón ante su hacha, figurándonos que somos unos náufragos y que nos preguntamos sobre todo lo que significa para nuestra vida en la isla desierta cada uno de los objetos a que estamos acostumbrados. Es un buen criterio para apreciar los verdaderos valores.

Imaginemos que me encuentro en la isla con un centenario en el bolsillo. De nada me sirve el oro, el dinero. Es un valor de orden secundario, no es un valor inmediato. No tengo con quién cambiarlo por las cosas que me hacen falta para mi sustento o mi defensa. Si muestro mi centenario a los árboles, los árboles no por eso me dejan caer sus frutos en la mano. Si lo muestro a las flores y a los pájaros, como las flores y los pájaros no hilan, no por eso me van a dar las

telas que necesito para mi abrigo. Si lo muestro a las fieras que me amenazan, ya sabemos lo que sucede. Imaginemos ahora que, entre los restos de mi naufragio, encuentro un libro. No puedo nutrirme con él, no puedo defenderme ni vestirme con él. Pero si recorro sus páginas, encuentro en él ideas y sentimientos, testimonios sobre la herencia acumulada por el alma de los hombres. Esto, desde luego, comienza a servirme de compañía y de consuelo; me reincorpora otra vez en la familia de seres a que pertenezco, me estimula, me levanta el ánimo, me da fuerzas para luchar por la subsistencia. Ya no estoy tan solo: me he acordado de que soy un hombre, y que el hombre no sabe entregarse sin combatir. Además, es posible que el libro contenga enseñanzas y consejos, resultados de la experiencia humana; que me recuerde cómo se buscan las materias primas que necesita mi vida, cómo se fabrican los instrumentos indispensables para mi brega con la naturaleza. ¡Pues imaginemos que me encuentro, no con un libro, sino con una colección de libros, con una biblioteca! Y entonces comprenderé por qué, a las puertas de una de las primeras bibliotecas de que la historia guarda recuerdo, un monarca egipcio hizo poner esta bella inscripción: "Remedios del alma."

Los libros no son más que el depósito de las experiencias y los pensamientos de los hombres, en esta larga investigación que es la vida. Ellos conservan el registro de todas las conquistas humanas. La biblioteca viene a ser, así, como una máquina regularmente construida para ayudar o suplir a la memoria. Cuando las conquistas humanas se reducen a unas cuantas recetas sobre cómo encender el fuego o cómo cocer el jarro, se las aprende prácticamente y se las confía a la memoria. Pero conforme las conquistas aumentan en número y se enriquecen en calidad, ya no caben en la memoria, ya no es fácil transmitirlas todas mediante la enseñanza directa o mediante la conversación de padre a hijos y de maestros a aprendices. Y entonces va desarrollándose poco a poco la necesidad de fijar las comunicaciones humanas —hechas de palabras que se lleva el aire— en formas más estables, en sustancias más sólidas. Recorramos rápidamente, con la fantasía, todo el proceso de ensayos, titubeos, erro-

res y aciertos que han conducido hasta el logro de este objeto precioso, el libro.

¿Cómo fue el primer libro? El primer libro no era un libro. El primer libro tenía boca, pies y manos. El primer libro era un mensajero o un recitador, era un hombre. En aquella época nadie sabía escribir ni leer, pero educaba prodigiosamente su memoria, único medio de retener las conquistas y de asegurar la comunicación de las enseñanzas entre los hombres. Por eso el sistema fundamental de toda enseñanza sigue siendo la memoria, y la técnica fundamental del aprendizaje siguen siendo la repetición. Para no olvidar las recetas mágicas, las fórmulas de los contratos entre las tribus, se las redactaba en versos, en frases rítmicas.

Ésta fue la primera literatura. La primera historia o relato de hechos memorables se conservaba en baladas semejantes a nuestros "corridos". Las noticias no se transmitían por cartas ni menos por telegramas, sino de viva voz, como lo hacían los correos de Moctezuma que, en carrera de relevos, llegaron desde las costas del Golfo de México hasta la ciudad de Tenochtitlan a dar cuenta de la aparición de unos hombres blancos, mitad hombres y mitad caballos, que manejaban el rayo en unas pesadas cerbatanas.

Ya se comprende que por este medio la humanidad no podía ir muy lejos. Había que llegar a la letra escrita. Pero antes de llegar a la letra escrita, hubo que andar un largo camino de muchos millares de años.

El que echa un nudo en el pañuelo para no olvidar alguna cosa lo que menos se figura es que repite los procedimientos del hombre primitivo. Los antiguos chinos y algunas tribus americanas que no alcanzaron la civilización jeroglífica trasmitían ciertos mensajes elementales o escribían sus cuentas en unos cipos o varas a las que ataban pedazos de cuerdas con nudos diferentes. En algunas tribus africanas, el mensajero o correo aprende de memoria la orden que recibe; pero, para ayudar su memoria, divide mentalmente la orden en varias partes, y por cada parte marca con un cuchillo una raya en un bastoncito que lleva. Ejemplo: "Vas a ir a tal pueblo": una rayita. "Buscas al jefe Fulano": otra rayita.

"Le dices que lo espero": otra rayita. "Que venga el día de la nueva luna": otra rayita.

Otras veces, se usaron bastoncitos o cuentas de color, y a cada uno de los colores se daba cierto significado, todo para ayudar la memoria. Más tarde, estos procedimientos convencionales se han desenvuelto en grado sumo, al descubrirse que las palabras están hechas de esos elementos que hoy llamamos letras. De aquí las señales telegráficas de ruidos o de luces. En el ejército y en la marina, se usan señales de banderas que hasta suelen significar frases completas. Las claves o escrituras secretas dan idea del punto a que se puede llegar en esta representación convencional de las palabras, así como el lenguaje de las flores, y sobre todo el lenguaje de las manos para los sordo-mudos. La escritura actual no es más que la forma popularizada, práctica y segura de esta representación de la palabra. Antes de llegar a la escritura, todos saben que se pasó por el jeroglifo, el cual a veces describía como un dibujo muy elemental y abreviado los objetos de que se trataba, y a veces (y esto fue ya un gran progreso) representaba los sonidos mismos de las palabras. Todos han oído hablar del impulso que ha dado a los estudios históricos el haber descifrado la escritura jeroglífica de los antiguos egipcios en el siglo XIX, cuando las expediciones de Napoleón Bonaparte; y todos en México tenemos noticia de la escritura jeroglífica de los aztecas.

Cuando se llegó a la escritura del alfabeto (los primeros alfabetos eran muy diferentes de los que hoy usamos) la humanidad dio un gran paso. Antes de escribir en sustancias vegetales, de las que poco a poco ha salido el papel de pulpa de madera, la escritura se grababa en piedras y ladrillos; y antes de usar la tinta, los poetas escribían con punzones en tabletas de cera, que venían a ser como nuestras pizarras escolares. Así, un poeta latino de hace muchos siglos, cuya perfección artística todavía nos asombra y puede servirnos de modelo, el poeta Horacio, dice que las musas lo tienen esclavizado a tal punto, que a veces en mitad de la noche pierde el sueño y salta de la cama buscando las tabletas de cera. Los punzones se llamaron estilos (todavía llamamos estilete a un arma punzante) y luego se ha

venido a dar el nombre de estilo al modo de escribir de los autores.

Entre las primitivas inscripciones como las de los ladrillos babilónicos y la página escrita con tinta en el papel, encontramos telas de papiros, hechas con flores de loto que nacían en el Nilo; cueros como en nuestros códices indios, y pergaminos de diferente consistencia. Todavía los orientales usan papel de arroz, y nosotros papel de lino y hasta de residuos de trapos. La tinta se hacía de nuez de agallas, de negro de humo, de sustancias y sales colorantes como la caparrosa, antes de llegar a las tintas industriales modernas.

Los libros en la antigüedad clásica eran unos rollos envueltos en un bastoncito; y aunque después se llegó a darles la forma de cuadernos cosidos, durante muchos siglos fueron manuscritos. Cierto es que los chinos poseían unos sellos para estampar caracteres, pero el verdadero descubrimiento de la imprenta data de Gutenberg, quien inventó los tipos movibles e imprimió con ellos una Biblia latina en el siglo XV. Los primeros libros así impresos se llaman "incunables". Antes de esa época, las obras se reproducían mediante copias manuales, a las que se dedicaban sobre todo los monjes. Aislados en sus monasterios de los tráfagos del mundo, tenían tiempo para tan pacientes y minuciosas tareas. Ya se comprende que entonces el poseer una biblioteca era un lujo de las clases acomodadas, y ya se comprende el servicio enorme que prestó la imprenta a la difusión de los conocimientos entre el pueblo, y a la preparación de la futura democracia.

Hoy por hoy, los medios de reproducción acústica mediante discos y radios han venido a reforzar la propagación del conocimiento, pero nunca podrán sustituir al libro ni a la biblioteca.

La biblioteca popular que el Departamento del Distrito Federal ofrece hoy a la población de Contreras debe, pues, ser considerada como un tesoro entre los vecinos. La hemos puesto bajo la advocación del Dr. Mora, uno de los más ilustres investigadores de la historia mexicana y, en consecuencia, de los que más han ayudado a salvar nuestro tesoro de tradiciones en este constante naufragio de Robinsón que es la vida.

Cada vez que alguno de ustedes, joven o viejo, se incline, sobre las páginas de una de las obras que aquí se custodian, hágalo con religioso respeto y comprenda que, por el solo hecho de estudiar y leer, está ayudando a salvar, para sí mismo y para sus hijos, el hacha de la civilización que nos permitirá, otra vez, desde nuestra América, reedificar la morada humana y defendernos contra las fieras que se han desatado por el mundo.

Contreras, 28-XI-1940.

TRASLUZ DEL "LEVIATÁN" *

VOY A ofrecer una imagen de Hobbes algo caprichosa. No será un retrato, sino una caricatura. Como tal, es posible que ayude, exagerando los rasgos, a descubrir algunas intenciones secretas de la realidad que, bajo el ángulo de la visión ordinaria, no se revelan.

Hobbes, león para las bregas espirituales, era, en lo personal, un cordero. Él mismo nos habla de su timidez y apocamiento, que atribuye al alumbramiento prematuro de su madre y a las temerosas circunstancias que lo acompañaron. Sin embargo, este tímido dio la mayor de las batallas: la batalla del pensamiento moderno, de la nueva interpretación del hombre y del Estado. Ya lo persiguen los presbiterianos ingleses, ya los clericales franceses, y él, siempre irreducible, aparece, como dice Sánchez Sarto, en la arisca postura moral del "refugiado".**

Su obra filosófica puede resumirse en cuatro grandes tratados: 1º *De Corpore,* ciencia de la naturaleza, con estudio de las leyes físicas y mecánicas de la moción y el cambio; 2º *De Homine,* ciencia de los cuerpos especiales, teoría de las actividades fisiológicas y psicológicas de los seres humanos; 3º *De Cive,* ciencia de los seres humanos agrupados en comunidades, uno de los primeros tratados de sociología y psicología social; 4º finalmente, el *Leviatán,* en que juntó sus anteriores conclusiones y construyó su sistema ético y político.

La obra de Hobbes aparece dominada por la concepción mecánica y matemática. El mundo se le reduce a cuerpos y movimientos. Las mismas pasiones y emociones son movimientos interiores determinados por los movimientos exteriores, transmitidos de un motor a un móvil, "epifenómenos" del movimiento, que Hobbes llama "fantasías". En el trán-

* *El Nacional,* México, 20-V-1941.

** Hobbes, *Leviatán,* Pról. y trad. de M. Sánchez Sarto, México, Fondo de Cultura Económica, 1940: "Primera edición española."

sito así entendido de las cosas de la naturaleza a las cosas del alma, revela una simplicidad candorosa, muy distante de la cautela de su gran contemporáneo Descartes, con quien nunca se entendió muy bien. Mucho mejor parece haberse entendido con Galileo, en Florencia, acaso porque las investigaciones de éste caían dentro del campo de la materia. Y, en efecto, Hobbes muestra un materialismo que apenas difiere del atomismo griego.

La reducción del universo a cuerpos y a movimientos, comunicados necesariamente de unos a otros, establece el método de los métodos: la matemática. Se comienza por estudiar la geomertía o figura de los cuerpos; de aquí, se procede a la investigación mecánica, física, fisiológica, psicológica y sociológica. Cada una de estas disciplinas es esencial a la siguiente; pero la disciplina determinada no queda del todo absorbida en la previa y determinante. En cada nivel aparecen fenómenos de especie nueva, que necesitan nuevos supuestos inductivos. Así, de vez en cuando, se presentan novedades no abarcadas por los principios anteriores: la mecánica se funda en la fuerza; la física da un paso más, y descubre otras cualidades en la percepción sensorial; y la ciencia del hombre, sociología incluida, necesita ya un recuento y noticia de vastas experiencias históricas, por donde la historia se atreve a veces a ocupar el trono de la filosofía. De modo que los grados de la ciencia no proceden en cadena de deducción. Nueva manera de "nominalismo" como el que tantos debates provocó en siglos anteriores, las especies primeras y universales no comprenden en sí, de modo inmanente, todos los casos particulares. Éste es el punto neurálgico, el punto de desgarramiento entre la Edad Media y la Moderna.

La Edad Media vivió sólidamente afianzada en su confianza en Dios. Lo infinito salía responsable de lo finito, y las mismas contradicciones posibles entre la fe (fundamental) y la razón (secundaria) no debían inquietar al hombre, porque eran efectos de la humana flaqueza, y el Dios omnipotente se hacía cargo de las antinomias y las resolvía en otras regiones del ser, inaccesibles para nosotros. La historia terrestre era un tránsito entre dos infinitos, y en ellos

encontraba sentido. El espíritu moderno, cabalgando por una parte en la ciencia (Copérnico, Kepler, Galileo), pero, por otra parte, empujado ya desde antes por la ofensiva "nominalista" (Occam), y por las concepciones de un Dios autocrático y sin leyes (Escoto), se deja fascinar por las cosas finitas, busca el sentido de la historia en la historia misma, y a la vez deja ver de cuando en cuando cierta desazón pavorosa: el pavor de haber puesto fin a las grandes leyes básicas del antiguo universo. El monje Lutero tenía miedo de Dios; su Dios era ya un ser caprichoso.

Hobbes, para quien la naturaleza es un caos que precede al cosmos de la razón (el antiguo universo era más bien un cosmos que se degradaba en caos al irse alejando del ser absoluto), concibe la etapa de naturaleza como una etapa de guerra y aniquilamiento, fondo cenagoso de la sociedad, que puede aflorar a cada rato en erupciones volcánicas. Ante el pavor de estas erupciones posibles, los hombres pactan el Estado político, construyéndolo conforme a razón. Han transportado el problema, desde la suma autoridad divina, hasta la voluble autoridad humana. La Polis ha sido engendrada por pavor a la naturaleza. La misma imagen política revelada en la palabra "Leviatán" es una imagen de terror. El Leviatán o Estado es un "monstruo de razón" hecho con toda la masa de los hombres, de armoniosa cabeza que se levanta hacia las nubes, y de pies ganchudos, feroces y deformes que se hunden en el suelo natural de la guerra. La cabeza lucha contra los pies para instaurar la paz perpetua.

Los psicólogos de nuestros días han asegurado que todo nacimiento es un traumatismo, un choque cuyas huellas se perciben a lo largo de la carrera humana. El nacimiento que pudo no haber sido, que —por decirlo así— lucha en grado sumo para llegar a producirse, sería entonces el mayor de los traumatismos natales. Hobbes pudo no haber nacido. Vino al mundo prematuramente, ante el sobresalto que causó en el ánimo de su madre la amenaza de la Grande Armada sobre Inglaterra (1588). La angustia de la madre ante el fantasma de la guerra, comunicada al retoño por secretos vínculos de la sangre, preside, como hada sañuda, al nacimiento de Hobbes. Su traumatismo original va acentuado

por el horror a la guerra, la cual significa el nivel mínimo de naturaleza. Dotado de fuerte cerebro, Hobbes busca entonces una compensación en las cosas menos fugitivas, en las que se dejan asir por los sentidos, en los cuerpos y en los movimientos, en la materia y en la mecánica, y busca en la matemática de lo finito el alivio que le ha sido negado al perderse la confianza en el infinito. Bajo el velo sereno de la razón, se siente bullir el pánico de lo irracional primitivo. El Leviatán, visto al trasluz, descubre una urdimbre temerosa.

¡Desquites de la humana naturaleza! También el teórico del superhombre, de la "bestia blonda" en cuyo nombre ha corrido tanta tinta y —sin quererlo él— tanta sangre, era tímido y apocado, como Hobbes en lo personal. Era un hombrecillo cegatón, achacoso y mutilado, que iba tropezando con la gente y deshaciéndose en corteses disculpas. Y, sin embargo. . .

UN NUEVO TEMPLO

Yo FELICITO al arquitecto don Enrique de la Mora por la probidad y el valor con que ataca el más grave problema de la arquitectura contemporánea: la arquitectura religiosa. Por lo mismo que la religión significa un anhelo de eternidad, parece que las manifestaciones del arte religioso debieran tener, por lo menos, una estabilidad mayor que las artes laicas, y es natural que el público se resista más a las innovaciones cuando se trata de lo que, por ser sagrado a sus ojos, le parece más intocable. El proyecto del señor De la Mora para la nueva iglesia de la Purísima en la ciudad de Monterrey, iglesia destinada a sustituir un viejo templo, tradicionalmente asociado a la vida y a los recuerdos de tantas familias regiomontanas, tiene por fuerza que provocar una especie de sobresalto. Pero veámoslo de cerca.

Ante todo, hay algo intocable en cualquier estilo de templos católicos, y es cuanto responde al canon y a la liturgia. ¿Qué serían un templo católico donde faltaran altar, coro, púlpito, pila bautismal, etc.? ¿Qué un templo católico donde apareciera una imagen pagana? (Y, sin embargo, ciertas pinturas de asunto pagano siempre decoraron muros de iglesias, y en algún arco exterior de la iglesia de Cáceres, Extremadura, hemos visto una Ceres que se olvidó entre los vestigios romanos, y la gente habla todavía con naturalidad de la "iglesia de la Ceres".) Si, pues, De la Mora ha cumplido puntualmente con las exigencias funcionales del templo católico, y ha merecido en tal sentido el "Nihil obstat" de la autoridad eclesiástica, no hay más que hablar de este aspecto de la cuestión, y pasamos a las consideraciones de orden meramente social y estético.

Si todo arte significa un diálogo entre el creador y el pueblo, entre el artista y su público, es evidente que esta relación de simpatía es más estrecha cuando se trata de satisfacer un servicio general. El poeta, a solas, puede divagar cuanto le plazca, sin mayor sanción que la crítica; lo mismo el pintor de caballete. Mucho menos ya el pintor mural; me-

nos aún el arquitecto, y máxime cuando de arquitectura religiosa se trata.

Pero hay un distingo: la casa que yo mando hacer ha de ser a mi gusto, porque la pago para mi disfrute privado. El edificio público, civil o religioso, no puede partir de un previo plebiscito. Basta que se ajuste a sus fines, a las posibilidades de realización y al criterio de los entendidos. En nuestro caso, las dos primeras condiciones se cumplen. Respecto a la tercera, o criterio de los entendidos, merece examen: no se trata de satisfacer el gusto de todo eclesiástico en su condición de persona privada, de todo hombre culto en general, o de todo fiel o feligrés. Esto jamás se ha hecho, ni a nadie se le ocurrió pensarlo en las grandes épocas artísticas, cuando nunca se confundió el arte con las cosas electorales. No: se trata del juicio de personas autorizadas, consagradas al asunto por larga vocación y experiencia. No nos disimulemos que, entre ellas, puede haber dos bandos. Dejando ya de lado los puntos arriba examinados, veamos cuáles son las principales objeciones que se han presentado al proyecto:

1º La novedad, la diferencia con los estilos acostumbrados. Pero ¿alguna vez han dejado de evolucionar las artes sagradas? Sí: cuando entran en la decadencia, como en nuestros días acontece; cuando se conforman con repetir automáticamente las formas que produjo otra época. De todo arte puede decirse que la gran creación asume siempre, al aparecer, el carácter de una paradoja. Pues el verdadero creador, aunque sociológicamente es un intérprete de los informulados anhelos de su tiempo, se distingue precisamente del primero que pasa por la calle en que ha llevado su sensibilidad a un refinamiento tal que no podría ser alcanzado por los demás. Y lo que en el primer instante parecía inusitado, al día siguiente parece habitual, y al otro día digno de admiración y entusiasmo: a esta sencilla fórmula se reduce la evolución del gusto artístico en las sociedades, a través de la historia. El sostener y alimentar esta evolución no es más que una forma suprema de la "ecología biológica", o acomodación equilibrada y siempre mudable de un organismo con respecto a su ambiente; pues organismo y medio es-

tán en marcha y se modifican mutuamente. Y el abandonar este deber significa, para el artista, el olvido de su misión. Nuestra arquitectura eclesiástica y barroca del XVIII no es igual a la clásica renacentista, ni ésta a la gótica, ni ésta a la románica. Pero nosotros, en el siglo XX ¿estamos acaso condenados a salirnos de esta ley vital, confesando así implícitamente que el arte no tiene ya aplicación religiosa, es decir, que arte y religión han muerto en nuestros días? ¿Es esto lo que significa la objeción?

2º La evocación de formas laicas y profanas. El proyecto De la Mora recuerda un hangar, una bodega, una locomotora, todas estas cosas mecánicas e industriales de nuestros días que parecen singularmente afectadas de profanidad. Pero ¿la Catedral no recordaba en sus días los mercados y las Casas Consistoriales? Máquinas no había como ahora; de lo contrario, también las hubiera recordado. ¿Y las profanidades que hay en los demonios de Notre Dame? ¿Y las procacidades de los monos en alguna arcada del claustro de Toledo? El artista tiene los ojos llenos de lo que ve en la vida, no sólo en las piedras vetustas o en los libros de reproducciones, y el que lleve a sus obras cierta impregnación de las formas más habituales en su época es garantía de que se ha planteado con sinceridad el problema de relación biológica de que antes hablamos.

Ciertamente, cuando se limita a copiar lo desusado o vetusto ya su obra no recuerda nada cotidiano. Sólo recuerda la muerte. Sólo ha hecho una falsificación arqueológica. Más valía que no hiciera nada. Las ridículas imitaciones del obelisco egipcio hechas en cemento armado nos dejan enteramente fríos. Queremos un arte que sea expresión de nuestra vida.

Además de que las nuevas técnicas de la construcción tienen por fuerza que influir sobre la arquitectura. No tiene objeto seguir contando con los dedos, ni es signo de altas prendas mentales, cuando se ha desarrollado ya el cálculo matemático. Pero, por lo visto, con el pobre arquitecto pasa otra cosa: ¡tiene que mandar arrancar sus piedras con las uñas, cargarlas a los lomos de hombres y amontonarlas unas sobre otras como en tiempo de los menhires y dólmenes!

¿Que el templo proyectado según el espíritu de la época recuerda también otras formas de arte contemporáneo a que el público no se ha acostumbrado todavía? Pues tanto peor: es bueno que el público se acostumbre. También las puertas de las antiguas catedrales, con sus cuádruples festones de figuritas y motivos trazados en arcos recuerdan de cerca las estrofas de cuatro versos monorrimos del "mester de clerecía", a lo Gonzalo de Berceo, arte de poética todavía culto, todavía inaccesible al pueblo, que seguía deleitándose en las ferias y en los caminos con los informes poemas del viejo "mester de juglaría".

3º La última y definitiva objeción: "Esos presuntuosos *entendidos* dirán lo que quieran, pero a mí ese proyecto no me gusta, y en gustos se rompen géneros." Lo esperábamos desde el principio, lo veíamos venir, por eso le reservamos los honores del final. En efecto: aquí ya la discusión es imposible. Tenemos que respetar los gustos de cada uno, en sus asuntos privados. En cosas que trascienden a la sociedad no queda más recurso que aconsejar algo de transacción, sin lo cual no hay armonía posible entre el individuo privado y el grupo humano a que pertenece. ¡Oh, cuántas cosas que a mí no me gustan! No me gusta ser pobre donde otros son ricos, por ejemplo. No me gusta que la ciudad de México esté tan alta y tan lejos del mar. No me gusta que el clima de mi Monterrey sea tan extremoso. Tampoco me gusta que mi tierra natal se prive de ostentar el primer intento mexicano de una solución honrada y respetable en el grado extremo de la arquitectura religiosa. Ello será un nuevo timbre de aquella ciudad progresista, cuyo verdadero carácter es, por lo demás, la modernidad, pues que no puede alardear de joyas coloniales. El templo será un modelo propuesto a otras regiones menos capaces hasta hoy de afrontar este y otros problemas. Y yo prometo desde aquí que los que se asustan ante un papel serán los primeros en aplaudir la magnificencia del monumento, una vez que lo vean alzarse y vivir con vida no prestada. Por lo demás, como yo no soy "entendido", no me cae la piedra. Digo lo que creo, y adelante.

México, I-1942.

HAZ DE PROVINCIAS *

CUANDO la metáfora mística servía de lenguaje universal, se dijo que Israel era el corazón de donde recibían su sangre las naciones. De cada país en particular, la primera imagen que acude es ver en su capital su corazón. El corazón, insignia y emblema, cifra heráldica, escudo del pabellón, es sin duda algo más que un símbolo lingüístico. Creemos en las organizaciones y en los orbes latinos, en el orden lúcido, en la coherencia geométrica, en el centro que parece sujetar con su magia el ámbito del círculo. Nos dice la historia que Roma y París y Madrid coordinaron aquella Campiña, aquel Feudo Capetiano, aquella Castilla en torno a los cuales, en política gravitación, precipitaban los miembros dispersos de los reinados, para al cabo formar un ser con capacidades vitales. Nos dice que a Sevilla, que a Aviñón o Florencia —para no multiplicar los casos— les correspondió alguna vez cierta función delegada y subsidiaria, como a corazones de emergencia, pero les sobraba delicadeza y les faltaba la inexorabilidad, la médula de hierro para sostener la vida azarosa de las patrias. Nos dice que Grecia se fue partiendo, en lamentables y cambiantes fisiparidades, por efecto de electricidades repelentes que un día radiaron de Atenas, otro de Esparta, y muy pasajeramente de Tebas o hasta de Tesalia; y cuando por último la fuerza se concentró en Pera la macedónica, cansadas las arterias del pueblo entre tanta y tan diseminada reacción, Grecia se preparó al vasallaje y maduró blandamente para el yugo romano.

Las capitales se han de amar y defender como sacramentales recintos, como aras por excelencia de la ceremonia social. Y sin ceremonias, las civilizaciones padecen. La carrera institucional de los pueblos no es más qué un progreso de ceremonias. Mudando el símil, se dijo una vez de la capital de una cultura: "cerebro del mundo".

Pero, en esa palpitación de sangre, la bomba del corazón

* *Haz de Provincias,* México (Feria del Libro), 1946.

no elabora el riego. El riego ha de venir de todas las zonas del organismo. En materia como en espíritu, el sustento se extrae y se hace homogéneo en todas partes, menos en el corazón mismo. Hay más: los países cuyas provincias no participan en la vida común, cada una en la proporción de su energía y en el tono de su cualidad, están enfermos o no han alcanzado la adultez.

Para una visión filosófica y global, a pesar de escollos y vicisitudes, hace mucho que todo es democracia, aunque más o menos imperfecta, aunque más o menos inconfesa, pues la democracia es un destino evolutivo mucho más aún que una doctrina. Y en la transformación democrática de los pueblos modernos, la misma diferenciación creciente de funciones y la alternancia de las personas en los servicios públicos acumulan en las capitales una inevitable proliferación burocrática, endureciéndolas en la rutina oficial y vaciándolas irremediablemente de significado propio, por ese vivir fuera de sí mismo, que es, por esencia, el ejercicio político.

De aquí que, en los ritmos de la historia, aquel corazón romántico de antaño venga declinando secularmente hacia una armazón esquelética, andamio maestro si se quiere, pero más andamio que edificio.

Y añádase que, en la acelerada comunicación internacional, que es, también, el camino real de la historia, en las capitales parece que se amontonan —y esto desde hace mucho tiempo— todas las influencias exóticas, camino de la asimilación o del repudio. El buen francés no se habla en París, sino en Tours; el buen español no se habla en la Villa del Oso y el Madroño, sino en Valladolid; el buen italiano es más de una cadena de ciudades segundas que no de Roma. Esto es un decir, no lo creamos al pie de la letra. En el orden social y humano sólo hay dos o tres principios eternos que hayan de tomarse textualmente. Pero esto, como quiera, es una figura interpretativa de la realidad. Y por eso es ya lugar común que el verdadero ser de una nación no se aprecia por su capital.

Hay que ir a la provincia y hay que venir de la provincia: donde las aguas se remansan un tanto, donde se concentran las mieles y conservan su virtud y su aroma. Felices

los pueblos en que las provincias guardan todavía el orgullo de sus sabores vernáculos, o en que ellas reclaman la participación en el coro, cuando ya el solista empalaga y empieza a perderse en sus virtuosismos. Vale la gavilla por sus espigas, más que por la guía que la anuda. Las culturas nacionales desfallecen sin alimento, a falta de esta perennidad en la renovación o este renovarse en lo perenne que es la obra de las provincias. Las naciones tienen que ser, o no podrán ser, un *Haz de Provincias*. Aquélla, que ponga sus jugos vegetativos y lentos; la otra, la sazón de sus inquietudes; la de más allá, su eficacia fabril; o su genio en la continuidad de las tradiciones, o su audacia en la oportunidad de las variantes. Y entre todas ellas, otorguen el torrente de sangre. Ya podrá arrullarse el corazón, en el tic-tac de su relojería laboriosa.

México, 15-XII-1945.

HUÉSPEDES INDESEABLES *

LOS PRIMEROS gusanos de libros que descubrieron la América sajona, si no eran genoveses de origen como Colón, al menos procedían de Italia. No negamos que antes hayan aportado por acá algunos náufragos de arribada forzosa, así como hubo Colones sin credenciales históricas (escandinavos, chinos, etc.) que cometieron el error de aparecer por el Nuevo Mundo antes de que el tiempo diera la señal para levantar el telón. Pero digamos, en fin, que los gusanos ya provistos de papeles en regla venían de Italia y viajaban ricamente entre las páginas de un ejemplar de la *Divina Comedia* dirigido a la Universidad de Cornell. Se supone que los gérmenes fueron depositados y criados en el Infierno; que durante el viaje marítimo discurrían por el Purgatorio, y que al tocar las costas de Nueva York se encontraron en el Paraíso. Después, tomaron residencia en Cornell y, al decir de W. H. Arnold *(Ventures in Book Collecting)*, "dieron a aquella Universidad un título de distinción que aún no poseía como mera casa de estudios".

Con todo, y a pesar de este testimonio, William Blades *(Enemies of Books)* afirma que los angloamericanos, en su mayoría, parecen convencidos de que los gusanos no atacan los libros realmente preciosos, porque "como éstos cuestan muchos dólares" son objeto "de especiales cuidados". Y cita una Enciclopedia de la Prensa Americana publicada en 1871, para fundar su declaración de que, en aquellos suelos privilegiados, hay tan pocas plagas de esta especie, que un libro atacado, en cierta biblioteca privada de Filadelfia, era venerado como verdadera curiosidad.

Acaso hubo un período de tregua en las invasiones, pero A. L. Humphreys *(The Private Library)* autoriza la sospecha de que este período se ha cerrado ya para 1898, puesto que se queja de que los libros sufren mayores estragos, por causa

* *Suma Bibliográfica*, México, V-1946.

de las plagas, en América que en Inglaterra. Y después cae en la delectación morosa de darnos todos los nombres vulgares y latinos de la fauna diminuta movilizada contra los libros por la madre naturaleza, sin duda en un día de mal humor y tras de haber leído, en Rousseau, que la cultura corrompía el candor primitivo.

La pretendida "inmunidad del libro americano" ha quedado definitivamente refutada por el P. O'Conor, quien logró identificar cierto gusano en un infolio de la venerable biblioteca de Georgetown *(Facts about Bookworms)*. Era el tal bicho, nos cuenta, "un sujeto de color moreno, erizado de pelo". A pocas buscas, y unas páginas más adelante, el paciente investigador dio con un segundo ejemplar de su erizo en miniatura. Examinados sus documentos, estos huéspedes indeseables resultaron pertenecer a la "gens" *Dermestes lardarii.* La captura despertó interés. Los malhechores pasaban de uno a otro sabio. A proposición del Presidente de la Universidad, fueron remitidos, como a un campo de concentración, a casa de Mr. Spofford, de la Biblioteca del Congreso. Éste, considerándose indigno, los puso en manos del profesor Baird (Smithsonian Institute), quien, a su vez, los entregó al jefe de la Comisión Etnológica.

Pero, picado de curiosidad, el P. O'Conor continuó sus pesquisas, y fue descubriendo nuevos nidos de malhechores en las bibliotecas del Boston College, del St. Joseph's College (Filadelfia) y del St. Francis Xavier College (Nueva York). Al fin confiesa estar convencido de que posteriores exámenes conducirán a revelar "la desastrosa presencia" de muchas más células enemigas.

Hace unos tres años, con motivo de la Feria del Libro, escribíamos:

> Al menos, los libros pueden perdurar. Y si no siempre perduran, es porque también sufren el asalto de sus enemigos. Los enemigos del libro son de tres órdenes: los inanimados, los animales y los morales. Ejemplo de los inanimados son esos agentes naturales como la humedad, que tantos estragos ha hecho en los depósitos conservados en los subterráneos y plantas bajas de nuestros antiguos conventos. Las hojas se ponen amarillentas, se corroen por las orillas y muestran unas manchas de hongos que acaban por destruirlas. Ejemplo de los

enemigos animales, entre otros mil que todos conocen, como la polilla o el *cupim* del Brasil, es ese gusano del libro cuya mejor descripción está ya en Aristóteles: *pequeño escorpión sin cola.**

Y concluíamos que los peores enemigos son los enemigos morales, los hombres, y sobre todo cuando dan en destruir los libros intencionalmente, y no por simple negligencia o falta de técnicas conservadoras.

A la agencia natural del agua bien podemos añadir la del fuego: incendios en Alejandría, el Escorial, etc. Pero, sobre todo, es de notar que uno de los primeros occidentales que se ocuparon en hacerse una biblioteca privada, Aristóteles, tuvo ya que habérselas con el "pequeño escorpión sin cola".

Pero ¿qué escorpión sin cola peor que el hombre cuando, como el Cura y el Barbero, dan en destruir la biblioteca de Don Quijote? Al santo patrono de estos salvajes aniquiladores de libros, alguna vez, en un viejo ensayo (*El cazador*, 1921; *Obras Completas*, t. III, pp. 157-9), propuse llamarle Frestón. Porque el pobre hidalgo manchego atribuía a este "sabio encantador su enemigo" el haber acabado con sus colecciones y el haber mandado tapiar su biblioteca.

México, V-1946.

* "En torno a la Feria del Libro" (*Los trabajos y los días*).

II. VARIAS PREGUNTAS

ANATOMÍA ESPIRITUAL

Respuesta a la revista "Universidad", de Bogotá

—¿Cuál es el principio filosófico que mayor influencia ejerce en mi espíritu?

—No acierto a formularlo en síntesis. Aquí va el resultado de un breve análisis, aunque sea un galimatías:

La frente.—(La primera, en la frente.) Postura del hombre en la Creación. El hombre es un medio y no un fin. Los fines humanos son, para la Divinidad, sólo medios. De aquí el mal y el dolor. Aceptación estoica.

Los ojos.—La Estética. La escala platónica del deseo, desde el apetito hasta la contemplación. Imperioso afán hacia la belleza, y sospecha de que la comprensión es un resultado de hábito en la contemplación.

La boca.—La expresión: toda la Poética. Suma voluptuosidad, suma sensualidad, la palabra. La palabra, único verdadero producto humano, único sentido en que el hombre crea, o colabora plenamente con la Creación.

El corazón.—El orden humano es un orden moral. Todo acierto humano, consciente o inconscientemente, es una investigación hacia el Bien.

El vientre.—La Economía, la Economía Política, la Política. Nunca lo he entendido muy bien. ¿Acaso aquí el anhelo de independencia, de libertad? ¿Libertad, para qué? Para conquistar el ocio. ¿El ocio, para qué? Para trabajar siempre en lo que yo quiera. Y trabajar siempre en lo que yo quiera ¿no sería más bien jugar? Tal vez...

Las manos.—El principio ortodoxo de toda acción; a saber: *1)* rigor en lo esencial; *2)* tolerancia en lo accesorio; *3)* abandono de lo inútil.

Los pies.—La fábula del astrónomo al revés: ver, cada día, dónde se va afirmando la planta, y afirmarla bien. Y, en cuanto a la trayectoria del viaje (¡es curioso!), cierto fatalismo, cierta obediencia semejante a la que me permite

acatar con sencillez, en mi carrera diplomática, los cambios de país que me ordenan desde México. De aquí el horror de los "manifiestos", "plataformas", "programas" —y hasta de las definiciones como ésta que voy haciendo, que me parecen atentados contra la plasticidad necesaria de mi ser.

(Creo que es inútil continuar más abajo de los pies.)

Buenos Aires, III-1930.

SAINT-SIMON Y AMÉRICA *

I

He encontrado en Maxime Leroy (*La vie du Comte Saint-Simon,* París "Les Cahiers Verts", 1925) una simple alusión a un viaje de Saint-Simon a México —cuando fue a los Estados Unidos entre los hombres de La Fayette— y cierta proposición que Saint-Simon presentó al Virrey de la Nueva España sobre la apertura de un canal interoceánico en Tehuantepec. (Ya se sabe que Lesseps, el del otro canal, fue un sansimoniano.)

Esto me hizo pensar que los "científicos", de Porfirio Díaz, fueron en verdad algo sansimonianos, aunque a través de Augusto Comte —quien a su vez, como se sabe, fue discípulo y secretario del Conde— y por obra de Gabino Barreda: reducción del arte político a la ciencia económica, adoración religiosa de la industria, etc., etc. —Y como las referencias son tan vagas, escribí a Leroy pidiéndole precisiones. El 7 de julio de 1925, Leroy me escribió la siguiente carta:

> La carta que usted me ha hecho el honor de dirigirme, a punto he estado de dirigírsela a usted yo mismo, hace algunos meses, para poponerle la misma pregunta, pues, por desgracia, cuanto sabemos de la estancia de Saint-Simon en México se reduce a estas escasas líneas de su autobiografía:
>
> "Cuando la paz (después del Tratado de Versalles, 1783), presenté al Virrey de México el proyecto de establecer entre los mares una comunicación, la cual es posible haciendo navegable el río *in partido,* de que un brazo desemboca en el Océano, en tanto que el otro desagua sobre el mar del Sur. Como mi proyecto fuera recibido con frialdad, lo abandoné."
>
> Y es todo. ¿Cuál es ese río *in partido?* En nuestros atlas modernos, no he podido encontrarlo. ¿Es posible identificarlo bajo otro nombre? Fue en 1808 cuando Saint-Simon escribió esta autobiografía. ¿No habrá estropeado el nombre,

* *Monterrey,* Nº 3. Río de Janeiro, X-1930. Ver también A. Reyes, *Norte y Sur,* pág. 186.

ya lejano en su memoria? Sin duda habrá geógrafos que puedan dilucidar este pequeño problema, que ha sido imposible resolver en Francia. Quiero decir: geógrafos mexicanos.

II *

París, 24 de diciembre de 1930

Le agradezco mucho el número de *Monterrey* donde se recuerda la cuestión que hasta hoy nos ha propuesto en vano la autobiografía de Saint-Simon. Ojalá que algún sabio mexicano quiera resolverla; así quedaría dilucidado un punto curioso del pensamiento de este hombre singular.

En breves días enviaré a usted un estudio sobre Descartes, sobre un Descartes hasta hoy olvidado: el Descartes filósofo social, de quien Augusto Comte se declaró "el completador", después que su maestro —precisamente el singular Saint-Simon— se hubo declarado discípulo del autor del *Discurso del método*.

Comte goza de gran fama en Iberoamérica, y me llama la atención que por esas tierras sea tan poco conocido Saint-Simon. Yo sé que hubo muchos choques entre ambos, y hasta muy graves; con todo, Comte fue a saludar a su antiguo maestro pocos días antes de la muerte de éste...

MAXIME LEROY.

46, Av. Mozart XVe.

III **

En la revista *Social Forces*, octubre de 1932, t. XI, Nº 1, J. F. Normano, de la Universidad de Harvard, consagra un breve estudio a este tema. En aquella personalidad compleja y cambiante, el autor destaca los aspectos que hacen de Saint-Simon "un moderno capitán de industrias a la americana", empeñado en reformar a la humanidad con sistemas bancarios, y que cae más "al lado de Rothschild que al lado de Louis Blanc".

Saint-Simon pasó en Norteamérica los años de 1779-1783, y de sus actividades allá sabemos muy poco. Combatió en las filas de Bouillé y de Washington y llegó a ser miembro de la Cincinnatus Association. Él mismo se consideraba como

* *Monterrey*, Nº 5. Río de Janeiro, VII-1931.
** *Monterrey*, Nº 12. Río de Janeiro, VIII-1931.

"uno de los fundadores de la libertad de los Estados Unidos". Conoció a Franklin. Adquirió el gusto de los negocios. Concibió sus teorías sobre la libertad industrial. Según él mismo dice, la revolución americana le aparecerá siempre como el anuncio de una nueva era humana. Sus utopías políticas quedan en forma de cartas "a un americano". Entre sus discípulos es notorio el interés por América, singularmente en Michel Chevalier, que especulará sobre el Istmo de Panamá. Es, pues, induscutible que el toque de la América sajona fue trascendental para su vida.

En cambio, Normano piensa que, aun cuando parece cierto que Saint-Simon estuvo en México y en las Antillas y aun cuando tuvo amistades en España y sus principales colaboradores eran de origen portugués —Rodrigues y Pereira—, la América latina no tuvo la menor influencia en su espíritu. El proyecto para la apertura de un canal interoceánico, que sometió al Virrey de México, sería, pues, todavía, una influencia o derivación de la preocupación por los negocios que adquirió en la América sajona, aun cuando aplicada aquí a la América latina.

Normano juzga que, si en el Norte la vida industrial y práctica se desarrolla por sí misma en un sentido que corresponde a la concepción sansimoniana de los negocios, en el Sur Saint-Simon sólo nos llega de segunda o tercera mano, a través de Lamennais y Leroux en sus aspectos de misticismo socializante más nebuloso (autoridades: F. García Calderón, J. Ingenieros). Esto, con la única excepción del Brasil, donde los hermanos Pereira importan el espíritu sansimoniano de la empresa práctica, que se revela en la obra del Vizconde de Mauá.

En resumen: el Norte es inspirador de Saint-Simon, y no es inspirado precisamente por Saint-Simon, sino que por sí mismo realiza una imagen sansimoniana de la vida industrial. El Sur nada inspira a Saint-Simon, pero recibe de él una influencia de sociología mística que lo mismo informa a los tiranos que a los libertadores, lo mismo a las oposiciones que a los gobiernos.

Sigo esperando que algún investigador mexicano busque la huella de Saint-Simon.

ROUSSEAU EL ADUANERO Y MÉXICO *

PARA el curioso Guillaume Apollinaire, el encuentro con Rousseau el Aduanero tenía que ser grato en más de un sentido; no sólo era un hallazgo pictórico, sino también un hallazgo pintoresco. Henri Rousseau era una pieza de lujo en su colección de vidas anecdóticas. Y entre las posibles fases pintorescas de aquella vida ¿qué mejor que algún viaje a México, en servicio militar —"como músico de su regimiento", precisa Adolphe Basler—, allá cuando los días de la intervención de los ejércitos napoleónicos? En el libro *Il y a* (París, Messein, 1925), está recogido un viejo artículo de Apollinaire, fechado en 1914, en que hay algunas breves menciones de la problemática estancia en México, donde la crítica busca la fuente de dos o tres telas de Rousseau.

Tu te souviens, Rousseau, du paysage aztêque,
Des forêts où poussaient la mangue et l'ananas
Des singes répandant tout le sang des pastèques
Et du blond empereur qu'on fusilla là-bas.

(Más que a Rousseau, el último de estos cuatro versos parece referirse a Manet.)

Por todo el camino de Veracruz a México, Paul Morand va viendo o creyendo ver telas conocidas: "Sí —dice—, a esta naturaleza sólo le faltan el negro-gris acostado, los leones rizados con tenacillas, las banderitas tricolores, y la firma garrapateada de Rousseau, este Cosimo Tura del siglo XIX."

Sé que para algunos es un verdadero sacrificio renunciar a un rasgo pintoresco. Pero es mejor averiguar la verdad. Roch Grey, en su librito sobre Henri Rousseau (Roma, Valori Plastici, 1922, pág. 19), escribe así:

> Se cree que, siendo joven, participó en la guerra de México, y que sus selvas vírgenes, monos, tigres, encantadores,

* *Monterrey*, Nº 3. Río de Janeiro, X-1930. Ver también A. Reyes, *Los trabajos y los días*, pág. 68.

flores sugeridas por el loto, las palmeras y las orquídeas, son otros tantos recuerdos de los días que pasó en el servicio de su regimiento. ¿Posible que haya dejado desvanecerse sus impresiones bajo las capas polvorientas del tiempo, bajo la triste "grisalla' de su vida parisiense?... Estos cuadros exóticos, esta fantasía de una frescura tan joven como su mismo corazón sólo aparecen en los últimos años de su vejez, hacia 1904, seis años antes de su muerte. ¿Es creíble que, inutilizados, haya guardado estos recuerdos durante cuarenta años? Por lo demás, la flora de México en nada se parece a la que se admira en estos cuadros...

Pudo añadir Roch Grey que, como inspiración de tales cuadros, bien pudieron bastarle al Aduanero las estampas a color de ciertas ediciones baratas de Historias Naturales, la de Bufon entre otras. En todo caso, quien sepa o averigüe algo cierto hará bien en decirlo.

LOS OJOS DE EUROPA

I *

En números anteriores de este Correo, he procurado definir algunas fases del "complejo americano", como hoy se dice: mezcla de sentimientos confusos que se da entre nosotros, por el hecho de vivir los americanos en el seno de una civilización importada, en la cual no podemos menos de considerarnos agentes secundarios; por el hecho, no menos patente y angustioso, de no haber logrado todavía unificar los elementos étnicos que nos componen; y finalmente, por el hecho innegable de que la conciencia americana está trabajada por cierto afán hacia una nueva expresión, un nuevo sentir y un nuevo hacer, que correspondan mejor a las realidades de la vida en el Nuevo Mundo.

El encarar con sinceridad este complejo sumergido (por algún lado comparable al complejo judío, en cuanto produce una sensación difusa de inferioridad), estableciendo de paso el más y el menos que pueda tocar —en el cultivo morboso de esta llaga— a los mismos europeos que se nos acercan, puede hacernos bien; puede conducirnos a la salud. Es obra útil de "psicoanálisis", y el instinto de nuestros escritores la va atacando con una insistencia cada vez mayor. Cada vez salen más libros consagrados a intentar la conmensuración de América, a desentrañar la esencia de lò americano, a dibujar el perfil de nuestra fisonomía mental. Unos cuantos cargan la mano hacia lo europeo; otros pocos insisten en el carácter indígena; y los más revelan mayor confianza en la fórmula nueva que habrá de salir de tanta mezcla, fórmula que no se ha de presentar como exclusividad americana —esto no tendría ningún sentido— sino como un ensayo americano de mayor felicidad para uso de todos los hombres. Algunos comienzan prematuramente a trazar jalones en un suelo ideal, valiéndose de medidas anticuadas que

* *Monterrey*, Nº 5. Río de Janeiro, VII-1931.

contrastan naturalmente con la novedad de la utopía: de aquí las definiciones provisionales del criollismo, del "autoctonismo", y hasta las paradojas de los llamados "antropófagos" de San Paulo (Brasil). Pero esto, por ahora, es querer acotar terrenos en la luna, y comenzar a repartírnoslos desde aquí. Lejos de mí negar el valor de las afirmaciones *a priori* en toda obra de creación. En el principio era el Verbo, dice la Escritura. Yo creo, con plena fe y devoción perfecta, en la siembra de la palabra. Por ella y para ella vivieron siempre los hombres que más dicen a mi imaginación y más estimulan mi voluntad. Pero en todo hay que distinguir matices, niveles, proporciones, y un exceso de apriorismo no podría entusiasmarme nunca. El mundo exterior lleva su paso. Es lícito solicitar la realidad *hasta cierto punto*, y sólo hasta ese punto, incierto por desgracia. No tenemos intervención en la marcha del tiempo, ni podemos clavarle espuelas. Lo que más nos acomoda es una paciencia inteligente, y el vivir alerta, registrando con objetividad científica todos los instantes del fenómeno. Esperar —eso sí: esperar con el ánimo siempre vivo, con el útil bien empuñado y con disciplina implacable— la hora propicia. Toda esa revolución de ingredientes, que América tiene sometida al fuego del tiempo, de repente ha de soltar su hervor. Y ello será cuando haya de ser: ni después, ni antes.

Congruente con esta actitud, me complazco a veces en enfrentarme con algunos viajeros europeos y pedirles su testimonio, sin disimular el efecto o reacción que tal testimonio produzca entre los escritores de América. Se trata tan sólo de tantear orientaciones; de emprender ensayos "en busca de nuestra expresión", para usar la feliz divisa de Pedro Henríquez Ureña, cuyo libro contiene el análisis más comprensivo sobre la cuestión que nos ocupa. En manera alguna he querido hacer, frente a los maestros de Europa (en muchos casos, mis maestros) una exhibición de discolería americana o de suficiencia americana. En las notas que pienso agrupar bajo la sección "Los ojos de Europa", quisiera precisamente recoger algunas bellas páginas europeas sobre sitios y aspectos americanos, limitándome por ahora

a las impresiones estéticas objetivas, visuales. Tiempo habrá para investigaciones de otro orden. En esta materia —sin erigir tal opinión en método de aplicación general— conviene empezar con lo más tangible. Ruego a mis amigos que me ayuden a formar esta antología con sus colaboraciones y avisos.

II *

Don Enrique Ruiz Vernacci, en artículo escrito en Madrid y enviado a *La Antena*, de Panamá, responde a mi invitación del anterior Correo Literario, señalándome una visión de Panamá, del Panamá que se ve desde un balcón del Hotel Tívoli, en la novelita de Eduardo Marquina *Agua en cisterna*. Esta página —dice— tiene "aciertos parciales indudables. Y labrada con cariño. Tiende al aguafuerte; aparece el pintoresquismo, motivo inevitable en el europeo, pero es un pintoresquismo sin alardes de superioridad ridícula".

Vernacci tiene la gentileza de incitar a los panameños Octavio Méndez Pereira, Samuel Lewis y Manuel Roy a que presten su colaboración para esta cosecha de visiones de América a través de ojos europeos.

Finalmente, se le ocurre que podría emprenderse una labor paralela con respecto a la visión de Europa a través de ojos americanos. La idea es sugestiva, pero difícil de realizar, porque aquí el campo sería vastísimo. Acaso fuera posible llevarla a cabo, limitándola a aquellos casos en que el escritor americano ha dejado la huella de su extrañeza ante las cosas de Europa, que son también los únicos casos en que el tema ofrece novedad y curiosidad. Pues, en las más veces, nuestro paisano continental ve a Europa con ojos educados por la misma Europa: sea porque el escritor americano que llega al Viejo Mundo tiene el pasaporte internacional del espíritu, sea porque —sin haberlo alcanzado aún— quiere disimular su desconcierto de provinciano en corte, y darlas de muy parisiense o londinense. El tema se presta a reflexiones. Tal vez los más curiosos documentos de este orden se encuentren en la literatura periodística (el

* *Monterrey*, Nº 7. Río de Janeiro, XII-1931.

colombiano Luis C. Sepúlveda, en recientes artículos enviados al *Universal Ilustrado*, de México, insiste en ese rasgo característico de la vida europea, por fortuna desconocido en América: la suprema autoridad del portero; el periodista mexicano Félix Palavicini recuerda haber visto a los elegantes de Londres con el cuello duro de la camisa invariablemente ennegrecido de carbón en las puntas), o en libros escritos por hombres que no han sido literatos profesionales: aquellos, por ejemplo, que fueron a dar a Europa por destierro político o por azares históricos tan habituales entre nosotros. Pienso en el Madrid y el París del regiomontano Fray Servando Teresa de Mier. Hay otro caso, pero menos significativo por lo mismo que es caricaturesco, y es el del viajero que describe su viaje en burla —burla de la tierra que visita, o hasta burla de sí mismo o del personaje ficticio a quien se atribuye la descripción, como lo hacía Bolet Peraza para los Estados Unidos en sus populares *Cartas gredalenses*.

Esperemos la contribución de otros "espicilegos".

PARA LA BIBLIOGRAFÍA MEXICANA *

FÉLIX PACHECO, "Duas Charadas Bibliographicas". Río, *Jornal do Commercio,* 8º, 493 pp. y un apéndice con 34 hojas de facsímiles.

ESTABLECIÓSE, en las páginas del *Jornal do Commercio,* una conversación erudita entre Affonso de E. Taunay y Félix Pacheco con respecto a ciertos orígenes de la bibliografía brasileña, y de allí salió este rico volumen —rico de sustancia y presentación— que tiene cierto encanto de cuento árabe y sigue las transformaciones y las aventuras de un libro, de un editor, de un autor, a través de innúmeras peripecias. Los sucesivos artículos se publican aquí según fueron apareciendo en el diario, de modo que la obra adelanta como un proceso vivo; a lo mejor, en las páginas finales, donde se recoge la última carta, alguna hipótesis de la primera carta queda rectificada. Y como toda la materia está concordada con notas oportunas, este procedimiento da a la obra el valor de una verdadera lección práctica de investigaciones bibliográficas, si no lo tuviera ya por la autoridad de quien la firma.

El libro posee un interés especial para México. De aquí resulta —entre otras cosas que importan a la erudición luso-brasileña— que el primer libro impreso en lengua portuguesa en nuestro Continente lo fue —cosa curiosa— en la ciudad de México y en 1710. El autor me explica:

> La segunda parte de este libro tiene una página en blanco, la cual sólo en México podría ser escrita, puesto que en México fue impreso el *Luzeiro Evangelico* del fraile Juan Bautista Moreli (año de 1710, frontis reproducido en la pág. 386 de mi libro), nombre éste exactamente igual al conocido como seudónimo del franciscano portugués Fray Fulgencio Leitão. Mi examen de identificación ha quedado en suspenso, y tal vez los especialistas de su noble país puedan descifrar la charada que yo no acerté a resolver. Es sumamente simpática para los dos pueblos hermanos, tan ligados entre sí, la circunstancia de que el primer libro que en Amé-

* *Monterrey,* Nº 8. Río de Janeiro, III-1932.

rica se haya impreso en portugués nos venga de las imprentas de México. Yo no acabo de creer que los Sermones de Santa Anna y San Agustín del jesuita chileno Francisco Ferreira, hijo de un capitán lusitano, impresos en Lima en 1664, hayan salido en portugués y arranquen así la primacía al *Luzeiro Evangelico* impreso en México en 1710. Las informaciones que he recibido de Santiago y del Perú no confirman la existencia de estos sermones en portugués: los ejemplares que se custodian en las bibliotecas públicas de ambas naciones están en español.

Esta segunda charada —única que nos afecta— propone, pues, dos cuestiones: 1º identificar a Juan Bautista Moreli, y 2º apurar si los sermones de Ferreira se publicaron en portugués, sea en Lima o en cualquiera otra parte de América, antes de 1710, fecha de la edición mexicana del *Luzeiro Evangelico*.

La obra discutida aparece ya citada por Beristáin, II, 30 z, y Nicolás León —autoridad en libros mexicanos del Setecientos— le consagró una breve monografía —*Dos impresos del siglo xviii, uno de México y otro de Filipinas, ambos poco conocidos*—, monografía que aparece reproducida en las páginas 430-433 del presente libro. León sabía ya que el *Luzeiro Evangelico* era "el primer impreso mexicano en lengua portuguesa hasta hoy conocido", pero no sospechaba que fuera el primer libro portugués impreso en América.

Aun cuando sea triste, conviene, cada vez que se ofrezca, insistir en cierta impresión de aislamiento que dejan las obras de los investigadores iberoamericanos. Esto, claro está, no lo digo como acusación contra los investigadores mismos: al contrario, encuentro mayor el mérito de éstos al reconocer las dificultades con que tienen que habérselas. Me quejo, sí, del estado social de veinte repúblicas que todavía no aciertan a juntar la circulación de su cultura en un ancho camino real. ¡Qué fatigas para obtener, desde Río, un dato bibliográfico de Santiago, de Lima, de México o de Buenos Aires! Hasta las Cancillerías entran en juego. El trabajo de los eruditos se agota en afanes secundarios que en otra parte les serían ahorrados. ¡Cuánto esfuerzo para procurarse, en Río, un ejemplar de José Toribio Medina! Y todavía, en el caso, los esfuerzos resultaron fallidos. Por mi parte, en vano he bus-

cado en la Biblioteca Nacional de Río obra tan conocida y básica como la *Historia y Antología de la Poesía Hispanoamericana* por Menéndez y Pelayo, y me asombraría que en la Nacional de México existiera un solo ejemplar del historiógrafo fundamental del Brasil, Francisco Adolfo de Varnhagen, Vizconde de Porto Seguro.

A propósito del libro portugués impreso en México, me place citar las palabras con que Valery Larbaud —poeta de la bibliografía él también— saludaba en reciente carta la llegada de mis publicaciones castellanas hechas en Río:

> Me encanta ver que se hagan en Río pulcras ediciones españolas y aplaudo su iniciativa. Esto introduce una prestigiosa variedad de la flora de la bibliografía americana. Me gustan los libros "depaysés", extraviados; sobre todo, los libros americanos extraviados dentro de la misma América. Esto realiza uno de mis antiguos sueños. El libro americano impreso en Europa, está bien. El libro de un colombiano desterrado, que aparece en el Perú o en la Argentina, muy bien. Pero mejor todavía, por más curioso, un libro mexicano editado en el Brasil y con el colofón redactado en portugués. Yo lo pondría junto a aquella edición de las *Tristes* (creo) de Ovidio, hecha en México en 1577... ¡si tuviera la suerte de poseerla!

Deseo buena suerte al *Luzeiro* aventurero, en sus ulteriores reapariciones por el cielo de las bibliotecas.

EL CAMPO AMERICANO *

BAJO la dirección de Jacques Delamain, la Librería Stock, de París, publica una serie de obras —*Livres de Nature*— sobre la vida del campo y la vida de los animales, obras cuyo mérito general ha sido ya reconocido por la crítica. Francis Jammes, por ejemplo, ha elogiado la *Historia de una familia de leones*, de Pienaar, diciendo que añade un capítulo a la *Jungla*, de Kipling, libro de cabecera de los cazadores. El género es predilecto en la literatura de lengua inglesa, y así, en los dieciséis volúmenes publicados, dominan las obras de autores ingleses, canadienses y sajones de América. Por cierto que, en estas últimas, la íntima comunicación entre pueblos de distinta raza —a quienes parece que los intereses de la ciudad alejan a veces, pero la comunidad de los bosques junta y compenetra— se manifiesta por el empleo frecuente de palabras que, del campo mexicano, han pasado a los Estados Unidos y a veces han llegado hasta el Canadá: *capote, arroyo, vaquero, jáquima, coyote, arapajo*. Sin duda podrían añadirse muchos ejemplos en el reino de la ornitología. Entre la soledad de los montes, los hombres deponen sus tradicionales recelos, y el pueblo más nuevo que conoce mejor los secretos de la industria, aprende las palabras del pueblo más viejo, que conoce mejor los secretos de la naturaleza.

No se trata de obras precisamente pedagógicas, aun cuando en ellas el rigor científico se une al mérito literario. No se trata de libros didácticos como los que forman la preciosa colección de "Los Libros de la Naturaleza" que, en español, publica la casa Espasa-Calpe, y que no debieran faltar en la biblioteca de un niño. La colección Delamain tiene ese carácter narrativo de que son ejemplos ilustres las obras de Hudson sobre Patagonia y El Plata. Y, a propósito, es duro aceptar que nuestra América sólo aparezca representada en

* *Monterrey*, Nº 8. Río de Janeiro, III-1932.

esta colección por obras extranjeras. Si no me equivoco, el Paraguay estuvo o está a punto de entrar en la serie, pero presentado por un anglosajón: J. Duguid, *Green Hell,* prefacio del Embajador Merry del Val.

Y ahora yo pregunto a mis amigos: ¿no contamos, en nuestras propias literaturas, con obras que, uniendo la probidad científica a la amenidad literaria, den una expresión de nuestro campo y de nuestra fauna, y merezcan incorporarse en la colección Delamain? Autor él mismo de un delicioso volumen sobre la vida de las aves, donde definitivamente sustituye la escopeta por el anteojo, Jacques Delamain es un espíritu abierto a las sugestiones de la gente entendida, y estoy cierto que recibirá con interés las indicaciones que en este sentido se le hagan.

ESTORNUDOS LITERARIOS

I *

JORGE LUIS BORGES me escribe desde Buenos Aires:

> "Releo en la página 40 del *Calendario:* Un solo estornudo sublime conozco en la literatura: el de Zaratustra." ¿Puedo proponerle otro? Es uno de los tormentosos presagios de la *Odisea* y está en el libro XVII, al final. La reina, fastidiada, hace votos por la terrible vuelta del héroe y entonces (sigo la versión de Andrew Lang) "Telémaco estornudó con vigor y en torno el techo resonó maravillosamente."
>
> El ominoso carácter de la efusión es reconocido en seguida, y Penélope exclama: "Eumeo, ¿no adviertes que mi hijo ha estornudado una bendición sobre mis palabras? Ya sé de cierto que ningún destino a medio forjar caerá sobre los pretendientes y que ninguno de ellos conseguirá eludir la muerte y los hados."
>
> Sería entretenido rastrear los escamoteos y las deformaciones de este estornudo a través de los púdicos traductores. ¿Lo estornudó Mme Dacier o lo falsificó? Chapman, en su versión de 1614, no lo silencia:
>
> *... in echoes round*
> *Her son's strange neesings made a horrid sound.*
>
> *(Neesing,* me informa el Diccionario, es una antigua forma de *sneezing.)* —P. D. También, en una revista americana, este epíteto homérico: "The not to be sneezed at sum of two thousand dollars."— El estornudo, ahí, es despectivo.

Amigo Jorge Luis: No tengo a la mano a Mme Dacier, ni tampoco la *Ulixea,* de Pérez, el padre del célebre secretario de Felipe II, libros ambos que se me han quedado en mi tierra. Usted puede consultar allá a don Leopoldo Lugones, experto en materia de *Odisea.* En la traducción castellana de Segalá y Estalella, la página 453 se abre con el alegre estornudo. También lo encuentro en la versión de Bérard, III, página 45.

* *Monterrey,* Nº 8. Río de Janeiro, III-1932.

II *

1. Las manifestaciones del folklore a propósito de los estornudos son incontables. Cada raza, cada nación, tienen y tuvieron siempre curiosas supersticiones y extrañas prácticas relativas a este singular espasmo, pero su aparición en la literatura es muy rara. Wordsworth menciona el estornudo de un gato; Robert Browning, en su *Apología del Obispo Boulgram*, habla con sutileza de aquel "estornudo inminente que nunca sobreviene", y en sus *Dos camellos* habla del "causing ordinary flesh to sneeze". Y Pascal, en sus *Pensamientos*, Nº 160, observa que "L'éternuement absorbe toutes les fonctions de l'âme aussi bien que la besogne. Mais on n'en tire pas les mêmes conséquences contre la grandeur de l'homme, parce que c'est contre son gré..." Pero si existe algún poema, tratado, novela o comedia donde el estornudo sea el tema, la crisis, la catástrofe, la solución —como bien puede suceder—, confieso que ellos han escapado a mi atención.

En las *Xenias Mansas*, IV, de Goethe, aparece una metáfora desarrollada que describe el efecto picante de su epigrama:

—Ni os vitupero ni os elogio, sólo hago burlas: y he aquí que al muy ladino el fuego se le asoma a la cara y la mostaza se le sube a las narices. Y si al cabo suelta el estornudo ¡quién sabe lo que pase o lo que haga! Sin embargo, después vendrán la reflexión, el espíritu, la razón —pura, si es posible—, y eso sí que es bueno!

Norman, Oklahoma, 19-IV-1932.
ROY TEMPLE HOUSE,
(Editor de *Books Abroad*)

2. Una alusión al folklórico "¡Dios te ayude!", en la letrilla de Góngora que tiene por estribillo:

Cada uno estornuda
como Dios le ayuda.

3. Naturalmente que entre los libros de urbanidad más o menos derivados del *Cortesano* de Castiglione se tiene que hablar del estornudo, pero allí ya no se trata de un uso literario del tema, sino de un precepto de los buenos modales. Así, Lucas Gracián Dantisco se queja, en su *Galateo español* —fines del siglo XVI—, de los que "tosiendo y estornudando hacen gran ruido, que atruenen los que allí están".

* *Monterrey*, Nº 9. Río de Janeiro, VII-1932.

III *

1. Algunos amigos me señalan las costumbres folklóricas sobre el estornudo, como aquellas tan extravagantes de pueblos exóticos o lejanos que recuerda Cabanès en sus *Mœurs intimes du passé*. Pero el objeto de nuestra investigación no es el estornudo como tema etnográfico, sino el estornudo célebre en literatura.

En torno al asunto, publiqué, en el *Tren de ondas*, una paginita llamada "Un cuento cualquiera", fantasía antropológica.

> 2. Abrindo ao acaso o meu *Satyricon* —C. xcviii— leio: "Giton... ter continuo ita sternuavit... Eunolpus conversus salvere Giton jubet". Ora, as notas de minha vulgar edição Garnier, de Heguin de Guerle, dão —p. 322— os origens desse hábito, de salvar a quem espirra: "Aristóteles quer far proceder este hábito da religião natural, honrando a alma, imagem da divindade, que está na cabeça e de que o espirro é sinal... Outros pensáram em Prometeu, que o fogo do céu recolheu em um vaso e o deu a respirar a sua estatua: donde o espirro, sinal de vida. Finalmente, se não é principio da humanidade é da vida humana: o primeiro efeito do ar nas narinas do recem nascido é o espirro, que dá inicio da vida, da respiração, *pneuma*, alma tambem. Os romanos tinham bons e maus espirros, etc., etc.
>
> Isto é apenas pretexto de escrever-lhe, sem ou com espirro. Aqui por a minha terra apenas é sinal de chuva, quando ocorre aos bodes... e ocasião de insultar aos mestiços com o nome deste animal, cuando espirram: *Vae chover*...
>
> AFRANIO PEIXOTO.
> (Ver nota Nº 9).

3. Quevedo, en su *Premática y aranceles generales*, censura a los que dicen: "Beso las manos de Vuesa Merced", en vez de: "Dios os dé buenas noches o buenos días." Y luego condena también a los que responden con esta salva cuando estornuda alguno, pudiendo decir: "Dios os dé salud."

* *Monterrey*, Nº 13. Río de Janeiro, VI-1936.

4. Al decir estas voces, por acaso
Telémaco estornuda, y al estruendo
la bóveda resuena.

La Odisea, de Homero, trad. por Antonio de Gironella, Barcelona. T. Gorchs, 1851, p. 352.

(Comunicación de E. Díez-Canedo).

5. En Walter Scott, *Antiquary*, cap. 21, Edie Ochiltree y Lovel, escondidos en las ruinas de una iglesia, asustan al Barón y a Donsterswivel soltando continuos estornudos.

(Comunicación de Gustavo Barroso).

6. En el lib. LIX de la *Historia de los Girondinos*, vol. VI, p. 84 de la ed. Hachette de 1913, se lee lo siguiente:

On assaisonnait la mort de sarcasmes: "Cela va bien, la recolte est bonne, les panniers s'emplissent", disait l'un en signant les longues listes d'envoi au Tribunal Révolutionnaire. "Je t'ai vu sur la Place de la Révolution, au spectacle de la guillotine", disait l'autre. "Oui, répondait celui-ci, je suis allé rire de la figure que font ces scélérats." "Ils vont éternuer dans le sac" —répondait un troisième.

(Comunicación de Gustavo Barroso).

7. En *Les âmes mortes*, de Gogol, trad. francesa de E. Charrière, Hachette, 1912, I, cap. I, pág. 7:

Ce monsieur, à le bien considérer, devait être un homme d'un esprit positif et solide, et il se mouchait à fort grand bruit. On ne sais comment il s'y prenait pour cela; mais il est de fait que son nez produisait un son éclatant, analogue à celui du cor de chasse. Ce mérite, si minime qu'il puisse paraître, le mit toutefois en fort grande considération auprès du garçon d'auberge, qui, chaque fois qu'il entendait ce bruit magistral, secouait son épaisse chevelure et se cambrait plus respectueusement, inclinait le front en avant sans mouvoir le reste du corps, et disait: "Que désire monsieur?"

El héroe se llama Paulo Ivanovich Chichikof, y una nota del traductor explica que este nombre contiene un juego de palabras sobre el verbo ruso "estornudar".

(Comunicación de Gustavo Barroso).

8. El propio Gustavo Barroso publicó, en *O Paiz*, Río, 24 de julio de 1915, un artículo llamado *O elogio do espi-*

rro, donde dice entre otras cosas: "Vezes, para criar fama nem é necessario deitar-se na cama, conforme manda o brocardo popular. Basta tão somente tosser com rudeza, escarrar com raiva ou espirrar com força. O espirro, que tiro certeiro na celebridade!. . ."

9. Con referencia al último lugar de la nota Nº 2, este pasaje del Arcipreste de Hita, *Libro de Buen Amor,* verso Nº 768, p. 126 de la ed. Reyes (Madrid, Calleja), donde el lobo

salió de aquel plado, corrió lo más que pudo,
vio en unos fornachos retozar a menudo
cabritos con las cabras, mucho cabrón cornudo:
"A la fe", diz "agora se cumple el estornudo".

10. Jenofonte (*Anábasis,* III, 2, 9), tras la batalla de Cunaxa, arenga a sus soldados. Uno de ellos estornuda, y el discurso se interrumpe para alabar a Zeus por aquel buen augurio que anuncia una retirada feliz.

11. Tengo noticia de otros pasajes en Plutarco, *Temístocles,* 13; en Catulo, *Carmenes,* 45; en Ovidio, en Ayala, en la literatura rabínica, etc. Por donde, volviendo a la nota de Jorge Luis Borges que provocó estas observaciones, queda plenamente rectificado el pasaje de mi *Calendario,* "Los gestos prohibidos", pág. 40, donde me deslicé a decir que el único estornudo célebre en la literatura era el del Zaratustra de Nietzsche. En cuanto a otros ruidos molestos, remito al artículo de Gustavo Barroso, *As colunas do Templo,* "O deus Crepitus" y al pasaje de Saint-Simon en que se despide de la corte de España, y la princesa de Asturias le contesta con un eructo sonorísimo, seguido de otro mayor y rubricado por un tercero que no desmerecía de los anteriores, lo que, a pesar de las solemnidades de la etiqueta, hizo aullar de risa a los presentes. "¡Difícil cortesía española!", exclamaba cierto escritor portugués ante el poeta y retórico Campillo y Correa, que había adquirido el hábito de producir ruidos al saludar efusivamente a algún amigo.*

* A última hora: *Diciendo así, Telémaco estornuda/tan recio, que sonó toda la casa. La Ulixea de Homero.* (Trad., por el Secretario Gonzalo Pérez, siglo XVI.)

EL CALAMBUR EN JOYCE

CON REFERENCIA al ensayo "Hermes o de la comunicación humana" con que se abre mi volumen *La experiencia literaria* (Buenos Aires, Losada, 1942), recojo a continuación la siguiente nota, publicada en *Monterrey*, Nº 8, Río de Janeiro, marzo de 1932:

Señalé en otra ocasión cierto método de calambur que al mismo tiempo aplicaba Marcel Blondin en sus discursos salaces del Chat Noir —equívocos de nombres mitológicos levemente alterados en la pronunciación para hacerlos significar otra cosa— y Vacarezza en los teatros de Buenos Aires, donde sus personajes tejen una serie de apellidos para, con más o menos violencia, sostener así toda una conversación escénica entre compadritos. Pero no sospechaba yo que a poco había de caer en mis manos una obra de altísimo alcance literario en que el mismo procedimiento, exactamente el mismo, aparece —por decirlo así— usado a lo divino. La extravagancia humorística lo mismo se encuentra en Corrientes que en Clichy... y en Dublín. Ella se insinúa entre las obras más escogidas y más para pocos, las que se leen casi a puerta cerrada y en la academia de los muy contados que saben geometría. Trátase de James Joyce nada menos, del escritor inglés que ha descubierto el secreto de la evolución creadora en materia de estilo, secreto que según entiendo estaba perdido desde los días del grande Rabelais.

Veamos esta frase de la *Anna-Livia Plurabella*, cuyo nombre sólo es un equívoco para el río Liffey (*Amnis Livia*) y cuyo desarrollo es el diálogo de dos lavanderas que, en su charla, forman al río dublinés un cortejo de equívocos con los nombres de todos los ríos de la tierra. La frase dice así:

It's that irrawadding I've stoke in my aars. It all but hushes the lethest sound.

Traducción del logogrifo al inglés corriente:

It's that here wadding I've stuck in my ears. It all but hushes the least sound.

Y las alusiones, que la crítica descifra minuciosamente, a los nombres fluviales:

Irrawaddi: río de la Indochina.—*Stocke:* río inglés.—*Aar:* río suizo.—*Lethe:* Leteo, río de los infiernos.

En la obra circulan, así disfrazados, no menos de quinientos ríos. Todos desembocan y juntan sus bellezas en la extraordinaria Plurabella (*cf.* Louis Gillet en la *Revue des Deux Mondes,* 15 de agosto de 1931).

CORRECCIÓN A UN LIBRO FUTURO

BAJO los auspicios de la Secretaría de Educación Pública y por iniciativa de don Jaime Torres Bodet, que ha congregado al efecto un grupo de veinte especialistas, aparecerá próximamente una obra que ofrecerá la contribución de México a los diversos órdenes de la cultura.

La obra fue concebida y realizada casi en un instante —prácticamente en mes y medio—, y no se propone tanto sustituir aquel conjunto voluminoso de monografías históricas, *México: su Evolución Social,* que a comienzos del siglo organizó la mano orientadora de Justo Sierra (y donde, entre otros, le cupo a mi padre la honra de trazar una reseña sobre la vida y vicisitudes del ejército mexicano), cuanto dar un parangón de esos volúmenes publicados por las prensas universitarias de Oxford: *El Legado de Egipto, El Legado de la India, El Legado de Grecia, El Legado de Israel, El Legado de Roma, El Legado de Islam,* etc.; verdaderos compendios sobre los distintos saldos culturales, destinados al público general y al estudiante, y que acaso valen más por lo que callan que por lo que declaran, desembarazando el camino de erudiciones excesivas y permitiendo una apreciación rápida y eficiente de los respectivos procesos.

Fue una hazaña de deber cívico, un caso de servicio cultural obligatorio, donde no valían excusas de salud o agobio de trabajos ajenos, y donde si algunos tuvieron simplemente ocasión de hacer un alto en sus tareas habituales para levantar un inventario de los materiales que a diario manejan, todos se vieron en trance de poner a prueba su capacidad de improvisación y los resortes de su elasticidad, para movilizar en un instante las especies y realizar a campo traviesa esa tarea de redacción (que los franceses llaman "acostar sobre el papel") del vago panorama mental que cada especialista lleva en la mente.

Llamado a redactar una breve memoria sobre el desarrollo de nuestra literatura a través de los siglos, cuando andaba

distraído en otros menesteres, y comprendiendo que no valían escrúpulos, me aresté a la faena, como quien dice a medio vestir y en mangas de camisa, bien como el guerrero de Góngora

> que, en los brazos de su dama,
> oyó el militar estruendo
> de tambores y de cajas,

y se arrancó a sus deleites para acudir prontamente al rebato.

Gracias que, de la Independencia en adelante, pude ceder la pluma a don José Luis Martínez, a quien debo el mayor agradecimiento. Pues, en punto a contribución cultural de México, el mayor bulto corresponde a las letras y a las artes; y las artes fueron equitativamente repartidas entre varios autores, según su propia naturaleza; y no era posible en plazo tan apremiante echarme en hombros yo solo un fardo tan inmenso.

Aun cuando las páginas que de aquí salieron no pretendan en modo alguno servir de texto consultivo para dilucidaciones eruditas, ni sea ése su objeto, me complazco en adelantar aquí algún esclarecimiento que debo a las luces de don Alfonso Méndez Plancarte.

Allá por los comienzos del siglo XVII, y fundándome en una fugaz noticia que encontré en la revista *Ábside,* dije, refiriéndome a la continuidad de la literatura en lenguas indígenas: "Y se habla, en época incierta, de una paráfrasis de Kempis en la lengua de Moctezuma."

Hoy estoy en condiciones de dar certeza a esta noticia:

Consta en Beristáin que el franciscano español fray Luis Rodríguez, Provincial de la Provincia del Santo Evangelio de México desde 1562, tradujo del náhuatl *Los Proverbios de Salomón* y *El Eclesiastés* —cuyos manuscritos vio el propio Beristáin en la biblioteca del Colegio de San Gregorio, de los Jesuitas de México—, y también *La imitación de Cristo,* de Kempis, a excepción de los últimos capítulos del Lib. III, que acabó de traducir después el P. fray Juan Bautista.

Paso la noticia a los curiosos, que podrán anotarle al margen del libro próximo a publicarse.

México, X-1946.

APÉNDICE

LA CONQUISTA DE MÉXICO EN TABLAS DE GONZÁLEZ

I *

EN *Contemporáneos* (México, marzo de 1931, pp. 206-229) publiqué las fotografías de veintidós tablas con incrustaciones de nácar sobre la Conquista de México, obras del pintor Miguel González (s. XVI) que se conservan en el Museo de Buenos Aires. Lo que yo sabía de la procedencia de dichos cuadros se reduce a las siguientes líneas:

> Siendo director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires el Dr. Germán Burmeister, la colección de González fue donada a dicho Museo por el Sr. Guillermo Mac Kinlay, yerno del general José Matías Zapiola. De allí, la colección pasó al Museo Histórico hasta 1895, año de la fundación del Museo Nacional de Bellas Artes, a cuyo fondo fueron incorporados los cuadros mexicanos en cuestión, junto con las demás obras de arte dispersas en los distintos institutos argentinos.

En el siguiente número de la propia revista, pp. 83-84, apareció una comunicación del erudito historiador del arte mexicano don Manuel Romero de Terreros, quien recuerda que, en su obra *Las artes industriales en la Nueva España*, se refiere a una colección existente en el Museo Arqueológico de Madrid, de vinticuatro tablas que representan episodios de la Conquista, cuadros hechos en México por Miguel González en 1608, con un maqueado producido por la incrustación en la tabla de trozos de nácar. Y añade:

> Otros de la misma mano y fecha, de asuntos religiosos, se exhiben en el Museo Nacional de México. No cabe duda que los cuadros que existen actualmente en Buenos Aires son los mismos que figuraban antaño en Madrid. Ignoro en qué fecha pasarían a Buenos Aires. En caunto a la serie que existe en el Museo Nacional [de México] y que representa una alegoría del Credo, me informa el profesor don Antonio Cortés que

* *Monterrey*, Nº 8. Río de Janeiro, III-1932.

procede de la Iglesia de Santa Isabel Tola, cerca de la Villa de Guadalupe.

Algunos amigos residentes en Madrid habían sido invitados a proseguir la investigación con los elementos que allá existen. José María González de Mendoza nos comunica así sus primicias, a reserva de dar una noticia extensa en *Contemporáneos:*

1. En el Museo Arqueológico de Madrid no existe sólo una colección, sino dos: una de veinticuatro tablas (a que se refiere Romero de Terreros) y otra de seis tablas muy grandes.

2. La duquesa de Moctezuma posee otra serie, muy parecida a la de Buenos Aires, que consta de veinticuatro tablas.

3. Hay dos pintores: Miguel y Juan González. No se encuentran hasta hoy datos ningunos sobre ellos. Su nombre figura en las veintitantas mil papeletas de artistas y artesanos españoles que ha juntado el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Parece conveniente buscar en los archivos de México. Sólo allá "se podrá indagar con éxito sobre estos simpáticos petits-maîtres".

4. A última hora, aparece otra "Conquista de México" de González, y es la quinta.

II *

Según noticias de Agustín Yáñez, de México, no estaría de más buscar algunas tablas históricas descriptivas de la Conquista de México por Cortés, a estilo de las de González —ya que el fenómeno va convirtiéndose en toda una escuela artística— en el convento de Zapopan, adonde "en estado lamentable" han ido a parar algunos cuadros de San Fernando. El guardián, F. L. Palacio Basave es, por fortuna, hombre entendido y erudito.

III *

Es posible que Manuel Toussaint y José María González de Mendoza se decidan a publicar el resultado de sus investiga-

* *Monterrey,* Nº 9. Río de Janeiro, VII-1932.
** *Monterrey,* Nº 10. Río de Janeiro, III-1933.

ciones, que comprende lo que el primero ha encontrado en México y el segundo en Madrid. Toussaint se inclina a pensar que ambos pintores fueron españoles y que las tablas se pintaron en España, pero hay razones para aceptar, al menos, que hayan vivido en la Nueva España. Parece que, firmada del mismo nombre de González, hay en Tlaxcala una Guadalupana con "maqueado" de nácar.

IV *

1. Hay en el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y estaban antes en el Museo de Bellas Artes de dicha ciudad, veintidós cuadros de Miguel González (que se dan como del siglo XVI o comienzos del XVII), pintados al óleo sobre telas estucadas en tablas y realzados con incrustaciones de nácar, que representan la conquista de México por Cortés. Considero esta colección como la joya más valiosa que poseía aquel Museo. No se sabe de dónde procede. En tiempos en que el doctor Germán Burmeister era director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires, la colección González fue donada a dicho Museo por Guillermo Mac Kinlay, yerno del general José Matías Zapiola. Por 1895, la colección se encuentra ya en el Museo Histórico. Ese mismo año se funda el de Bellas Artes, y las tablas de González pasan a éste, junto con otras obras de arte que andaban dispersas en los distintos institutos argentinos.

2. Por especial cortesía de la Dirección del Museo de Bellas Artes, pude publicar una reproducción fotográfica de las veintidós tablas en la revista mexicana *Contemporáneos* (marzo de 1931), revista que puso sus páginas a disposición de los investigadores que pudieran ofrecer datos sobre González y su obra. Las fotografías aparecen allí acompañadas de las leyendas explicativas que constan en los cuadros originales.

3. En el siguiente número de aquella revista (abril de 1931, pp. 83-4), don Manuel Romero de Terreros recordaba que, en su obra *Las artes industriales en la Nueva España*, él se había referido a otra colección de veinticuatro tablas pintadas por González sobre el mismo asunto y también con incrustaciones de nácar, colección que existe en el Museo Arqueológico de Madrid; y añadía que existen otros cuadros de González, de asuntos religiosos, en el Museo Nacional de Mé-

* *Monterrey*, Nº 11. Río de Janeiro, IX-1934. Esta nota se publicó antes en el *Boletín del Museo Nacional de Bellas Artes*, Buenos Aires, junio de 1932. Provocó el artículo del señor E. Schiaffino que más adelante reproduzco.

de la Iglesia de Santa Isabel de Tola, cerca de la Villa de xico. Éstos representan una alegoría del Credo, y proceden Guadalupe. Pero el señor Romero de Terreros creía que la colección de Madrid era la misma que ahora aparece en Buenos Aires.

4. En mi correo literario *Monterrey* (Ríojaneiro, marzo de 1932), recogí los siguientes datos, que me fueron proporcionados por don José María González de Mendoza desde España: *a)* En el Museo Arqueológico de Madrid existen dos colecciones de la conquista de México por González: una es la de veinticuatro tablas a que se refiere Romero de Terreros, y la otra es de seis tablas grandes; *b)* la duquesa de Moctezuma posee otra serie, muy parecida a la de Buenos Aires, también de veinticuatro tablas; *c)* hay dos pintores González, Miguel y Juan, sobre los cuales no se encuentran datos, y que figuran entre las veintitantas mil papeletas de artistas y artesanos españoles que ha juntado el Centro de Estudios Históricos de Madrid; *d)* a última hora, aparece otra conquista de México, por González, y es la quinta. El comunicante no nos dice dónde se encuentra.

5. En *Monterrey* (julio de 1932), pude todavía publicar la siguiente nota: según noticias de don Agustín Yáñez, de México, no estaría demás buscar algunas tablas históricas descriptivas de la conquista de México, al estilo de las de González —ya que el fenómeno va convirtiéndose en toda una escuela artística— en el convento de Zapopan (México), adonde han ido a parar, en estado lamentable, algunos cuadros de San Fernando.

6. En *Monterrey* también (marzo de 1933), comuniqué la posible publicación —que por desgracia se hace esperar— de todos los datos que sobre el asunto han encontrado, en Madrid, don José M. González de Mendoza, y en México, don Manuel Toussaint. Éste se inclina a creer que ambos pintores González son españoles y que las tablas se pintaron en España, aunque acaso los González hayan vivido algún tiempo en México. Parece que, firmada del mismo nombre González, hay en Tlaxcala una Virgen de Guadalupe con "maqueado" de nácar.

7. Don Genaro Estrada, Embajador de México en España, publicó el año pasado, en Madrid, entre sus espléndidos *Cuadernos Mexicanos,* un volumen en que reproduce las colecciones de Madrid citadas en el párrafo 4 de estas notas, a saber: la del Arqueológico y la de los antiguos duques de Moctezuma de Tultengo, ambas de veinticuatro tablas cada

una, de 52 por 97 cm., y la pequeña serie del Arqueológico que consta de seis tablas de 1.25 por 2.04 m. Según las noticias de Estrada, en el propio Museo Arqueológico hay otra serie maqueada, de González: seis tablas de asunto religioso. Respecto al autor, el prólogo nos dice que es español "y hacía estos trabajos entre los últimos años del siglo XVII y los primeros del XVIII", lo que rectifica en un siglo la fecha que veníamos asignando a las otras tablas. No se ha podido establecer si vivió o no en México, ni se ha encontrado la menor referencia a él en los archivos de Madrid. No se sabe si las tablas que hay en el Arqueológico proceden de México, pero se sabe que las envió a dicho Museo el Ministerio de Fomento, de España. Se cree que hay otras colecciones perdidas. Así, por ejemplo, había una en el colegio de jesuitas de Chamartín de la Rosa, donada en el siglo XIX por los duques de Pastrana, y se teme que algunas de sus tablas hayan desaparecido en el incendio de mayo de 1932. Hay otros cuadros dispersos de González. Estrada reproduce 76 tablas en total. Este volumen ha sido objeto de una reseña de Ermilo Abreu Gómez (*Crisol*, México, febrero de 1934) y, antes, de un artículo de J. Ignacio Dávila Garibi (*El Libro y el Pueblo*, México, noviembre de 1933), en que se notan ciertos anacronismos y errores históricos del pintor.

Tal es el estado de las investigaciones actuales respecto a González y su *Conquista de México*, asunto sobre el cual los conocedores y críticos argentinos acaso pudieran darnos más luces.

A. R.

Ríojaneiro, 5 de mayo de 1934.

V

En el último *Boletín del Museo Nacional de Bellas Artes*, correspondiente a junio, don Alfonso Reyes publica siete notas breves enumerando el estado en que se halla en España y México la rebusca de datos referentes a los pintores Miguel González, que en el siglo XVI, según parece, y en 1698, respectivamente, firmaron las dos series de veintidós y de veinticuatro tableros historiando *La Conquista de México*, perteneciente la primera al Museo Nacional de Bellas Artes, de Buenos Aires, y la segunda al Museo Arqueológico Nacional, de Madrid.

De estas notas se desprende que, de pocos años a esta parte, don Manuel Romero de Terreros, el mismo Doctor Reyes en la revista mexicana *Contemporáneos* (marzo de 1931) al publicar fotografías de la serie de Buenos Aires, y los seño-

res don Agustín Yáñez, don Manuel Toussaint, de México, don José M. González de Mendoza, en Madrid, y don Genaro Estrada, Embajador de México, en España, han publicado reproducciones y se preocupan de investigar quiénes fueron estos misteriosos pintores y de cuándo datan sus respectivas obras. ¿Si los Miguel (y Juan) González eran españoles, que nunca salieron de su país, o si estuvieron en México?

Ya en 1925 en Madrid, don Francisco Álvarez Ossorio, en su libro *Una visita al Museo Arqueológico,* publica uno de los tableros y los menciona de paso.

Hasta ahora las referencias a los autores y su nacionalidad, así como la procedencia de los tableros de Buenos Aires y Madrid han sido sobremanera vagas.

En 1895, cuando por encargo de nuestro Gobierno me tocó iniciar la formación del Museo Nacional de Bellas Artes, me interesé vivamente por la serie de veintidós tablas existentes en el Museo Histórico Nacional y las reclamé. Las puse bajo cristal para su mejor conservación y las expuse ordenadamente en el vestíbulo de entrada del Museo. Traté de averiguar entonces de dónde procedían. El doctor Adolfo P. Carranza, director del Museo Histórico Nacional, carecía de datos al respecto y se remitió a nuestro colega el Prof. Berg, director del Museo de Historia Natural. Este eminente naturalista me informó que el único antecedente dejado al respecto por su antecesor, el sabio doctor Burmeister, era: que la serie de 22 tableros de *La Conquista de México* había ingresado al Museo como donación de don Alejandro Mac Kinlay, que los trajo de Inglaterra, a mediados del siglo pasado.

Esta serie parece haber sido originariamente de 24 tableros, según me dijo entonces el doctor Ernesto Quesada, que recordaba haber visto dos en el estudio biblioteca del doctor Ángel Justiniano Carranza... Por mi parte, no he tenido ocasión de verificarlo.

Dos cosas llaman la atención en esta serie: la mezcla de un estilo arcaico y europeo al mismo tiempo, como pudo ser el de un artista mexicano que pintara bajo influencia española, pero con procedimientos decorativos marcadamente asiáticos —o remotamente autóctonos si desaparecidos en México, se han conservado en China— como el aliaje del nácar a la pintura, embutido en un estuco, y su habilísima utilización por un artífice familiarizado con los efectos imprevistos de la irisación y el destello; así como también, a pesar de su excelente conservación, la pátina venerable reveladora de una auténtica vejez.

En 1923, hallándome en Madrid, supe que en el Museo Arqueológico Nacional había una Sección de Antigüedades

Mexicanas; fui a verlas con la esperanza de adelantar algo en mi rebusca. Hallé la serie de 24 tableros, de un metro de altura por medio de ancho, que señala el eminente historiador don Pedro de Madrazo en 1884, en su copiosa y erudita información titulada: *Viaje artístico de tres siglos por las colecciones de los reyes de España,* en una nota que transcribimos más adelante.

Aquellos 24 tableros desde el primer momento me dieron la impresión de ser una reproducción muy posterior a las pinturas del Museo de Buenos Aires, de las que conservaba clara memoria. Busqué la firma del autor; como en la serie argentina, se halla una sola vez: *Miguel González,* con el agregado: *faciebat 1698.*

¿Qué significaba este misterio? ¿Cómo podía Miguel González, aquel pintor vigoroso, a todas luces mexicano y aparentemente del siglo XVI, repetir "banalizada" su obra en 1698?

Una sola interpretación se imponía, y basándome en la comparación de ambas series, que la casualidad me deparaba estudiar sucesivamente, la expuse en mi libro *La pintura y la escultura en Argentina,* publicado en 1933.

En ese mismo año de 1923 se hallaba también en Madrid don Alfonso Reyes, en calidad de Encargado de Negocios de México; cuando tuve ocasión de conocerle, le pregunté si en los Museos de México existían esa clase de pinturas representando episodios de la Conquista de México; y tuve la impresión de que el asunto le fuera completamente desconocido. Ahora veo con satisfacción que el celebrado escritor, durante su estadía en Buenos Aires, en calidad de Embajador de México, se interesó vivamente por la serie de Miguel González, perteneciente al Museo Nacional de Bellas Artes; que publicó las reproducciones fotográficas en la revista *Contemporáneos* (marzo de 1931), "revista que puso sus páginas a disposición de los investigadores que pudieran ofrecer datos sobre González y su obra". He ignorado hasta ahora ese interesante ofrecimiento, pues me hallaba entonces en Francia y ya de viaje para Grecia.

Volviendo a las notas de don Alfonso Reyes, veo que don Manuel Romero de Terreros no ha leído bien la fecha de la serie del Museo Arqueológico, de Madrid; no es 1608, sino 1698. Tampoco se trata de dos series allí existentes: las seis tablas mayores de González no tienen casi analogía con las 24 que repiten exactamente las 22 más antiguas del Museo de Buenos Aires. En la nota 4ª, a estar a los datos proporcionados por don José María González de Mendoza, desde España, la duquesa de Moctezuma posee otra serie muy parecida a la de Buenos Aires, también de 24 tablas; el mismo informante

agrega que hay dos pintores González, Miguel y Juan, sobre los cuales no se encuentran datos, y que aparecen entre las veintitantas mil papeletas de artistas y artesanos españoles que ha juntado el Centro de Estudios Históricos de Madrid; a última hora, aparece otra Conquista de México, por González, y es la quinta (sería la cuarta). El comunicante no dice dónde se encuentra. En las notas 5ª y 7ª se hacen referencias a otras tablas que se hallarían en el Convento de Zapopan (México) y otras colecciones perdidas en España, como la del Colegio de Jesuitas de Chamartín de la Rosa, donada en el siglo pasado por los duques de Pastrana; lo que corrobora mi hipótesis de la dinastía Miguel González que se viene sucediendo desde el siglo XVI hasta principios del XVIII.

En la nota 6ª, don Manuel Toussaint, de México, se inclinaba a creer "que ambos pintores González son españoles y que las tablas se pintaron en España, aunque acaso los González hayan vivido algún tiempo en México". Parece, agrega, que firmada del mismo nombre González, hay en Tlaxcala una Virgen de Guadalupe con "maqueado de nácar".

Sorprende... que pintores españoles del siglo XVI o XVII, y de cualquier otro tiempo, adopten bruscamente, sin ningún antecedente, un procedimiento exótico como el de la pintura sobre lienzo de algodón, tendido en tabla, con profusión de nácar incrustado en el estuco. Este procedimiento tan peculiar, aunque más basto y primitivo, está emparentado de cerca con las lacas decorativas del Extremo Oriente, y no serían éstos los únicos rastros de remotas vinculaciones entre la antigua América y Asia.

Ahora bien, puesto que los archivos españoles y mexicanos se muestran remisos para aclarar el origen de esos tableros, la personalidad, la época exacta, el lugar en que trabajaron los pintores que firmaban Miguel González, para dar un paso más en terreno firme se requería la comparación visual entre las tablas de Buenos Aires y las de Madrid, a fin de determinar el carácter de las obras y su mayor antigüedad, derivándose de ahí cuáles son los originales, las réplicas y copias, puesto que las composiciones son las mismas; y hasta ahora los diversos investigadores españoles y mexicanos que han intervenido —de cuya intervención da cuenta don Alfonso Reyes en las notas que comentamos, con el agregado que acabo de hacer de don Pedro de Madrazo en 1884, y don Francisco Álvarez Ossorio en 1925— estaban impedidos de hacerlo, porque no conocían sino la mitad del problema: los tableros de Madrid; y don Alfonso Reyes, únicamente los de Buenos Aires, cuyas fotografías ha publicado en la revista mexicana *Contemporáneos* en 1931.

De manera, pues, que entre los investigadores que se vienen ocupando de este asunto la casualidad ha querido ponerme en situación de estudiar "de visu" sucesivamente la serie del Museo de Buenos Aires y la del Arqueológico de Madrid. El resultado de mi investigación personal se ha publicado en el año anterior en la Introducción y en el Apéndice de mi libro *La pintura y la escultura en Argentina.* Como se trata de una obra voluminosa, que aún no ha concluido de distribuirse en las bibliotecas europeas y americanas, doy aquí un extracto de la cuestión en estudio, en calidad de aporte personal para ilustrarla y situar posiciones respectivas.

¿Qué sabemos de la nacionalidad del artista?

Lo que dice claramente el orientalismo de la obra. Bajo el nombre y apellido españolísimo de Miguel González, nada impide que se esconda un auténtico azteca. Era inveterada costumbre de los conquistadores bautizar con su nombre y apellido a todos los mexicanos, ya fuesen adultos o recién nacidos. Lo sorprendente sería que, siendo mexicano, se hubiera conservado el verdadero nombre del artífice.

Del conocimiento y hasta la familiaridad de los aztecas con la pintura descriptiva, no solamente con la figura en reposo, sino en movimiento, nos instruye el más avispado testigo contemporáneo, el famoso cronista Bernal Díaz del Castillo, soldado de Hernán Cortés, cuya armadura era del mismo acero que las plumas de los actuales corresponsales de guerra:

"Andaban a este tiempo algunos pintores mexicanos, que vinieron entre el acompañamiento de los dos Gobernadores, copiando con gran diligencia, sobre lienzos de algodón que traían prevenidos y emprimados para este misterio, las naves, la artillería y los caballos, con todo lo demás que se hacía reparable a sus ojos de cuya variedad de objetos formaban diferentes países de no despreciable dibujo y colorido... retrataron a todos los capitanes e iban muy parecidos los retratos... hacíanse estas pinturas de orden de Teutile para avisar con ellas a Moctezuma de aquella novedad, y a fin de facilitar su inteligencia iban poniendo a trechos algunos caracteres, con que al parecer explicaban y daban significación a lo pintado.

"Y cuando Cortés, enterado de lo que ocurría, ordenó un simulacro de combate de caballería, con arcabuces y cañones, los indios estuvieron como embelesados y fuera de sí; y se reconoció luego que los pintores andaban inventando nuevas efigies y caracteres con que suplir lo que faltaba en sus lienzos. Dubujaban unos la gente armada y puesta en escuadrón, otros los caballos en su ejercicio y movimiento; figuraban con la llama y el humo el oficio de la artillería y pintaban hasta el estruendo con la semejanza de rayo, sin omitir algunas de aque-

llas circunstancias espantosas que hablaban más derechamente con el cuidado de su rey."

El historiador norteamericano Prescott, más mesurado, no aprecia debidamente estos reporteros *avant la lettre*, que al menos cuatro siglos antes que sus compatriotas yanquis inventaban el reportaje periodístico integral, compuesto del verbo y de la imagen, del texto y la ilustración, anticipando en cuatrocientos años sobre la fotografía instantánea. Y, sin embargo, el historiador americano, que tan a menudo moteja de "bárbaros" a los súbditos de Moctezuma, aludiendo, sin duda, a la frecuencia de los sacrificios humanos —como si la Inquisición, no sólo española, sino europea, no fuera rea por aquellos mismos tiempos y otros más cercanos de idénticos desmanes—, dice que la fidelidad de las reproducciones pictóricas de los aztecas era tan perfecta "que los tribunales españoles las admitían como fehacientes pruebas".

Malgrado tamaña comprobación, considera a estos pintores "escribas de jeroglíficos" y los asimila a los egipcios, pero parecería en realidad que no hay entre ellos sino superficial analogía. Los escribas egipcios eran sedentarios, y en la tranquilidad de la oficina, cubrieron pacientemente brazadas de papiro con mecánica y fría ejecución, mientras que los febriles emisarios gráficos de Moctezuma, según los describe el cronistas, eran pintores taquígrafos, para quienes el pincel y la cambiante forma no tenía secretos. Hay que ver que entonces la fotografía instantánea no les había revelado, como a nosotros, la descomposición del gesto, inmovilizando a trozos los diversas fases de la acción; ignoraban el análisis científico mecánico que el objetivo fotográfico realiza, y la extrema sensibilidad de las placas nos revela, y sólo debían conocer "de visu" la síntesis retórica del movimiento; esas síntesis infantiles, en las que incurrían hasta hace poco los más grandes pintores europeos de caballos y de lebreles que no alcanzaban a disociar el movimiento. . . , etc.

Desgraciadamente, casi toda la antigua pintura y escritura mexicana ha sido voluntariamente destruida por el fanatismo de los conquistadores, que dio en considerarla instrumento de magia, pero aunque sólo se hayan salvado restos y algunos códices, bastan éstos, y la fe de veracidad que merecían a los tribunales españoles, para asignarles singular valor representativo, pues bien sabemos por experiencia secular que la extrema fidelidad del croquis o del boceto, para sorprender de improviso la forma en movimiento, es lo que en el arte del dibujo caracteriza al maestro. Esta condición revela cómo era de vibrante y de viviente el lenguaje pictórico de los aztecas; no

podría decirse nada parecido de la acompasada ideografía de los egipcios, apta para historiar pacientemente hasta el último intersticio de los sarcófagos, a fin de que la momia del príncipe recapacitara eternamente, en la inmovilidad del sepulcro, la gloria de la dinastía.

La casualidad ha querido que un testimonio precioso de la pintura mexicana del siglo XVI, formado por veintidós tablas que representan los principales episodios de la Conquista de México, por Hernán Cortés, de las que publicamos aisladamente aquella que lleva la firma del autor Miguel González, haya encontrado asilo en el Museo Nacional de Bellas Artes, de Buenos Aires, donadas al Museo de Historia Natural por don Alejandro Mac Kinlay que las trajo de Londres hace cosa de ochenta años; después, en el Museo Histórico Nacional, de donde el que esto escribe las llevó al de Bellas Artes.

Parecería extraño, a primera vista imposible, que una importante serie de pinturas mexicanas, al parecer contemporáneas o poco posteriores a la Conquista, hubiera podido ser trasladada de México a Inglaterra, sin quedar en España, si no fuera que el historiador don Pedro de Madrazo, en su interesante libro *Viaje artístico de tres siglos por las colecciones de los reyes de España* (desde Isabel la Católica hasta la formación del Museo del Prado), no nos diera la clave de lo que debió de acontecer.

Precisamente desde los lejanos tiempos de Isabel la Católica y contemporáneamente con las obras de arte que comenzaron a recolectar los reyes, empezó también el singular arbitrio de vender en pública subasta las que iba dejando el extinto monarca, para pagar con el producto las mandas y legados que ordenaba por testamento. Pero las obras de arte se consideraban entonces simples objetos de devoción o de mero adorno, costaban muy poco, y ya se puede colegir lo que darían por ellas los particulares, cuando aún no había entrado la costumbre de coleccionarlas como peregrinas muestras del talento artístico de ciertos autores. Dice el ya citado don Pedro de Madrazo:

"Aunque era práctica y antigua, por lo visto, sacar a la venta en pública subasta las pinturas, alhajas y demás bienes muebles de los reyes cuando éstos fallecían, para pagar con su producto las deudas y mandas declaradas en sus testamentos, debe advertirse que estas ventas solían mermar en muy pequeña parte el caudal artístico de la Corona, porque generalmente el príncipe sucesor, más noblemente avaro de obras de arte [ésta es una mera suposición, desvirtuada más adelante; más propio fuera decir: de obras de devoción] que de otras alhajas, retenía para sí, por el precio de tasación, todos los cuadros

del rey difunto. Así debió suceder a la muerte de la Reina Católica, dado que al final del inventario de sus 460 cuadros sólo se anotan en partida de *data*, esto es como enajenados, cuatro tablas y tres lienzos (es decir, siete; en otra ocasión, en la almoneda que Felipe III mandó hacer para pagar las mandas de Felipe II, se venden a particulares 21 cuadros de diversos autores). Y esto mismo se verificó cuando se sacaron a la venta los cuadros y demás efectos muebles del emperador. Al tenor de lo dispuesto en una de las cláusulas de su testamento: 'Mandaba y era su voluntad que para este efecto todos los bienes que dejase a su muerte fuesen puestos y librados por sus herederos en manos de sus ejecutores testamentarios, para que sin dilación se pagasen las referidas deudas; pero quería y ordenaba que las piedras preciosas, joyas de valor, tapicería rica y otras cosas que se hallasen en sus bienes muebles, en especial algunas *joyas* e cosas amazinas [*sic*], que hubiesen sido de sus abuelos y bisabuelos, en viéndolas el príncipe D. Felipe, su hijo y heredero, le fuesen dadas, y las pudiese tomar en precio moderado, a arbitrio de los testamentarios, obligándose a poner en el plazo de dos años en manos de los mismos el valor en que fuesen apreciadas'."

No escaparía al lector que las salvedades hechas por Carlos V en su testamento no se refieren a cuadros y estatuas sino, con instencia, *a joyas de valor, piedras preciosas y tapicería rica.* ¿No se pagaban entonces las obras maestras místicas del Perugino en barriles de vino y monedas de vellón? ¿Las del elegante y suntuoso Botticelli, en partidas de queso, fabricado en el Convento que le había encargado los frescos? ¿Dónde ha visto don Pedro de Madrazo que los mecenas de entonces "fueran más noblemente avaros de obras de arte que de otras alhajas", cuando son precisamente éstas casi las únicas que preocupan al poderoso monarca?

Había pues una brecha que se abría pèriódicamente en las colecciones de los reyes de España, por donde salieron muchas de las obras de arte que se echan de menos en los inventarios de los sitios reales, y no todas perecieron en los incendios espectaculares de que el mismo autor hace memoria.

Volviendo pues a las veintidós tablas de la *Conquista de México,* que pasaron de España a Inglaterra y de allí a Buenos Aires, su antigüedad parece remontar al siglo XVI. De un metro de alto, por medio de ancho, su ejecución recuerda el procedimiento asiático de las pinturas incrustadas de nácar, pero con técnica distinta y mucho más libre que la de las lacas chinas y japonesas. Nada tiene que ver con el maqueado asiático a base de barnices. Es un procedimiento original.

Aunque el nombre del autor, Miguel González, la caligrafía y la rúbrica sean españolas, ya sabemos que ningún indio americano escapaba al bautismo del nombre y apellido del peninsular que lo apadrinaba. Desde luego, hay que descartar que artífices españoles fueran a México a introducir o aprender estilos y técnicas exóticas de pintura. Además, si el procedimiento tiene asiáticas analogías, el estilo se emparienta como de costumbre con el egipcio, en el paralelismo de los gestos y actitudes de los combatientes. Las pesadas tablas, recubiertas de burdo lienzo de algodón emprimado, como aquellas que menciona Bernal Díaz, aparecen incrustadas profusamente con fragmentos irregulares de nácar, esparcidos como al azar; el pintor traza sus composiciones con afluencia de personajes y cubre de color, o descubre hábilmente las escamas de concha, según necesite sus destellos para el lustre de las armaduras, el brillo de las espadas o el reflejo de la luz sobre las aguas. Una pátina amarillosa cubre los amortiguados tonos de ocre, de bistre y de negro, interrumpidos a trechos por irisado y luciente nácar.

En todas estas escenas, animadas por múltiples figuras en acción, el horizonte voluntariamente alzado permite ver casi panorámicamente el desarrollo de los diversos episodios superpuestos. Cada tablero lleva, dentro de un círculo, en la parte superior, cintrada y exornada de flores, la leyenda del cuadro trazada en florida caligrafía. Aquella que está firmada por el autor dice así:

"Después de aver puesto el Capitán general cortés Cerco a la Ciudad de México. Entra dando guerra asta las casas Matando muchos guerreros dellos Mexicanos asta ganarles las puentes. Donde venció la Batalla Con gran valor de los Soldados."

Una fila de morenos arqueros, semidesnudos, corona los muros de tres a cuatro varas de alto, oponiendo flechas a las balas de arcabuz. Al pie de la muralla, otros infantes armados de lanza y de varas, con opuestos y mortíferos salientes en forma de bisagras, afrontan animosos la infantería española armada de arcabuses, los lanceros a caballo. La suerte del desigual combate no es dudosa; sólo el número y la entereza de los mexicanos, poco menos que desarmados, puede prolongar la resistencia.

En el Museo Arqueológico de Madrid, en la Sección Mexicana, al par de los cacharros de arcilla multiformes, de los enigmáticos discos de metal labrado, de primorosos tapices que son mosaico de gayas plumas de color inalterable, combinadas por habilísimos artífices que llegaron a rivalizar en esplendor decorativo con las tapicerías de Flandes, tramadas de oro y plata, hay otra serie análoga de tableros, ejecutada

por idéntico procedimiento, firmada por un artífice que lleva el mismo nombre y apellido, y fechada en 1698. Entre una y otra pintura hay la diferencia que pasa entre el original y la copia. Ha desaparecido el aspecto primitivo y rudo de la pintura azteca, y nos presenta los mismos episodios banalizados por la industria de los sucesores. Tal vez se había formado en la familia de Miguel González una dinastía de pintores que continuó por más de un siglo repitiendo punto por punto, mecánicamente, los fastos de la Conquista, como los monjes del Monte Athos repiten aún los íconos de la Iglesia ortodoxa.

Entre las flores, más simétricas y regulares, que tachonan el incurvado friso de todos los tableros, aparecen pajaritos afrontados, que no existen en las antiguas tablas. A la serie de Madrid se refiere esta nota transcrita por don Pedro de Madrazo:

"Por real orden de 2 de Setiembre de 1776, se servió S. M. mandar que las varias alhajas de cristal de roca, vasos de agatha y otras piedras raras que existían en el sitio de San Ildefonso, y tocaron a S. M. por la herencia de su abuelo el Delphín, padre del señor Phelipe Quinto, como también *los tableros que representan los principales sucesos de la Conquista de México,* se entreguen mediante recibo a Don Pedro Franco Dávila, Director del Gavinete de Historia Natural, para que los coloque y guarde en él entre las piezas y curiosidades que allí se conservan, y pertenecen todas a S. M., cuyas alhajas permanecerán allí como en depósito, para mayor realce del Gabinete y digna memoria del Fundador."

Estos 24 tableros de *La Conquista de México,* por Hernán Cortés, firmados: "Miguel González - faciebat 1698", cuya ejecución corriente, evidentemente muy posterior, no tiene el acento primitivo que campea original en los 22 tableros del Museo de Buenos Aires, se conservan, con otros seis de mayor tamaño, en el Museo Arqueológico de Madrid, y a ellos se refiere, muy de paso, don Francisco Álvarez Ossorio en su libro *Una visita al Museo Arqueológico Nacional,* p. 202 y lámina 160 (Madrid, 1925).

No conocemos la serie perteneciente a la duquesa de Moctezuma, publicada en Madrid el año pasado por don Genaro Estrada, Embajador de México en España, en sus *Cuadernos Mexicanos,* según informa don Alfonso Reyes en la nota 7 del *Boletín del Museo Nacional de Bellas Artes.* Desgraciadamente no se dice si es anterior o contemporánea de la conocida serie de 1698, existente en el Arqueológico de Madrid. Empero, abrigamos la esperanza de que la presente información servi-

rá para obtener mayor precisión en los datos que se vienen publicando respecto de la interesante incógnita mexicana.

EDUARDO SCHIAFFINO
(La Fronda, 4 y 5, Buenos Aires, VIII-1934).

VI *

En tanto que aparece la publicación anunciada por don Félix F. Outes, director del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, seguimos recogiendo testimonios de la que ya podemos llamar "multiplicación de las tablas de González". El Excmo. Sr. don José R. Gómez Acebo, Ministro de España en Finlandia, nos comunica, en carta del 13 de noviembre de 1934, la reciente compra que ha hecho a un anticuario de Londres de dos tablas con incrustaciones de nácar que representan escenas de la conquista de México por Cortés y que seguramente pertenecen también a la familia de cuadros que nos ocupa. Cada tabla está dividida en dos partes. Las respectivas leyendas dicen así: "Visita el Emperador Moctezuma al Capitán General Cortés en sus aposentos y le pone una cadena de oro al cuello; manda que les repartan a sus soldados joyas de oro; lleva el Emperador Moctezuma al Capitán General Cortés al adoratorio de sus dioses y se los muestra." "Entra el Capitán General Cortés en consejo con sus capitanes y soldados, para aprehender al Emperador Moctezuma; llévalo preso, échale grillos y manda quemar a dos capitanes indios, porque mataron a Juan de Escalante en la Villa Rica." En las reproducciones puede apreciarse que los ídolos indígenas están interpretados como esculturas europeas.

* *Monterrey,* Nº 12. Ríojaneiro, VIII-1935.

IV

TREN DE ONDAS

[*1924–1947*]

Je l'ay voué à la commodité particulière de mes parens et amis.

MONTAIGNE

NOTICIA

EDICIONES ANTERIORES

1. Alfonso Reyes//Tren de Ondas//(*Dibujo del "tren de ondas"*)// (1924-1932)//Río de Janeiro//1932, 8º, 182 págs.—Oficinas Graphicas Villas Boas. 300 ejemplares.

2 Alfonso Reyes//Calendario//y//Tren de Ondas//México //Edición Tezontle//1945, 8º, 211 págs. e índice. El "Tren de Ondas" ocupa las páginas 111 a 211.

I. TODOS LOS SENTIDOS

LOS MERCADOS *

COMO Huxley el viejo, en sus popularizaciones científicas, cuenta las vicisitudes de un trozo de tiza; como los periódicos para los niños cuentan la historia de un vaso de agua, así Pierre Hamp —unanimista a su modo— nos hace recorrer todas las fases del esfuerzo acumulado en torno a una copa de champaña. Desde la mañana en que el peón busca trabajo por los viñedos de Francia, hasta la noche en que los lacayos de un club londinense sacan a cuestas, y los acomodan cuidadosamente en sus coches, a dos lores y un alto eclesiástico que han abusado, como de costumbre, de la bebida.

(Al darse cuenta de que están vertiendo el champaña fuera de la copa, han decidido volver a casa. Al llegar al índice de refracción alcohólica, los dextrógiros vierten a la derecha, y los levógiros a la izquierda. De aquí, en las sociedades, graves disensiones políticas, oh Swift. "Yo —decía el general Obregón— tengo que gobernar con la izquierda, porque me han cortado la derecha.")

Otra vez, Pierre Hamp nos hace seguir, en todas sus jornadas, la inmensa epopeya del mercado marítimo: el transporte del pescado, a través de las complicadísimas redes ferroviarias; su llegada a las grandes Halles de París; las primeras ventas, entre el frío de la madrugada. Gran trepidación de voluntades y de materias. Dorsos agobiados de peso. Juramentos y gritos. Charcos donde se ven las escamas de la pesca o las manchas sanguinolentas de la venatería. Carros cargados con enormes masas cabeceantes desfilan, entre la niebla azul, tirados por gigantescas caballerías normandas, por peludos percherones de joroba en el cuello.

Las guías aconsejan una visita a los mercados. Pero ha de ser a la madrugada. De preferencia, a la vuelta de un baile de máscaras, vestidos de frac y acompañados de damas hechas todas plumas, epidermis y sedas, para que la escama

* *Revista de Revistas*, México.

viscosa y el salivazo de sangre, para que el sudor y la palabrota cobren toda su implacable eficacia; después de la sopa caliente y el trago de Roederer de los trasnochados de Montmartre (Mons Martirium).

1924.

Peusse-je ne me servir que de ceux qui servent aux halcs à Paris (I, xxvi).

PADRE AMATEUR

Explicación: el padre profesional se preocupa por su hijo, se amarga la vida y se la amarga a su hijo. El padre *amateur* goza de su hijo, y lo hace feliz.

HAY DÍAS en que mi hijo está como inspirado. Crece sobre mí, y yo le pertenezco y lo sigo: —un tono voluntarioso, con mucho de mala educación, pero también con algo de certeza divina. He querido hoy mostrarle la posada de mala muerte, la cuadra en que Artagnan dejó casi reventada su jaca y, mudando cabalgadura, salió otra vez a todo correr, arrancando chispas de las piedras. He querido ser su cicerone —¡y es él quien me guía!

La Posada del Compás de Oro se encuentra en la Rue de Montorgueil, junto a los mercados. Conserva su aire novelesco, sucio, despeinado, viejo-París. Hombres con zuecos almohazan caballos de doble alzada. Los últimos coches de alquiler se refugian por los rincones. Mírase algún auriga de charolada chistera, que rebrilla con la humedad. El patio es una llaga gris en el corazón de una manzana de viejas casas. Y esas ventanitas de otros tiempos, tan inesperadas, por donde parece que nos espían.

—De modo —observa mi hijo— que, cuando Carlos saltó sobre su caballo. . .

—¿Carlos?

—¡Sí hombre, Carlos! —me dice con una impaciencia ya de erudito—: Artagnan se llamaba Carlos.

Y el bibliotecario que hay en mi corazón agradece, embobado, esta bofetada filial.

De allí, mi hijo me arrastra hacia la fonda, a pocos pasos, porque ha llegado la hora de almorzar. Un vistoso caracol dorado alarga los cuernos sobre la enseña, que dice: "À l'Escargot." Lugar conocido de prudentes, frecuentado de gente sabia. En la vidriera, unos caracoles; y unos letreros humorísticos que abren el apetito: "Caracoles criados con biberón."

Mi hijo es quien ordena la minuta, ante mi admiración y mi éxtasis:

—Caracoles, sopa de cebolla, venado con puré de castañas, soufflé al kummel.

Y yo añado con timidez:

—Y media Corton, cosecha del 15.

Los caracoles tardan, ellos saben lo que hacen. Desde la cocina nos llega ese ruido peculiar, como de castañuelas de España. Y mi hijo formula su impaciencia en manera de refrán árabe. Dice el refrán: "Oigo el ruido de la aceña, pero no veo la harina." Y mi hijo:

—Los oigo aplaudir, pero no los veo salir a escena.

Y yo me acuerdo —oh maestro Rivas— de la única fábula de Fedro que acerté a aprender en lengua griega: la del hijo del campesino que asaba caracoles y los oía chirriar: ¡Oh, kákista zóoa! ¡Oh, perversos animalitos que cantan, como el incendiario fraudulento, mientras sus casas se están quemando!

1924.

Et, si nous avions à craindre cela, puis que l'ordre des choses porte qu'ils ne peuvent, à dire verité, estre ny vivre qu'aux despens de nostre estre et de nostre vie, nous ne devions pas nous mesler d'estre pères (II, viii).

APARECE RUBÉN DARÍO *

El pequeño salón del "Jockey" chirriaba como una matraca; zumbaba como uno de esos tamborcitos de cartón, atados a una cuerda, que los niños hacen girar, imitando el ronrón del mosco. —Caja de sombreros, llena por dentro de papeles y cintas; tan bajo el techo, que nos aplasta las ideas, como la tapa suele aplastar la *aigrette*—. Había rebuznos de zambomba.

Los letreros en inglés, tomados del viaje de Wilde por el Oeste y Sur de los Estados Unidos, húmedos de música, sanguijueleaban por los muros. Afuera, las bohardillas estaban tan untadas de luna.

Kisling había entrado, repartiendo puñetazos, puñetazos de arreglo fácil, como tratados y contratados de antemano entre el agresor y la víctima.

Kikí cantaba sus tonadas de marinero con una dulzura religiosa y sencilla, que contrastaba con la crudeza de la letra —hecha toda como de carne, de ajo y de cebolla. Por el pico de la cara, se le iba la electricidad de los ojos, esos ojos de cohete volteador que sólo ella tiene.

Estábamos todos tan untados de luna, a pesar del techo.

Fue entonces cuando apareció —evocado por las manos abiertas de las copas, sobre las mesitas redondas, espiritistas, de patas magnéticas e inquietas— Rubén Darío.

Apareció, gigante blando, grande almohada fofa, tan familiar como si viviera todavía. Entró pesadamente, apartando a las apretadas parejas con el obstáculo de sus versos. Se hacía visible o invisible, según que se quitara o se pusiera el gabán.

Pero cuando al fin se sentó y volvió la cara, todos tuvimos miedo a la muerte: —traía las mejillas de trapo y tenía los ojos al revés.

1925.

Advenu ou non advenu, à Paris ou à Rome, à Jean ou à Pierre, c'est tousjours un tour de l'humaine capacité... (I, xxi).

* *Valoraciones*, La Plata, mayo de 1928.

CON LA VIUDA *

ENTRE París y Saint-Cloud, los árboles tenían calzas verdes y frondas de oro y de carbón. Tierra mojada.

Nos abrió la puerta una sobrina de Verhaeren, ya madre.

El poeta, en todos los retratos, chorreaba bigotes melancólicos, y no disimulaba sus ojos de perro-nazareno.

La viuda, que perdió la fuerza de las piernas desde la muerte del poeta, se levanta un poco, apoyada en el borde de la mesa como esos muñecos que no pueden tenerse en pie.

La sobrina se ha estado divirtiendo en hacer beber a un viejo pintor belga, blanco y rojo, cabellera y corbata. Y el viejo me habla hasta de Anáhuac.

Y un reflector invertido, taza de luz secreta, deja oscuros los rostros y va a hacer brillar, arriba, un techo de plata.

. . . . .

Al regreso, la tierra y los lagos del bosque humean en la luna, y los faros de los automóviles van cogiendo, como inmensas redes de aire, esos monstruos y animales de aire que andan en el aire.

1925.

...pour rendre une veuë plaisante, il ne faut pas qu'elle soit perduë et escartée dans le vague de l'air... (I, iv).

* *Valoraciones*, La Plata, mayo de 1928.

MATRÍCULA 89 *

COSAS y personas de una edad, contemporáneas ni en saber ni en gobierno, algunas conozco.

El poncho que todavía tiendo de sobrecama vino a casa cuando yo nací, y ha sido objeto mío desde entonces. Acompaña mis fortunas y viajes. Tan raído se va quedando. Tan calvo está como yo mismo —y de igual humor. Suele servirme contra el frío de las excursiones en auto. Me hace de cama rústica o de mantel improvisado en el campo. Tiene un color de tigre, dorado y enrojecido a fuego. Lo veo como parte de mi epidermis, cónyuge de mis costumbres. Ni lo quiero ni lo aborrezco: no lo siento ya. Se prepara a morir conmigo, y así acelera solícitamente su ruina; porque los hombres nos quemamos más de prisa que nuestras mantas. En él he escondido intentos y pecados. Por él se dijo: "Debajo de mi manto, al Rey mato." Él es mi capa de que hago, cuando quiero, un sayo. Él es mi capa que todo lo tapa. Él es todo lo que dicen de él los refranes. Y hasta se llama "Poncho", como yo mismo en el diminutivo de mi tierra natal.

Asegura Jean Giraudoux que él y la Torre Eiffel son contemporáneos. Cuando nacieron, no los entendían ni los apreciaban en lo justo los "sentimenteros" de aquel entonces. Parecían demasiado geométricos, demasiado ideológicos, demasiado precisos. Poco a poco se fueron llenando con la música de las esferas, vibraron estelarmente por todos los huesos del armazón, e inventaron la telegrafía sin hilos, la antena, el anuncio Citroën. Rectifico a Jean Giraudoux, que aquí se me quita siete años de una vez. Paul Morand, Waldo Frank y yo sí que nacimos con la Torre.** Y yo sí que puedo afirmar que hubo un tiempo —aunque ahora nadie me lo crea— en que la Torre Fiel y yo éramos de la misma estatura.

* *Valoraciones*, La Plata, mayo de 1928.
** Después he averiguado que Charles Chaplin nació también en 1889.

Hoy no puedo hombrearme con ella ni con ellos, pero nos ata la cifra, y estamos sembrados en la misma capa geológica del tiempo.

1926.

Il est possible qu'à ceux qui emploient bien le temps, la science et l'experience croissent avec la vie; mais... (I, LVII).

RIMA RICA *

ALGUNA vez he tropezado con divagaciones sobre el ritmo poético, entendido como derivación del pulso de la sangre, del compás del paso humano, y hasta del compás del caballo —del caballo tan unificado a nuestra vida, que todavía llamamos caballero (residuo de la mitología del centauro) al más cortesano que jinete.

Hay, entre mis recuerdos, el de dos hermosas yeguas normandas de la cuadra paterna, que mucho tiempo tiraron del coche familiar. Eran dos tordillas opulentas, una de las cuales enloqueció y murió. Y consistía su dulce locura en hacer versos.

Atada con la cadena al muro, todo el día lo pasaba tejiendo con las manos un compasillo de dos por cuatro, trenzando los brazos rítmicamente con una exactitud admirable. Poco a poco, llegó a cavar con las delanteras cuatro agujeros equidistantes; porque cruzaba la mano derecha sobre la izquierda, pasaba otra vez a la postura normal, y luego cruzaba la izquierda sobre la derecha; y todo tan a tiempo fijo, que se la podía comparar con una relojería de péndulo. Los caballerangos la llamaban la Péndola (por "péndula").

Pero ¡con qué sorpresa descubro, entre los dibujos de Jean Cocteau, el retrato de mis yeguas normandas! No podían menos de evocar ideas de rima y ritmo, de pies métricos, de cronometría y compás. En proceso inverso, la idea de las rimas ricas —estas consonantes sobresaturadas— le ha sugerido a Cocteau la imagen de un pár de yeguas rechonchas, musculosas y vastas, que van marcando el paso con unas pesuñas consoladoras.

Imagino que puntúan el alejandrino francés de doce sílabas contadas, con su hemistiquio natural entre los cuartos delanteros y los traseros, y antes de que el maestro Hugo acertara a partirlo en tres. O me place figurarme —sobre

* *La Vida Literaria*, Buenos Aires, X-1928.

este suelo irreal, lleno de latidos como la pista de un circo en ejecuciones de alta escuela— la caída regular del metro de doce castellano, que ha muchos años hacía decir a Amado Nervo:

> El metro de doce son cuatro donceles,
> donceles latinos de rítmica tropa.
> Son cuatro hijosdalgo. Con cuatro corceles,
> el metro de doce galopa, galopa.

1926.

Je ne démonte pas volontiers quand je suis à cheval... **(I, XLVIII).**

ESTÉTICA ESTÁTICA *

QUIEN haya llegado al cine al final de un drama, de modo que le toque ver el desenlace antes de la exposición, ha tenido ya oportunidad para descubrir una ley estética:

La exposición, con sus posiblidades alerta, le interesa más que el desenlace. Y hasta puede ser que se complazca en soñar que la exposición es un término, un momento pleno y equilibrado a que le conducen las precipitaciones del desenlace. Hasta puede ser que se complazca en soñar que el film corre al revés.

El desenlace no tendría entonces más fin que el de procurar la exposición, el de alimentarla y robustecerla, como los antecedentes de un retrato contribuyen a la figuración del retrato mismo. En esta reversión, lo dinámico (o como debiera decirse, lo cinemático, porque dinámico puede serlo igualmente el movimiento que la suspensión) conduce a lo estático. El cuadro de personas, cuyo secreto ya conocemos, tiembla y vive en nosotros, presto a producir otros episodios, otras pasiones y conflictos siempre probables. Pero mejor si aparece ya del todo agotado, exhausto, esculpido para siempre en la materia de la quietud y el reposo.

Acabar con un desenlace, como que empobrece la riqueza potencial de los personajes y escenarios. Acabar con una exposición, con un equilibrio, con un cuadro, con una moneda acuñada, con un número, ¡qué alta conquista! Vemos venir, de los cuatro mil puntos cardinales, el hormiguero de figuras que van a ensartarse y conjugarse para entretejer el Enterramiento del Conde de Orgaz, guarismo de líneas ya exhaustas.

¡Cuántas veces oímos decir de las obras teatrales: lo mejor es el primer acto; el segundo puede tolerarse, y lo mismo puede suprimirse; el tercero es francamente malo! Un secreto instinto preside a estas apreciaciones.

* *Don Segundo Sombra,* La Plata, I-1929.

Ensayemos, intentemos una historia que comience por hacer andar a los personajes, y luego los agrupe y exponga. Tales efectos perseguían, inconscientemente, los cuentistas de otros siglos. El *Decamerón* es un tapiz de figuras, reclinadas en distintas actitudes sobre las rocas y los árboles: damas y caballeros se han acogido a la montaña, han huido de la ciudad, donde hace estragos la peste. Lo que de ellos nos interesa es esta hora estática final; cuando, envueltos en una atmósfera nueva, y ya sin urgencias, van a vivir solamente para contarse historias, echados sobre la yerba como en cualquier sueño de Watteau. Creo recordar que también *El peregrino,* de Lope, después de incontables aventuras y peripecias, anima el enjambre de sus personajes con un movimiento centrípeto hacia Toledo, donde una buena mañana —liquidadas ya las energías hostiles que los habían puesto en movimiento— van a encontrarse todos, digamos en el Zodocover, bajando de los coches y los caballos. La emoción es penetrante, y baña plácidamente la sensibilidad del lector. Lo que nos interesa ya de estos héroes es la agrupación final, la que ha de vivir en la memoria; la que ha de incorporarse al alma, porque está construida ya con formas del alma y ha dejado ya en el camino todo el acarreo accesorio de actos y hechos alterables. Aquí las figuras encuentran, por fin, su sitio necesario y único, como el Padre y el Hijo, en triángulo con el Espíritu Santo. Lo eterno es estático: Yo soy El que es. El devenir sólo es morir, y la vida es una serie de altos, de contrastes en la silenciosa corriente de la muerte. El haz de luces invisibles se quiebra un instante sobre el prisma, tiene un sobresalto en su camino, y sólo entonces deja ver sus tintes y primores secretos.

1926.

Et puis nous autres sottement craignons une espece de mort, là où nous en avons desjà passé et en passons tant d'autres (II, xii).

UN CUENTO CUALQUIERA *

ÉSTE era un Rey en cuya corte se había establecido un extraño ceremonial.

Cuando al Rey le acontecía estornudar, los Ministros estaban obligados a repetir el estornudo del Rey; los gentileshombres y demás cortesanos, a repetir el estornudo de los Ministros; y el pueblo todo, por categorías y castas descendentes, a ir repitiendo los estornudos de Palacio.

De modo que, de tiempo en tiempo, y sobre todo durante los meses del resfrío o cuando la estación en que se cosechaba el rapé, prolongados y crecientes rumores sacudían los ámbitos.

Risa da pensar en los monarcas vecinos. Temblaban al oír las explosiones aquellas, y se cuidaban mucho de provocar la cólera de su Grande y Poderoso Hermano, porque se figuraban de buena fe que en los dominios de éste se fraguaba el Trueno.

¿El Tueno? ¡Bueno estaba el Trueno! ¡Por menos se pierde la consideración de persona bien educada! ¿El Trueno? ¡Eran los estornudos del Rey de Monomotapa!

1926.

Non seulement chasque païs, mais chasque cité a sa civilité particulière, et chasque vacation (I, xiii).

* *La Vida Literaria,* Buenos Aires, VI-1929.

LUCÍA Y LOS CABALLOS *

ENTRE los contados libros que traje a estas riberas, ha venido, no sé por qué, uno de Lucie Delarue Madrus cuya dedicatoria dice: "...en recuerdo de cierta noche de fantásticas cabalgatas."

Esto me hace pensar. Se me representa aquella casita con jardín —barrio de Montparnasse, pensión de estudiantes norteamericanas— donde el PEN Club que dicen en Inglaterra, o el CLI que dicen en Francia, celebraba, me parece, su congreso penúltimo.

Entre las caras manchadas de letras que encontré en aquel comedor improvisado, frentes surcadas de renglones y mejillas de papel de imprimir, había algunas mujeres bellas. Marcelle Auclair siempre parecía que iba a decir la palabra que esperan todos; Adrienne Monnier creaba en torno a sí un siglo XVIII complaciente y cerebral; Miss Watts, la Secretaria de Londres, derramaba su fe y su entusiasmo por la cooperación de los poetas. Vi pasar a la rubia Amazona de Gourmont como haciendo restallar un látigo; a la rubia Clermont-Tonnerre en constelación con otras cabezas doradas, y en fin, a la admirable morena Delarue Mardrus, vestida de negro y armada de ojos más ardientes que naturaleza.

No sé cómo llegué a sus pies. El joven manequí que la acompañaba —orgullosamente extraño a los libros, a juzgar por su cutis liso, donde ninguna idea había garrapateado la ofensa de una firma, y a juzgar también por sus miradas hostiles, todavía de celo elemental— depositó junto a ella, ceremonioso y frío, un abrigo de terciopelo negro; se alejó. Y sentí que me quedaba solo junto a la poderosa mujer de sangre y alma.

Hablamos de caballos. —Dos o tres palabras de las *Geórgicas* a manera de introducción: sobre cómo el caballo se asocia a la alegría del vencedor y al abatimiento del vencido; y

* *La Vida Literaria*, Buenos Aires, VI-1929.

luego, sin abordarla nunca, pero aleteando entre las palabras, la letanía de Buffon: "La más noble conquista que el hombre haya hecho jamás. . ."

Yo.—El caballo ha hecho conquistas a su vez, y es en gran parte responsable de la colonización de América por los españoles. Hernán Cortés asustaba a los indios con la cólera de los caballos, que eran desconocidos para esta época en el Nuevo Mundo, y en consecuencia, considerados por los naturales de América como extrañas divinidades. Bernal Díaz da cuenta, como de hecho muy principal, de todos los caballos que tomaron parte en la hazaña, y los describe con pelos y señales. Cuando los indios perdieron aquel terror por el animal misterioso, cuenta el Inca Garcilaso que, en el Perú, preferían matar un caballo a matar tres españoles, porque comprendían ya la inmensa utilidad del bruto para el combate.

Ella.—Los caballos creen en los espíritus, tienen el sentimiento de lo sobrenatural. Sus terrores parecen siempre sagrados. Hay más: el caballo es un médium. Yo paseaba una mañana por el Bosque, enteramente sola, y me puse a reflexionar que si, en vez de ser de día, fuera de noche, yo tendría miedo. En cuanto evoqué la noción del miedo, *le cheval fît un écart en arrière,* como en Victor Hugo.

Le hablé entonces de los caballistas mexicanos. Le hablé de los frenos y las espuelas de Amozoc, de las cabezadas de cuero y cerda de Sonora, de las reatas de Chavinda, de las suertes del lazo, del jaripeo, del coleadero de toros, de las fiestas de las haciendas, y de la Asociación de Charros que preside el Marqués de Guadalupe. A poco, ya quería ella conocer todos los pormenores de la historia y de la vida de México. Y como después volví a mi tierra, desde allá le envié abundantes documentos gráficos sobre las costumbres y maneras del charro y sobre el trato de los caballos, y una fotografía de la estatua ecuestre de Carlos IV, vaciada en un solo bloque de bronce por Tolsá —monumento incorporado al folklore mexicano bajo el pintoresco nombre de "Caballito de Troya".

Debo a los caballos el haber ganado para México la simpatía de Lucie Delarue Mardrus: es la más noble conquista que este hombre haya hecho jamás.

1927.

Je n'estime point, qu'en suffisance et en grace à cheval, nulle nation nous emporte (I, xlviii).

LOS MOTIVOS DE LA CONDUCTA *

EL HONOR se anuncia con toques de clarín y sonando espuelas. Después, poco a poco, cambia de sexo y se domestica un tanto, siendo con todo una hembra fiera: ya no es el honor, ya es la honra, matrona de armas tomar, mujer bigotuda y de pelo en pecho. Todavía frunce mucho el ceño y no puede decirse que sepa sonreír. Lanza juicios a rajatabla. Todas sus heridas son mortales. Honra perdida es como agua derramada, que nadie la puede recoger. Cuando se amansa del todo y se hace casera, buenota y ecónoma, la honra acaba por llamarse honradez: le ha brotado una partícula adiposa, "ha echado barriga" y, como el ventero del *Quijote,* por eso mismo es más pacífica.

La gloria, cuya anterior forma masculina no conocemos, tampoco se amansa nunca hasta convertirse en "gloriadez". Es ave de otro cielo más alto. Nació femenina y eterna. Apenas, como derivado gracioso, deja salir de sí la "gloriola", a modo de pluma en el sombrero.

Bondad y virtud juegan al corro con las otras hermanas, y a veces, de lejos, andamos confundidos para distinguirlas entre sí. La historia, según sus atmósferas y sus inapelables necesidades de equilibrio, va prefiriendo contar con ésta o con aquélla. Y se forman, en torno a la elegida por centro, pequeñas constelaciones o sistemas de conducta que pretenden ser la Moral. Nadie, por ejemplo, predicará hoy a los muchachos las espartanas virtudes del robo o de la caza al ilota *(Cripteia)*.

Pero también influye en la constelación moral la idea de castas o categorías sociales. El código del honor veda al caballero batirse con el villano. Lo peor para el caballero no es morir, sino —como en el romance viejo— ser vencido

con cuchillo cachicuero, no con estoque dorado.

* *La Vida Literaria,* Buenos Aires, XII-1928.

Igual censura merecen, en las clases altas (aunque con mucha envidia en el fondo), el señorito que guarda en las bodegas de su sensibilidad una afición secreta por las mujeres apaches, y entre las clases humildes (aunque casi con igual envidia, en el fondo) el pobre diablo que anda queriendo terciar con las encopetadas.

No sé si a Valle-Inclán le oí la teoría de que el caballero es romántico, y el *gentleman* es —ya— clásico. Son dos maneras de decir. Yo prefiero creer que, en poesía como en moral, preside a nuestras apreciaciones un sentimiento de lo húmedo y de lo enjuto. El caballero es acuoso —y hasta espumoso— más bien. El *gentleman* es más bien seco.

(Estas comparaciones físicas tienen, cuando se trata de las cosas del alma, mucho sentido. Acudimos a ellas en cuanto nos vemos perdidos entre las abstracciones. Lo que importa es saber usar de las palabras. Las palabras nunca tienen la culpa... Son, por fortuna, de origen humano, adánico, y por eso sirven plenamente los fines del hombre. Un apoyo físico nos hace dueños del mundo, que sin esto retornaría al caos. Física: guárdame de la Metafísica. Poesía ante todo. Lo primero, poetas. Después las ideas, las cosas, los actos y los bienes.)

¡A cuánta virtud se le niega el premio sólo porque es agua que hace espuma! Y contra la espuma hay un prejuicio profundo. Otro lo analice. Acaso sea el pavor (sin duda justificado) que experimenta la materia de que estamos hechos, ante el estado anterior, efervescente, de nuestra sustancia planetaria.

Por el contrario, ¡cuánto vicio encuentra aplauso sólo porque es duro y orgánico! Acaso sea la aspiración (de seguro perversa) hacia la piedra final, sin atmósfera ni vapor de vida, hacia el estado lunar que espera a las cosas de la tierra.

Pero lo que puede juzgarse como una metáfora conquistada, como un útil nuevo de pensar, es el sentimiento de que la vida es un deporte —no en el orden contemplativo,

naturalmente, sino en el orden de la acción, en el que a todos importa dominar cuanto antes por medio de la palabra. A la Ética, tan desconcertada, tan llena del *embarras du choix* (porque hay razones para todo, como en el derecho internacional, y justificaciones al alcance de todas las fortunas), la noble idea del deporte trae un refuerzo positivo. Pero como, por otra parte, se abusa hoy de la palabra deporte, conviene que antes nos entendamos.

Deporte quiere decir atingencia física; y también, respeto a las voluntarias convenciones del juego. Todo principio metafísico, todo imperativo moral absoluto desaparecen, y no porque se les desdeñe, sino porque —a fuerza de explicar mucho— ya no explican nada, como la atmósfera. Así, en esta carrera de resistencia que es la conducta, damos por supuesto y por descontado el peso del aire (es decir: el peso de los deberes y principios de orden metafísico); y, para la carrera misma, una convención humana fija las reglas. Y un acierto instintivo casa, conjuga estas reglas —modificables o arbitrarias sólo en su origen: medítenlo bien los filósofos idealistas— con las leyes, o si preferís, las maneras de la naturaleza. Así, en el golf, el tenis, el tiro al blanco, hay cosas que pudieran ser de otro modo —aunque sea el valor convenido de los tantos—, pero se respeta la regla porque se ha ofrecido respetarla, y es de buena geometría atenerse al supuesto, a la figura del teorema. Pero siempre hay algo —casualmente, la ley de gravitación, a la que todos los problemas podrían reducirse— que está más allá de la voluntad humana, y esto es lo que debemos conquistar, o conciliar —o mejor descubrirlo para adoptarlo— por intuición, por tino nervioso y por acierto muscular. ¡Otra vez la física! Se explica, se entiende bien que el joven futbolista de Montherlant encontrara en el campo del goal el orden y la precisión que le hacían falta, cuando en su casa reinaban el "psicologismo" borroso y el sentimentalismo blando y confuso de nuestro tiempo.

"Ser *sport*", como dice el sajón, es hacer bien las cosas y respetar los pactos, no ponerse de mal humor, saber perder sin sentirse deshonrado, no hacer asunto de "resentimiento" lo que es sólo asunto de movimiento. Ante

esto, el caballero y el *gentleman* parecen fanstasmas de otra edad.

El sentimiento deportivo nos libra, por lo pronto, de aquella acidez que lleva a las lágrimas. Se gana o se pierde la partida, eso es todo. Se vuelve otra vez cantidad lo que no tenía para qué haberse transformado en calidad. Si se juega bien, el interés mismo del juego vale por todos los triunfos, y ya vencer no importa.

Pero, antes, hay que extender la idea del deporte a todos los órdenes y actividades, sin olvidar siquiera los primeros que yo practiqué —y tú, lector: los delicados deportes del mecerse en cuna y del lactar en biberón.

(Valery Larbaud, tras de leer lo anterior, me confiesa que él prefiere a todos los deportes —y en éste a nadie cede la palma— el de abrir con una plegadera los libros nuevos.)

Por supuesto que las anteriores reflexiones sólo se aplican a la acción. Lo mejor de la vida —que está en pensarla antes, en y después del acto, en gustarla en suma: de donde nacen la plegaria, la canción y la ciencia— no se deja cazar así como así. Y lo mejor es que se escabulle siempre.

Tandil, 1928.

Il me semble que la vertu est chose autre et plus noble que les inclinations à la bonté que naissent en nous (II, xi).

DE UN VERGONZOSO TITUBEO *

HAY OPINIONES pegadizas que, compártaselas o no íntimamente, hacen daño en cuanto se conocen, o mejor dicho hacen mella y nos dejan huella. Las echamos por la puerta y vuelven a entrar por la ventana.

Yo aborrezco a los agentes viajeros. Cuando salen de la posada, pintan en las sábanas una señalita convenida entre la masonería del gremio. Y el colega que viene después, si encuentra la señalita, reclama y exige que le muden la ropa de la cama. Con este rasgo de adivinación gana gran prestigio. Después, a la hora de la mesa, deslumbra a los bobos del pueblo hablando de sus viajes, hace suertes con los palillos de dientes y propone mil acertijos. Sin olvidar aquél, tan sentimental, que dice:

$$\frac{\text{pir}}{\text{I}} \qquad \frac{\text{vent}}{\text{vient}} \qquad \text{d'}\frac{\text{venir}}{\text{I}}$$

(Solución: "Un soupir vient souvent d'un souvenir.")

Ya, a la cena, es casi el amo de la casa. Y poco después, seduce a la doncella, mostrándole tarjetas postales licenciosas.

¿Por qué, pues, aquel trasmediodía sin sol, entre la pesadez dulce de los licores, se le ocurrió a alguien decirme un epigrama tan cruel sobre el Caballero Casanova?

Entreabrí las orejas y ¡qué oigo! Oí:

—Fíjese usted bien, y verá cómo el tal Casanova no es más que un viajante de comercio.

Desde ese día me siento cohibido y como en falta cada vez que tropiezo con el diplomático danés Tage Bull, gran casanovista y conocedor en piedras preciosas —sobre todo si tienen los colores trocados: rubíes verdes, esmeraldas rojas, aguas marinas de tinta china, etc. Siempre le anuncio que

* *La Vida Literaria*, Buenos Aires, IV-1929.

quiero decirle algo "definitivo", y el único día que me atreví a comenzar:

—Fíjese usted bien y verá cómo el tal Casanova no es más que un especie de. . .

Se apoderó de mí no sé qué súbita timidez y, cambiando estúpidamente la frase malhechora, acabé:

—. . . un especie de genio comercial.

Y mi amigo Bull se quedó mirándome con sincero desconcierto; sin duda distribuyó en los platillos de la balanza el peso de mi amistad y el peso de mi necedad; acaso sacó la cuenta de los colegas de la dichosa carrera con quienes realmente había logrado, a lo largo de sus viajes y puestos, gustar buenos vinos y charlar sobre letras y epistolarios del siglo XVIII; y al fin, en mérito a aquellas relativas virtudes, me perdonó la vida. Y siempre cortés, echó mano de aquella muletilla de su conversación francesa que él alterna tan graciosamente con el *Plaît-il?* del Sur:

—*En effet!*

Lo dijo con visible esfuerzo, abriendo desmesuradamente los ojos como el que se juega la vida tragando un bocado difícil, pero lo dijo al fin.

Desde entonces lo recuerdo siempre con ternura.

1928.

Nulles propositions m'estonnent, nulle creance me blesse, quelque contrarieté qu'elle aye à la mienne (II, viii).

ALIVIO Y TRAICIÓN DE LA PALABRA *

MURIÓ entre los cuernos de un toro. Fue en Talavera de la Reina. De todos los alrededores vino la gente, vestida con los pintorescos trajes del campo, para ofrecer sus devociones al alma del gran matador Joselito, y para ver la capilla ardiente.

El Gallo, hermano mayor de Joselito, acudió a toda prisa. Es el Gallo un gitano viejo, lleno de supersticiones, de adivinaciones y sobresaltos. De repente, inventa en el ruedo cosas nuevas, nunca vistas; de repente, le entran las famosas "espantás", se tira de cabeza al burladero sin saber por qué y hasta sin que el toro se lo exija. Genial y discontinuo siempre.

Joselito era todo lo contrario: era joven y seguro, era la perfección matemática, la elegancia fría. Un movimiento severo de relojería lo llevó, en carrera ascendente, hasta la hora providencial de morir. Y a lo mejor el equivocado fue el toro; el toro que, si mal no recuerdo, resultó un mansurrón de esos que se llaman "quedados", que no saben entender las leyes del toreo, y embisten antes o después de tiempo, siempre de mala gana y sólo para salir del paso.

Mientras el hermano mayor despilfarraba, el menor administraba. No parecían de la misma cepa. Eran una fábula viva contra las teorías étnicas del arte, pero una comprobación de la doctrina del equilibrio.

Grande era el luto. Reinaba en Talavera una cargazón emocional que ya no dejaba resquicio para otro sentimiento. Entre aquella atmósfera compacta, sólida, un hombre logró abrirse paso, precedido de una humareda de rumores. Era el Gallo, que venía a recoger los despojos del que más quería.

Y entonces aconteció algo extraño. Al confrontarse con la verdad implacable, el Gallo pidió que lo dejasen solo, y

* *Contemporáneos*, México, XI-XII, 1930.

así permaneció largo rato, quiénes suponen que entregado a sus oraciones; quiénes, que entregado a algunas cábalas o sortilegios funerales de su misteriosa y anacrónica raza.

La verdad es otra, sin duda. Ya se sabe que los matadores de toros necesitan del peón de brega, pero a condición de que éste se mantenga a conveniente distancia, sólo acuda cuando se le requiere, y no embarace las libres evoluciones del diestro en torno al bicho. Por eso, cuando el matador comienza su faena, lo primero que hacen los sabios del público es recordarle a la cuadrilla que debe despejar el campo: "¡Dejarlo solo!", gritan. Por poco que el diestro se respete, cuando se acerca al toro para emprender las suertes preparatorias de muleta, procura que los insobornables jueces del tendido le oigan gritar a su vez: "¡Fuera todo el mundo! ¡Dejarme solo!"

En el temperamento nervioso e hipersensible del gitano viejo, la relación entre el gran momento y el gran grito se ha impreso con relieve al fuego, enredándose en antecedente y consecuente, a modo de reflejo o nudo ciego de necesidad. ¿Qué había de hacer el torero viejo, al acercarse al cadáver de su hermano, instante de sumo pavor, de sumo dolor? Nada sino acudir, automáticamente, a lo mejor que sabía, al disparo casi ritual, a la frase técnica, a la suprema jactancia del matador valiente: "¡Dejarme solo!"

Y así, con los brazos bajos y un poco abiertos, como si llevara en las manos una muleta y un estoque invisibles, a pasos solemnes y cautelosos, ofreciendo el pecho, serio y atento el rostro, el maestro avanzó, callado, hacia el Toro de la Muerte.

1930.

Celuy à qui le borreau donnoit le branle s'ecria: "Vogue la gallée", qui estoit son refrain ordinaire (I, xiv).

DE UN PROBLEMA MORAL *

El poeta argentino Arturo Capdevila, que ha venido a descansar unos días, me dice:

—Pasé el verano último en Piriápolis, Uruguay. Por contraste con el barrido y limpia general de mosquitos que han logrado hacer en Río de Janeiro, donde no se encuentra uno ni poniendo a precio su cabeza, me acuerdo de la plaga que nos perseguía en Piriápolis. La gente, cansada de combatir al mosquito por todos los medios, acudió al recurso de las canciones.

—¿. . .?

—Yo había oído, por las noches, que los grupos de veraneantes pasaban cantando a coro alguna cosa. Una noche, para saber lo que cantaban, me fui tras ellos, como arrastrado en las faldas de la copla. Y resultó que cantaba una sandunga mexicana que dice así.

Mosquito que mortificas
con tus cantos malsonantes:
o no cantes cuando picas,
o no piques cuando cantes.

Y yo:

—En efecto, es ésa una opinión muy difundida, pero yo la tengo por equivocada.

—¡. . . !

—No hay duda que Quevedo interpretaba el sentir común en aquel soneto:

(los dos recitamos a coro)

Ministril de las ronchas y picadas,
mosquito postillón, mosca barbero:
hecho me tienes el testuz harnero
y deshecha la cara a manotadas.

* *Contemporáneos*, México, XI-XII-1930.

Trompetilla que toca a bofetadas,
que vienes con rejón contra mi cuero,
Cupido pulga, chinche trompetero
que vuelas comezones amoladas:

¿Por qué me avisas, si picarme quieres?
Que, pues que das dolor a los que cantas,
de casta y condición de potras eres.

Tú vuelas, y tú picas, y tú espantas;
y aprendes, del cuidado y las mujeres,
a malquistar el sueño con las mantas.

Y él:

—Pero ¿no lo halla usted perfecto?

—Me encanta. Y, sobre todo ese verso que, dice: "que vuelas comezones amoladas", que me parece la exacta descripción de esos medio-piquetes o piquetes no consumados, que lo dejan a uno a media comezón, porque la otra media parece que el mosquito la hurta, volando. Pero lo que no acepto es eso de: "¿Por qué me avisas, si picarme quieres?" Se trata, como usted comprende, del problema moral de la inconsciencia o la conciencia ante el dolor. Esto de que los mosquitos, ya que pican, no debieran por lo menos chillar, es un decir de todos los días, pariente de aquel otro: "Si usted quiere que no llueva, salga a la calle con paraguas." Y yo mismo, hasta hace unos meses, pensaba así.

Pero, estando yo todavía en Buenos Aires, sobrevino un falso veranillo, una ráfaga de calor tardío, una onda que se quedó atrás. El calor, a la desesperada, se agarró del último pretexto y tuvo una furibunda crisis de agonía. No había manera de respirar. Con la complicidad del río, cuyas raras emanaciones a veces aumentan la estadística de los suicidios, el aire se convirtió en algo así como una sopa de guisantes. Como dijo la condesa de Pardo Bazán —traduciendo literalmente del francés lo que en castellano sería: "sudar la gota gorda"— "las bestias sudaban por la cola." (No recuerdo exactamente si así dijo, pero por ahí va el cantar.)

Bien. Al amparo de aquel verdadero caldo microbiano, cundió de pronto y empezó a pulular una raza degenerada de mosquitos, unos últimos vástagos de los aguerridos mos-

quitos de otro tiempo. Se caracterizaban, entre otras cosas, por cierto gigantismo, típico de los eunucoides a creer la ciencia de nuestros días; tenían un curioso color verduzco, una mayor esbeltez que el tipo ordinario, y con esto, un aire tembleque; y, para colmo, unas antenas largas y cómicas.

Estos neo-mosquitos conservaban el aguijón, pero habían perdido la voz. Como eran la última especie, se creían los avanzados; las daban de gente de vanguardia... Y picaban sin avisar, por la sencilla razón de que no tenía el dón del canto, de que entre sus arreos militares faltaba la trompeta.

¡Oh, nunca he visto cosa más espantable que el defenderse de las agresiones de una sombra, de un fantasma, de un ente invisible e imponderable! Aquello era una lucha desigual, criminal. Era un combatir al hombre desde otro elemento natural, donde la defensa humana no tiene acceso; era contrario a las leyes de la guerra. Me recordaba lo que sentíamos por las calles de París cuando los primeros ataques de los aviones germánicos. ¡Mil veces mejor que avisen cuando pican, mil veces mejor!

Y él:

—Es verdad que hay quien está por los placeres de la inconsciencia, del no saber, del dejarse ir. Y todavía dicen los insensatos: "¡Quién fuera estúpido para ser feliz!"

Pues, entonces, pueden vivir satisfechos, que ya lo son bastante.

—¿Qué es lo que son, y quiénes lo son?

—Eso, y ésos.

1930.

...la mouche guespe picque et offence autry, mais plus soy mesme, car elle y perd son éguillon et sa force pour jamais (II, v).

DIEGO RIVERA DESCUBRE LA PINTURA

CUANDO Diego Rivera era pequeño, solían vestirlo con un traje negro los domingos y días de ceremonia. Un día, el niño puso la mano en una pared recién enjalbegada, y luego se plantó la mano en el pecho. La palma y los cinco dedos quedaron estampados.

—¿Qué haces? —le gritó su tía—. Blanco con negro ¡cómo se pondrá!

La frase, y la idea, se le quedaron al niño en la mente, y varios días estuvo canturreando para sí:

—Blanco con blanco no se pondrá. Negro con negro no se pondrá. Blanco con negro ¡cómo se pondrá!

Allá cuando los comienzos de la guerra europea, solía contarme Diego esta anécdota, asegurándome que ésta había sido su primera noción de pintura.

—¿Y la segunda?

—¿La segunda? El ver que la lavandera, para mejor blanquear la ropa, la teñía de azul, le daba añil.

...je suis contraint, assez ineptement, d'en tirer quelque matiere de propos universel... (I, xxvi).

LOS OBJETOS MOSCAS

¿ESPANTÁIS la mosca? Ella vuelve. Antes, hace un giro en el aire, dibuja letras, alardea con todas las suertes del aeroplano; pero vuelve. En Roncesvalles, recuerdo haber encontrado la especie más tenaz de la mosca, sin ser tábano todavía. La mosca de Roncesvalles, espantada, salta sencillamente sobre el mismo sitio, sube y baja como un mecanismo de resorte, sin entretenerse en vuelos volubles, sin el disimulo de la mosca civilizada. Es aquélla una mosca alargada y gris, que muerde hasta la sangre en el cuero de las reses y enloquece a los nerviosos caballos.

También hay objetos moscas, que se nos pegan sin remedio. Conocí a un sujeto que se enfurecía con la servidumbre, porque no encontraba medio de hacer desaparecer los cuellos que se le iban quedando viejos. Era inútil rasgarlos un poco para indicar que estaban excluidos, "reformados". Los cuellos, inválidos y todo, volvían otra vez de la lavandería, almidonados y brillantes. Entonces dio en tirarlos a lo alto de los armarios. Allá no había criado que subiera por ellos.

El célebre Babbit —que, comparado con Bouvard y Pécuchet, da la medida de dos vulgaridades nacionales, con saldo en ventaja de quien ya imagináis— se preocupaba todos los días por el insoluble problema de las navajitas usadas. Al descubrir el paraíso de las barbas, Gillette no se cuidó de decirnos dónde cae el infierno de las hojitas de acero. Babbit, después de afeitarse, las echaba arriba del botiquín del baño, con esperanza de sacarlas de ahí algún día. La navajita usada, aunque se la asiente de nuevo, aunque se la monte en sistemas especiales para tajar lápices o cortar cigarros, tiene que morir algún día. Y no hay cementerio para sus restos. Y es muy malo que estos restos circulen por ahí, entre las cosas del menaje, como perpetuas amenazas y heridas en potencia.

Lo cual hace pensar en las palabras de Philip Guedalla *(The Missing Muse)*:

> **¡Dejaremos de nosotros tan pocas cosas indestructibles!... Los arqueólogos de mañana podrán reconstruir nuestras vidas, partiendo de inmensos yacimientos de agujas de gramófono y de hojitas de navaja de seguridad.**

***C'est merveille comme la coustume, en ces choses indifférentes, plante aisément et soudain le pied de son authorité* (I, xliii).**

LOS VERDES

NO SOY yo el único que colecciona sus mitos. Eran una vez dos mujeres geniales: una tenía la cabeza poética, otra tenía la cabeza científica. Aquélla era grande y vasta como diosa antigua, de tal dimensión que dan ganas de designar siempre con el galicismo "planturosa". Ésta era pequeñita y justa como la humanidad de mañana: lo que, cariñosamente, el argentino llamaría "petisa", y el mexicano "chaparrita". Aquélla avanzaba como un río. Ésta sacudía como un toque eléctrico.

Hispanoamericanas medio desterradas en Francia anidaban en Fontainebleau, en un hotelito frío con vistas al verde mojado y a los borrones de la lluvia. Dios llovía y ellas estaban solas. De su matrimonio espiritual nació una cría de fantasmas. Como eran mujeres, fueron madres. Pronto se acompañaron, por compensación subconsciente, de unos niños extraños: eran dos hombrecitos y dos mujercitas.

Estos niños se llamaron los Verdes, porque ellas se los figuraban siempre vestidos de verde, lujosa tela de los bosques. Los varones eran Pepito y Enriquito. ¿A qué buscar nombres complicados? Las niñas, Trinita y Susana. Tenían un ayo y preceptor, lo bastante candoroso, honesto y hasta inteligente para poder educarlos, instruirlos y divertirlos. Ya se entiende, pues, que era un norteamericano de raza alemana. Se llamaba Mr. Hartmann.

Los Verdes van y vienen en el reino de la fantasía, en el claustro místico de sus madres, y se han hecho allí palacios invisibles. Se quedan en Fontainebleau una temporada, y luego viajan por toda Europa. Sus madres hablan entre sí de las travesuras de los Verdes, se cuentan sus dichos y hechos con una perfecta seriedad. Se sonrojan si se las sorprende en este devaneo delicado.

Como los Verdes no saben escribir, "pintan" cartas. Así, cuando andan en la Costa Azul, pintan un sol y unos barcos elementales, y eso quiere decir buen tiempo y paseos de

playa. Aún no se ha podido descifrar una carta de Enriquito que parece representar unas tenacillas de azúcar y una mano abierta con una *M* en la palma.

Lo más curioso es que estos niños no crecen nunca. No tienen edad: *son*. Ellos representan los ojos. Ellas: Trinita, la boca; Susana, la frente. Esto da lugar a toda una psicología en desarrollo. El ojo izquierdo nunca ve las cosas como el derecho, pero se completan los dos. Entre la frente y la boca hay siempre un mal entendimiento. En constante esfuerzo para enseñar a la boca a escoger entre lo que ven los ojos, lo que no se debe decir lo guarda la frente, que por eso es algo abultada. La malicia de los ojos, el candor de la frente, la acometividad de la boca. Y aquí todo un sistema, una creación entera, una "maya" —una malla que las madres bordan y tejen en su olvido de Fontainebleau. Graves Penélopes sin Odiseo que les siembre el hijo corporal.

1931.

Les uns attribuent à la force de l'imagination les cicatrices du Roy Dagobert et de Sainct François (I, xxi).

DIGNIDAD DE LA CEBOLLA *

CON LA decadencia de la tertulia, las buenas costumbres se han perdido. En las librerías de Río Janeiro se juntaban a charlar, hace años, los escritores. Rua Ouvidor, la Librería Garnier es uno de aquellos balcones por donde nuestra América suspira hacia Francia. Asisto, en casa Garnier, a una sombra de tertulia. Hay un diplomático brasileño, diplomático con ocios literarios. Hay un médico, sabio en leproserías. Hay un académico que es, en fin, persona agradabilísima. Y la conversación va a dar sobre las dolencias de altura que acometen a los pasajeros de los Andes, a bordo del ferrocarril que une la Argentina y Chile. La terrible puna, el soroche, asedian como enemigos hechos de aire (o de falta de aire). Quien baja del tren un instante a estirar las piernas, sólo por subir al vagón de un salto cae desvanecido en la plataforma.

—En tal caso —dice el diplomático— hay que darles a comer cebolla, mucha cebolla, cruda, como quiera. Yo he presenciado curaciones instantáneas.

—La cebolla descongestiona —explica el médico—. Abre los vasos.

—¿La cebolla abre? —digo yo—. Esto me trae un recuerdo clásico. Sí: aunque se trate de un libro que los eruditos esconden, bien clásico es. En el *Retrato de la Lozana Andaluza,* compuesto en Roma y publicado en Venecia hacia 1528 por el presbítero español Francisco Delgado (y no "Delicado", como le llaman los que retraducen su nombre del latín "Delicatus"), hay remedios caseros para todos y para todo; hasta para el "mal francés", que se cura con aquel ensalmo:

> Eran tres cortesanas,
> y tenían tres amigos,
> pajes de Franquilano.
> La una lo tiene público,

* *Sur,* Buenos Aires, otoño de 1932.

y la otra muy callado.
A la otra le vuelve con el lunario.
Quien esta oración dijere
tres veces a rimano,
cuando nace sea sano.

Allí, pues, la Lozana, dando consejos a una granadina vieja para que su hija dé satisfacción al cliente en cierta aventura, le dice: "Y mirá que no coma vuestra hija menestra de cebolla, *que abre mucho.*"

Y el académico concluye:

—Los abuelos lo sabían todo.*

Quelque diversité d'herbes qu'il y ait, tout s'enveloppe sous le nom de salade (I, xlvi).

* A propósito del refrán español "contigo, pan y cebolla" —que dio título a una comedia de nuestro Gorostiza—, el *Mercure de France* recordaba, en cierta ocasión, y en relación con el remedio para la *grippe espagnole*, que algunos creían encontrar en la cebolla el consejo de Swift a los enamorados, sobre la conveniencia de abstenerse de cebollas crudas, contrapartida de nuestro refrán:

Lest your kissing should be spoil'd,
the onion must be thoroughly boil'd.

Y en Mallarmé:

L'ennui d'aller en visite
Avec l'ail nous l'éloignons.
L'élégie au pleur hésite
Peu si je fends des oignons.

NOTA SOBRE EL CINE *

LA PRUEBA de que el cine es un arte (todo se demuestra por referencia a la idea platónica) está en que no es posible tratar de cine sin filosofar sobre estética. Y ante todo, una declaración de principios: hay dos épocas, antes del cine y después del cine. Son dos épocas inconciliables. Los a. C. nunca podrán entenderse con los d. C., y esto en ninguna de las cuestiones que más nos importan, es decir: ni en moral ni en política. "Cuando yo sea dictador —piensa para su fuero interno el d. C.— destituiré de los cargos a todo el que no sea aficionado al cine: ese tipo humano no podría inspirarme confianza."

El conocedor se revela por redución al absurdo: al que le gusta el cine, le gustan también las cintas malas.

El cine es al revés de los Toros. "¿Pero es que a los Toros viene usted a divertirse?", pregunta con ira el aficionado impenitente, y tiene razón. Al cine, por el contrario, va uno, ante todo, a divertirse —de aquí el odio que le tienen los intelectuales puros. A divertirse, no siempre con los novelones, sino con todas las posibilidades de la percepción visual, inéditas muchas de ellas antes del cine. Los movimientos rápidos, que escapaban antes a la visión, son ya nuestros: la acomodación del salto en el espacio, la trayectoria de la bala. Además, los gestos de las plantas y aun de la naturaleza tenida por inerte se nos van entregando. La mímica entera de la creación poco a poco se deja asir: nuestro lenguaje se ensancha. Tal vez, mañana, hablaremos con las piedras.

La técnica y toda la parte de estudio fotográfico tienen que ser perfectas; ello es elemental, como lo es el conocer las letras para leer. Pero los films que se quedan en meros estudios fotográficos a lo más que pueden llegar es a fracasos eruditos. Así la *Juana de Arco*, análisis al microscopio

* "El cine sonoro", *Cine Mundial*, Nueva York, II, 1932.

de las pecas y eczema en la triste piel de los viejos. El cine acerca tanto que hasta es un teatro de la piel, bien está. Pero ¿por qué un hospital de la piel?

Y la inevitable teoría estética. El arte es una travesura. Gato por liebre, dice el autor del *Secreto profesional*. Liebre por gato, dice Ortega y Gasset en unas notas gongorinas. Las artes del tiempo —música, letras— travesean con el oído y el pensamiento. Las artes del espacio —pintura, escultura, letras otra vez, dado que ahora hay poemas tipográficos— travesean con la vista y con el sentido muscular. Las artes mixtas del espacio y del tiempo —la danza, oh Mallarmé— travesean con todo a la vez. Embárrese el movimiento en un plano, en dos dimensiones, y se tendrá el cine-primera época. El cine-segunda época, que aún no puede competir con el anterior en la calidad de sus productos, además de la travesura de los ojos nos brinda la de los oídos. Hablamos del cine sonoro, presentido ya por el inevitable Jules Verne en *El Castillo de las Cárpatos*.

Hablemos del cine sonoro. El sincronismo está ya logrado, y se permite con facilidad ciertos alardes: en *La divina dama*, aquel aplauso ahogado al nacer. El nuevo elemento sonoro enriquece los asuntos, no a manera de adorno (éste es el error de los directores), sino porque añade también otra ironía, otro toque estético posible; por ejemplo, la presencia de lo ausente; se oye ladrar un perro distante, se sienten venir unos pasos.

Pero hay todavía un defecto técnico, demasiado sensible en algunas escenas. El "tempo" coincide, pero la perspectiva visual no siempre coincide con la perspectiva acústica. El personaje canta a la derecha y su voz viene de la izquierda; el personaje canta en el fondo y su voz está en primer término. La voz todavía no sale de la boca: se forma en el aire, es una atmósfera. A veces, de un instante a otro cambia de volumen y de color; el personaje no posee una voz, sino una familia de voces.

Las artes que nacieron simples se resisten a volverse mixtas, y viceversa. El espectador tarda en acostumbrarse al cambio. Sea el caso de un arte que se simplifica: la danza sin música. Mallarmé piensa que, sin música, el dan-

zante se convierte en estatua. Y la verdad es que Isabela Echessarry todavía no ha triunfado.* Sea ahora el caso de un arte que se complica: ¿cómo desconocer que los espectadores más inteligentes acuden todavía de mala gana al cine sonoro? Se niegan todavía a aceptar que el cine se entienda con la acústica, que el plano de proyección se las arregle con lo que ha llamado Blaise Cendrars "el plano de la aguja" —equívoco sobre Le Plan des Aiguilles, en Chamonix. En el último límite del cine mudo, se alza inconmovible Charles Chaplin, como una pequeña estatua mágica.

El cine sonoro va a ejercer influencia sobre la música, no sabemos en qué medida. Para acompañar los episodios, la música aprende a ser, no ya imitativa, sino alusiva o sugestiva en una dimensión de profundidad. Esta dimensión, presentida por ejemplo en las patéticas llamadas que engendran la sinfonía de Beethoven, muchas veces fue atacada por los grandes maestros en forma de verdadera caricatura. ¡Aquello de la sonata al viaje de un amigo! 1º Allegro, en que el amigo se decide a viajar. 2º Intermezzo, en el cual los amigos tratan en vano de disuadirlo, pintándole los enojos del viaje. 3º Andante —o bien adagio, según el humor—, donde se hacen las maletas. 4º Rondó final, en el cual se compra el billete ¡ay! sólo de ida. . . —Claro que, si trina un ave o truena una nube, la imitación se convierte casi en la misma cosa imitada—. Pero, en la influencia del cine sobre la música, deseamos y esperamos una investigación menes inmediata. Ya en *La divina dama* hay un oportuno relampagueo de *Marsellesa* que anuncia la presencia de cada soldado francés, como aquel motivo cómico de Falla que nos anuncia, en *El sombrero de tres picos*, la presencia del Corregidor. Aquí, pues, la música sustituye el torpe letrero y dice: "He aquí un soldado francés." Pero a mayores conquistas se ha de llegar. Acaso toque realizarlas a la vanguardia brava del cine: los dibujos animados.

La mímica norteamericana (¡y es la mejor y más corriente!), en que los artistas mexicanos comienzan a representar un alivio, un ensayo de intensidad mayor, se ha he-

* *Calendario*, "Motivos del *Laocconte*", *Obras Completas*, II, pp. 293-295.

cho académica. Un estremecimiento quiere decir que acaban de nombrarnos algún sitio o persona relacionados con cualquier falta de nuestro pasado. Toda señora que recibe malas noticias sobre la conducta de su esposo tiene que andar con pasos tambaleantes de sonámbula, o de vendada en el juego de la gallina ciega. Esa raza de semidioses de las Islas Oceánicas da, en *Tabú*, una lección muy sobria y cándida. ¡Aprendieran de ellas los profesionales de California!

El verdadero mal: la general incapacidad de los directores —estos seudopapas infalibles— ante una máquina superior a sus fuerzas. Las cámaras saben más que los cerebros, y se encabritan como potros nobles, montados por malos jinetes. Naturalmente, hay excepciones. Y los ambientes hacen mucho. Mucho esperamos del viaje a México del director Eisenstein.*

Al invento del cine sorono, toda la sandez de fondo de alma subió a flote y nos descubrió el verdadero gusto íntimo de los directores. Y de aquí esos "cuadros de arte", primores del horror, escenas de bailes regionales pasados por almidón y plancha. Los tenorcetes y tiplecillas otra vez encontraron campo. Y si es el cine-color, peor todavía; nada más abominable que esos acaramelados pastelitos de un acto, donde bailan unos gitanos o desfila una procesión.

Y el verdadero riesgo: la perpetuación de la ópera en el cine. Creíamos habernos libertado ya de ese error de nuestros abuelos, y a lo mejor va a haber que ponerse de plastrón para ir al cine, ¡y ya no tendremos ni en dónde refugiarnos!**

Est-ce raison que les arts mesme se servent et facent leur proufit de nostre imbecilité et betise naturelle? (III, iv).

* Ver, en este tomo VIII, "México en el cine", pp. 266 *ss.*

** Ruego tomar en cuenta la fecha de este artículo. Dije en la pág. 379: "...hablaremos con las piedras". La profecía se ha realizado: *El desierto viviente* de Walt Disney.—1958.

UN DRAMA PARA EL CINE

El extraño caso del Doctor Jekyll y Mr. Hyde, el cuento trascendental de Stevenson, ha sido adoptado casi como un documento por la psicología, en los estudios sobre el desdoblamiento de la personalidad. Tener una conducta, un modo congruente, ser una persona, cuesta grande esfuerzo. Y en eso se distinguen, precisamente, los animales superiores. Que de pronto sobrevenga una fatiga, que se disgreguen un poco los elementos de nuestra unidad psíquica, y aparece la posibilidad de un nuevo equilibrio, un nuevo modo, otra conducta, otra persona, dentro de la misma vestidura carnal.

El filántropo Dr. Jekyll absorbe la droga que lo transforma en Mr. Hyde. Y aquel hombre bueno descarga en Mr. Hyde todo lo que había en él de malo. El alma no recibe en vano sus experiencias. Aquel que, por curiosidad satánica, deja un día de asueto a su conducta, no se recobra más: arrastra dentro, ya para siempre, una pequeña transformación. Si el asueto es frecuente, la transformación puede ser completa. De tanto evocar al fantasma, el fantasma reclama su parte en la vida. Mr. Hyde cobra fuerza con el ejercicio. Poco a poco, bajo la última centella vigilante del tercer yo, Mr. Hyde se va negando a ceder el sitio al Dr. Jekyll. Y al fin el personaje da al traste con su propia vida, en una espantosa pugna de ángeles y demonios.

En cierta conocida comedia, hay también el caso de un probo funcionario de la justicia que, en estado de doble personalidad, recorre los suburbios del crimen y se hace jefe de malhechores. Se agota todo el día en el trabajo. Llega a la noche casi exhausto. Entonces, por la línea del menor esfuerzo, acontece un golpe de estado en la profunda república de su alma, y se inaugura un nuevo régimen: el gobierno del bien deja el mando al mal. Y en escena, a vista del público, un médico, un modesto Freud, opera la vivisección de aquella alma vacilante, ata otra vez los cabos sueltos y recompone la estatua destrozada.

Entiendo que el dramaturgo bohemio Franz Werfel ha

aprovechado a su modo la idea del hombre desdoblado por el espejo. Antes, nuestro Amado Nervo la había usado en un cuento. Yo he soñado con ver este asunto reducido al cinematógrafo, pero no de una manera textual —como lo representa, y lo representa muy bien, el actor March— sino enriqueciéndolo precisamente con aquello que el cinematógrafo puede darle y que la literatura sólo sugiere. El cine me parece nacido para este género de creaciones mágicas, y no para transportar comedias de diálogo, operetas o meras revistas de *music-hall*. He aquí lo que yo haría con el tema del hombre doble:

Sea un físico, un sabio que casi mete ya los dedos por los insterticios del éter. A través de vistosas descargas eléctricas y raros aprovechamientos de ondas que recorrerían toda la escala (radio, infrarrojo, luz, ultravioleta, röntgen, gamma, rayos cósmicos, sin olvidar las ondas acústicas y una serie de experiencias fantásticas sobre las que llamaríamos ondas del olfato y energías táctiles), acaba por operar un prodigio: acierta a retardar en medio millonésimo de segundo el índice de velocidad natural del rayo luminoso que rebota contra el espejo. Y esto basta para divorciar al objeto de su imagen.

El tema del laboratorio debe ser recurrente y volver constantemente a lo largo de la historia, ofreciéndonos cada vez nuevas experiencias y sorpresas: ora fenómenos de levitación y otras aventuras en torno al código interplanetario de la gravedad; ora casos maravillosos de cambios en las dimensiones relativas; visualización —en proyección cinematográfica— de eras anteriores de la tierra, mediante la captación de un rayo de luz que regresa de su viaje en torno al universo; y todo lo que puedan sugerir los técnicos de lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande. Pues es bien sabido que, en cuanto abandonamos nuestra escala media, habitual, comenzamos a ver milagros: productos de la multiplicación inferiores a sus factores, líneas rectas que son el camino más largo, instantes que se deshacen en ruido, pesos que se vuelven luz, etc. Pero todo ha de gobernarse conforme a cierta lógica y de acuerdo con ciertos postulados de lo milagroso. Sirvan de modelo las *Alicias* del Reve-

rendo C. L. Dodgson (en la literatura llamado Lewis Carroll) que están planeadas y desenvueltas como un problema de ajedrez, como un divertimiento matemático, digno al fin del matemático aficionado que era el autor. Cuando Alicia entra en el país de las maravillas o salta hacia el mundo del espejo, lo único que necesita es cambiar de lógica; se pone en contacto con uno de los tantos universos posibles —congruentes en sí mismos— que resultan de modificar algún supuesto fundamental. No de otro modo los sabios construyen diversos sistemas de geometrías posibles, con sólo llevarle la contra a cualquiera de las proposiciones de la geometría euclidiana.

Nuestro personaje, pues, tras de aplicar a varios objetos y seres su descubrimiento sobre la autonomía del reflejo (que es como ir creando un universo nuevo de objetos y seres), se atreve con su propia imagen, la emancipa de sí mismo, la recorta y la proyecta aparte, como el 'Peter Schlemihl' de Chamisso lo hacía con su sombra. El primer momento es de regocijo. El sabio y su imagen alargan los brazos como si quisieran abrazarse, aunque no lo logran porque están "matemáticamente" separados. Se hablan, se sonríen, formulan planes de futura felicidad. Juntos, dominarán el universo. De esta embriaguez vienen a sacarlos poco a poco las urgencias de la situación en que se encuentra el hombre-imagen. El sabio se da cuenta de que necesita dotarlo de un verdadero patrimonio de bienes y cosas para hacerlo entrar en la vida. Mediante su máquina portentosa, proyecta durante varios días, hacia el mundo de las imágenes, todo lo que hace falta a su criatura —casa, trajes, objetos— y luego resuelve con un hombre de negocios algunos puntos relativos al dinero y la dotación de su ahijado. Esta parte de la historia es la que se presta mejor a los incidentes cómicos.

Aquí se podrían multiplicar los episodios y contratiempos, parecidos a los que acontecen en el film del *Vampiro*, el hombre sin reflejo. Es de desear que se desarrollen extensamente todas las capacidades de cada conquista maravillosa. Es muy frecuente que los films nos defrauden por el poco partido que sacan de algún recurso mágico. Así, por ejemplo, hemos visto al hombre que sabía leer los pensa-

mientos de los demás con sólo adoptar la actitud del "Pensador", de Rodin, perder el tiempo en una pequeña historia sentimental de adulterio. Es de creer que esto le importaría ya muy poca cosa al que lograra penetrar en el alma de todos sus semejantes: este dón debería crear para él una nueva moral, nuevos intereses y anhelos. La misma crítica puede hacerse de aquel film en que Arliss representa a un músico que ensordece y luego aprende a leer con precisión perfecta lo que dicen los demás, en el movimiento de la boca. Con ayuda de unos gemelos de teatro, sorprende de lejos las conversaciones de conspiradores, enamorados, desesperados que están a punto de suicidarse, y comienza a obrar entre ellos a manera de providencia invisible. La concepción del asunto es excelente, pero se deshace en la pequeña historia sentimental: lástima da. La verdad es que los pobres mortales estamos pegados al amor como a una dimensión media de las cosas. La conquista de un poder algo más intenso —el volar a voluntad, el hacerse invisible mediante un esfuerzo de concentración, el presentarse en dos sitios al mismo tiempo— sospecho que bastaría para desinteresarnos del amor, en el sentido humano de la palabra. El amor que mueve al sol y a las otras estrellas no se parece en nada, lector, a los que tú y yo hemos cultivado. Aplicando, pues, este principio en toda su crueldad, nuestra historia cinematográfica cargaría los acentos en todos los incidentes maravillosos que salieran al paso, se divertiría largamente con ellos, y todo su valor dramático estaría en los episodios, más que en la pequeña fábula que le sirviera de vehículo, y que podría ser cualquiera.

Ya tenemos a nuestro sabio partido en dos por el tajo óptico del espejo. El hombre de azogue —ya liberado— sale de la luna biselada y empieza a vivir por cuenta propia. ¿Por cuenta propia? Hasta cierto punto: él repetirá por el mundo exactamente los mismos movimientos que va ejecutando su paradigma, la persona misma del sabio que le ha dado origen y viene a ser su ley trascendente: pero no podrá hacer más acciones —objetivamente hablando— que las que le dicte su figura melliza. Sino que las mismas acciones se han de desarrollar en dos escenas diferentes, en

dos ambientes distintos. Y como el sabio ha tenido la funesta idea de descargar en su espectro todo lo que había de perversidad y de vicio en su corazón de carne y sangre, ha de verse en la proyección —mediante un truco de escenario doble muy sencillo de realizar— cómo el reflejo repite, para el mal, los mismos actos que el sabio va haciendo para el bien. Donde éste salva una vida, aquél —con iguales movimientos— aniquila otra. Donde el sabio hace una caridad, el espectro hace un dón funesto. Y así, en una progresión creciente, se intrincan los equívocos a que da lugar la apariencia igual de los dos hermanos enemigos. Imposible distinguir a uno de otro, sino por el resultado de sus acciones. Imposible prever el resultado mientras la acción no está consumada. Imposible que ninguno de ellos acierte a contrarrestar al otro. Y de aquí, en el espectador —que nunca sabe cuál de las dos figuras tiene a la vista— un continuo sobresalto, un enigma siempre renovado, del que puede sacar mucho provecho la imaginación de un buen director de películas.

Luchando uno contra otro, y sin poder alcanzarse nunca por el medio millonésimo de segundo que los separa y los coloca en dos universos virtuales diferentes, ambos se van debilitando, atenuando, desvaneciéndose gradualmente en el éter de que están hechos. Ya se esfuman como si mutuamente se devoraran, ya son transparentes. Ya, al fin, se reducen a una vaga ondulación, a un péndulo apenas sensible, a un vaivén de vaga sustancia, donde una malla vibratoria se teje y desteje de un lado para otro: tal la telaraña de reflejos que lanza un cubo de agua en el sol. Aquella rauda y leve palpitación gravita insensiblemente hacia una escritura, y traza de repente la misma fórmula algebraica que había permitido al sabio —en el primer acto— disociar los haces del espejo. En la pantalla de proyección sólo queda —rastros de ceniza— un borroso jeroglifo matemático. El sabio y su imagen desaparecieron, digeridos en un rayo de luz.

1932.

...nos souhaits interieurs pour la plus part naissent et se nourrissent aux depens d'autry (I, xxii).

LA ESCULTURA DE LO FLUIDO

El "relenti" del cine nos ha familiarizado ya con la visión de estados o etapas en el flujo de lo sucesivo. Vemos al saltarín en el aire, y lo suspendemos, a voluntad, en la actitud que más nos plazca. Hay más: Compton ha logrado ya fotografiar —es decir, parar en su decurso— el choque de un electrón y un cuanto de luz. Intersticio, éste, más vertiginoso que el más profundo abismo, marea, turba, anonada por su pequeñez insuperable. Pueden darse ya por satisfechos los partidarios de la teoría autonómica del instante. El chorro fugitivo de Bergson queda, de repente, cuajado y rígido, por efecto de una magia semejante a la de la Bella Durmiente. Cuando el efecto Compton pueda ser llevado al cine. . .

No exageremos, sin embargo; el movimiento infinitamente pequeño nunca podrá ser asido por el ojo humano, porque la onda de luz que haría falta para alumbrarlo escapa ya a nuestra sensibilidad. Además, la disyuntiva de Heisenberg nos sale al paso: nunca podríamos, por la observación, captar los dos términos "posición" y "velocidad" del electrón, aun suponiendo que captáramos la onda de luz lo bastante diminuta para bañar este secreto infinitesimal de la naturaleza. Sólo podríamos captar lo uno (posición) o lo otro (velocidad), pues aquí la observación misma modifica el fenómeno. Es como si sacáramos de repente a la luz una placa fotográfica de sensibilidad infinita, para averiguar qué color tiene antes de ser impresionada: la observación misma modificaría el fenómeno.

El cine microscópico nos da ya, si no el movimiento microscópico, sí su compendio o caricatura, reduciéndolo a unos cuantos jalones lejanos; la tosca imitación, por ejemplo, de las vibraciones de una célula viva. Pero más allá de lo microscópico, en lo infinitamente pequeño, no hay esperanza por ahora de que logremos entrometernos armados de nuestros sentidos macroscópicos. Por lo demás, tampoco

se nos entrega lo inmenso, y mucho menos lo infinitamente grande. Estamos en medio de los dos abismos de Pascal: máxima o radio del universo, la distancia que recorre la luz en diez millones de siglos, a 300,000 kilómetros por segundo; y mínima o vísperas de la nada, el núcleo del átomo de hidrógeno —protón— de que hay que juntar cien mil millones para hacer un diezmilésimo de milímetro.

La escultura de lo que se va, de lo que fluye, tiene que comenzar también por parar un movimiento, por cristalizar la fluidez de uno de sus instantes. Después de todo, no es más que una forma heroica de la escultura del movimiento. (Lessing y el "Laocoonte".) A veces, podemos valernos de un subterfugio, y sustituir, por ejemplo, al fenómeno mismo un mecanismo regido por iguales leyes que el fenómeno. En esto consiste toda explicación, según el célebre método de Lord Kelvin. Goethe, gran visual, sacaba también esquemas de todo, confiando a los ojos sus intuiciones, siempre que ello fuera posible. Así, enseñaba a Soret a representarse con plumas y basurillas, combinadas en el calidoscopio, las cristalizaciones de la nieve; investigaba, como León Hebreo y Leonardo de Vinci, la voluntad de simetría en la naturaleza, y llegaba a la noción (idea que se mira con los ojos) de la "Urpflanze". La formación y marcha de una burbuja en el seno de un líquido, desde que se engendra hasta que revienta, puede estudiarse, por ejemplo, en un frasco de miel espesa y gorda. Es una burbuja "al relenti". Se la ve ascender lentamente entre la pesada masa que la aprisiona.

Lorenzo Ghiberti labró una escultura de fluido —cierto que en reposo— en las puertas del Bautisterio de Florencia. Lo más admirable es que la haya labrado en duro bronce. Uno de los tableros representa el bautizo de Cristo. A través del agua —en la que se ha hecho un corte transversal— se transparentan las piernas de la figura humana.

¿Y si el fluido llega a ser gaseoso? ¿Imagináis —para volver al ejemplo clásico en estas discusiones— lo que sería imitar en materia sólida, no ya tan sólo el movimiento de Laocoonte que se debate entre las serpientes, sino, además, el aliento que le sale de la boca, al lanzar el grito? Pues cuando yo era niño compraba en mi tierra unos juguetitos de

barro que representaban las figuras del divino pesebre. Cada figura estaba aparte, y había que componer el conjunto al gusto del comprador: el Niño, la Virgen, San José, los Reyes, los animales. En su candor verdaderamente temerario, los pobres indios escultores no se resignaban a prescindir del aliento, del cálido vaho de los animales que vino a acariciar y a arropar la desnudez del Niño y que es casi, en el grupo, un personaje más. Los animales tenían en el hocico un aspa, un rígido abanico de barro, propia escultura del vapor, y del vapor invisible; escultura de una vibración térmica, escultura de un tren de ondas.

Cette mesme piperie que les sens apportent à nostre entendement ils la reçoivent à leur tour (II, xii).

LOS CALLADOS *

NIHIL *me mutum potest delectare,* decía en sus *Catilinarias* (III-ii) el facundo Cicerón. Sólo le agradaba lo gárrulo. Por su parte, Casanova, con toda su experiencia, encontraba que la palabra y el amor son inseparables, y confesaba que él no hubiera podido amar a una mujer muda. Grande es el riesgo, para esta especie de amantes, de incurrir en la afición a las marisabidillas, las bachilleras, la peor fauna que se encuentra en todo el jardín de las caricias. Pero el siglo XVIII palabreaba mucho en torno al amor; llegaba al éxtasis empujado por una columna de razonamientos, y trepaba hasta el frenesí por la escalera de un sorites. El placer de la persuasión iba mezclado con el otro. En *Les liaisons dangereuses,* la gente se tiende lazos con discursos.

Ni siquiera es esto lo peor: lo peor es caer, confundiendo lo sacro con lo profano, en el vicio de los voluptuosos confesores y, a fuerza de secretear entre los besos, perturbar la imaginación poco a poco, al punto de saciarse más con las evocaciones de lo ausente que no con las bendiciones de lo presente. De aquí nacen aquellas caras contritas, que amanecen publicando el arrepentimiento del gozo contranatural robado a las noches. De aquí aquel tormento en vida que, como en la novela de Maquiavelo, haría que el archidiablo Belfegor prefiriera, antes que caer en los brazos de su mujer, volver a los propios infiernos. Por eso habrá dicho el buen sentido: "Sois belle et tais-toi!"

Don Juan Valera, que sabía mucho, aseguraba que, en aquello del Arte Amante, tanto entiende el último gañán como el Aretino. Y parece —lo he oído decir— que el último gañán las prefiere siempre calladitas ("cierra la boca y abre los ojos"), porque "ansina se gastan menos", como comentan los vaquerizos de mi tierra. Supo bien lo que hacía el que se desposó con la muda.

* *La Vida Literaria,* Buenos Aires, 12-VI-1928, y *Vórtice,* México, IX-1944.

El hablar de sobra es al hablar preciso lo que el ruido es al sonido: una agitación irregular, una energía pobre. Y el hablar preciso se corresponde con el callar como se corresponden, en la ondulación perfecta, los senos con los nodos. Maurois, en su *Disraeli,* dice que este joven de frases cabales contrastaba con cierto vicio del coloquio inglés, que por aquel tiempo daba en sustituir con un gesto el verbo esencial de las oraciones. En el *Calendario* ("Tópicos de café"), he caracterizado ciertos vicios y vaguedades semejantes del coloquio madrileño. Por contraste, Ramón Gómez de la Serna encontraba muy precisa la conversación de los mexicanos recién llegados a Madrid, Martín Luis Guzmán entre ellos. Acaso esta precisión sea el premio de cierta tendencia a callar que está en la raíz de lo mexicano. Véase, en efecto, cómo lo entendían nuestros indios, hijos predilectos del pudor:

El Obispo de la Puebla de los Ángeles, don Juan de Palafox y Mendoza —que, si no llega a ser por la oposición de los jesuitas, a esta hora estaría santificado— dice en sus *Virtudes de los indios* (siglo XVII) que era tanto el mutismo de los antiguos mexicanos,

> que así estuvieran dos horas aguardando audiencia y se juntaran treinta en la sala de espera, ninguno rompía el silencio. Entre ellos el hablar es preminencia tan grande que es señal de superioridad, como lo es de subordinación y obediencia el callar. Para decir a uno "superior" le llaman Tlatoani, que quiere decir el que habla, el que tiene jurisdicción para hablar.

No sé qué pensarían los antiguos griegos, que desconfiaban tanto de la gente callada. El indio, según Palafox, es callado hasta para declarar sus sentimientos amorosos, que parece un colmo:

> El indio mexicano mancebo que pretende casarse con alguna doncella india, sin decirla cosaa alguna —ni a sus deudos—, se levanta muy de mañana y le barre la puerta de su casa. Y, en saliendo la doncella con sus padres, entra... limpia todo el patio; y otras mañanas les lleva leña, otras agua; y, sin que nadie le pueda ver, se la pone a la puerta. Y de esta manera va explicando su amor y mereciendo, descubriéndose cada día más en adivinar el gusto de los suegros, obrán-

> dolo aun antes que ellos le manden cosa alguna. Y esto, sin hablar palabra a la doncella ni concurrir en parte alguna en su compañía, ni aun osar mirarla al rostro, ni ella a él. Hasta que a los parientes les parece que ha pasado bastante tiempo y que tiene méritos y perseverancia para tratar de que se case con ella. Y entonces, sin que él le hable en ello, lo disponen.

Galantería del silencio que todavía encontramos en la urbanidad de los tarahumaras. Cuando el tarahumara visita a su vecino, no se anuncia, no entra, sino que se sienta a la puerta de la casa, de espaldas y haciendo que mira a otra parte. El vecino, que lo advierte, sale como de casualidad, "como quien no quiere la cosa". Se saludan, hablan del tiempo, dejan pasar un rato ceremonial. Al fin, el vecino se atreve a insinuar: "¿Por qué no entras a casa para que sigamos conversando?" Y el visitante, con un suspiro de timidez: "¡Vaya! Entraré..."

—*Tandis que tu as gardé silence, tu samblois quelque grande chose...* (III, viii).



II. OCIO Y PLACERES DEL PERIÓDICO

MÁQUINAS *

No ES una acusación, no es una censura. Los matemáticos de Siracusa, empeñados en aplicar la geometría a fines prácticos, estaban, a los ojos de Platón, prostituyendo la ciencia. Aquella civilización, tan ejemplar, ignoraba sin embargo la máquina; mejor dicho: no la deseaba. Pero llega la hora en que el griego comienza a necesitar de una costumbre bárbara, y por un instante y en tanto que se adiestra en la novedad, parece más torpe que los bárbaros.

Cierta asociación de perodistas publica, en París, un almanaque literario, preciosa colección de noticias. Gaston Picard nos expone sus experiencias sobre cómo debe llevarse una *enquête*. Y he aquí el rincón de la vida periodística que nos descubre, yo creo que sin querer. No se diría cosa de París, no se diría cosa del año de 1925:

> Leído y aprobado el cuestionario por el director del periódico, entregáis vuestras cuartillas a una de esas cosas donde manos blancas y expertas convierten, tecleando, la más espantosa escritura en caracteres color violeta. Emplear para el caso a la dactilógrafa del periódico sería mal visto. Mal visto por la dirección, a quien le resulta escaso todo el tiempo de que la dactilógrafa dispone; y mal visto por ésta, a quien falta tiempo para cumplir con la dirección. Así, pues, el director de la encuesta necesita ciertos conocimientos técnicos: conviene que sepa dónde copian a máquina.

Aunque escrita en tono zumbón, ¡qué triste espectáculo nos describe esta página! ¿De modo, os preguntáis, que los periódicos de París sólo cuentan con una dactilógrafa, acaparada por el director? ¿De suerte que los redactores no saben escribir a máquina y no posee cada uno su máquina correspondiente? ¡Y decir que en algunos países las imprentas sólo aceptan los originales a máquina! ¡Y yo que conocí, hace veinte años, a un escritor antillano que, para no ser anacrónico —y como quien dijera "a tiro de máu-

* *La Vida Literaria*, Buenos Aires, 12-VII-1928.

ser" en lugar de "a tiro de ballesta"—, en vez de la frase hecha: "Yo no movería la pluma para tal cosa", solía decir siempre: "Yo no tocaría una tecla para esto o lo otro"!

¡Y yo que creía cercano el tiempo en que la escritura manual fuera tan arcana y arcaica como ya lo es la escritura jeroglífica, y en que los niños aprendieran directamente a escribir a máquina sin usar jamás de pluma o lápiz o pizarrín! Tal el viñador de hoy en día, que aprende a machacar la uva en molinos sin necesidad de descalzarse los pies.

Pero un día Atenas se apropiará la máquina de los bárbaros y, con un leve toquecillo, la abreviará, la hará sensible, patética; la dotará de una comunicación simpática con el hombre que escribe; quién sabe qué raros perfeccionamientos le añada, qué nuevas artes le enseñe; la sujetará a una forma armoniosa, la hará trabajar en silencio. Entonces resultará, a lo mejor, que las palabras queden escritas en pautas musicales, con el acento peculiar del autor y hasta el dejo de su provincia. La máquina de escribir alcanzará acaso las exquisiteces fonéticas de los aparatos de Rousselot, que ya permitían durante la guerra fijar la dirección y la distancia de los cañones prusianos, aunque sólo habían nacido para registrar las vibraciones del habla humana. Y la crítica de los textos quedará inútil, ante la exactitud de un sistema gráfico que elimine para siempre errores y erratas (¡qué gran día!), que reproduzca hasta el tanto de la velocidad mental del escritor, fije automáticamente la hora en que escribe —meridiano Greenwich—, registre la dosis de alcohol que haya ingerido, el número de pulsaciones por minuto, los grados de latín que ha cursado, la mala o la buena intención de sus palabras, y hasta el aura de la mujer que ama.

Nota de 1932: entretanto, al paso que vamos, será el gramófono, y no la máquina de escribir, el instrumento llamado a estas conquistas. Ya, en el archivo de la palabra conservado en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, tenemos en discos la voz de Juan Ramón Jiménez, de "Azorín", de Pío Baroja, de Ramón Menéndez Pidal, de Ramón y Cajal, de Unamuno, de Alcalá Zamora, de Cossío, de Valle-Inclán, de los hermanos Álvarez Quintero. La fonografía

contra la tipografía. Añadamos la televisión y el cine. Algún día, en vez de leer un libro, proyectaremos por la noche, sobre el muro de la alcoba, la imagen del escritor en persona, que se mueve y habla para nosotros y nos cuenta todo lo que tiene que decirnos. Entonces sí que podrá afirmarse que el estilo es el hombre mismo.*

Les barbares ne nous sont de rien plus merveilleux que nous sommes à eux, ny avec plus d'occasion. (I, xxiii).

* Nota de 1958.—Hoy sé algo más sobre la máquina entre los griegos, y la referencia a las técnicas manuales por los presocráticos.

LA GUERRA Y LA DEFENSA *

En la fachada del Tiro Nacional, de Buenos Aires, hay un arrogante letrero, esculpido en piedra, que dice:

AQUÍ SE APRENDE A DEFENDER LA PATRIA

Si preguntamos por el origen de este mediocre endecasílabo (logrado mediante la elipsis, muy del Seiscientos, pero muy curiosa ya en nuestros días, de la preposición "a", preposición que debe regir a "la patria" tanto o más que cualquier persona de derecho divino o de delegación democrática), averiguamos que este endecasílabo mediocre encierra en sí la colección de obras completas de cierto Presidente de República. Este Presidente, que duró sus cuarenta y ocho horas en el poder —cuando allá también se cocían habas—, se apresuró a dejar el testimonio imperecedero de su doctrina política. Los pedagogos suspiran por el día en que el letrero se caiga solo de donde está, y reaparezca a la puerta de las escuelas públicas.

Todo esto vino a mi mente al leer la noticia del nuevo Gabinete Dominicano. El Presidente Estrella Ureña ha nombrado ya sus ministros. La enumeración de carteras hace pensar —todo hace pensar, a poco que se quiera. Si, en México, José Vasconcelos sustituyó la "Instrucción Pública" por la "Educación Pública", en la República Dominicana, con loable decencia, sustituyen el término "Ministerio de la Guerra" por el de "Ministerio de la Defensa Nacional". Es como dejar en paz el puño de la espada. ¡Qué palabra jactanciosa y ofensiva, esa de la guerra, en medio de las más pacíficas relaciones de los Estados! ¿Para qué inquietar a la gente mientras no hace falta? Llámasele Ministerio de la Guerra en tiempo de guerra, bien está. Fuera de eso, en tiempos normales, es mucho más filosófico y aun caballeresco llamarle Defensa Nacional.

* *Contemporáneos*, México, V-1930.

¿Qué diríamos del que bautizara con el afrentoso nombre de "Ministerio del Crimen" al Ministro de Justicia? Si la leyenda del Tiro Nacional es una manera demasiado directa de poner el dedo en la llaga, la designación dominicana es, por de pronto, un eufemismo, un velado y prudente guiño de ojos. Pero, de paso, tiene la ventaja de establecer, de una vez, que la defensa nacional prima sobre la guerra y sólo aquello justifica esto.

Personne n'est exempt de dire de fadaises. Le malheur est de la dire curieusement (III, i).

MALLARMÉ POSTAL *

¡MONSIEUR Mallarmé se llama el nuevo Ministro de Correos y Telégrafos, en el Gabinete Tardieu! Parece una fatalidad onomástica. Mallarmé, el poeta, se divertía en escribir en verso los nombres y señas de sus cartas. La sola forma, las proporciones del sobre, le sugerían la estrofita de cuatro versos. Él sería un poeta muy oscuro, pero ninguna de sus cartas así dirigidas llegó a extraviarse. "Sea dicho en honor del servicio de correos", admite él, en el prólogo de sus *Loisirs de la Poste.*

Mallarmé tenía la preocupación postal; y con fácil chiste, podemos decir que también la telegráfica, porque daba en apretar sus frases, dejando sólo las palabras absolutamente esenciales y suprimiendo los tránsitos de la mente, las rutinas del preceso sintáctico.

Véase el grado de fantasía verbal —y de la otra— que se consentía en sus juegos postales:

Apte à ne point te cabrer, hue!
Poste et j'ajouterai: dia!
Si tu ne fuis II bis, rue
Balzac, chez cet Hérédia.

Va, poste, tout crinière et bave
Lui jetant un joyeux hi-han
Chez mon ami très cher Octave
Mirbeau
Kerisper
Morbihan.

A toutes jambes, Facteur; chez l'
Éditeur de la Décadence,
Léon Vanier, quai St.-Michel
Dix-neuf, gambade, cours et danse.

* *Contemporáneos*, México, V-1930.

Que es como si dijéramos en español, para enviar esta nota al director de la revista *Contemporáneos*, en México:

Bernardo Ortiz de Montellano
Habita siempre —truena o llueve—
En el emporio mexicano,
Calle: Uruapan, número: nueve

Y si se me objeta que he puesto al revés la frase hecha, "llueva o truene" (aunque para esos reveses hemos venido al mundo los escritores), podemos corregirlo así:

Bernardo Ortiz de Montellano
Número habita —llueva o truene—
(Calle del café mexicano),
Que a todas las Musas conviene.

Con lo cual estamos seguros de que el correo no se equivoca.

Il est de ces subtilitez frivoles et vaines, par le moyen desquelles les hommes cherchent quelquesfois de la recommandation (I, liv).

AMOR Y CELOS, EN LA TIERRA Y EN LOS CIELOS *

INVENTO este nuevo refrán para el caso del doctor Robinson, tema digno de la zarzuela. El doctor Robinson creyó un buen día haber resuelto la comunicación entre Marte y la Tierra. Muy fácil: mediante la telepatía.

Su mujer estaba celosa, y casi echaba a escobazos a los importunos noticieros de los periódicos, que venían a solicitar entrevistas. ¿De qué, de quién podía estar celosa? De otra mujer, o de otra hembra al menos, naturalmente, aunque fuera de una hembra de Marte, la corresponsal y novia platónica del sabio, su amada en Flammarion.

Aquella marciana se llamaba Oomaruru, Oomaruru la de las Grandes Orejas. Cuando entre ella y el sabio se establecía la comunicación telepática, éste padecía un leve acceso de jaqueca.

Al acercarse el momento oportuno —la mayor aproximación entre la Tierra y Marte—, el sabio transmitió a Oomaruru los signos del alfabeto Morse, y le pidió algún mensaje para los humanos. Y en efecto, estación hubo —creo que en la misma Londres— donde se registró un radiograma de procedencia desconocida. El radiograma, o lo que fuera, repetía con insistencia estas tres letras: M. R. D. — M. R. D. — M. R. D. . . .

Los franceses fueron los primeros en descifrarlo, y lo celebraron con grandes risas:

—*Ça porte bonheur!*

. . . *il ne faut pas aller au ciel pour cela* (III, ix).

* *Contemporáneos,* México, V-1930.

DESQUITES DE LA MUERTE *

SE ANUNCIA que, en el término de pocos años, cinco de las personas que intervinieron en el desentierro y profanación de Tutanjamon han muerto trágicamente. El primero, Lord Carnarvon, ya se sabe, de la picadura del mosco sagrado que guardaba la tumba; y los otros, de no sé qué. Finalmente, Lord Wetsbury —cuyo hijo, también fallecido recientemente, intervino en las excavaciones— acaba de suicidarse arrojándose desde un balcón.

Explicar las cosas es, muchas veces, un placer puramente poético. Hay explicaciones que sólo deleitan, y basta. Veamos:

El cadáver, abandonado a sí mismo, se deshace y se transforma en nuevas especies de vida. (Algún día, simplificados muchos problemas, se llamará a esto: pesantez.) Es decir, no pára en la muerte; sigue produciendo y engendrando: "En vez de pensamientos, dará flores." Pero el cadáver embalsamado, y secuestrado en esa especie de campana neumática que es una tumba egipcia, verdaderamente preservado de todo contacto con el ambiente, barnizado de gomas impermeables, vaciado ya de toda entraña capaz de descomponerse, y por todo ello incapaz de seguir viviendo en el sentido químico de la palabra; el cadáver encerrado en cofres perfectos, sepultado en galerías obturadas por enormes moles de granito, ese cadáver no deja que se le escape la muerte por ningún resquicio, no la deja retornar a la vida: da caza y encierra dentro de su nada hermética a la mariposa de la muerte, conserva la muerte en estado de quintaesencia y pureza. La energía mortal no sólo se mantiene, así, sin desgaste alguno, sino que se posa como vino viejo y, dentro del fúnebre tonel, poco a poco se concentra y se purga.

Si, luego, alguien rompe el sello y abre el recipiente cargado, ¡maldición para él! La muerte escapa en estallido,

* *Contemporáneos*, México, V-1930.

en explosión y catástrofe más que atómica. Ansiosa por continuar el proceso, que la temeraria mano del embalsamador adormeció y atajó entre ligámenes y nubes de viciosos aromas, la muerte salta de su sueño invernal y se apresura a recobrar lo perdido, se arroja sobre cuanto alcanza como una fiera enardecida, se difunde en ondas deletéreas, y va aniquilando a cuantos toca, entre sus petardos invisibles de asfixia.

1930.

L'Egyptiem respondit sagement à celuy qui luy demandoit: Que portes tu là, caché soubs ton manteau? — Il est caché soubs mon manteau affin que tu ne sçaches pas que c'est (III, v).

CARNECERÍA Y CARNICERÍA *

BONINI es aquel horripilante *chauffeur* de Buenos Aires que mató a su manceba y después la descuartizó. La obra fue lenta y paciente. Había que interrumpirla a cada rato, y continuarla a ratos perdidos. Cuando Bonini hubo acabado la difícil tarea, arrojó al estanque de Palermo los despojos. Y días después, cuando la policía descubrió el crimen, todavía tuvo ánimos para llevar a sus patrones a pasear por los alrededores del estanque, donde se agolpaba la multitud. La tarea se llevó a cabo con tal espíritu de continuidad, con tal serenidad y tanta firmeza mecánica, que realmente acusan una extraña capacidad para separar las cosas de la cabeza y las cosas del corazón. Este descuartizador estaba él mismo descuartizado por dentro, o al menos desconectado. Tenía unas manos precisas, de obrero experto, a salvo de toda contaminación moral. ¿Cómo fue que se descubrió? ¿Cómo fue que no acertó a borrar todas las huellas de su crimen?

Los huesos estaban perfectamente aserrados; las articulaciones, cuidadosamente desenganchadas; los tendones, trozados en el sitio único; las capas musculares, rebanadas delicadamente como una pulpa frutal, y siempre al hilo. Artífice que tal hace debe de estar muy habituado a la máquina humana, a sus tornillos, sus resortes y palancas, válvulas y fuelles, dentajes, engranajes, ejes, rodajes. Es dudoso que la sola práctica de los motores de auto conduzca a esta pericia anatómica. A la mera contemplación de aquellos despojos, los detectives confesaban que se notaba la mano de una persona entendida, de un práctico, de un virtuoso. Y esto merece siempre la simpatía del detective. ¿Cómo es que Bonini, sin embargo, se descubrió?

¡Ah, pero la Providencia! . . . La Providencia quiso que aquel empírico no fuera un científico. (Y a lo mejor, un

* *Contemporáneos,* México, VI-1930.

verdadero científico se hubiera delatado también, no digamos ya por motivos de sensibilidad moral, sino por razones lógicas; por ejemplo: para demostrar un error de razonamiento por parte de la policía, o por el simple placer de dar la explicación verdadera. Sea este paréntesis en desagravio de la Providencia.) Aquel empírico no debía al automóvil su conocimiento de la anatomía, sino al oficio de carnicero y destazador que había ejercido anteriormente: sabía por dónde hay que descoyuntar y partir la res, pero ignoraba todas las sorpresas físico-químicas que pueden sobrevenir más tarde.

Un cirujano, en efecto, hubiera comprendido y previsto —como cualquier vulgar embalsamador— que las entrañas acabarían por podrirse e hincharse, convirtiéndose en globos natatorios capaces de sacar a flote la misma piedra con que el paquete de restos iba lastrado. Y eso fue lo que aconteció. A las tantas horas, el fatídico bulto empezó a flotar. Entonces un testigo del crimen, horrorizado, lo confesó todo.

Bonini no quiso negar, no tenía objeto. Él sólo contaba con sus manos. Cuando vio que también sus manos le fallaban, se dejó poner las esposas. Y aun la esposa, porque luego se casó en la prisión.

Il n'est rien de si horrible à imaginer que de manger son pere (II, xii).

AMIBA ARTIFICIAL *

DEJEMOS aparte la plasmogenia del doctor Herrera, que también podemos llamar genoplastía. Éste fue otro sabio. De casualidad, mientras revolvía sus preparaciones, se encontró con que había creado una amiba, una célula viva elemental, una unidad de existencia que logró vivir varias horas. Wöhler (1828) obtuvo la urea sintética, puente entre la química mineral y la química orgánica. De entonces acá, se busca otro vado más recóndito: el que lleva de la química a la biología.

Los telegramas de la prensa insisten en el carácter casual del hallazgo. Y este carácter, que parece ofender a la teología lo menos posible, viene a ser también —cuando resultara exacta la noticia— la garantía mejor. Por casualidad, admitimos que se descubra cualquier misterio. Ya de propósito, es otra cosa. ¡Mil espantadizas legiones de prejuicios se levantan en torbellino! Entramos ya en lo diabólico. El homúnculo de Fausto —precursor de la lámpara Edison— no puede alumbrar dentro de la iglesia. Pero aquí fue una casualidad: tranquilicémonos.

El sabio asegura que la amiba fue creada en mitad de un proceso de cristalización, y se inclina a sugerir por eso que el origen de la vida está en la cristalización (prescindiendo por ahora de toda la teoría coloidal). Pensándolo bien, lo presentíamos. ¿No sabíamos que en el principio era el Logos, el Verbo, el Soplo, la Psique, el Neuma, el Pensamiento, el Orden o como se le quiera llamar? Pensándolo bien, ¡qué cosa la cristalización! ¿Qué ley es ésta, que impone a la materia una distribución ya conforme con los dogmas del arte decorativo, conforme ya al sentimiento humano, conforme a las reglas de la simpatía y al buen gusto? ¿Qué ha de ser sino un principio de vida, una primera manifestación de la mente agitadora y ordenadora?

* *Contemporáneos*, México, VI-1930.

Si habéis presenciado, al microscopio, ciertas reacciones, ya sabéis de ese correr casi consciente de las partículas, como en una danza de cuadrillas donde cada figurante tiene que buscar a su pareja, y cada uno atravesar un camino para ir a colocarse en determinado lugar geométrico. Esta agitación inteligente ¿no es ya como "un temblor de vida"? Nuestro sabio, pues, no hace más que suprimir el "como" de la antigua retórica, y darnos así la metáfora "creada", que dicen los poetas de hoy.

Esos casos de cristalizaciones interrumpidas serían otros tantos abortos. Esas cristalizaciones abreviadas a la mitad o al submúltiplo, esas cristalizaciones duplicadas o multiplicadas en general, serían monstruos y bufonadas naturales, para el gabinete de Saint-Hilaire: cíclopes, hombres bicéfalos o con seis dedos en las manos, claveles dobles, tréboles tetráboles (o sea: de cuatro hojas), etc. Los procesos retardados, que necesitan rectificarse mediante un salto biológico (con permiso de Aristóteles), serían como los "falsos equilibrios" de la física: el agua líquida por debajo de los 0° centígrados, y que se congela de repente a la menor sacudida, sin duda despertada de un sueño; o bien la muchacha criada en un convento, y que de repente cae en trance, engruesa la voz, echa bigotes y se trueca varón.

Pero, para ponernos de acuerdo, habría que saber antes qué es un ser viviente. Claude Bernard le atribuía las siguientes propiedades generales:

1º Unidad morfológica. Todo ser está compuesto de células (de gránulos, dicen Wells y Huxley). El metazoario es una multitud.

2º Unidad química. El protoplasma presenta en todos sus puntos una composición química análoga; pero, en dosis infinitesimales, compendia casi todo el reino mineral.

3º Nutrición. La vida es una combustión cuyos materiales pasan de un individuo a otro, aun en los casos de vida suspensa o de vida lenta. (Semillas o gusanillos desecados, que reviven con la humedad después de largo tiempo. Animales invernantes.)

4º Reproducción.

5º Forma específica.

Pero falta preguntarse sinceramente si sólo existe la vida en los llamados cuerpos orgánicos. No es fácil limitar fronteras. Las cinco condiciones se dan también en el reino mineral: unidad atómica o electrónica, nutrición, reproducción, forma específica de los cristales. La asimilación del reino vegetal al reino animal es ya un lugar común. Y ahora el profesor Jagadis Chandra Bose, de Calcuta, nos hace ver el paralelismo de reacciones entre animales, vegetales y minerales sometidos a los mismos agentes. La formación de los cuerpos químicos en la nebulosa y su desintegración radiactiva son dos fases de nutrición: anabolismo y catabolismo. ¿Dónde empieza la vida y en qué la distingue el sabio de toda la basura vibrante que ofrece el cristal del microscopio? Cierto estudiante de mi tiempo extendía sobre la gelatina una gota de ferrocianuro de potasio y, como obtenía, al microscopio, un esquema de la célula viva, creía tener por las barbas al Creador.

...jusques à l'aage de vingt deux ans, nomée Marie. Il estoit a cett'heure-là fort barbu, et vieil, et point marié. Faisant, dictil, quelque effort en sautant, ses membres virils se produisirent (I, xxi).

Le monde n'est qu'une branloire perenne. Toutes choses y branlent sans cesse: la terre, les rochers du Caucase, les pyramides d'Ægypte, et du branle public et du leur. La constance mesme n'est autre chose qu'un branle plus languissant (III, ii).

Il ne faut point faire barbe de foarre à Dieu (comme on dict) (II, xii).

HISTRIÓN INVEROSÍMIL *

UN DIARIO carioca denuncia uno de los casos más curiosos de sensiblidad histriónica que recuerdan los anales del teatro. Se trata de un actor muy de moda en Ríojaneiro, cuyo nombre por discreción se omite —y es lástima porque merecía la fama—, que ha caído en la extraña manía de darse por entendido y manifestar su disgusto cada vez que una persona del público abandona su asiento en mitad de la representación. El actor parece suponer que este hecho, la mayoría de las veces indiferente, implica una censura a su desempeño artístico. Y, sencillamente, recoge el guante: da señales de contrariedad, hace un gesto despectivo, mira con aire de reproche al desertor, o lo ajusticia con una mirada de piedad.

He aquí un actor que se sale del mundo poético e irrumpe desordenadamente en pleno mundo práctico, destruyendo la ilusión escénica como la destruyen esas estrellas de revistas que se cambian señas con los amigos del público. El caso contrario, el del público que sube desde el patio a la escena, tampoco falta. Wilde exagera asegurando que en aquellos pueblos del Far West tenía que hacer de traidor un condenado a muerte, porque el público lo acababa a tiros. Pero un poco de esto acontece todos los días.

Para el museo de curiosidades, tengo otro caso parecido. Siendo yo estudiante, un compañero —un escritor por cierto, que sin duda se acordará del caso— manifestó durante la cátedra alguna discreta duda sobre las explicaciones del profesor. Éste, que era muy joven y por eso se sentía demasiado cerca de sus discípulos, se encaró con mi amigo, pálido de emoción, y le declaró delante de todos y ante el general asombro, que estaba a su disposición por si, a la hora de la salida, quería dirimir con él aquella cuestión entre caballeros.

* *Contemporáneos*, México, XI-XII-1930.

Pero ¿no hay en el *Escudero Marcos de Obregón* (¡de tantos errores es repertorio la novela española del siglo XVII!) un ayo, que ya peinaba barbas y que, sin embargo, cuando jugaba a las guerra con los niños, temblaba de ira, tomaba su papel por lo serio y, desenvainando un espadón, quería matar a sus enemigos?

Todas estas intervenciones de un plano de la realidad en otro distinto me divierten como me divertiría una imagen animada del cine que bajara de la pantalla y saliera al mundo: me divierten con cierta desazón de trastornos cosmogónico, con cierto pavorcillo escondido. Y yo también quisiera gritar, como Hamlet ante el espectro: "¡La naturaleza está en desorden!"

Quelle verité que ces montaignes bornent, qui est mensonge au monde qui se tient au delà? (II, xii).

EINSTEIN DESDE LEJOS *

1

EMPEZABA el año de 1929 cuando Einstein dio a luz su nueva tesis sobre la Teoría del Campo Uniforme, donde en suma cree reducir la mecánica a la electrodinámica, sustituyendo, en la gravitación, la idea de acción a distancia por la de una como emanación de cada cuerpo, o mejor, por la idea de un espacio con forma. (El espacio llano, el espacio neutro e insípido de la geometría euclidiana, es el espacio ideal donde no hubiera materia. La presencia de la materia deforma el espacio.)

Lo que para el cuerpo eléctrico era el campo eléctrico de Faraday, eso viene a ser el espacio en general para todo cuerpo. Cada cuerpo, viene a decir Einstein, crea su espacio —y, si mucho apuramos, su resplandor de espacio—. El mundo, que en la representación newtoniana aparecía congruente y totalmente explicado, se hizo trizas con los posteriores descubrimientos de la física. Ahora, con la nueva tesis de Einstein, se esfuerza otra vez hacia la armonía. Sólo queda ese rendijo, esa cuarteadura cósmica de los "cuantos", por donde se escapa la continuidad del universo como por una cañería reventada. Esperemos que los años traigan la soldadura.

La tesis de Einstein se reduce a seis brevès páginas, seis breves páginas que resumen el trabajo de varios años: maraña apretada de cifras y fórmulas, hormiguero de numeritos, letras y símbolos; un verdadero barranco de espinas. Cierto profesor de la Academia de Ciencias Prusiana ha dicho, con verdadera gracia, que este opúsculo es "una nuez difícil de romper".

Con ser la nueva tesis más trascendental para la ciencia que la misma teoría de la Relatividad, va a resultar de más duro acceso y menos popular por decirlo así. La íntima

Contemporáneos, México, XI-XII, 1930.

realidad de las cosas parece que sigue siendo objeto de magia. Los fenómenos sólo se dejan asir cuando se les evoca con signos cabalísticos, cuando se abandona su nombre común y corriente y se les llama "a", "b", "pi", "lambda", "mu"; cuando, desde lejos y como con pases magnéticos, se les agarra descuidados, y —como dirían los argentinos— "sin perros".

Pero ¡qué seductor contraste, la pequeñez de la fórmula con la inmensidad de los efectos que abarca! Diminuta cápsula explosiva; comprimido de una nueva droga que va a trasmutar —si se comprueba— la representación que tenemos del universo, el sabor del mundo, el resabio metafísico de la física. Pero esta trasmutación sólo se hará andando los siglos. Por ahora, nada más sentimos que nos han puesto la creación de cabeza, como lo sintieron sin duda los contemporáneos de la gran revolución copernicana, cuyos resultados han trascendido de la física astronómica hasta la filosofía del espíritu. Ya hay por ahí quien diga que la cuarta dimensión del espacio se nos anda insinuando, por las fronteras de nuestra sensibilidad, y ronda de noche nuestra conciencia.

2

A propósito de la visita de Einstein a Madrid, por 1923, escribí en *Los dos caminos:* *

> En apariencia, los principios mecánicos de Einstein tienen como principal novedad cierto carácter "óptico". Einstein introduce en las fórmulas una consideración cuyas últimas consecuencias nadie había apurado antes de él: la velocidad de la luz, que resulta ser la mayor velocidad hasta hoy experimentada (la radiactividad y la electrodinámica no han dado velocidad mayores). Pero si se descubriera mañana una velocidad mayor que la de la luz, no habría más que "enriquecer" algebraicamente las fórmulas de Einstein. Y si estuviéramos sometidos a un mundo sin luz, no habría más que "empobrecer" esas fórmulas.

(Aquí se ofrece, desde luego, una rectificación verbal, y es la conveniencia de trocar de sitio los verbos "enriquecer"

* Ver *Obras Completas,* t. IV, pp. 297-8.

y "empobrecer", pues a medida que el patrón aumenta la medición es menor, y viceversa. También se ofrece un escollo sobre el carácter óptico de la mecánica einsteiniana. Así como Maxwell explicó la luz por la electromagnética, hoy la electromagnética, y aun la mecánica toda como dice Langevin, parecen gravitar hacia el reino de la óptica. La óptica tiene ya en sus redes a la química misma, puesto que ambas ciencias estudian los electrones de la órbita exterior de los átomos. Y aun los balbuceantes estudios del tacto, en Katz, buscan siempre el parangón de la óptica: así, la transparencia o transfloración explica la transpalpación.) Y continúa el fragmento citado:

> Quiero decir que las teorías de Einstein también conservan su valor aplicadas al universo que perciben los ciegos. Que entonces el elemento óptico quedaría sustituido por el táctil, y el tiempo que tarda la luz en recorrer una distancia, por el que tarda la mano en tocar uno y otro punto extremos. Así, lo que en apariencia es un carácter óptico, es en el fondo un carácter histórico.

Aunque esto último sea cierto, lo de sustituir la medición "visual" de la Tierra a Sirio por la medición "táctil" no deja de ser una paradoja repugnante. Cierto que esta sustitución de una velocidad prácticamente infinita por otra velocidad apreciable a nuestros sentidos ofrece la ventaja de hacernos entender mejor la imposibilidad física de establecer la simultaneidad, y nos da como en crudo los enigmas de toda operación métrica. Pero, para el caso, mucho más cómodo es pensar en la sustitución de lo óptico por lo acústico. Así como percibimos las ondas de la radio con aparatos que las transforman en vibraciones sonoras, aun cuando no poseamos sentidos adecuados para recibirlas directamente, así el ciego podría, mediante otros aparatos, llegar a "traducir" la luz. Los tratados explican cómo se podría recibir el rayo de luz de una estrella en un anteojo, e impresionar una célula fotoeléctrica que produjera un sonido audible. Entonces el cielo estrellado aparecería, a los oídos del ciego, como un órgano trascendental, de donde caerían distintas notas en las posiciones distintas del anteojo. (Reichenbach.)

Esto era cuanto tenía yo que decir para aclarar mis propias páginas.

... et m'a l'on dit qu'en la Geometrie (qui pense avoir gaigné le haut point de certitude parmy les sciences) is le trouve des demonstrations inevitables subvertissans la verité de l'experience (II, xii).

Où le compas, l'esquarre et la regle sont gauches, toutes les proportions qui s'en tirent, tous les bastimens qui se dressent à leur mesure, sont aussi necessairement manques et defaillans (II, xii).

GESTA DEL BOTÁNICO *

Von Ihering, el tratadista de Derecho que todos conocen, tuvo un hijo. El joven Hermann, como buen universitario de su tiempo, formaba parte de una de esas cofradías masónicas cuyos principales objetos son beber cerveza y rasguñarse la cara con la espada. Una cicatriz lo obligó a dejarse la barba, y de aquí la fisonomía boscosa que ha pasado a la posteridad.

Hecho médico por la gracia de Virchow, y dado a las cosas de la antropología, Hermann von Ihering se rodea de extraños objetos y restos humanos que le darían fama de brujo entre los vecinos. Fritz Müller, el Rousseau de Blumenau, el entomólogo que estudiaba las márgenes del Itajahy y que fue uno de los colaboradores de Darwin, le habla del Brasil en términos que encienden la fantasía. Y Hermann embarca para el Brasil en compañía de su esposa.

Ya lo tenemos en un hotelito de la Tijuca, sin hacer caso de la fiebre amarilla que diezma la comarca, dado a cazar alimañas y ejemplares botánicos. Su primer hallazgo fue un cangrejo de una especie desconocida, que dejó bajo la guarda de su mujer en tanto que él iba a ofrecer sus respetos al emperador. Pero la señora se descuidó y perdió el cangrejo. Y, esforzándose por pedir ayuda a la espantada criadita negra que la servía, sólo acertó, a punta de diccionario y de Dios sabe qué pronunciación figurada, a construir esta frase absurda: "¡Mi marido es un cangrejo!"

Después, se internaron ambos por las regiones gauchas, donde el sabio escribía comunicaciones científicas sobre la fauna y la flora brasileñas, e impulsaba de paso la emigración alemana. También fue el primero en interesarse por los yacimientos de carbón. Escribía para los periódicos locales, lo mismo que para las revistas de Europa. Al fin, se naturalizó brasileño. Instaló su museo privado en un islote

* *Contemporáneos*, México, XI-XII, 1930.

de la hoz del Camaquán, que desde entonces vino a llamarse la Isla del Doctor.

Como era médico de los que recetan gratis, y sobre eso le obsequian al enfermo la gallina para el caldo, tenía que vivir de un sueldo del Museo Nacional. Y aunque criaba caballos, lo más seguro es que sólo se aprovecharon de ellos los caudillos revolucionarios que, de cuando en cuando, llegaban a libertar la región. Cuando vino la República, él se encargó de organizar el Museo Paulista.

Más que darwiniano, era un neolamarckiano. Era un sabio pegado al hecho, paciente investigador. Aunque correspondía activamente con Ameghino, se cuidaba de aceptar sus generalizaciones. Y cuando, en el proceso de algún estudio, no encontraba motivo de rectificarse, se ponía inquieto y desconfiado, porque eso de tener siempre razón le parecía de muy mal agüero para el hombre de ciencia.

Amaba la naturaleza. Cuando salía al campo a visitar un enfermo, se olvidaba recogiendo moluscos y florecitas, se metía en los charcos y en las malezas, y volvía a casa descalzo, enfangado y de buen humor.

Así vivió más de veinte años, y fue a morir a Alemania cuando contaba ya ochenta primaveras. Guarda la tumba del naturalista una mariposa.

***Tous nos efforts ne peuvent seulement arriver à representer le nid du moindre oyselet, sa contexture, sa beauté et l'utilité de son usage, non pas la tissure de la chetive araignée* (I, xxxi).**

LA SANGRÍA ABIERTA *

Volvió Doña Flora. Volvió la viuda del hombre ilustre. Volvió en un barco cargado de saudades. Volvió por pocos meses a su tierra, como el que ya no conserva en ella verdaderos lazos que lo aten. Volvió más bien a matar recuerdos, a cauterizar el pasado. Volvió para mejor ponerse en paz con la ausencia. Y luego regresó a Washington, donde la esperaban sus labores de bibliotecaria.

Volvió Doña Flora. Pero los sesenta mil volúmenes de asuntos iberoamericanos y, singularmente, de historia del Brasil; el tesoro minuciosamente acrecentado por el grande hombre, a lo largo de cuarenta y cinco años, y desde los días en que —joven secretario diplomático— disputaba a su jefe la caza de algún libro raro, de algún documento peregrino, todo eso no volverá.

Volvió Doña Flora, aunque sólo para contar que pronto había de ausentarse otra vez. Pero el inmenso caudal de cartas, recortes, noticias, sabiamente fomentado por una mano experta; los inapreciables papeles sobre la vida brasileña; los testimonios de vital interés sobre el mundo literario de entonces, todo eso no volverá.

Todo eso se queda allá, en aquella Universidad Católica a la que el grande hombre quiso legarlo todo. Allá lo aprovecharán los estudiantes para escribir tesis doctorales. Jóvenes de otra sensibilidad hurgarán entre los expedientes y tomarán datos, datos, datos. Luego los enfilarán en un discurso bien intencionado y nada comprometedor. ¡Oh compasión y piedad y grima! ¡Oh libros de nuestra América, arrancados a su suelo nativo! ¡Oh biblioteca de Genaro García, que para siempre huyó de México! ¡Oh política —para de algún nombre llamarte, aunque éste no lo mereces— que nunca ves más allá de tus narices! ¡Oh, Doña Flora, Doña Flora! ¡Cuándo, cuándo llegará ese día!...

Finalment, il n'y a aucune constante existence ny de nostre estre, ny de celuy des objects (II, xii).

* *Contemporáneos*, México, XI-XII, 1930.

EN BUSCA DE LA MANO PERDIDA

YA SE sabe que, cuando reapareció la Gioconda —la casquivana—, los especialistas la identificaron, no por el destello de su belleza, sino, como decía un ligero, por las señales de su eczema, ¡válgame Dios!, por los rasguños, por las raspaduras, por los puntos y rincones de fealdad y vejez con que los años la van marcando.

Faltaba aplicar el sistema dactilográfico o, para darle el nombre del precursor argentino, el sistema Juan Vucetich —última palabra en materia de identificaciones artísticas—*. Cómo se aplica, y sobre todo cómo debe aplicarse a las obras de otras centurias, no sé decirlo. Pero hallo en los diarios que el antiguo embajador argentino en Italia, Excmo. Sr. don Fernando Pérez, emplea un sistema fotográfico de luz lateral, que le ha permitido encontrar huellas digitales de autor en no menos de dos mil cuadros. Me figuro que para establecer, entre las muchas impresiones digitales posibles, la del pintor, procede con criterio estadístico, por reiteración y eliminación. En la Academia de Siena, cree haber identificado las impresiones del Pinturricchio; y en las paredes del Vaticano, los dedos y hasta las palmas de Miguel Ángel.

De modo que se trata, sin metáfora, de encontrar la huella del creador. "Les Dieux jaloux ont enfoui quelque part les temoignages de la descendance des choses; mais au fond de quel Océan ont ils roulé la pierre qui les couvre, ô Macarée!" (M. de Guérin. *Le Centaure*).

Y yo no sé si es oportuno recordar aquí que toda obra de la naturaleza deja más huellas de lo que al principio

* Los tratados recuerdan los ladrillos asirios, los sellos chinos, los atisbos de Malpighi (1686), las anticipaciones de Purkinje (1823), las aplicaciones empíricas de sir William Herschel en Bengala, el acierto casual de Faulds en el Japón, que luego fue desarrollado en teoría (*Nature*, octubre de 1880); las investigaciones, algo prematuras, de Gilbert-Thompson en Nuevo México (1882); los trabajos de Francis Galton. A nosotros nos toca incorporar en esta historia al sabio argentino.

parece. La Escritura dice que el secreto de la alcoba un día se ha de gritar por las plazas. Del pozo en que yace la acusación oculta, brotan cañas más tarde, y tarde se les hace para contar a los vientos que Midas tiene orejas de burro. Y es que la naturaleza se acuerda, se acuerda de todo. No sólo le dejan traza imborrable los vientos, las aguas, los meteoros fotografiados en la clorofila de las hojas. En el Hotel Plaza, de Buenos Aires, me dijo un día Ortega y Gasset:

—Sherlock Holmes averiguaría que llevo una semana encerrado en este cuarto, por el simple hecho de que he gastado la suela de las pantuflas.

Otro Sherlock Holmes, de tipo más ambicioso, reconstruye un ictiosaurio por la impresión que dejó una pata monstruosa sobre una piedra que era suelo blando hace muchos siglos. Otro delata las veleidades del planeta y sus devaneos de espuma y carbón, allá cuando la juventud de los cielos. ¿Por qué asombrarnos? ¡Si hasta el estado anterior del magnetismo terrestre queda en las piedras, como en vestigio y en recuerdo! Y lo que el alfarero menos sospecha es que, al cocer su arcilla, también cuece y fija para siempre el índice de magnetismo que la arcilla posee. De modo que Folghereiter, interrogando cautamente los jarros etruscos, puede descubrir cuál era, en la Italia de hace dos mil años, la inclinación magnética. También la tierra, caldeada hace centenares de siglos por los volcanes de Auvernia, ha entregado a Brunhes el archivo de sus memorias, grabadas a fuego violento.

Toutesfois il s'est trouvé des hommes, et notamment à Delphes, qui recognoissoit des marques de difference entre les oeufs, si qu'il n'en prenoit jamais l'un pour l'autre; et y ayant plusieurs poules sçaivoit juger de laquelle estoit l'ocuf.

APÉNDICE

AL ARTÍCULO "UN DRAMA PARA EL CINE"

EL DOBLE ha sido estudiado a conciencia por el psicoanalista Otto Rank, quien señala los orígenes folklóricos y las apariciones literarias del tema, y extrae de sus documentos una como noción mitológica de la muerte, cuya angustia nos acompaña a lo largo de la vida.* Tal es el "huésped desconocido", el "fruto de tus pensamientos" que dice Heine, el "enlutado vestido de negro" de Musset, "el hombre que siempre va conmigo" de Machado.

El tema es fecundo en el romanticismo alemán, a partir de Juan-Pablo, que lo usa abundantemente. Pero hay que distinguir el doble verdadero, objetivo, del desdoblamiento interior o subjetivo dentro de la misma persona. El doble objetivo, muchas veces disfrazado en el tema de los gemelos, es de ilustre tradición en el teatro: los *Menecmos*, de Plauto; la *Comedy of Errors*, de Shakespeare; el *Anfitrión*, de Molière; y, en cierto sentido, aunque aquí sólo se trate de un ardid y se mezcle con el tema cervantino de *El curioso impertinente*, *El semejante a sí mismo*, de Ruiz de Alarcón. Lo encontramos en *Los filtros del diablo*, de Hoffmann; algo modificado, en *Tale of Two Cities*, de Dickens; en *Norte contra Sur*, de Verne, y aun en aquel fraile guerrillero de Pérez Galdós que se sentía en comunicación con Zumalacárregui (¿o con el Empecinado?).

En cuanto al doble subjetivo, ya se presenta directamente como un caso de desdoblamiento de la personalidad —tal en Stevenson—, ya en combinaciones diversas como en el *Avatar*, de Gautier; a veces es una obsesión más o menos objetivada o acompañada de alucinaciones: el *Horla* de Maupassant, el *William Wilson* de Poe, o el *Doble* de Dos-

* Sobre la sombra y el reflejo considerados como el alma, hay estudios de Démeunier, de Brosses, Bastian, Taylor, Achelis, Richard Andrée y Frazer. Sobre el folklore del espejo, Géza Roheim, de Budapest. La relación del tema con el narcisismo, en Havelock Ellis.

toyevsky. A veces se ofrece en la alegoría del espejo, objeto predilecto de la magia negra; así en el film de Ewers, *El estudiante de Praga,* y así en los ejemplos de Nervo y Werfel citados en el artículo. O puede ser que aparezca como una sombra (Chamisso y su *Schlemihl* —o Schlemiel, de raíz hebraica que significa, en jerga judía, el "Zogoibi", el malfortunado— inspiran, entre otros, a Andersen y a Lenau). El doble subjetivo es también una imagen artística: el *Dorian Gray* de Wilde descarga sobre un retrato las huellas del tiempo y de la conducta, del mismo modo que la Ana de Lenau se libra, en su sombra, de los estragos de la maternidad. La idea del reposo del alma en una imagen del cuerpo nos lleva hasta los retratos del féretro egipcio. Y la idea del miedo a perder la belleza, que tanto se parece al miedo de la muerte, nos lleva a las tradiciones folklóricas de Suecia.

Hay apariciones de dobles en *El embozado* de Calderón, en el *Meister* de Goethe (y aun él mismo tuvo una alucinación del doble, según nos cuenta),* en *The Man and the Poet* de Shelley, y entiendo que en alguna obra de Kipling. Y como el doble hace a veces el papel de una encarnación de los malos impulsos, y otras el papel de ángel de la guarda, se puede considerar como un doble aquel demonio de Sócrates que siempre le daba buenos consejos al oído.

NOTA: Las citas francesas que aluden a los temas del libro, los refuerzan, atenúan o contestan y hacen en general el oficio de las viñetas, proceden todas de los *Ensayos* de Montaigne, texto de Pierre Villey. Pensé que la continua referencia a Montaigne era la explicación mejor sobre el estado de ánimo en que, durante los entreactos de ocho años, escribí estas páginas.

* Ver "Sobre la simetría en la estética de Goethe", *Cuestiones estéticas, Obras Completas,* I, p. 88.

V

VARIA

I. A VUELTA DE CORREO
II. VOTO POR LA UNIVERSIDAD DEL NORTE

Noticia

I) Ediciones anteriores

Alfonso Reyes//A vuelta de//Correo//(*Viñeta:* una pala de albañil)//Río de Janeiro//Mayo de//1932,//8ª, 41 págs.—Edición privada.

México y lo Mexicano//1//La X en la frente//(Algunas páginas sobre México)//por//Alfonso Reyes//Porrúa y Obregón, S. A. //México, 1952.—8º, 93 págs. e índice. Págs. 41-69: "A vuelta de correo".

Observación: la presente edición es transcripción de la segunda, donde consta una explicación previa que no aparecía en la primera edición.

II) Edición anterior

Alfonso Reyes//Voto//por la Universidad//del Norte//(*Viñeta:* una pala de albañil)//Río de Janeiro//Enero de 1933.—8º, 36 págs.—Edición privada.

Observación: parcialmente aprovechado en el discurso "Los regiomontanos", pp. 176-82 del presente tomo.

I. A VUELTA DE CORREO

Por consejo de amigos comunes, tan respetuosos como yo para la buena memoria del llorado Héctor Pérez Martínez, publico estas páginas tales como aparecieron originalmente. La reproducción no tiene por fin exponer una polémica, pero suprimir los pasajes polémicos sería arrancar el aguijón a la abeja, dejar sin explicación ni aplicación las ideas generales que aquí desfilan, y perder el calor que puse al ejercer mi defensa.

Por suerte el tono de esta controversia nunca rebasó los límites de la caballerosidad, y nadie agravió a nadie. Siempre lo reconoció así Pérez Martínez, cuyo segundo artículo (*El Nacional,* México, 26-VI-1932) —rectificación espontánea— es prenda de su nobleza.

Cuando nos lo arrebató la muerte, él había aceptado ya la conveniencia de reeditar este breve ensayo, tal vez con un prologuito que firmaríamos ambos, en perfecto acuerdo y amistad.

Poco después de haber escrito y publicado *A vuelta de correo* —por cierto en edición limitada—, volví a México. En el andén me esperaba un joven de grave continente, a quien yo no había conocido hasta entonces por mi larga residencia en tierras extrañas. Me abrió los brazos sencillamente, y me dijo: —Soy su amigo Héctor Pérez Martínez que viene a darle la bienvenida—. ¿Cómo podría yo considerar esta controversia con desvío ni recelo, si ella me valió para siempre la amistad de Héctor, y a ambos nos hizo tanto bien?

1952.

En *El Nacional* (México, 7-V-1938), me interpela Héctor Pérez Martínez, pidiéndome que consagre las páginas de mi correo literario, *Monterrey* —en vez de tratar en ellas cuestiones que a él no le interesan—, a discutir y aun a dictaminar sobre las orientaciones que las letras mexicanas buscan estos días con cierta saludable angustia. Como los recursos del pensamiento no son ilimitados, un humanista reconocería fácilmente en nuestras disputas el eco secular de la llamada querella de los antiguos y los modernos.

Ninguna interpelación puede preocuparme ni conmoverme más; pero temo que Pérez Martínez haya sido dos veces injusto: por el reproche de alejamiento que me hace, y por

la consideración desmedida que me concede, hija de una simpatía con ribetes de intolerancia. Así, me pone en el difícil paso de quejarme de él, al mismo tiempo que le agradezco. "Notas sobre Góngora —dice despectivamente—, charadas bibliográficas, la eterna cuestión de las aclaraciones al *Cementerio marino,* de Valéry, y una evidente desvinculación de México." Y olvida que a Góngora —cuyas relaciones con la tradición americana están, por otra parte, ya establecidas— lo hemos convertido hasta cierto punto en cosa nuestra, desde que algo contribuimos, con varios años de trabajo, a la reivindicación de su poesía. Y omite el decir que las charadas bibliográficas se refieren a relaciones entre la tradición literaria mexicana y la brasileña. Y no quiere darse por entendido de que las notas sobre Valéry examinan una traducción española y una traducción cubana, por donde el asunto se nos acerca hasta confundirse con nosotros. En cuanto a la "evidente desvinculación de México", no pasa de ser una leyenda o equívoco que me urge aclarar, puesto que, según veo, ha cundido ya, de dos o tres malquerientes, a los que puedo considerar mis amigos y valedores.

Pronto hará veinte años que salí del país, y de entonces acá mis vacaciones en México se habrán reducido a un total de ocho meses. No ha faltado quien me eche en cara, como carencia de patriotismo, el no haber naufragado en tierra extranjera durante mis días de lucha, y el vivir ahora consagrado al servicio internacional de México; servicio indiscutible y primario que considera a la nación como un todo intocable, y que cuida la línea de flotación sin intervenir en lo que pasa dentro del barco, por aquello de que lo primero es vivir. En todo este tiempo, he publicado muchos libros de prosa y unos pocos de versos. Quien tuviera la paciencia de examinarlos, fácilmente se convencería de que no hay uno solo en que no aparezcan el recuerdo, la preocupación o la discusión directa del tema mexicano. Me dispenso de la aburrida relación bibliográfica, pero ahí están mis publicaciones que hacen prueba, y no hubiera sido inoportuno ojearlas antes. Algo más ha de encontrarse en los libros en preparación, aunque no me gusta hablar de proyectos. Toda aquella parte de la obra que no debe recogerse en

libros y que sólo tiene una utilidad social —pues no es exacto que yo sea un "editor de todos mis pensamientos" ni tenga la intención de serlo— a México ha sido consagrada. Tal vez en los periódicos porteños salí a defender la fama poética de Díaz Mirón a raíz de su muerte, o a resucitar el recuerdo de Amado Nervo a los diez años de su fallecimiento, suscitando entonces en Montevideo una conmemoración inolvidable, a la que Juana de Ibarbourou prestó toda su diligencia y todo el fuego de su alma. Más de una lanza he roto en defensa de nuestros puntos de vista, ya en la tribuna, la cátedra o la prensa, y crea Pérez Martínez que es un poco más difícil hacerlo en tierra extranjera que en la propia, y más aún desde la función diplomática, donde cualquier palabra imprudente parece caer sobre un país entero. No es culpa mía si él no ha podido informarse de todo esto. Dondequiera procuré contactos a la literatura mexicana —y esto sólo lo ignoran los que en ignorarlo se empeñen— según pueden declararlo españoles, franceses, ingleses, alemanes, sudamericanos y antillanos, y hasta escritores ukranianos, checos, yugoeslavos y malgachos que por mi intermedio se han asomado a nuestro mundo. La correspondencia que mantengo hace años para sólo este fin podría fatigar a cualquier hombre de poca fe. Aun recuerdo haberme esforzado —hay testigos en México— para que el nombre de nuestra capital aparezca al pie de las grandes revistas europeas, donde suelen ponerse los domicilios o agencias en el extranjero y donde frecuentemente encontramos, por ejemplo, el nombre de Buenos Aires. Tampoco es mi culpa si no he sido escuchado. Si vamos al capítulo de los cargos, yo tendría mucho que decir contra quienes, ignorando los altos intereses nacionales, se encierran, aíslan y enquistan en pequeñas luchas de campanario, sin importárseles un ardite, no digamos ya la figura que México haga ante el mundo —porque no es cosa de mera vanidad—, sino la necesidad inapelable de vivir atados con todos los demás pueblos, como todos los pueblos viven.

Y prescindo aquí de las obligaciones de mi cargo, porque no estoy haciendo un informe oficial. Pero todos saben que el representante político —y más si lo es de Mé-

xico, país tan ignorado y tan discutido— deja de ser persona privada en cuanto cruza sus fronteras nativas, y tiene en adelante que orientar su conducta conforme a las líneas de un deber nacional que, automáticamente, impide la desvinculación. Sugiero consultar el testimonio de Enrique González Martínez, maestro reconocido y justamente admirado. A toda hora del día y de la noche, el representante ha de pensar por fuerza en la abrumadora responsabilidad que le incumbe, sacrificando más de una vez las flaquezas a que todos estamos expuestos, y fija la mente en su lejano país como en una estrella guiadora. Resuelve consultas sobre las cosas de su tierra, concede entrevistas, recibe y transmite informaciones. Todo delegado en cualquier orden de la vida pública, lo primero que hace es tomar tierra junto a su representante, y discutir y concertar con él la forma y manera en que ha de desempeñar su comisión. Todo compatriota de paso viene a su representante como el sitio por donde su patria colinda con el extranjero. ¿Cómo podría el representante desvincularse aunque quisiera, si pensar y tratar de México es su cuidado y su norma, es su oficio, es su honor? Si el ejemplo de mi vida significara una desvinculación intencional —como lo afirman las palabras de la interpelación que contesto, palabras que sin duda fueron escritas por ignorar el daño que hacen y lo injustas que resultan para el centinela mexicano destacado en tierras distantes—, entonces yo quiero que desaparezcan de mi lado las más caras conquistas de serenidad y de alegría que hasta ahora pude arrebatar al destino. Habían de ser los míos quienes me escatimaran la satisfacción que todos los extraños hasta ahora me han concedido: la de reconocer que vivo por y para el servicio de mi tierra hasta donde alcanzan mis alientos.

Se me dirá que todo está en el tono de voz, y entonces confesaré que, en efecto, yo no he dado alaridos. Se me opondrá que hay una manera de escribir sobre las cosas que no llama la atención de los que no leen, y yo aceptaré que pertenezco, en efecto, a la humilde categoría de los que necesitan antes ser leídos para poder después ser juzgados. Se me retrucará que hay cierto sesgo en los pensamientos que manifiesta el propósito de no entrar en polémicas sobre lo

que la mayoría sólo concibe bajo especie polémica, y yo declararé, avergonzado, que creo más en las ideas que en las coces, y mucho más en la parte constructiva que en la parte adversativa de las ideas. Amén de que mi situación no es la más conveniente para andar en polémicas, a riesgo de saltar las vallas de un reglamento que me ataja.

Finalmente, erigirse en censor y maestro de la literatura que lleva la voz cantante —como se me exige con impaciencia— es tarea muy delicada y seria para que nadie la improvise. Es preciso, antes, haber revisado a conciencia una tradición nacional y haber meditado detenidamente en sus consecuencias; haber adquirido mucha experiencia de libros, de pueblos y de hombres; haber realizado una honda obra de cimentación y contar, además, con cierta aquiescencia previa del público, a que hemos de dirigirnos. En suma, tal situación es un mérito que se gana. Puede ser que otros la consideren como una presa que se arrebata, pero yo no estoy hecho así, y reconozco que me acerco con cuidadosas reservas a negocio tan importante y, para decirlo todo, tan sagrado. La inculpación de Pérez Martínez no debiera, pues, ser una inculpación, sino sólo una invitación.

Casualmente, esta inculpación me sale al paso cuando acabo de dar varias muestras, humildes pero probatorias, de mi continua atención para la realidad mexicana. Tal el *Juan Peña,* tal el diálogo de *Los dos augures* (revista *Sur,* Buenos Aires). Tal el *Discurso por Virgilio,* que escribí atendiendo a un llamado genuinamente nacional. Fuera de los latinistas, no sé que tal llamamiento haya sido escuchado por ninguno otro escritor literario de mi tierra. ¡Y los otros disfrutaban de más elementos que yo para estudiar de cerca nuestros problemas! Y ellos no tenían atada la pluma por los inapelables respetos diplomáticos! Hubo, en cambio, quien se divirtiera en hacer burlas a mi costa, precisamente porque me enfrasqué en la realidad mexicana, en vez de volver a contar el año en que nació y el año en que murió Virgilio, los sucesos que presenció en vida, las obras que dejó y las otras que se le atribuyen. Por suerte también me llegaron desde México buenas noticias, pues tengo entendido que los latinistas justificaron mi actitud, comprendiendo que

no me correspondía irrumpir en el campo donde ellos enredan las vides con los olmos. Por lo que hace al *Juan Peña*, me basta saber que mis críticos lo han considerado como una página naturalmente mexicana, donde el sentido nacional brota solo, por el simple hecho de la sinceridad.

En cuanto a *Monterrey*, que tan apresurados cargos mereció de Pérez Martínez (¡aun para los sobres en que lo distribuyo tuvo reparos, y los llamó "sobre inexpresivos"!), me figuro que Pérez Martínez no conoce la colección completa, ni las explicaciones del primer número, ni tuvo verdadera atención para el número que estaba a la vista. Juzga mi *Monterrey* como se juzga una revista pública, de las que se venden y compran y tienen compromisos con suscriptores y lectores. Básteme por ahora recordar —más adelante insistiremos— que en *Monterrey* me he impuesto la regla de estar siempre llamando la atención sobre las publicaciones mexicanas, por oscuras que fueren. He hecho ya un buen centenar de reseñas, sin que a veces me arredrara la aridez del asunto, ante la complacencia de cumplir el deber libremente escogido. Desde sus páginas discutí nuestras direcciones estéticas, contesté objeciones y me lancé a trazar una pequeña síntesis de nuestra poesía actual, sólo por no dejar el terreno intacto, aun a sabiendas de que una síntesis tan rápida y hecha de tan lejos tiene que adolecer de omisiones y defectos de perspectiva. Me he echado encima una labor realmente difícil. Todo lo hago yo con mis manos, y la semejanza misma de las lenguas española y portuguesa multiplica en grado irritante las dificultades de la impresión. Si aún no he tocado a la novela en conjunto (pues apreciaciones sueltas han aparecido aquí y allá), es porque me falta tiempo para resistir dos docenas de volúmenes, cuya lectura me obligaría a desatender mis demás quehaceres y a descuidar más de un mes el alimento cotidiano de la cultura. Creí que mi esfuerzo sería agradable a México, y la verdad es que todavía tengo la esperanza de que llegue a serlo, a pesar de este voto en contra. ¿Cómo voy a desesperar, si todos los demás testimonios que de todas partes recibo son tan alentadores? Sospecho que ha habido, en la censura —pues como bienintencionada la acepto—, un efecto de fascinación men-

tal: el que vive demasiado preocupado con lo que de momento le afecta, cree que los demás faltan a su deber si no comparten su estado de ánimo. El cual puede ser muy legítimo y explicable, pero de todos modos causa el daño de estrechar las miras y los intereses espirituales de quien lo padece. Y todo lo que no sea tratar de cierto limitado grupito literario le parece que es descuidar a México, aun cuando se haya tratado del sitio de nuestra literatura en el cuadro de Hispanoamérica, de nuestra sensibilidad en parangón con la "nórdica", de nuestro teatro tradicional, del teatro de indios y el de títeres, de Ruiz de Alarcón y Sor Juana, del proceso de la mente literaria de México durante la revolución, de Gutiérrez Nájera, Othón, Nervo, de González Martínez, del pintor Rousseau y México, del pensamiento hispanoamericano ante el mundo y los cambios de su actitud, de Saint-Simon y México, del testimonio de los viajeros sobre nuestra vida y costumbres, de Miguel González —pintor de asuntos mexicanos en el siglo XVI, hasta hoy no estudiado—, de algunos documentos de nuestra iconografía literaria, de Cortés y Moctezuma, de Acuña, del Padre Mier, de la depuración de nuestras tradiciones y la formación de una biblioteca mínima. Que estas y otras cosas más, enumeradas en desorden y como me van saltando a los ojos, hubiera encontrado Pérez Martínez en *Monterrey*, si se hubiera dado el trabajo de verlo por encima. Si alguna publicación he intentado en servicio de las letras mexicanas es ésta, y casi me parece increíble lo que ahora se me reclama. Pero no: como aquí no se habla exclusivamente de Pedro, Juan o Francisco, que tenían acaparada la atención del censor, nada de eso cuenta y *Monterrey* es una "gaceta inútil". O Pérez Martínez confiesa bravamente que se ha equivocado de medio a medio, o tendré que conformarme con otras opiniones que suelen llegarme de por ahí. . .

De tiempo a esta parte —y no lo ha notado este cruel amigo que me obliga a explicarme mucho más de lo que yo quisiera— vengo sintiendo la necesidad, y saciándola como puedo, de someter nuestra América a los grandes reactivos del pensamiento, para ver lo que de ello resulta. Un día procuro proyectar sobre nuestro paisaje la luz de Virgilio, y

otro día —en el último cuaderno de *Sur*, en el próximo de *Monterrey*— la luz de Goethe. Aun he aconsejado que emprendamos metódicamente el examen de las influencias europeas sobre nuestras letras, con regla y doble decímetro de literatura comparada, a fin de que ello nos ayude a establecer aquella parte de originalidad inconsciente que elabora y muda las influencias haciendo oro de la ganga; a fin de que ello nos ayude a dibujarnos desde afuera, a conocer la fisonomía que damos, como quien se estudia en el espejo. De todo esto ofreceré algunas anticipaciones en cierta obra sobre México que ha de aparecer en París y en francés, y en cierto próximo curso de extensión universitaria consagrado también a México, que dentro de pocos meses he de dictar en Río, aula de la Escuela Politécnica. En estos últimos días me he dirigido a los estudiantes brasileños en lecturas públicas, acudiendo al sitio de la refriega —la inquietud política que se insinúa en las aulas universitarias americanas—: y procurando establecer una sencilla filosofía histórica sobre la obra armonizadora de la inteligencia. Tal filosofía, en mi propósito, me serviría como cerco, para desde allí apretar poco a poco el tema de las relaciones intelectuales hispanoamericanas, tema que ya es hora de arrebatar a los charlatanes y a los señorones de cartón. Y así como, en otro orden de cambios, puedo aducir el testimonio de la Confederación de Cámaras Mexicanas de Comercio —a las que he tenido ocasión de servir—, en punto a cambios intelectuales los señores de la "Ciade", en México, podrán decir si me he interesado o no por fomentar sus relaciones con los universitarios sudamericanos. Por su parte, las autoridades de la Universidad Nacional saben que tampoco fui remiso en acudir al reclamo de mi Alma Máter, que solicitaba la ayuda de sus hijos.

Y no se me diga que hablar de nuestra América en general, como muchas veces lo hago, no es también referirse a México, pues las cosas mexicanas —cuando de lo espiritual se inquiere— no son tan específicamente mexicanas que resulten ajenas al resto de nuestras repúblicas, y siempre será lícito considerar a México como un caso agudo y expresivo de la cuestión americana.

Si nada de esto se oye, será porque mi voz es muy débil, no porque yo calle. Y si es muy débil mi voz, ¿a qué pedirme que la esfuerce más allá de la naturaleza y que me erija punto menos que en pastor de pueblos? Y no entiendo bien el reproche de que "guardo todavía nuestros panoramas y nuestras verdades para experiencias ocasionales". Por lo visto, todo eso que llevo descrito es obra de desvinculación y malicioso abandono. Quisiera saber con qué patrón me están midiendo.

Ignoro si Pérez Martínez sabe, por su parte, lo que es andar años y más años lejos del propio país, haciendo esfuerzos acrobáticos como los que yo tengo que hacer para no perder una sola voz, una sola palabra de nuestra literatura; dirigiendo a veces circulares a los amigos, reiterando ruegos para que se me tenga al tanto de las nuevas publicaciones y los asuntos que interesan a las nuevas pléyades. Y con toda llaneza he de declarar aquí que la mayoría de los amigos ha contestado tarde, mal o nunca a mis imploraciones —porque este nombre merecen. Y es que ellos no saben, no sospechan siquiera lo que significa, para un hombre que cursa ya la cuesta de los cuarenta abajo, el no tener junto a sí y como entre las manos ese hecho naciente: el país en formación, hecho que atrae con imanes de anhelosa paternidad a todo varón digno de serlo. Es que ellos se figuran ver mera curisidad donde hay sed urgente. Quien vive en un ambiente sometido a rápidos cambios, comienza —obrando su economía psicológica como un resorte protector— por cerrar un poco sus horizontes. Esto hace que no entienda uno al que anda lejos, que lo olvide un tanto a pesar suyo; y hace también que se desentienda uno de lo que pasa en el resto de la tierra. Contra este peligro hay que prevenirse, y todo lo que se haga es poco. Cierto crítico, amigo mío, dejó ver inconscientemente esta lesión psicológica, escribiendo sobre mí en tiempo pasado, y como si mi obra de escritor hubiera acabado el día en que de veras comenzó, que fue el día en que me despedí por primera vez de las costas mexicanas. Y ahora mismo, a la vez que me desespero de la indefensión en que la distancia me pone (pues cuando estas palabras lleguen a Pérez Martínez ya él

mismo se habrá olvidado de lo que me dijo, y con mayor razón los demás, y ya entre su pregunta y mi respuesta habrá habido hasta terremotos en México), advierto que Pérez Martínez no supo ponerse en mi lugar: no se percató de que mal puedo yo saber a estas horas qué crisis, fingida o cierta, es ésa que está aconteciendo entre nuestra juventud literaria, y respecto a la cual estoy cometiendo el pecado de no lanzar mi sentencia ¡cuando ni siquiera sé a punto fijo de qué se trata, ni nadie —con excepción de él mismo en su simpática indignación— me ha llamado a juez! También he recibido una carta, pero en esta carta también se da por sabido lo que ignoro, y quien me la dirige —serio escritor por cierto— se limita a hacerme, aunque sin reproches, una excitación semejante a la de Pérez Martínez.

En todo caso, el que *Monterrey* no se consagre única y exclusivamente a los asuntos mexicanos sólo podría serle reclamado en relación al ofrecimiento o propósito que expliqué detenidamente en el primer número. Y yo nunca ofrecí otra cosa de la que estoy dando. Y anuncié que mi correo era una casa privada, abierta a mis amigos pero siempre privada, que yo había de amueblar a mi gusto. Tampoco me parece que la variedad de asuntos sea una anomalía. ¿No escribe Pérez Martínez en un diario, y no trata acaso a diario de algunas cosas extranjeras? En la mayoría de las revistas del mundo alternan lo nacional y lo extranjero, y a esta complejidad sólo escapan las publicaciones especialmente limitadas a estudiar a un único pueblo. Y si mi correo es mi cuaderno de apuntes, y yo estudio tanto lo nacional como lo extranjero, es natural que allí aparezca el reflejo de todas las zonas de mi trabajo, y no veo dónde está mi falta. ¡No me hagan pensar en el que creía que leer libros franceses, cuando se nació hablando español, es un rasgo de vanidad y un síntoma de suficiencia! ¿De modo que por ser mexicano tengo que desentenderme de lo demás? Al contrario: a México le conviene que se oiga su voz en todas partes. ¡Lástima que yo todavía no sepa chino y desespere de poder aprender el ruso, el japonés y el malgacho! Mantener una pica en Flandes, una compañía en Italia y un tercio en Indias ¡eso sí que sería un orgullo! Otra vez

vuelvo a preguntarme con qué patrón me miden, o a qué tipo de monstruosidad abstracta quieren que yo ajuste mi naturaleza concreta de ser humano.

Monterrey es el boletín de mi taller; allá van a dar las astillas y relieves de mi pequeña ebanistería: los aledaños de la obra y no la obra misma. Las notas y noticias de mi actividad regular —y aun la de otros escritores a quienes *Monterrey* sirve de intermediario— allá se amontonan como otras tantas frases de la conversación literaria. Y si esta actividad le molesta por "laberíntica y múltiple" a Pérez Martínez, realmente no es cosa que se me pueda a mí echar en cara. Seguramente él no se ha sometido a la prueba de llevar un diario de trabajo: sabría de otro modo que nuestra tela mental está tejida de mil cordones diferentes, y que ni podemos remediarlo, ni tampoco hay para qué traer remedios a lo que es salud y no enfermedad. La hojita hace veces de aquella válvula de regulación que, en otras épocas, venía a ser la correspondencia literaria, la vida epistolar de los escritores, y más tarde evolucionó hacia la tertulia y el café. Ni siquiera la imprimo para el público en general, sino que la distribuyo gratuitamente entre los escritores, como una charla previa o posterior a la obra, pues tal es el concepto puro de "correo literario" al que allí he querido sujetarme. Si alguna culpa puede imputársele, será el hacer que el nombre de mi tierra natal suene en los más distintos rumbos y ande en las publicaciones de América y de Europa. La lentitud con que este correo aparece, y aun su tamaño reducido, hacen que no pueda seguir muy de cerca las llamadas actualidades, y lo obligan —para usar la lengua de Pérez Martínez— a proceder por esquemas y panoramas. Pero tenga por cierto Pérez Martínez que yo no hago menos por México en mi *Monterrey* de lo que él hace en *El Nacional*, pues la mayor difusión y eficacia popular del diario se reprimen aquí como por embudo, para que la proyección vaya más lejos y alcance a ciertos centros de trascendental importancia. Y tenga también por cierto que, si yo disfrutara como él de la libertad del periodista y de un diario a mi disposición, y si no estuviera a dos meses del diálogo, nunca desperdiciaría la ocasión de desen-

trañar todos los días mi verdad por entre la madeja de las verdades y las no verdades que acarrean las veinticuatro horas. Dadas las condiciones en que me hallo, necesariamente habré de conformarme con eso que llama Pérez Martínez mis "experiencias ocasionales". Después de todo, él es la primera persona que me emplaza públicamente, para que satisfaga un deber de aquellos que sólo se confieren por plebiscito.

(Entre paréntesis yo aconsejaría a mis compañeros, como una práctica saludable, el dejar siempre, en el gabinete de las musas, una ventana abierta a la calle; el ir con frecuencia al periódico y explicarse allí con el gran público. Esto robustece al público y robustece al escritor. Hoy por hoy, los jóvenes poetas hacen a veces figura de parias y apestados en medio al concierto de la opinión, porque no se preocuparon de frecuentar a la gente. Y estos desdenes o estas timideces siempre se pagan. A lo mejor sale en la literatura una buena causa, y no encuentra nadie que la defienda. Hay que saber tomar el aire: lo cortés no quita lo valiente.)*

Pero volvamos a las modestas minucias de *Monterrey* y, sin sacar las cosas de quicio, reconozcamos que, para ser buen hijo de México, tampoco es fuerza invocar el nombre de la patria desde el aperitivo hasta los postres, costumbre que algunos cultivan y no pasa de una lamentable afectación, tan buena para conducir derecho a la esterilidad como todos los exhibicionismos. ¡Señores: un poco de pudor en los amores más entrañables! No: nadie ha prohibido a mis paisanos —y no consentiré que a mí nadie me lo prohiba— el interés por cuantas cosas interesan a la humanidad. Por eso somos humanos. Se diría que aquel bloqueo político a

* A los cinco años, la guerra y las continuas revueltas habían trastornado el espíritu de Atenas. Tucídides traza un vivo cuadro de esta disolución moral. "Aun el significado de las palabras —dice— no mantenía ya su relación regular con las cosas significadas." Y añade un poco más adelante: "Los hombres de inteligencia inferior por lo general tenían éxito, porque, conscientes de su deficiencia y temerosos de la capacidad de los adversarios —con quienes no hubieran podido medirse en discursos, y cuya agilidad mental podía en cualquier momento tomarles la delantera en la pugna contra el mal general—, atacaban con audacia y en orden de conjunto. Pero los hombres de inteligencia más aguda, presumiendo en su arrogancia que siempre llegarían a tiempo, y desdeñando los actos donde se satisfacían con los pensamientos, fácilmente fueron desmontados de su guardia y quedaron deshechos" (Lib. III).

que quedamos sometidos hace unos años, como consecuencia conjunta de la revolución en casa y la guerra en la del vecino, aun cuando tuvo el efecto saludable de obligarnos a escrutar en el propio ser, a sacar recursos de nuestro seno y a enamorarnos de nuestras riquísimas realidades, está, sin embargo, arrastrando una cola de resultados que, como son inútiles, son funestos: se convierte ahora en una fiebre, en un prurito de declararnos a nosotros mismos en estado de bloqueo espiritual. ¿Y por qué hemos de transformar viciosamente nuestra plétora de salud en cáncer, quieren decirme? ¿Qué tendremos los mexicanos que no podamos ir adonde todos los pueblos van? ¿Quién nos impide hurgar en el común patrimonio del espíritu con el mismo señorío que los demás? ¿Quién, en Cuba, en el Brasil, en la Argentina, echa en cara a sus escritores el tener autoridad, digamos, sobre el tema de Maquiavelo, la antigua Grecia, las monedas romanas o el culto errabundo de Astarté durante el pasado siglo? No y mil veces no: nada puede sernos ajeno sino lo que ignoramos. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo. Claro es que el conocimiento, la educación, tienen que comenzar por la parte: por eso "universal" nunca se confunde con "descastado".

Mi labor directa sobre asuntos mexicanos viene desde los comienzos de mi vida literaria; es decir, desde poco antes del Ateneo. Porque yo sí pertencí al Ateneo y fui uno de sus fundadores, al lado de Caso, Vasconcelos y Henríquez Ureña, y me extraña que Pérez Martínez lo ponga en duda cuando hay tantos que lo saben y lo recuerdan. En torno a semejante labor, bien pueden haber crecido, como arborescencias (y es común que los follajes revistan y envuelvan el tronco), otras aficiones y curiosidades que hasta hoy no le han hecho ningún daño a mi país. Que no vengan ahora, en nombre del Santo Oficio, a cerrarme las entendederas. No veo por qué se ha de exigir de un mexicano cualquiera que prescinda de sus investigaciones sobre algún asunto en que ha logrado ya ser escuchado, y que se le prive de la mexicanísima satisfacción de publicar tales investigaciones como le plazca. Si las revistas filológicas europeas le

abren campo, pongo por caso, no creo que esto sea de lamentar para México. La literatura mexicana es la suma de las obras de los literatos mexicanos.

Mientras mejores sean las obras, tanto mejor para México, pero en esto cada uno hace lo que puede. El verdadero problema es la calidad, porque la calidad sólo es voluntaria hasta cierto punto. Mas en ese cierto punto es donde tenemos que apurar. Por eso, al que de veras se inquiete con estos problemas, yo le diría: —Aconseja menos y haz libros buenos. —No veas cómo el otro vive, sino escribe. —Lo que gastas en juzgar, gástalo en mejorar. Y otros refranes que se me ocurren. Y cuando él volviera de su excursión por las literaturas, si había mantenido con probidad el nombre de las letras patrias, yo lo saludaría con júbilo.

No hay que verlo todo por lo trágico, hay que ver con largueza. Vivir en los siglos, decía Goethe: conformémonos nosotros con vivir en los años. Interrogados los años, nos dirán que lo nacional se abre paso a pesar nuestro, y es una de aquellas cuestiones sobre las cuales conviene no torturarse mucho ni embarazarse de proyectos, porque por aquí no se va a ninguna parte. Estos procesos casi biológicos, si interviene en ellos un exceso de conciencia y análisis, hay riesgo de que se atrofien o se inhiban. Cierta seguridad, cierta confianza de buen gusto son, aquí como en amor, las garantías del éxito. La imitación violenta de lo extranjero, cuando realmente ha llegado a ser violenta o sea exagerada, sólo daña al que cayó en ella, y lo castiga privándolo del goce más pleno, que es el de trabajar en simbiosis con el ambiente propio. Pero nunca o difícilmente y por excepción podría significar un peligro nacional. No hemos de tener tan mala suerte de dar con el caso excepcional: no nos caerá esa teja encima. Haya, pues, un poco de calma; nada de ponerse nervioso y hacer espuma, nada de anunciar catástrofes y ruinas, que es de mal agüero.

A decir esto, pienso en los escritores ya hechos. Que si hablara de los educandos y de las cuestiones escolares, repetiría otra vez lo que tengo dicho en el *Virgilio,* y que viene a resumirse en esto: —Cuanto pueda robustecer y nutrir el alma mexicana, aun cuando ello sea tesoro o depósito pro-

visional de las clases hasta ahora más alejadas de nuestra política, debe ser puesto a disposición de las nuevas generaciones. En la formación de hombres —hasta donde ello sea filosóficamente posible— debe entrar la mayor proporción de savia nacional que destila la historia. (De lo contrario. . . —*Ces messieurs n'ont pas de pays?* —me preguntaba un severo crítico francés, ante un hispanoamericano que le hablaba con gran facilidad de Cézanne y de Gauguin e ignoraba lo que se pintaba en su tierra.) Y que después, a través de esa formación, pasen en buenhora las corrientes universales, las cuales —como antes lo indiqué— no podrían ser "descastadoras". Cuando se trata de preparar hombres, es preferible, sin duda, darles ya resueltos aquellos extremos que han sido ya superados, aunque sea teóricamente superados, que para eso se hizo la teoría, para que la práctica progrese. Nuestros hijos no tienen por qué heredar las fatigas que nosotros pasamos en limpiar el suelo, levantar los muros, techar la casa y montar la veleta. Pero aquí nos enfrentábamos, no ya con un problema de educación, sino con un escuadrón de literatos que ya salieron a la vida esgrimiendo firmas responsables, que se nos presentan como un hecho ya consumado, inobjetable. Así son y no podemos cambiarlos. No podemos darlos a la hoguera. Y tampoco es nuevo ni desconcertante que se consienta a los adultos lo que es ilícito en los menores. Lo mejor que podemos hacer con tales literatos es darles un ancho crédito para que se echen a buscar aquellos elementos que han de incorporar a su creación, enriqueciendo con ello nuestros fondos tradicionales. ¡Quién sabe si un día no tengamos que bendecir la libertad que les otorgamos! (Otorgamos es un decir: ellos son muy dueños.) ¡Quién puede desde ahora saber la miel que juntan las abejas, merodeando en todos los jardines!

Porque tampoco hay que figurarse que sólo es mexicano lo folklórico, lo costumbrista o lo pintoresco. Todo esto es muy agradable y tiene derecho a vivir, pero ni es todo lo mexicano, ni es siquiera lo esencialmente mexicano. La realidad de lo nacional reside en una intimidad psicológica, involuntaria e indefinible por lo pronto, porque está en vías de clarificación. No hay que interrumpir esta química

secreta. Calma y tiempo son menester. Es algo que estamos fabricando entre todos. Nunca puede uno sospechar dónde late el pulso mexicano. Permítaseme, como ejemplo, una referencia personal:

Hace años, en Madrid, con motivo de cierto aniversario mallarmeano, se me ocurrió convocar anónimamente a una docena de escritores, para consagrar, en el Jardín Botánico, cinco minutos de silencio a la memoria del maestro simbolista. La sencilla ceremonia acabó con fortuna y dejó buen recuerdo. Pues bien: José Ortega y Gasset advirtió al instante, con esa sagacidad tan suya, que aquella iniciativa tenía cierto saborcillo extranjero y, en el caso, hispanoamericano; y por aquí descubrió que el responsable de todo era el mexicano. Y, sin embargo, el acto, en su contenido aparente, no tenía un átomo de mexicanismo.

Sea otro caso que conozco, y que alguna vez discutimos entre camaradas en La Habana: —Un joven hispanoamericano publica un libro de cuentos, su primer libro, donde revela una psicología compleja y honda. Y un crítico le manda decir, en son de elogio con recancanillas, que tal libro "autoriza modos de sentir y de pensar de razas muy distintas de aquella a que el autor pertenece".

—¡Alto ahí! —gritaba el joven autor—. ¿Quién ha hecho hasta hoy el catálogo de los modos de sentir y de pensar de mi raza? Y apurando mucho, ¿qué es mi raza? Jean Brunhes, cuya autoridad sería ridículo poner en duda, cuenta algo que de una vez da el golpe de muerte a esta superstición, a este uso translaticio e ilegítimo del concepto de raza: los judíos de Besarabia, de Ukrania y de Polonia han adquirido la fisonomía física y social, las costumbres y maneras de los verdaderos israelitas y semitas de Palestina, las largas narices, levitones negros, mechones rizados por las orejas. . . ¡y en realidad no son más que tártaros y eslavos convertidos hace dos mil años al judaísmo, bajo el peso de ciertas influencias políticas y militares! Lo que yo haga pertenece a mi tierra en el mismo grado en que yo le pertenezco. Nada más equivocado que escribir en vista de una idea preconcebida sobre lo que sea el espíritu nacional. En el peor de los casos, esta idea preconcebida es una convención

o resultante casual de ideas perozosas que andan como perros sin dueño. Y en el mejor caso —es decir: cuando la tal idea es resultado de una sincera y seria investigación personal— será tan absurdo el someter a ella una obra por hacer, una obra en que no sólo van a trabajar la razón y la inteligencia, y ni siquiera la conciencia sola, sino también el inmenso fondo inconsciente (el individual y el colectivo de Jung), la sub y la superconciencia, el *yo* y el mí y hasta el trágico y fantasmal *ello* de los últimos atisbos de Freud, como absurdo sería decir, quien nunca haya conocido el amor físico: "En vista de lo que tengo meditado, decreto y resuelvo que voy a sentir esto y lo otro", ¡en vez de entregarse a sentirlo santamente! La vulgar censura: "Esto pudo haber sido escrito en cualquier parte", aunque niegue determinación geográfica, nada quita al valor artístico. Las obras de arte no son coordenadas geométricas destinadas a fijar el domicilio del artista. Es frecuente esgrimir ese triste argumento entre los escritores americanos. ¡Como si el americano fuera un tipo humano dialectal o morboso, sin derecho a participar como todos en el festín trágico de la vida!

Así decía un joven americano, por el malecón de La Habana, una tarde, hace mucho tiempo, viendo cómo hasta los encomios le llegaban medio arrepentidos. Y yo, que escuché sus alegaciones, no he podido olvidarlas.

Creer que sólo es mexicano lo que expresa y sistemáticamente acentúa su aspecto exterior de mexicanismo es una verdadera puerilidad. España conoce los horrores de la españolada: ¡aquella condenada pandereta que ha dado la vuelta al mundo! Nosotros, por ese camino, pronto llegaríamos a la mexicanada ("el jicarismo", dice un pintor). Grosero error juzgar del carácter de una literatura sólo por sus referencias anecdóticas. Pascal no sería representativo de un polo del pensamiento francés, porque habló de cosa tan universal como Dios, y Dios —a pesar de la bonita traducción parisiense de Sieburg— dista mucho de ser francés. Montaigne tampoco representaría el otro polo de Francia, porque hablaba de Raimundo Sebunde, la virtud de las mujeres romanas, los caníbales del Brasil y todo asunto humano y divino. Corneille, que hizo el *Cid* —motivo hispá-

nico si los hay—, habría dado la espalda a Francia. En nuestros días, Cunninghame Graham sería desterrado de las letras inglesas por haber producido un espléndido libro sobre los caballos de la conquista española en América, conquista que tan poca gracia les hacía a los británicos. Y los escritores de sangre indefinida o que andan de prestado y con bandera de corso por una lengua —Joseph Conrad en Inglaterra, Guillaume Apollinaire en Francia— sencillamente no habrían existido a pesar del rastro que dejaron. Los helenistas, del Renacimiento acá, traidores a la patria. Los comparatistas, algo como unos dobles espías que merecen ser fusilados. ¡Mal año para Jusserand que, siendo francés, escribió sobre Inglaterra y los Estados Unidos! ¡Mala landre para Waldo Frank, empeñado en que el Norte y el Sur encuentren la fórmula de amistad! No me hablen de Max Müller, faccioso alemán metido en la filosofía indostánica. Mátenme al maestro Baldensperger, que domina como un águila todas las literaturas de Europa. Pero basta ya, que los ejemplos son infinitos.

Así, pues, en México no podríamos trabar conocimiento con las matemáticas, porque no hay una manera mexicana de multiplicar el dos por dos, ni puede sacarse otro producto que el universal número cuatro. No podríamos escribir novelas, porque la novela es una importación tan extranjera como lo fue el verso endecasílabo en la España de Garcilaso. ¿Qué más? La lengua que hablamos nos ha venido de otra parte. Cierto que nosotros también, en una apreciable proporción, vinimos de otro mundo. Pero lo mismo pasa a todos los pueblos y razas, y de ello nadie se duele, ni nadie saca estorbosas consecuencias para su literatura y sus artes. La naturaleza está hecha de vasos comunicantes, y no hay que temer al libre cambio en el orden del espíritu. El mayor timbre de México, hoy en día, es el desarrollo de sus artes plásticas, que han alcanzado un carácter nacional fuerte y evidente. Y cada vez que el tema se atraviese, es bueno hacer saber a quienes lo ignoran, y recordarlo a quienes lo saben, que la gran sacudida de la pintura nacional es un fruto de la cultura, de la disciplina, de la erudición de nuestros mejores pintores contemporáneos, quienes comenzaron

por absorber y digerir las enseñanzas universales de la pintura. El condimento mexicano —creedlo— es lo bastante fuerte para que no nos alarme la adopción de una que otra liebre extranjera. Todo lo que venga a nosotros, por nosotros será adoptado. Es ley de naturaleza. La tierra no tiene tabiques, mucho menos el pensamiento. Hay problemas que se resuelven con negarles la categoría y la dignidad de problemas: tal el que nos ocupa. Ríanse de mí, pero en este punto me siento lleno de confianza. Lo cual no quiere decir que simpatice con cuanto venga y caiga. Sólo que aquí no estoy exponiendo mis gustos, sino considerando el saldo social de una literatura. No defiendo a nadie, ni a Javier ni a Héctor, ni a Jaime ni a Germán: digo simplemente que no hay para qué alarmarse. "No va a pasar nada", como dice la gente. Nuestra literatura seguirá adelante, rompiendo por las vicisitudes y hasta alimentándose con ellas. Lo único grave y amenazador sería la ola de pereza, porque evidentemente la literatura se acaba cuando dan los literatos en no escribir. En cuanto a mis simpatías personales en la hora que vivimos —para que nadie diga que me escabullo—, las doy equitativamente a todos los bandos, dondequiera que hallo buena calidad. Y en cuanto a mis esperanzas para mañana —aun cuando se diga que yo en eso soy menos que mediano o que sólo sé hacer otra cosa, pues éste sería otro cantar, y también puede suceder que el tenor suspire por ser barítono o viceversa—, quiero ponerlas en los que procuran una expresión nacional bajo forma elevada y noble, fácilmente comunicable a todos los pueblos. De ellos han de salir nuestros clásicos definitivos, los que nos den un nombre de familia ante el mundo. Antes de oponer el menor obstáculo a quienes se agotan en tan hermoso intento, yo rompería mi pluma.

Creía hasta hoy que lo mejor que se puede hacer en materia de educación es dar un buen ejemplo. Creí asimismo que la moda de los manifiestos, plataformas y programas estéticos es una inútil y aun nociva intromisión de la técnica política en las letras. Aunque tal manía tenga su abolengo, estas declaraciones sólo sirven, hablando a lo erudito, para fijar hitos y fechas, pero no para inspirar a quienes las firman

y propagan. Consideré que no habría mejor consejo para la juventud literaria que el ofrecerle el espectáculo (¡feliz aquel que lo realice!) de una vocación constante y ardientemente desarrollada, a pesar de los contratiempos que en nuestro México y en nuestra época se hayan atravesado en el camino del escritor, contratiempos que a cada rato podrían desviarlo hacia las muelleces del abandono o las pendientes del rencor —y, peor aún, de ese rencor que, por esconderse bajo el disfraz de "legítimo", es el más avieso de todos—. Pensé que las únicas leyes deben ser la seriedad del trabajo, la sinceridad frente a sí mismo (no confundirla con la mala educación para con los demás), y —digan lo que quieran las modas— una secreta, pudorosa, incesante preocupación del bien, en lo público y en lo privado. Tuve mano abierta para todas las tendencias artísticas, y manga ancha para todos los tanteos, sean audaces o balbucientes, cuando respondían a una necesidad. Admití que todo presta utilidad y todo rinde su adarme de provecho. Me ejercité —hasta donde puedo, que es poco— en la inmensa fe de ya no negar nada. Deseé no clasificarme entre los "ismos", porque me importa tanto el desnudo como el traje con que se sale a la calle. Entendí —con el filósofo que la ha definido— que el reconocer por ahí una inclinación a la llamada "deshumanización del arte" no significa el aplaudirla necesariamente como tal inclinación, pues el arte no se hace con inclinaciones, sino con obras, y lo único que interesa es que las obras sean buenas, inclínese para donde sea. Advertí, en la historia, que las literaturas nacionales se enriquecen más con la libre creación que con la creación de pie forzado que pretendiera ajustarlo todo a una previa "sofistería" teórica. Pero tampoco dejé de atender a un fenómeno cuya ejemplar reiteración debe hacernos pensar un poco: —Cuando la poesía se desencariña de las realidades circundantes, puede decirse que vive gastándose a sí misma, y así va afinando sus instrumentos en una atmósfera de pura retórica. (Retórica no es un insulto para nadie: quiero con ella decir técnica o procedimiento; toda expresión tiene una retórica.) Mas cuando el afinamiento o desgaste llega a un punto exquisito, cuando ya parece que vamos a alcanzar el mundo de las

formas puras, en que sólo los dioses aguantarían la respiración, sobreviene una crisis. La crisis representa una ansia de objetividad, de nuevo alimento terreno, una sed de contenido. Y resulta que sólo la buena forma es capaz de captar el buen contenido, de suerte que los dos estados se completan como las dos partes de un mismo servicio espiritual. A veces, en sus manifestaciones parciales, los dos fenómenos conviven, se enciman una sobre el otro, o se desgarran entre sí un tanto. Pero el proceso no puede detenerse, por delicada, por hermosa que sea una cualquiera de sus etapas. Bienvenidas sean, pues, las crisis, que nada tienen de común con la muerte y que, si ciertamente traen peligros, son los peligros inherentes al mismo ritmo ascensional. Bienvenidas las crisis que tanto se parecen al madrugar del segador con nuevo ánimo, cuando siente que la hoz está ya bastante afilada y las espigas bien maduras.

El hecho de que entren y salgan influencias no tiene para qué inquietarnos, y menos en literaturas todavía en estado de fluidez. Si hay ansiedad en el ambiente, será la expectación por los brotes inminentes que ya despuntan. ¿Queréis convenceros del movimiento? Sentaos a verlo pasar. Siga cada uno haciendo sus poemas, y Dios escogerá los suyos. Porque, por muy cándidas que sean las intenciones, sólo ha de resultar escritor el que de veras lo sea, caiga del lado que cayere. También Villegas, el de los sandios sáfico-adónicos, el del traído y llevado "céfiro blando", dijo que venía al mundo con la misión de regenerar la poesía española, ¡y se lo llevaron en las espuelas los verdaderos poetas, los que hacían poesía sin prometerla, y pegaban sin perder el tiempo en amagar! Lo que sí conviene es poner un poco de respeto entre un creador y otro creador. Hay calle para todos. Nada más estéril que los comadreos entre capillas. Nada más indigno de una joven literatura que el cultivar aquella impotente rabia propia de los medios —no necesaria ni exclusivamente europeos— donde la mala higiene mental estorba la gozosa circulación de estilos y maneras variadas. Y, sin duda, y por encima de todo, un sentido de continuidad. Deduciendo la resta de los pasos perdidos, saquemos piadosamente la suma de las conquistas hechas. El que pueda, que

aproveche el total. El que no pueda o no quiera, no pierda el tiempo en negar tradiciones que a él no lo estimulan: que simplemente las deje a un lado, porque con negar no adelanta nada, y traiga también a cocer sus nuevos ladrillos en el horno común, que con todo ello ha de seguir construyéndose nuestro edificio. En suma: deje cada uno vivir al otro y, por su parte, procure hacer bien lo que tiene entre manos. Es el único precepto aceptable en la materia, y lo demás es artificialidad que asfixia, tósigo que corroe.

No sé si este sermoneo es oportuno ni si le importa a nadie. Se me vino a la pluma como un desahogo natural. Explíquenme mis amigos lo que pasa en México, no para que yo dé lecciones, que no podría, sino para que, como siempre, los siga, los acompañe y los ayude. Por acá sólo llegan nuevas de que desapareció —cosa de veras lamentable— la revista *Contemporáneos* y, de lejos, parece que tal desaparición, determinando un alto de respiro, ha dado ocasión a la querella. Lo que de aquí salga nunca puede ser malo, todo examen de conciencia aprovecha. Entretanto, no me discuta más a mí el señor Pérez Martínez: no se trata de mí, y esto nos obliga a perder un tiempo precioso. Él no podría reproducir en *El Nacional* este largo alegato, y si me cita por fragmentos y frases, adulterará mi pensamiento sin remedio y me hará decir lo que no digo. A la distancia que estamos, cualquiera objeción suya —aunque él no quiera— tomará un sesgo de alevosía, porque mientras llega mi respuesta va a llover mucho y —dice el refrán— palo dado ni Dios lo quita. Podría hasta quemarme en efigie sin que yo me enterara, y sería cosa de risa cuando yo me presentara dos meses después asegurando estar ileso. Acudo, pues, a su buen criterio y a su hombría. Mire que yo no ataco, sino sólo me cubro. Mire que me doy cabal cuenta de que me ha punzado de intento para hacerme entrar en la discusión, y que no he vacilado en darle ese gusto, a pesar de las desventajas notorias en que me coloca la ausencia. Ahora, pues, en lugar de regatear conmigo, tómese más bien el trabajo de explicarme sus puntos de vista, que con ello me ilustrará y me tendrá más cerca, como él quería. Soy el primero en reconocer que su provocación fue animada por un sano pro-

pósito, aun cuando, de paso, rompió las trancas en la arrancada y se me salió de la justicia. Por eso, aunque no acepto discusiones sobre mi persona en principio, yo también quebranté la regla. Es él quien me saca al escaparate: si he tenido que hablar de mí será culpa suya, pues hasta hoy no se ha inventado otro medio de defensa, y las recriminaciones que me hizo no podían quedar desairadas. Ninguna de mis anteriores palabras podrá agraviarlo, si bien él, por su parte, confieso que me dejó algo herido. Reproches tan inmerecidos, y elogios también tan inmerecidos como los suyos, nunca se vieron lado a lado. Pero todos los elogios literarios, fruiciosa y largamente bebidos, no podrían compensarme de que me quieran arrebatar la única virtud que aquí defiendo, y es la de ser un mexicano. Cuiden de otra cosa los hijos de las naciones que ya están de vuelta en la historia. Para nosotros, la nación es todavía un hecho patético, y por eso nos debemos todos a ella. En el vasto deber humano, nos ha incumbido una porción que todavía va a darnos mucho quehacer. Yo diría, trocando la frase de Martí, que Hidalgo todavía no se quita las botas de campaña.

Río de Janeiro, 30 de mayo de 1932.

NOTA: Entre otras cosas, conviene recordar aquí el *Propósito*, de mi Correo Literario *Monterrey*, que reproduje en *Marginalia*, II, 1954, pp. 11 y *ss.*

II. VOTO POR LA UNIVERSIDAD DEL NORTE

I

HE ESTADO leyendo estos días algunos artículos, exposiciones y planes provocados por el proyecto de crear la Universidad de Nuevo León. La realidad me ha sorprendido, llegando a pasos agigantados, y me encuentra casi desprovisto. Mis reflexiones son, pues, de primer intento, y con rubor descubro en mí mismo una extraña falta de preparación para meditar sobre lo que será o deba ser la Universidad del Norte de México. Y los que se hallen en mi situación deben confesarse conmigo que esta falta de preparación acusa un estado de primitivismo o virginidad política nada halagüeño para aquellos que lo padecen. Pues situado México como está, y aceptados los destinos geográficos y étnicos que le cumple realizar, nada debió ser más familiar al pensamiento de todos los mexicanos que el programa de crear, por allá en el regazo de las que llamaba Manuel José Othón "Montañas Épicas", una sólida y coherente organización de la cultura nacional, para que ella responda ante la historia de los compromisos de salvaguardia y de frontera. Que no será la ciega agresividad, que no será el vano sentimentalismo, ni tampoco los precipitados casuales de un régimen escolar hecho a pedazos, quienes nos protejan, sino sólo el conocimiento y la voluntad educada y rectificada, sólo un sistema de principios y acciones bien escogidos y armonizados. Un ser se define, y también se pierde, por sus contornos; y esta epidermis de la frontera debe ser cuidadosamente sensibilizada e irrigada por la cultura, para que ejerza con normalidad, eficacia y simpatía sus complejas funciones respiratorias y de relación con el no yo. De ello aprovecharemos a un tiempo los dos vecinos del río internacional, del río que nos separa y nos junta; y lo que sirva para mejor sustentarnos en nuestro propio temperamento y en nuestras más apuradas

tradiciones, habrá de servir asimismo para mejor amistarnos con la gran nación que, desde la otra ribera, nos contempla y aguarda.

II

Hablemos de ello sin melindres ni disimulo, y nadie me siga con recelo. Ahora como siempre, me inspira la más asentada confianza en la cordialidad, y comienzo —primera regla del jinete de la conducta— por sofrenar cuanto en mis impulsos pudiera haber de negación, de destrucción o de encono. Pero ¿podéis creer que a un generoso pueblo, poseído como ninguno del sentimiento del deporte y el juego del hombre frente al hombre, le interese especialmente encontrar en nosotros —digamos— unos discípulos más o menos aventajados de sus técnicas (que ni siquiera de su espíritu, porque la transfusión del espíritu, como la de la sangre, es cosa peligrosa y difícil, y no con cualquier sujeto puede hacerse)? ¿Podéis creer que ellos se complazcan, cuando vienen a buscar un cambio de alma o aunque sea un cambio de intereses, en dar de manos a boca con unos aprendices, más o menos avezados, de las mismas disciplinas que ellos se dejaron en casa, y en que ellos se bastan a sí propios? No: ellos preferirán lo que también hemos de preferir nosotros. Ellos preferirán encontrar acá el convexo de su cóncavo, el complemento de su escasez (porque todos somos deficientes en algo, y todo lo sabemos entre todos); ellos nos preferirán singulares y otros, capaces de traer una respuesta donde ellos traen una pregunta, y aptos para proponer nuestras preguntas donde ellos aportan las respuestas. Afinidad de electricidades contrarias, atracción de lo diferente por lo diferente, esto es la colaboración. Quien quisiera reducirnos del todo a su propio módulo, más sería nuestro tirano que nuestro amigo. Y, por otra parte, el aprender o admirar virtudes ajenas es compatible con la conservación del carácter propio. El común denominador humano, que a todos nos sujeta, admite los numeradores más variados. Insistir en lo fundamental, en lo universal, pero sin atentar a lo propio: tal sea la norma. Y máxime a la hora en que las civilizaciones industriales vacilan, se detie-

nen estupefactas, y se preguntan con angustia, echando una mirada en redor, de dónde saldrán los nuevos ingredientes para fecundizar otra vez el intento hacia la felicidad y el mejoramiento de los hombres. Acaso en el fondo del espíritu mexicano, batido por largas amarguras, haya también una ascua viva que ayude a encender otra vez la antorcha americana. Protejamos ese fuego interior, como protege la mano amorosa la llama contra el viento.

III

La ciudad regiomontana comienza a contar como una unidad positiva hace menos de medio siglo. Una administración cuyos méritos sólo unos cuantos obcecados se atreven ya a escatimar, la dotó entonces de grandes centros fabriles, y educó a sus hijos en las intachables prácticas del trabajo. A través de nuestras turbulencias, su población conserva la brújula, porque ha hecho ya del deber una costumbre. Y aun en medio de las crisis que asuelan al país y asuelan al mundo, la ciudad sobrenada con cierto ritmo de bienestar. Honesta fábrica de virtudes públicas, vivero de ciudadanos, la he llamado a veces. Y lo que importa destacar es que allí la comunidad saca partido del buen hacer de sus individuos particulares, y no se pierde en místicas aspiraciones hacia un bien total que nadie puede asir con las manos. Lo he dicho y lo repetiría cien veces, y mi ciudad viene a darme la mejor prueba: cuando todos y cada uno se esfuerzan por realizar a conciencia el inmediato deber que les compete, los problemas sociales quedan automáticamente resueltos en una inmensa proporción. Y así, de aquel tono menor, de aquel pequeño e insensible cumplimiento diario, va desprendiéndose poco a poco un enlazamiento de acciones, una fuerza considerable, un desarrollo del ser espiritual y del ser material de la sociedad regiomontana, una intensa voluntad colectiva sin aparato y sin orgullo. Sin asomo de ironía pudiera afirmarse que el regiomontano es un héroe en mangas de camisa, que es un paladín en blusa de obrero, que es un filósofo sin saberlo, un gran mexicano sin actitudes estudiadas para el monu-

mento, y hasta creo que un hombre feliz. Por cuanto no puede haber más felicidad que cerrar cada noche el ciclo de un propósito cotidiano, fielmente procurado y adelantado, y amanecer a cada mañana con aquel temple que sólo da lo que la frase hecha llama tan bien: el sueño de los justos. ¡Finura y resistencia, como en el acero famoso de nuestras fundiciones! ¡Levedad y frescura, como en la bebida de nuestras cervecerías famosas!

IV

De tiempo atrás tenemos escuelas profesionales, escuelas que por decirlo así se mantienen al lado de la vida comercial y fabril, a modo de un lujo que la ciudad podía pagarse. No seré yo quien niegue sus títulos, yo por tantos conceptos apegado cariñosamente a la historia de Monterrey. Pero no penséis que tales instituciones bastan; no penséis que basta añadir una escuela de ingenieros y otra de bellas artes a la de médicos y a la de abogados, y envolverlas todas en cierto tejido conjuntivo, para crear una Universidad. Entiendo más bien que la creación de nuestra Universidad significa un cambio de acento en la atención pública: —la cultura, que antes crecía como al lado, pasará a constituir el núcleo, el meollo. La organización escolar dará el armazón, y en ella se trabarán como derivaciones indispensables todas las demás actividades técnicas, la circulación del comercio y aun los entreactos de la vida mundana. De suerte que el último martillo que bata el hierro en el último taller resulte concadenado a la fórmula algebraica que los estudiantes inscriben en el encerado de sus aulas. De suerte que, si ha de presentarse entre nosotros otro tipo de humanista como José Eleuterio González —de noble recordación—, no se lo vea como un cuerpo extraño, sino como una parte armónica y necesaria de nuestro existir, al igual del ingeniero que rige los telares y gobierna las máquinas de artefactos. De suerte que hasta los esparcimientos de la sala Terpsícore parezcan animarse sobre un fondo de alegría inteligente. Importa, en suma, rectificar la grande equivocación que pesó durante buena parte del pasado siglo sobre el espíritu mexicano:

importa reconocer que teoría y práctica no son dos orbes inconexos, sino que ambos aspectos lógicos forman un continuo biológico; que el hacer y el pensar se complementan, se inspiran y mutuamente se enriquecen, al modo de aquellos dos crepúsculos vespertinos que yo veía fundirse y penetrarse en el mismo cielo, en los inolvidables anocheceres de mi infancia: el uno, que nacía del Poniente y venía a ser como el pensamiento, era todo de origen extrahumano, y tendía sobre medio espacio sus fuegos fríos de plata y de carmín; el otro, que brotaba del Oriente y subía de la tierra a manera de una onda de rojo oscuro —cuya vivacidad aumentaba al paso de la noche—, se engendraba en la acción del hombre, y no era más que el resplandor de los altos hornos de hierro y acero, que vertían por los arrabales sus despojos de piedra ardiente. Fomente la ciudad de los dos crepúsculos sus dos hogueras esenciales, y el pensamiento y la acción se desposen dichosamente, en el rumoroso valle de la Mitra y la Silla.

V

La feliz iniciativa que concibió el nuevo régimen de educación nacional concibió también la distribución de núcleos culturales por todos los ámbitos de la República. Al Centro, al Norte, al Sur, al Este y al Oeste, juntando las emanaciones de los puntos cardinales, en representación de la rosa de los vientos, habían de crearse otras tantas Universidades. Una concentraría, como el corazón, lo más depurado de la sangre, lanzándola desde allí a los extremos, ya filtrada, y proponiéndose como un ideal inspirador a sus hermanas menores. Otra, abierta al mar europeo y a las inquietudes del combativo espíritu atlántico, fertilizaría con ellas aquel suelo bochornoso y feraz, cuyo litoral se enrosca como para mejor abarcar las Antillas, confesando así aquel ánimo de musicalidad y vago ensueño en que La Habana y Veracruz se emparientan y se concitan. La tercera tendería por el Sur las raíces de aquella fraternidad más antigua que el Descubrimiento, y ojalá más duradera que los fundamentos mismos del Continente. La cuarta, abierta al soplo misterioso y ancestral del Pacífico —imagen de la Nao de China que

arribaba al puerto de Acapulco—, recibiría el contacto eléctrico del Asia, dando a nuestro México su misión de amalgamador y balanza entre el Occidente y el Oriente. Y la del Norte finalmente, la nuestra, había de traducir, ante la avanzada septentrional, el sentido de los anhelos nacionales, haciéndolos más respetables cada día, y al mismo tiempo conduciría hacia nosotros —aorta poderosa— el abono siempre útil, siempre benéfico, de la otra América. Vosotros, los llamados a incorporar en sistema y programa tan vasta aspiración, penetraos de esta responsabilidad y de este afán. Os toca, maestros de Monterrey, crear pieza a pieza una nueva entraña, un corazón subsidiario, un alambique de sutiles esencias para provecho de todo el ser mexicano. En ello os asistan vuestran luces, vuestra experiencia, y la magnetizadora visión de una patria más grande y, por eso mismo, más humana y más universal.

VI

Francia —"maestra de dibujo entre las naciones"— nos da ejemplos fáciles de abarcar. Todos saben, y lo repetía recientemente un crítico, que no se puede hablar de literatura francesa en el siglo XVII sin contar con Ruán; que no se puede hablar de literatura francesa en el XVIII sin contar con Aix, Dijón, Burdeos y hasta con Ginebra y Ferney. Pero viene la Revolución, y la literatura francesa se vuelve parisiense. Fenómenos concomitantes pudieran describirse en otros países. Un pánico social concentra hacia las capitales todo el jugo de las culturas. En México la literatura es, sobre todo, capitalina. Y a poco que los escritores no se resignen al oficio limitado y casero de la moneda de vellón, acuden a la meseta central como a una plataforma más alta, donde realizar mejor su formación propia, donde mejor hacerse oír, donde tomar contacto más intenso con las otras culturas. (Tal es la enfermedad general; no ignoro que hay síntomas de alivio: véanse los esfuerzos del grupo tapatío de *Bandera de Provincias* y de los ensayistas proletarios de Veracruz; que en cuanto al aislamiento de Mérida, es otro extremo paradójico que también está pidiendo remedio.) Las Universidades regionales ven-

drían a desahogar esta congestión que se promete de veras peligrosa. La cultura metódicamente esparcida bañaría entonces el conjunto de nuestra población juvenil. Lo que amenaza convertirse en una academia se ensancharía vitalmente, sazonándose con todos los sabores y todos los matices. Todos los costados de la patria contribuirían sus variados aspectos. Cada necesidad particular encontraría su expresión, y contaría con una opinión acostumbrada a escucharla. Subiría el nivel de nuestra prensa; se multiplicarían las empresas editoriales, y prosperarían las artes del libro en una plausible emulación. Nos habituaríamos a conceder igual dignidad intelectual a la metrópoli y a los estados, a la ciudad y a las aldeas. No sería ya inusitado el ejemplo de Othón, que de tiempo en tiempo se acercaba a las tertulias capitalinas y luego volvía "a sus oscuras soledades". No sería ya monstruoso el ejemplo de Díaz Mirón, confinado en Jalapa, y cuyo genio se resentía de la falta de conversación con sus pares. El poeta, desde su abrigaño rústico, estaría en trato con su pueblo. Los jóvenes tendrían siempre a su alcance el hacer una carrera sin desarraigarse ni alejarse. ¡El pan espiritual equitativamente compartido, la distribución de energías más regular y equilibrada; la vida, la vida misma, más saludable y llevadera! Tal es, en cuanto afecta al Norte de la República, lo que puede hacer nuestra Universidad, convocando a aquellos que dispersó la falta de estímulo, y a los hombres de buena voluntad que estén dispuestos a ayudar. Este sueño comienza a ser ya realizable: al pavor centrípeto que juntaba a los hombres en la capital como en una roca de náufragos, sucede ya —con la estabilización política y con los rápidos medios de transporte— el anhelo de echarse fuera del gran centro absorbente, de plantar los reales en un relativo retiro, de abrirse sitio donde haya menos concurrencia y quede más tierra por sembrar. La Universidad del Norte llega a su tiempo.

VII

A nadie se oculta —sin volver ahora sobre las clásicas discusiones en torno a la idea de Universidad que, desde New-

man hasta Ortega y Gasset, debieran estar en la mente de cuantos a estas tareas se consagren (y abro aquí un paréntesis para mencionar con honor al sociólogo brasileño Tristão de Athayde, por lo mismo que no militamos en igual campo)—, a nadie se oculta que una Universidad es, por su nombre, por su definición, por su oficio, algo universal aunque no extranjero: la ciencia no puede tener patria. Pero incurre en una confusión lamentable quien se figura que por eso sólo la Universidad y la Nación se contraponen. Cuanto enaltezca y mejore a un grupo humano, lo enaltece y mejora en su condición nacional. Cuando en la Edad Media, la Universidad de París congregaba a los estudiantes de todo el mundo, de aquellos barrios iban surgiendo las naciones europeas modernas. El químico mexicano será más buen mexicano al paso que sea más buen químico; y mejor que mejor si, en vez de limitarse —porque en esto estriba el peligro para nosotros— a ser un ensayador empírico, adjunto a cualquier metalería, llega a ser un verdadero investigador, capaz de ingresar en la muy mexicana, pero muy universal y científica tradición de Río de la Loza. El arquitecto mexicano será más buen mexicano mientras más buen arquitecto sea; y mejor que mejor si, en vez de limitarse a transportar mecánicamente los cánones de un búngalo aprendidos en "el-Sur-que-nos-queda-al-Norte", se injerta en la robusta tradición, varias veces secular, que es orgullo de las artes mexicanas y es asombro del mundo. Que en cuanto a querer averiguar dónde cae el límite exacto de lo mexicano o lo no mexicano, y cómo lo uno y lo otro se acomodan en lo universal, dejemos esta discusión estéril a los que prefieren no hacer nada, arrogándose el derecho de censurar lo que hacen los otros. Entreguémonos cuanto antes a la obra, seguros de que nos gobierna desde arriba una fatalidad venturosa, a la que nunca podremos escapar como no nos empeñemos en contrariarnos y en adulterarnos a la fuerza. Hay una lealtad al trabajo, una docilidad a las líneas trazadas por la naturaleza del objeto mismo que nos preocupa; y esta lealtad o docilidad sustituyen con ventaja a las definiciones apriorísticas. Será mexicano todo lo bueno que haga un mexicano. Con todo, es innegable que hay ciertas direcciones

preferidas por el espíritu de cada pueblo. Y sin ahondar en ello —que ni es el sitio, ni ha llegado para mí el momento— me atrevo a dejar aquí estas sugestiones: cuanto prefiera la calidad a la cantidad nos parecerá más mexicano, o más mexicanizante, que lo contrario. Y nos parecerá que defiende con más eficacia el patrimonio de nuestra nación (patrimonio hecho y, sobre todo, patrimonio por hacer) cuanto —para usar la lengua de Pascal— imponga el "espíritu de finura" por sobre el "espíritu de geometría". Somos una raza metafísica y poética; y no se rebelen contra esta declaración los amontonadores de energía física y de materia, que también eran así los egipcios, y también dejaron pirámides. Quiero decir que nuestra Universidad será más mexicana mientras más procure suscitar las virtudes en el alma de sus educandos, y menos se entretenga en averiguar —pongamos por caso— si las estaturas sumadas de todos ellos completan tal o cual submúltiplo del cuarto del meridiano terrestre. Y conste que no hago caricatura, sino que me refiero a aberraciones registradas y conocidas.

VIII

Pero hemos llegado a una hora en que el hombre aparece preocupado —y con razón— por resolver la circunstancia de su convivencia con el hombre. No nos bastaría ya con el antiguo humanismo, hecho de cultura literaria; no nos bastaría con el que nació del positivismo, hecho de cultura científica. Necesitamos completar el cuadro de urgencias actuales, dando sitio en la nueva Universidad a una forma de cultura política. (Lo cual, de paso, devolviendo su seriedad al problema, desterraría, en buenhora, la "politiquería" interior en que se distraen y aun se sacrifican a veces los escolares.) Sería el orgullo de los mexicanos del Norte —tan conocidos por la franqueza y llaneza con que abordan, plantean y atacan sus conflictos públicos—; sería el orgullo de la Universidad de mi tierra —tierra donde el derecho obrero mexicano dio sus primeros pasos, sin alarmar ni escandalizar a nadie porque era un crecimiento natural de aquel suelo— el dar por primera vez asilo a un programa amplio

y cabal de cultura política. La impreparación política, junto con la impreparación sexual, será, en la historia, el mayor escollo con que haya tropezado la humanidad contemporánea. Yo sé bien que hay, entre nosotros, hombres representativos de intereses comunes que, al menor desconcierto de la cosa pública (¡y a tantos estamos expuestos!), echarían a andar su motor y, en pocas horas, se trasladarían a Laredo-Texas con armas y bagaje. Y es fuerza que esto no acontezca; es fuerza que nuestra morada no amenace a nadie con inútiles sobresaltos, y que, en el peor de los casos, el morador esté preparado para afrontar tempestades, con los recursos que le proporcionen su ética y su ciencia. Sólo la cultura política puede precavernos, hasta donde ella admite ser objeto de ciencia y de estudio desinteresado: "cultura" he dicho y no "barbarie". Los timoratos han de convencerse de que no les queda más salida que el ir cediendo a las novedades de que el tiempo viene cargado. La cultura quiere alumbrar por igual a *todos los hombres* —y este *todos-los-hombres* lleva en sí el postulado político. Oigan los que saben oír, hagan los que saben hacer: la cultura debe ser popular, y nadie tuerza mis palabras ni piense que he dicho demagógica. He aquí, al abrir sus puertas la Universidad de Nuevo León, el voto que ofrezco a mis paisanos, sin más título que el de ser el más modesto industrial nacido a los pies del Cerro de la Silla: aquel que sólo produce y elabora, en pequeña escala, unas cuantas palabras. Eso sí: palabras sinceras.

Petrópolis, 6 de enero de 1933.

ÍNDICE DE NOMBRES

CORRECCIONES

Página	*Línea*	*Dice*	*Diga*
		TOMO II	
191	27	Parrache	Perrache
		TOMO IV	
440	Añadir al pie		Publicado después en las *Memorias de la Academia Mexicana,* X, 1954, pp. 58-60
622	Entre 17 y 18		VI. Clemenceau
		TOMO V	
80	18	31	30
118	8	está	están
171	23	amontinado	amotinado
298	30	proventiva	preventiva
308	4	Jarretiera	Jarretera
324	1 y 2	primer	último
394	En la indicación 617	18	183
		TOMO VI	
109	18	laudatarios	laudatorios
144	15	*Robisón*	*Robinsón*
238	Penúltima	contraversia	controversia
355	33	seaprarse	separarse
356	2	entiendo	entiende
359	18	Tribulación la	Tribulación, la
369	30	nigromacia	nigromancia
403	Añadir al pie		Publicado en las *Memorias de la Academia Mexicana,* XII, 1955, pp. 106-34
		TOMO VII	
123	29	Parivicino	Paravicino
124	7	B	A
189	1	racción	reacción
191	última	su	sus
204	29	la	las
222	19	idea	ida
288	15	*VXIII*	*XVIII*
313	20	respectar	respetar

Página	*Línea*	*Dice*	*Diga*
330	34	un	una
345	20	Rebelais	Rabelais
352	5	*laurales*	*laureles*

Tomo VIII

Página	*Línea*	*Dice*	*Diga*
68	29	Perceu	Perceau
169	17	Tutanhamon	Tutanjamon
180	30	Cossío	Cosío
210	5	Zeller	Celler
211	19	*Tratados*	*Trato*
308	5	Affoso	Affonso

ÍNDICE GENERAL

I

TRÁNSITO DE AMADO NERVO

II

DE VIVA VOZ

I. CARTAS

II. PRÓLOGOS

III. ALUSIONES

IV. DISCURSOS

V. NOTAS

III
A LÁPIZ

I. VARIAS SEÑALES

II. VARIAS PREGUNTAS

APÉNDICE

IV

TREN DE ONDAS

I. TODOS LOS SENTIDOS

V
VARIA

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en el mes de junio de 1996 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA),
Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F.
Se tiraron 3 000 ejemplares.

Escrito en distintas oportunidades, el *Tránsito de Amado Nervo* que inicia este tomo es uno de los trabajos que con mayor entendimiento se han dedicado a aquel poeta desmedidamente reconocido en su tiempo y hoy tan poco apreciado por algunos críticos. Son páginas escritas, ya a solicitud de la *Revista de América* (París, 1914), ya provocadas por la edición de *Obras completas* de Nervo que la Biblioteca Nueva había confiado a Reyes (Madrid, a partir de 1920), o bien por el décimo aniversario de la muerte del poeta, cuya conmemoración promovió Alfonso Reyes —desde la ciudad de Buenos Aires— en Montevideo (1929) con la ayuda de Juana de Ibarbourou. Reyes aparece más interesado en trazar la evolución del hombre, expresada por la poesía, que no en el análisis frío y técnico de los versos.

Los demás títulos representan diferentes intenciones de la obra literaria de nuestro escritor. *De viva voz* y *A lápiz* van de la crónica al poema en prosa (poema a veces involuntario), acompañan algunas funciones diplomáticas del autor en Europa y Sudamérica, y recogen ciertas notas de su relación amistosa con los escritores de aquellas etapas (de 1922 a 1947). *De viva voz* reúne cartas, prólogos, alusiones, discursos y notas donde lo hispanoamericano adquiere un sitio sobresaliente, y *A lápiz* —recopilación seleccionada de lo que el autor publicó sobre todo en su Correo Literario *Monterrey* (1930-1936)—, además de tocar temas hispanoamericanos, va desde Plutarco hasta Cocteau.

En *Tren de ondas* vuelve al tono entre poético y analítico, entre descriptivo y epigramático, del *Calendario (Obras completas,* tomo II) y anuncia *Las burlas veras*, que han cubierto los entreactos de la actividad literaria de Reyes desde 1954 hasta la fecha. *Tren de ondas* comprende mucho de teoría estética, apoyada en trozos casi aforísticos de los *Ensayos* de Montaigne, y su agilidad expresiva se dirige a precisar rasgos ingeniosos y singulares acerca de infinidad de actividades artísticas. Aquí se encuentra uno de los pocos artículos que Reyes ha dedicado a cuestiones taurinas ("Alivio y traición de la palabra"), escrito con emoción y gracia y sin turbar la atmósfera trágica que envuelve la muerte de un gran torero.

Finalmente, en *Varia*, al lado de un discurso acerca de la Universidad de Monterrey, aparece "A la vuelta de correo", texto notable en nuestras letras porque deslinda, en forma rotunda, el problema del nacionalismo en la literatura. La preocupación de Alfonso Reyes, nunca soslayada ni eludida, por la cultura de su país, por aquello que allí acontece en todos los órdenes —sin que esto implique desdeñar los valores universales—, se hace materia de reflexión y es punto final a discusiones sobre matices que deja claramente establecidos.



